

Paul-Jean Franceschini & Pierre Lunel

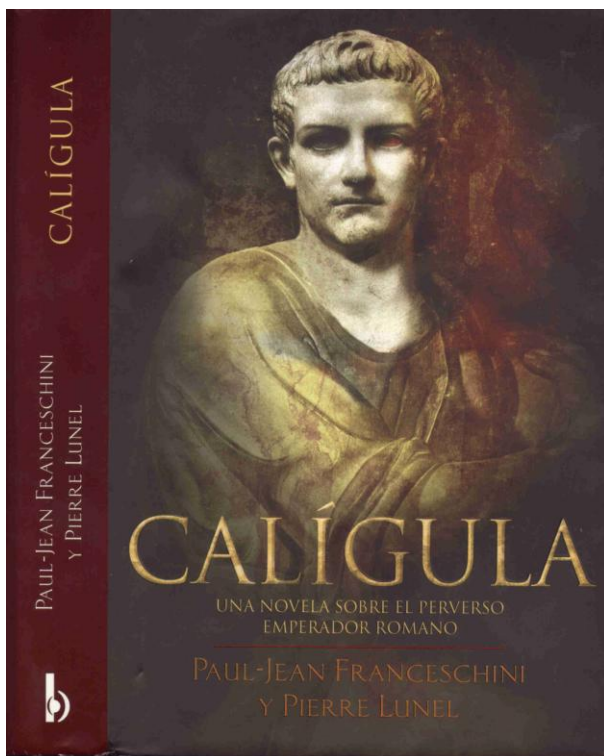
Calígula

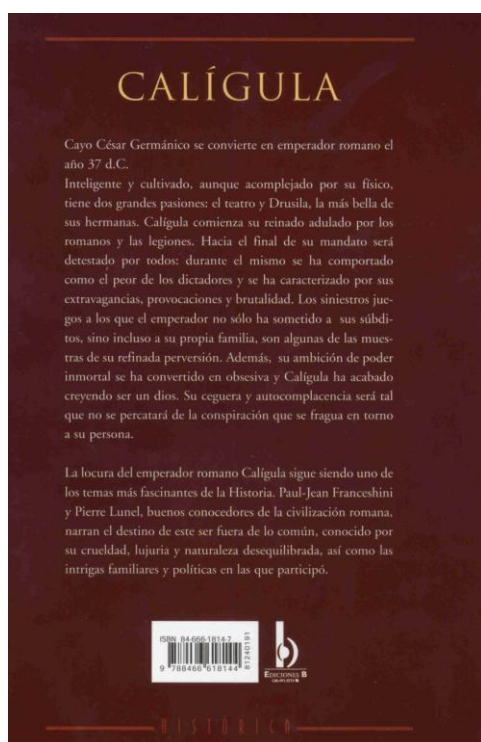
Comentario [LT1]:

Título original: Caligula

La lamentable extinción del mundo precristiano y de sus fascinantes prácticas.

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*





CAPRI, SE ACABÓ

Mayo de 36 - abril de 37 d.C.
Capri, mayo del año 36

En el punto más elevado de la isla se alzaba la villa de Júpiter, una maciza construcción de granito gris, nido perfecto para las águilas gigantes al que se accedía por un largo y serpenteante camino que dejaba exhaustos a los porteadores de literas. Tras franquear la imponente puerta, dedicando un mudo saludo al centinela que se apresuró a cuadrarse, Macrón se desperezó y aspiró el acre perfume de los matorrales. Los primeros rayos de sol disipaban poco a poco los bancos de bruma. A lo lejos, más allá del mar de color vino, una mancha blanca revelaba la presencia de Nápoles.

Alto, bien plantado, con un brillo de autoridad en la mirada, propio de quienes han nacido para mandar, Macrón era prefecto del pretorio de Roma. La inspección de los puestos de guardia de la isla no figuraba ni por asomo entre sus atribuciones. Lo hacía porque había sido durante mucho tiempo oficial de la legión y porque, en el desempeño de su importante cargo, echaba de menos aquel paseo matinal. A cada uno de los centinelas le repetía el santo y seña elegido por el emperador: *amor fati*, el amor por el destino.

¡Qué fácil resulta exhortar a los hombres a amar su destino, cuando uno es el único que lo determina! Macrón se encargaba de que se cumpliesen en Roma y en todo el Imperio las órdenes de Tiberio, que no abandonaba Capri desde hacía mucho. Una vez más, recordó que el prefecto Sejano, al que había sucedido en aquel puesto relevante y arriesgado, había terminado su carrera en la escalera de las Gemonías, despedazado por el

populacho. Era peligroso gozar de la confianza de Tiberio. ¿Acabaría corriendo él la misma horrenda suerte?

Se detuvo por un instante, rescatado de tan lúgubres pensamientos por el esplendor del paisaje. El mar orlaba la costa con una puntilla de nácar. A lo lejos, dos velas triangulares escoltaban la sombría masa de un trirreme. Muy cerca, en la villa de Capricornio, una de las doce que Tiberio había mandado construir y a las que había puesto los nombres de los signos del zodiaco, se erguían las resplandecientes columnas de su peristilo.

De allí llegaba un confuso rumor de fiesta. Macrón reprimió un juramento. Si hubiera tenido a sus órdenes a ese inútil de Cayo, le habría enseñado a proceder con rectitud a base de correctivos generosos aplicados con la cepa de viña, la insignia de los centuriones. Por desgracia, no podía darle más que consejos al hijo adoptivo del emperador, consejos de los que el joven no hacía el menor caso. Veinte años atrás, cuando vivía en los campamentos del ejército del Rin con su padre, el gran Germánico, todo el mundo había creído que un día llegaría a ser un soldado. Lo disfrazaban de legionario, lo que le valió el sobrenombre de Calígula, «bota pequeña». Llegado a la edad adulta, no era más que un gandul que se pasaba las noches de juerga hasta el alba.

Al tiempo que reanudaba la marcha por el sendero, el prefecto del pretorio pensó en la conversación que había mantenido la noche anterior con el emperador. ¿Qué le había pasado a Tiberio por la cabeza mientras fijaba en él aquellos grandes ojos azulados hundidos bajo la maraña gris de las cejas? De forma maquinal, Macrón se puso a contar los pasos que lo separaban de la villa de Júpiter. Determinados números se consideraban propicios, otros nefastos. Setenta y siete, setenta y ocho..., la edad de Tiberio. Escrutó el cielo, buscando un presagio. A la izquierda, una golondrina ascendía hacia los nubarrones del lado malo. En la entrada de la villa, se encontró con Calisto, madrugador como de costumbre. De mala gana, le devolvió el saludo. El liberto favorito del emperador, un hombrecillo con ojos de hurón y hocico puntiagudo al que habían puesto el mote del zorro griego, había nacido esclavo en una aldea perdida de Asia. Había sido portero, portador del ánfora de vino y después cubicular, criado encargado del dormitorio. Designado para ocuparse de la silla retrete del emperador»

se había manejado tan bien que al cabo de un año Tiberio le había dado la bofetada simbólica de la manumisión. Sacando partido de su confianza el favorito había amasado una inmensa fortuna, y se *decía que* una de sus villas estaba adornada con treinta y dos co-lumnas de ónice. Reconcomido de rabia, el oficial pensó que para hacer carrera en Roma la esponja de limpiar culos era más útil que la espada. Antes de ir a trabajar con el emperador, se detuvo a cambiarse el apartamento que ponían a su disposición en cada una de sus estancias en la isla. Enia estaba acabando de arreglarse. Una criada le cepillaba la larga cabellera rubia.

¡Al menos aquí nos levantamos temprano! —exclamó con jovialidad—. No es como en casa de Cayo; él aún no se ha acostado. Lo veremos aparecer al final de la tarde, en cuanto se despierte. ¡Qué vida, por Hércules!

Enia le sonrió desde el espejo de plata.

—No te preocupes, que no me dejaré seducir.

¿Cómo había adivinado su secreto temor? No era ésa la forma en que una romana debía hablarle a su marido. Cuando Tiberio le había mandado casarse con la hija de su gran

amigo, el astrólogo griego Trasilo, Macrón se había sentido halagado por aquella muestra de estima. Con el tiempo le había llegado a gustar esa extranjera de cuerpo airoso y andrógino. Nunca se había planteado si la quería; los militares no ponen nombres a sus sentimientos.

—Cayo se te insinúa —refunfuñó—. Deberías evitarlo.

—Quiero saber quién es.

—Todos lo sabemos. Es el hijo de Germánico y el hijo adoptivo de Tiberio.

Sí, pero ¿cómo es en el fondo?

—Yo te lo diré. Es un inútil. Un joven licenciado tan enemigo "«trabajo como un esclavo corso.

Finge serlo. Es un papel que representa, como en el teatro.

"—¿Por qué te interesa tanto saber de él?

"-Porque un día será emperador.

¿Emperador, él? ¡Mi pobre Enia, tú desvarías! A la edad en Me todos los demás están en el ejército, él toca la pandereta y hace

teatro con rameritas y afeminados. ¡Emperador! ¡Tiberio nunca lo nombrará!

La mujer calló, pero él intuyó que su certeza no se había debilitado en absoluto.

Cuando entró en la gran oficina del primer piso, el emperador se encontraba ya allí. A contraluz, Macrón sólo entreveía su fornida espalda. Los cuatro secretarios, inclinados sobre los pupitres a ambos lados de la puerta, se pusieron precipitadamente de pie como muestra de respeto. Tras tender al ujier la capa roja y el casco con penacho, avanzó hacia la lustrosa mesa sobre la que un sirviente depositaba un legajo de documentos. —*Ave, Caesar.*

Por toda respuesta, obtuvo un gruñido. Se sentó frente al emperador para presentarle su informe.

Aunque el anciano parecía adormilado, de vez en cuando, en su rostro salpicado de manchas, los párpados marchitos se levantaban sobre los ojos saltones con igual rapidez que una lengua de lagarto. Al oír ciertas palabras, corregía un error o exigía una precisión. Ante ciertos nombres, se reía con actitud socarrona, como si encerrasen un secreto divertido que sólo él conocía. Rechazó en bloque, sin querer examinarlas, las peticiones de gracia de los condenados a muerte.

Las horas se sucedían. Macrón comenzaba a acusar el cansancio, la sed y el hambre, pero Tiberio parecía ajeno a estas contingencias humanas. El ordenanza acudió a decir en voz baja que los jóvenes aguardaban para presentar, como cada día, sus respetos al emperador.

—Hazlos pasar. Tú puedes retirarte, Macrón. Por cierto, no volverás con tu esposa a Roma. Su padre está enfermo y necesita tenerla cerca.

—¡A tus órdenes, César!

Con un gesto, Tiberio animó a los primos a acercarse. Habría resultado difícil encontrar compañeros más dispares. Cayo era un joven de veinticuatro años, flaco, de pelo pajizo y cara angulosa. Las muñecas peludas sobresalían de su toga, en los extremos de unos brazos demasiado largos con los que, por lo visto, no sabía qué hacer. Mantenía la mirada gacha en actitud respetuosa. Gemelo, que llevaba aún la toga pretexto de niño, era bajito, gordezuelo, y bajo los cabellos negros y rizados, su semblante traslucía ingenuidad. Tenía un aire embelesado y aterrorizado a la vez. Tiberio se inclinó

para darle un beso y luego correspondió con un cabeceo al saludo del alto papanatas. Pensó que, como siempre, el amante del teatro estaba haciendo comedia, adoptando delante de él la pose del memo que distaba mucho de ser.

—Gemelo pronto será capaz de recitar cien versos de Hornero.

—Espero que no lo hagas subir a escena. ¡Ya tengo bastante con un histrión!

—No, César. Sólo le pido que se grabe en la cabeza los poemas. Tiene una memoria excelente.

—No soy yo el que tiene memoria —lo corrigió el niño, ruborizado de orgullo—, es Hornero quien elige palabras fáciles de retener. Cuando hayamos terminado, Cayo me va a llevar de paseo con él. Conoce los nombres de todos los árboles y todas las flores de la isla.

—¿Así que os paseáis juntos? ¿Caminas con pie firme, Gemelo? ¿Nunca tienes vértigo? Si vas por un camino que discurre al borde de un acantilado, ¿estás seguro de que no vas a caer al mar?

—Nunca me acerco a los despeñaderos. Sé que debo andar con cuidado y no ir a donde hay peligro de resbalar.

—Haces bien. Si además eres ágil como una cabra, quizá vivas largo tiempo, hijo. No te pasees mucho con tu primo. Es un ejercicio peligroso. Ya sabes lo que le ocurrió al pobre de Ganimedes. El también andaba con pie firme... Bueno, regresad a vuestras ocupaciones. Cayo, volverás a verme a solas para que te muestre cómo trato a los mentirosos. Mientras tanto, reflexiona. Nunca es tarde para reconocer que uno no ha dicho la verdad. Como un gato al acecho de un gorrión, el viejo lo escudriñaba sin alcanzar a vislumbrar en él el menor signo de emoción. Su máscara de candor permanecía inalterable. Si el histrión había sido el responsable, poseía una extraordinaria sangre fría.

Roma, mayo del año 36

Aquel era uno de los sitios donde se daba cita lo más selecto de Roma. Desde las amplias ventanas se dominaba la vasta arena cubierta de ceniza donde se ejercitaban los gladiadores. Los aficionados a aquel noble deporte intercambiaban comentarios, cómodamente instalados, pero muchos de los espectadores, y sobre todo las espectadoras, no frecuentaban el establecimiento por amor al arte de la espada. Se trataba de mujeres de mundo, fervientes admiradoras del músculo y el sudor, que acudían a elegir allí su amante por una hora, por un mes o incluso por más tiempo en ocasiones. A ciertos hombres los atraían los *tunicati*, esos gladiadores invertidos que despertaban un cordial desprecio entre sus compañeros.

El dueño del establecimiento, Graco, era el mayor empresario de espectáculos de la ciudad, propietario del primer *ludus*, donde se concentraban los mejores luchadores profesionales de Roma. A diferencia de la gran mayoría de la gente de su profesión, era de buena familia. Quienes lo veían por primera vez, con su túnica ceñida con un cinturón de cuero rojizo provisto de una hebilla de oro, lo tomaban por un oficial. En realidad, su pasión por las armas lo habría llevado a seguir la carrera militar si su gusto por la vida fácil no lo hubiera inclinado a preferir la profesión de *lanista*. Esta actividad, al igual que la del *leno* o proxeneta, estaba mal vista, porque se basaba en el tráfico de carne humana. El hecho de que le estuviese vedado actuar como testigo de la acusación en los juicios y de que lo hubiesen privado de sus derechos cívicos no impedía en modo alguno que Graco fuese un notable bien considerado y adulado. Sus constantes viajes a través de todo el Imperio, en busca de nuevos campeones o de animales para el circo, lo habían convertido en uno de los hombres mejor informados de Roma.

Aquella fresca mañana del mes de mayo, no estaba de humor para fiestas. Con una copa en la mano, observó por un momento la veintena de combates que libraban los duelistas antes de volverse hacia sus invitados con semblante afligido.

—¡Pero qué lástima! ¡Unos juegos sin escenas de caza, es algo increíble!

Sus palabras suscitaban un murmullo de aprobación entre todos los que se apiñaban en los sencillos bancos de madera, en torno a la gran mesa, pues era de buen tono compartir las duras costumbres de los atletas.

- ¡No, nunca se vio tal cosa!
—¡Sin *venatio* no hay espectáculo!
—¡Para eso tanto daría prohibir los juegos!
—¡Es la muerte del circo!

Graco tendió el brazo en dirección a los duelistas.

—Un día, quizá también ellos se queden sin derecho a combatir. ¡Entonces no me quedará más remedio que cerrar el negocio! No sé qué voy a poder presentar por las mañanas al público ahora que la *venatio* está prohibida. ¡Tampoco puedo pedirles a mis hombres que luchen antes de mediodía!

—Haría falta mucho más que eso para arruinar a ti —dijo con aire de entendido un joven cuya aflautada voz y recargada vestimenta revelaban su afición por los *tunicati*.

—No creas, Livio. Tengo gastos. Los viajes, las compras, los entrenadores, los arbitros, los médicos, los cuidadores, los mozos de pista, los portadores de letreros y un montón de cosas más. No soy tan rico como te imaginas.

Los invitados le hicieron notar su incredulidad con toses y carraspeos.

—Bueno, está bien, esto no me va arruinar—reconoció—. ¿Pero qué voy a hacer con las fieras que he mandado traer de África y de Asia si ya no se permite matarlas en la arena?

—Quedan los condenados —señaló un invitado que llevaba el anillo de oro de los miembros de la orden ecuestre.

—¡Menos mal!

Una patricia repintada, cuya relación con el gladiador tuerto Selano era la comidilla de todos, intervino con tono melindroso.

—Yo, de pequeña, esperaba con impaciencia los festejos de las Cereales en los que sueltan zorros envueltos en paja a la que prenden fuego. ¡Cómo me hacían reír con sus saltos y sus chillidos!

—Pero ¿por qué prohíbe Tiberio la *venatio*? ¿Sabrías decírmelo tú, Graco, que vas tan a menudo a Capri?

—Por Hércules, él no me explica a mí los motivos de sus decisiones. Además, casi ni lo veo. Yo trato sobre todo con Calígula porque lo proveo de actores y decorados de teatro. Pregúntale a Ahenobarbo, quizás él tenga la respuesta.

La matrona se volvió hacia un coloso cuya cara presentaba casi la misma tonalidad púrpura que el ancho ribete de su toga.

—Pues bien, a ti te dirijo la pregunta, clarísimo —dijo, otorgándole el tratamiento reservado para los senadores—. ¿Por qué prohíbe el emperador la *venatio*?

—¿Y eso te molesta en algo? ¡Que yo sepa, no ha prohibido los gladiadores!

El desaire no sorprendió a nadie, pues Domicio Ahenobarbo se había ganado a pulso la fama de bruto y grosero. Pertenecía a una de las más prominentes familias de la ciudad y ocupaba un puesto importante en el Senado, pero, como ocurrió antes con su padre, tenía un temperamento irascible y dejaba lisiados a sus esclavos.

—Acabas de regresar de Capri, ¿verdad? —le preguntó la patricia a Graco, sin inmutarse.

—Todavía estaba allí hace tres días.

—¿Viste al emperador?

—Sí. Hasta me dirigió la palabra.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. Está muy bien.

Ahenobarbo soltó una sonora risotada, pese a lo cual Graco se abstuvo de añadir nada más. Cada vez que regresaba de la isla, lo acosaban a preguntas a las que era peligroso responder. Tiberio llevaba nueve años confinado en Capri por voluntad propia, y Roma era un hervidero de rumores escandalosos relativos a la vida que allí llevaba.

—Vamos —insistió la patricia—. ¡Cuenta, no te hagas de rogar! ¿Las impúberes, los

pececillos? Dicen que el emperador ordena que le hagan cosas que no puedo nombrar en honor a la decencia y que...

—Me extrañaría mucho —la interrumpió Ahenobarbo—. ¡A ese viejo cabrón ya ni se le levanta! Va a estirar la pata de un momento a otro.

Un aire glacial pareció descender de repente sobre los congregados. Graco sabía cómo comportarse en tales casos...

—Labieno, tú que eres el más sabio de todos los presentes en cuestión de juegos, ¿podrías explicarnos de dónde viene la costumbre de la *venatio*?

El aludido, un anciano de calva reluciente y enormes orejas traslúcidas, se aclaró la garganta y adoptó una actitud magistral.

—Desde tiempos inmemoriales, la pausa de mediodía está consagrada a la caza. Es una tradición muy antigua. Hace dos siglos, nuestros antepasados libraron por primera vez combate en el circo con elefantes capturados en Sicilia. Como sabéis, ahora ya no quedan. Los avestruces llegaron más tarde, pero no son aptos para la lucha y no hacen más que patochadas. En la consagración del templo de Marcelo, se exhibieron treinta y seis cocodrilos. Me acuerdo muy bien. También vi en persona, yo que os hablo ahora, los ocho elefantes sabios de Germánico. De todas formas, no se trataba en el sentido estricto de una *venatio*, puesto que no los mataban.

—¿Y los condenados a las fieras? —inquirió con su atiplada voz el aficionado a los *tunicati*.

—Ése es un asunto bien distinto, mi joven amigo. Después de su victoria sobre Perseo, Paulo Emilio tuvo la ocurrencia de castigar a los tráfugas de su ejército aplastándolos con elefantes. Entonces descubrieron que la muerte causada por las fieras es la que más terror produce a los humanos. Por eso está reservada para los criminales.

—Todo eso no explica por qué Tiberio ha prohibido la caza.

—Pues yo sí sé por qué —aseveró Ahenobarbo—. Porque está loco.

Graco se estremeció. La ley permitía infligir la muerte a todo aquel que cometiese delito de lesa majestad profiriendo afirmaciones semejantes.

—¡No hablemos de eso!

—Yo hablo de lo que me place. Todo el mundo sabe que Tiberio ha perdido la razón; por eso se ha recluido en Capri. ¿Es esa morada propia para un emperador? ¿Una isla donde no hay ni anfiteatro ni edificio público digno de tal nombre? ¿Y quién nos gobierna en Roma? Decidme, ¿eh?

Dejó transcurrir un instante.

—¡No os atrevéis a decirlo, claro! —prosiguió en tono furibundo—. Pues yo sí. Es el prefecto del pretorio, Macrón, un militar que no ve más allá de sus narices. Va a Capri a contarle al viejo que Roma está tranquila y después abre la mano para que el viejo cabrón deposite en ella cagarrutas en forma de edictos y mensajes. A su regreso, el Senado declara que el olor es exquisito y yo soy el único que vota en contra.

La diatriba sumió a los presentes en un atemorizado silencio. Todos encontraron una excusa para marcharse. Ignoraban que en toda tiranía siempre se tolera a un oponente acérrimo que sirve de coartada al régimen e induce a los descontentos a desenmascararse. Cuando estaba de buen humor, cosa que sucedía en raras ocasiones, Tiberio decía que ya había castigado con creces a Ahenobarbo por su insolencia obligándolo a casarse con la horripilante Agripina.

En aquel opresivo fin de reinado, el porvenir estaba cargado de incertidumbres. Tiberio, nacido de un anterior matrimonio de Livia, la esposa de Augusto que, aunque no le había dado un heredero varón, lo había convencido de que adoptase a su hijo, no pertenecía al linaje de Julio César, fundador de lo que nadie osaba aún denominar una dinastía. El actual emperador se había granjeado el aborrecimiento de la familia del prohombre, la *gens Julia*, a la que había diezmado alegando conspiraciones contra él, hasta no dejar con

vida más que un heredero varón en la persona de Cayo. Resultó pues una sorpresa para todos que lo adoptara, pero en lugar de prepararlo como sucesor, lo maltrataba y lo humillaba. ¿Se arrepentía acaso de haberle perdonado la vida? ¿Quería, antes de morir, dejarle la vía libre a Gemelo, su sobrino carnal? ¿O tal vez el antiguo republicano convertido en tirano deseaba que tras él el Senado restableciese la República? El viejo de Capri no confiaba a nadie sus intenciones, y Roma entera se perdía en conjeturas.

Capri, mayo del año 36

Tiberio deslizó la mano sobre la larga mesa pulida.

—Veamos, Cayo, ¿has reflexionado sobre la conversación que sostuvimos el otro día?

¿Afirmas que tu amigo resbaló?

—Sí, César. Él iba muy por detrás de mí. Yo no me di cuenta de nada.

—Se trata de un accidente, entonces. Como la muerte, el año pasado, de tu esposa Junia Claudia, que cayó de lo alto de la gran escalinata de tu villa. Se producen muchas caídas mortales a tu alrededor, hijo. Tu proximidad es igual de peligrosa que la de la roca Tarpeya. ¿No me ocultas la verdad?

—No.

—Haces bien. Es peligroso mentirme. Creo que ha llegado la hora de que veas qué les ocurre a las personas que se arriesgan a hacerlo. ¡Sígueme!

Guió al joven a la estancia contigua a la gran oficina oficial, donde acostumbraba recibir las visitas privadas. Las paredes estaban enteramente tapizadas con gruesas colgaduras. Levantó una de ellas para abrir la puerta oculta tras el tapiz. Las antorchas de la pared iluminaban débilmente los primeros peldaños de una escalera de caracol.

—Ve tú delante, hijo. Si tropiezo amortiguarás mi caída.

Bajaron con mucha precaución los escalones hasta una habitación subterránea alumbrada por dos teas sujetas a la muralla. Dos hombres vestidos con túnica de cuero que jugaban a los da-

dos en una mesa, se levantaron con celeridad al ver entrar al emperador.

—¿Cómo está mi amigo Capcio? ¿Sigue bebiendo de mi mejor vino?

—Sí, César. No bebe otra cosa.

Unas puertas de pesados herrajes daban acceso a las mazmorras. Sosteniendo una antorcha, uno de los guardianes abrió la más cercana. En el suelo, una forma humana permanecía encadenada a una anilla fija a la pared.

—Y bien, Capcio, ¿es tan bueno mi vino como el de tu amigo Sejano?

»Verás, Cayo —explicó a Calígula—. Cuando le pregunté si había participado en la conspiración, lo negó. Fue durante una comida. Me dijo: «Tan cierto como tu vino es el mejor, yo no he intrigado contra ti.» Desde entonces, no bebe más que mi vino. Tiene mucha suerte.

A un gesto suyo, el guardián sacó de la túnica un puñal y se inclinó. El hombre emitió un grito ronco. Sintiendo que le flaqueaban las piernas, Calígula posó las palmas de las manos en la pared. El contacto frío de la piedra le ayudó a serenarse.

—¿Lo oyes, Cayo? Me pide clemencia. Ya no tiene lengua, pero ya no necesita mentir. ¡Uf, qué hedor! Sin duda nuestro amigo ha perdido la compostura. ¡Y pensar que tenía tan buenos modales cuando lo conocí!

Tras ascender con esfuerzo por la escalera, se dejó caer en un diván.

—¿Lo ves, Cayo? Cuando alguien me miente, acaba así. No me gusta que me engañen, y ese hombre quiso engañarme. Tú dirás que Capcio era un gran personaje y que fue dos veces cónsul. Sin embargo, ¿hay que tener en cuenta la calidad de las personas? ¿Sería justo tratar de modo distinto a un mozo de cuerda y a un senador, si ambos han conspirado contra el Estado?

—No, no sería justo.

—Esto me cuesta, por supuesto. No es agradable mandar matar a los propios amigos o parientes. Cuando una fruta está podrida, sólo sirve el cuchillo. Me parece que estás temblando. Vuelve a tu casa, debes de estar enfermo.

—No tengo frío —logró articular Calígula, con un esfuerzo sobrehumano—. Ha sido muy interesante y te doy las gracias por ello.

Tiberio observó a Cayo mientras éste se alejaba, con las largas piernas temblorosas. Aun bajo el efecto del terror, su máscara no había dejado traslucir la menor emoción. El emperador experimentó por su hijo adoptivo un sentimiento parecido a la admiración.

Capri, junio del año 36

La villa de Capricornio estaba decorada con profusión de obras de arte orientales, cabezas indias de ojos rasgados y enigmática sonrisa, dioses egipcios, una estatua de cuerpo entero de Alejandro, una diosa Isis en mármol blanco, con el sistro en las manos y tocada con el disco cornudo. En el atrio, un bajorrelieve de Babilonia representaba una procesión de sacerdotes de altas tiaras y barbas rizadas.

Encaramado sobre un montón de cojines, Calígula balanceaba los pies calzados con sandalias bordadas de oro, sin dedicar ni una mirada a la amplia bahía que se abría al paisaje marino. Para él, Capri era una cárcel en torno a la cual el mar levantaba barrotos de espuma. El carcelero que lo mantenía cautivo jugaba con él de forma cruel aunque solapada. Tras la frente manchada por la vejez, en la mirada azul de Tiberio, velada por los ajados párpados, Cayo veía merodear su muerte. En ocasiones, lo asaltaba la impresión de haber nacido con la angustia en el vientre, de haber sentido siempre sus agudos dientes royéndolo por dentro.

Una tos lo hizo alzar la vista. Un viejecillo con una calva flanqueada por dos mechones blancos aguardaba en el umbral.

—¡Ave, Trasilo! Sé bienvenido. Ésta es la primera vez que te veo aquí. Toma asiento en esta silla que, en tiempos lejanos, perteneció a un faraón. Tal como has pedido, he ordenado que nos dejen solos. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

Pese a que pretendía mostrarse irónico y desenvuelto, aquella visita llevaba hasta el límite la angustia que lo atenazaba. Trasilo estaba al frente de los doce astrólogos que Tiberio había reunido en Capri.

—Debo hablarte de tu porvenir.

—Ya lo conozco —contestó Calígula, encogiéndose de hombros—. Tiberio me ha mostrado la suerte que me tiene reservada. Quiere hacerme morir en su mazmorra.

—No, tú serás su sucesor. Te recuerdo no obstante la regla de nuestro arte: los astros predisponen pero no determinan.

El joven no se tomó la molestia de disimular su estupefacción. —¿Yo? ¿Siendo Gemelo de su misma sangre? —Te elegiré a ti. —¿Sabe que estás aquí?

—No. Sólo mi hija lo sabe, pues comparte mis secretos. —Si llegara a sus oídos tu predicción, me mataría sin duda. —Un día, hace mucho de eso, quiso mandarte matar para precaverse contra las conjuras que habrían podido urdirse en torno a ti. Yo le aseguré que tú tenías tantas posibilidades de ser emperador como de atravesar sin mojarte los pies el golfo de Baias. Es la única mentira que he dicho jamás.

—¿Hiciste mentir a los astros?

—No. Sólo me ocupé de que un hombre no los insultara. Debo informarte de algo más. Hemos entrado en el mes de los Peces, y el mundo va a sufrir una gran conmoción. Un ser

prodigioso será la causa. Arrasará el mundo con su llama, asolará Roma y después la reedificará.

—¿Dónde está?

—Se oculta en Oriente, donde nació hace más de treinta años. Quizá se te presente la ocasión de conocerlo. —¿Cómo lo reconoceré?

—¿Cómo se reconoce el Sol? Tiberio ha ordenado su búsqueda, pero no lo ha descubierto. En cuanto a ti, puedes ser el mejor o el peor de los emperadores. Cuando Zeus creó a Pandora, le ofreció todos los dones del espíritu y del cuerpo. Hefesto forjó para ella una caja, en la que el padre de los dioses encerró todos los males que amenazaban al mundo. Ordenó a Pandora que no la abriera nunca. Ya sabes lo que ocurrió después. ¡No imites a Pandora, Cayo! —¿Cuándo va a morir Tiberio? —He venido a hablarte de tu destino, no del suyo.

Trasilo se levantó y se encaminó a la puerta con el paso precavido de los ancianos. Un vez en el umbral, se detuvo.

—¡No imites a Pandora, Cayo!

Luego subió a su litera e indicó a los portadores que lo llevaran a la villa de Júpiter. Cuando el ujier le anunció al emperador que su astrólogo le solicitaba audiencia, Tiberio lo hizo pasar de inmediato.

—Pareces agotado, amigo mío. Hacía un mes que no salías de tu casa. ¿Por qué lo has hecho hoy? Yo hubiera venido a verte.

—Mi cansancio carece ya de importancia. El gran reposo llegará mañana.

—Sin embargo me habías hecho concebir esperanzas —señaló, con voz quebrada, el emperador.

—No podía decírtelo. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte. ¡ Ay, Trasilo, te seguiré muy pronto! Aunque yo no conozco ni el día ni la hora.

—Yo tampoco los conozco. Este privilegio no me ha sido concedido más que para mí mismo. Sin duda con el fin de que pueda despedirme de ti.

Evocaron algunos recuerdos, sobre todo de los siete años en los que Tiberio había permanecido en exilio voluntario en Rodas. Bajo aquel luminoso cielo, habían llevado una vida de estudio que ambos rememoraban con nostalgia.

—Gracias por avisarme. Me habría resultado demasiado doloroso enterarme de la noticia por boca de otro. Dime, ¿veré yo mismo, antes de morir, al ser extraordinario cuyo nacimiento en Oriente me anunciaste hace más de treinta años? ¿Veré cumplirse la profecía de Virgilio sobre el niño que traerá a los hombres la nueva edad de oro?

—No está en mis manos responderte. Ese secreto no me ha sido desvelado.

—¿Sabes, al menos, si es el mago que descubrió Agripa?

—No lo creo, pero si llegas a toparte con ese ser prodigioso, no te costará reconocerlo...

—Contigo pierdo al último de mis viejos amigos. No hace mucho se fue Nerva, y, ahora, finalmente, se va Trasilo. Livia te había recomendado, y ése fue uno de los pocos favores que me hizo mi madre. Ahora me quedo solo, aunque no será por mucho tiempo.

Al advertir que se enternecía, Trasilo lo interrumpió.

—Todos somos mortales. Te encomiendo a Enia; los astros le auguran una suerte difícil.

—Velaré por ella como si fuera mi hija.

—Lo sabía. Tengo otra petición aún más importante que hacerte.

—¿Más importante?

—Sí.

—Habla, sabes bien que no te negaría nada.

—Tras mi muerte, no volverás a oír de boca de nadie lo que voy a decirte. Has sido un gran general y un gran emperador, pero la última etapa de tu reinado no ha sido beneficiosa ni para ti ni para

Roma.

—¡Tú puedes decirme lo que sea, Trasilo! —La desdicha te ha vuelto cruel. Te ha privado de aquello sin lo cual no podías vivir, la piedad.

—¿Piedad de quién? —gruñó el emperador, con un encogimiento de hombros.

—De Roma, del género humano y de ti mismo. —¿Acaso alguien se ha apiadado de mí?

—Voy a decir unas palabras que pueden pronunciar unos labios que pronto se cerrarán. Conozco el motivo de tu desdicha. Te reprochas una y otra vez el haber provocado injustamente la muerte de tu sobrina, a la que amabas como una hija.

Tiberio le lanzó una mirada fulminante. De improviso, cambió de expresión y sus grandes ojos azules se anegaron en lágrimas.

—Es cierto. Pienso continuamente en ella. Maté a la hija de mi hermano, Druso, que me la había confiado al morir. No quise escuchar los ruegos de Antonia. Y Livila era inocente; después obtuve la confirmación. Ella me quería, Trasilo, me llamaba su tío el Oso. ¡Y yo la maté! Su único delito consistió en ser la compañera de Sejano. Antonia tiene sobradas razones para odiarme. Cometí el peor de los crímenes.

—No es demasiado tarde. —¿Cómo que no es demasiado tarde? —Antonia puede dejar de odiarte.

Tras estas palabras, Trasilo se levantó para despedirse. Tiberio lo acompañó hasta la puerta y lo abrazó.

—Adiós, amigo —le susurró con voz apenas perceptible—. Le escribiré.

En cuanto llegó a su casa, el astrólogo se dirigió con gran esfuerzo a la cama. Sonrió al ver acercarse a su hija con su gracioso porte de bailarina. Una vez más, Trasilo se admiró de lo extrañas que eran las leyes de la generación. ¿Qué tenían en común él y esa criatura esbelta y ágil, aparte de la afición a las especulaciones elevadas y las verdades misteriosas?

—Ya está. He hablado con ellos. Tiberio escribirá a Antonia.

—¿Y Cayo?

—No ha parecido sorprenderse. Lo he puesto sobre aviso. Se avecinan tiempos terribles. Te dejo expuesta a grandes tribulaciones.

—Deja de atormentarte, padre. —La joven le posó la fresca mano en la frente.

El astrólogo sintió que desfallecía. Allá abajo, la Parca debía de estar acercando las tijeras al hilo.

—Él puede ser el mejor o el peor.

—Será el mejor. Estoy segura.

Trasilo comenzó a delirar poco después. Sus últimas palabras, las que en latín se califican de «más nuevas», fueron «*Astra inclinant non cogunt*»: los astros predisponen, pero no determinan.

Jerusalén, julio del año 36

Arrancado de un sueño en el que se ceñía la corona de Salomón, Agripa maldijo las trompetas de plata de los sacerdotes que despertaban Jerusalén al alba. Se desprendió con suavidad de los brazos de Herodías, que ocupaba más de la mitad de la cama y lo aplastaba con sus opulentos senos. Por la ventana vislumbraba una cornisa del antiguo palacio de Herodes y un retazo de cielo blanco en el que revoloteaban los vencejos. Se anunciaba un tórrido día de verano.

La misión que Tiberio le había encomendado caprichosamente comenzaba con buenos auspicios. En primer lugar, su prima Herodías se había entregado a él sin resistirse. No le había extrañado, porque siempre había gustado a las mujeres. Ella era la esposa del endeble tetrarca Antipas. Se había revelado de entrada como una valiosa aliada, porque prodigaba buenos consejos y conocía bien el complicado país al que él regresaba por vez primera. En cuanto al prodigioso ser que le habían encargado descubrir, no existía sin duda más que en las fabulaciones de un viejo astrólogo, pero Simón el mago podría representar su papel.

Herodías se despertó. Al abrir los ojos magnificados por la raya negra de kohl, comprobó con gesto maquinal que a su vecino no le faltaba nada esencial.

¡Uf, me dejaste agotada! —gimió.

—¡Eres tan hermosa...! ¿Cómo cansarse de ti?

Lo abrazó, halagada, antes de reanudar la conversación en el punto en que la había dejado la noche anterior.

—¿De modo que llegaste a Roma como rehén a la edad de siete años pero no te sentías desgraciado?

—En realidad era muy feliz. Como todos los niños de la familia real, vivía en casa del emperador. Me trataban como a una especie de sobrino de ultramar. Le caía bien a Augusto; me encontraba divertido.

—¿Y la terrible Livia?

—Conmigo no era terrible, aunque exigía que asistiese a la sinagoga. Quería que profesáramos una religión. Por lo demás, yo hacía lo que quería. Desde que me salió el primer pelo en la barbilla, me abandoné a la gran vida.

—¿Te acostaste con muchas romanas?

—Pronto perdí la cuenta. De todas formas avancé mucho en mis estudios. En ese sentido, Augusto se mostraba inflexible. Decía que un rehén debe ser cultivado. Lo mismo opinaba Claudio.

—¿El hermano de Germánico?

—Sí, Claudio escribe libros de historia y de gramática. Es un espíritu superior, atrapado en un cuerpo deforme.

—¿Es verdad que Tiberio mandó asesinar a Germánico en Antioquía?

—Eso se decía, pero yo no lo creo. Tiberio tenía en gran estima a Germánico. Los dos eran excelentes generales. De lo que no me cabe duda es de que estuvo detrás de la muerte de su viuda y sus dos hijos. No quería que quedaran descendientes de Julio César en torno a los cuales pudieran agruparse sus adversarios. Sólo sobrevivieron Cayo y sus tres hermanas. —¿Se parecen las tres?

—Aparte de los ojos azules y el cabello negro que heredaron de Germánico, no tienen casi nada en común. La mayor, Agripina, es un César con faldas obsesionada con dominar a todo el mundo. El amor es lo último que le interesa. La pequeña Julia, a quien todos llaman Lesbia, es una chiquilla pretenciosa, muy orgullosa de sus rizos. En cuanto a Drusila, la he visto en muy pocas ocasiones. —¿Cuál es la más bella?

—Agripina posee un cuerpo de estatua, pero unas facciones más bien duras, para mi gusto. Lesbia es bonita sin más. Yo por mi parte, comparto el gusto de Cayo, y le doy la palma a Drusila. —¿Es cierto que, cuando eran niños, los dos...?

—Es cierto, aunque Cayo ya no era un niño. Contaba diecisiete años, y ella doce. Vivían en casa de su abuela, Antonia, y ella los sorprendió in fraganti. Por aquel entonces, Cayo era mi alumno, y por eso me enteré de todo el asunto. Estaba perdidamente enamorado de

ella y supongo que aún lo está, pese a que Tiberio los haya separado.

—¿Y ella?

—¿Cómo voy a saberlo? Es una mujer extraña. Fascina a los hombres, pero no les presta la menor atención. No se le conocieron amantes hasta que Tiberio concertó su matrimonio con el procurador de Rodas. Se rumorea que ella no quería que nadie sucediera a su hermano en el goce de sus encantos.

—¿Cayo será emperador?

Agripa le había explicado ya varias veces la situación. ¿Cómo era posible que las mujeres retuviesen con toda fidelidad los detalles más nimios y en cambio olvidasen tan fácilmente lo importante?

—En Capri, todo el mundo te respondería que no —le explicó, armándose de paciencia—. Tiberio lo trata como a un histrión y un inútil. A mí me parece significativo que, hasta el día de hoy, no lo haya matado y que incluso lo haya adoptado. Muchos dirán que fue para aplacar la hostilidad de la familia, la *gens Julia*. Eso es poco probable, porque a Tiberio no lo agobia ese tipo de preocupaciones. Si el hijo de Germánico, descendiente directo de Julio César, sigue con vida, es posible que llegue a emperador.

—Eso sería estupendo para ti. ¡Tu ex alumno!

—Cuando está de buen humor, me llama su venerado maestro, pero no estoy seguro de que me venere. En realidad, por lo que respecta a Cayo nada es seguro.

—¿Se parece a Julio César?

Agripa suspiró. Comenzaba a cansarse del interrogatorio. Las mujeres son curiosas como gatas. Cuanto más lejos viven del poder, más sueñan con conocer sus secretos.

—Es tan feo y brillante como su antepasado. Libertino, caprichoso, vicioso, pero dotado de una inteligencia extraordinaria. Yo estoy en condiciones de afirmarlo, porque él tenía siete años cuando su madre me pidió que supervisara sus estudios. Los otros dos, Druso y Nerón, eran torpes de espíritu. Cayo aprendió el griego jugando. Le fascina el Oriente. A los diez años, quería que lo llevara al templo de Isis. Todo despertaba su interés. ¿A que no adivinas cuál fue su primera pregunta, el día en que asumí mis funciones como su mentor?

—¿Y cómo quieres que lo adivine?

—Como sabía que yo era judío, se empeñó en averiguar qué aspecto tenía un miembro circunciso. Hube de enseñarle el mío a escondidas de su madre. Con eso me gané su confianza. Le asombró que la piel no pudiese deslizarse hasta cubrir el glande. La mujer emitió una risita gutural.

—¿De verdad que no se desliza la piel? ¡Qué catástrofe! Veamos.

Enseguida su boca se aplicó a la tarea. La noche había sido tan ardiente que al príncipe le costó llegar a donde ella quería llevarlo. —Debo ir a ver al sumo sacerdote —anunció él cuando la cara de ella estuvo de nuevo a la altura de la suya.

—Sé prudente. Es astuto como un demonio y quizá sospeche que tu historia es una trampa.

—No es una trampa. Se trata de un medio de ganar prestigio a ojos de Tiberio, nada más.

—Sin duda, pero para eso es preciso que el sumo sacerdote crea lo que le vas a contar. No olvides mi consejo. Eso debe ocurrir en Samaria y no en Judea. —Soltó una carcajada—. Y no te dejes seducir. Es muy aficionado a los hermosos donceles como tú.

Tras su marcha, Agripa se hizo lavar y perfumar y después se vistió con una túnica de lino sin adornos. La modestia de un príncipe de la casa real sin duda ablandaría al sumo sacerdote. Para ir al Templo, atravesó los magníficos jardines de Herodes sin dirigir ni

una mirada a las palmeras, naranjos y sicómoros que rodeaban las fuentes, y cruzó la pesada puerta llamada de Gennath. Dejando a la derecha el palacio de los Asmoneos, bordeó el muro interior que dividía la ciudad de este a oeste. Extendida entre valles y colinas, Je-rusalén era una ciudad dominada por formidables fortificaciones. Ceñida por la muralla de Nehemías, coronada por trece torres y provista de doce puertas, contaba como protección adicional con los muros de la ciudadela y del núcleo antiguo de Sión, de cuya superficie el Templo ocupaba la cuarta parte.

Al llegar ante la maravilla construida por Salomón, se detuvo por un instante para admirarla. Era el doble de imponente que la

Acrópolis de Atenas. Herodes el Grande, su abuelo, la había ampliado y embellecido de forma considerable medio siglo atrás. El edificio cuadrangular, un híbrido entre fortaleza y palacio, era de proporciones colosales. Sus cimientos, de piedras enormes dispuestas unas junto a otras, parecían obra de meticulosos gigantes. La techumbre estaba erizada de agujas de oro destinadas a impedir que los pájaros ensuciaran aquel lugar sagrado.

En la entrada del elevado atrio de enlosado multicolor que los judíos llamaban «la montaña de la Casa», un levita acudió a su encuentro para servirle de guía más allá de la estrecha puerta del *soreg*, una balaustrada de mármol esculpida a la altura del pecho humano que circundaba todo el edificio. En ella una inscripción grabada en griego y en latín advertía: «Cuidado, extranjero: si te sorprenden franqueándome, serás el causante de tu propia muerte.»

Una escalera de catorce escalones conducía al primer nivel, el *chel*, que rodeaba el lugar santo por tres de sus costados. Tras subir otros cinco escalones, se accedía, por una puerta de láminas descomunales de bronce de Corinto, al atrio de Israel, desde el que los fieles presenciaban los sacrificios celebrados en el enorme bloque de piedra sin tallar del altar. El propio Herodes el Grande había tenido que detener allí sus pasos cuando, el día de la inauguración, había ofrecido trescientos bueyes al cuchillo del sacrificador.

Anás aguardaba a su visitante en una habitación pequeña y austera. Era un hombre alto y delgado cuyos ojos, profundamente hundidos en las órbitas, destilaban más recelo y ambición que piedad. A su lado se encontraba un joven levita cuyo aspecto parecía confirmar las inclinaciones que le atribuían sus enemigos. La barba sin recortar por los lados, tal como lo exigía la minuciosa ley mosaica, se desparramaba sobre el *ephod*, distintivo de su dignidad, sujeto por dos broches de oro, y sobre el pectoral cuyas doce piedras preciosas simbolizaban las tribus de Israel.

—Que el Padre eterno te bendiga con su benevolencia —saludó Agripa haciendo una reverencia—. Como bien sabes, mi larga cautividad me ha mantenido separado de mi pueblo, pero sigo siendo judío. Por eso vengo a prevenirte de un asunto de extrema importancia.

—Te felicito por haber logrado sustraerte a la corrupción romana- ¿De qué asunto quieres hablarme?

—El otro día, en Cesárea, oí por casualidad una conversación entre oficiales romanos. Esos insensatos se creen los dueños del mundo y, como yo me crié en sus palacios, no tienen secretos para mí. Quieren instalar altares del emperador en las sinagogas.

—¿En nuestras sinagogas? —preguntó el sacerdote—. Eso es imposible, están muy bien custodiadas.

—Hablaban de Samaria.

—¡ Ah, eso es distinto! Los samaritanos son tan malos judíos que ni siquiera son capaces de proteger sus sinagogas. ¡Qué astucia, la de esos romanos!

—Si no surge un movimiento popular, o si se produce sólo una reacción de escasa

trascendencia, pasarán a la segunda etapa de su plan. Quieren colocar una estatua gigante del emperador en el Templo.

—¿Seguro que oíste bien?

—Perfectamente. Delante de mí hablan sin tapujos.

—¿Y dijeron «en Samaria»?

—Sí. Quizá creen que Judea no moverá un dedo en auxilio de los samaritanos.

—¿Como si hubiera sacrilegios sin importancia! La efigie de un hombre en la más humilde de las sinagogas constituye una abominación tan grande como la que perpetró Antíoco (¡maldita sea su memoria!) cuando mandó degollar unos cerdos en el altar mayor del Templo. Has obrado bien, príncipe Agripa, al avisarme del plan de esos malditos. ¿Cuándo piensan llevarlo a cabo? —Dentro de un mes exacto.

Al día siguiente, un correo partió a toda prisa en dirección a Capri. Llevaba un mensaje del príncipe en el que anunciaba que elementos perturbadores procedentes de Judea iban a provocar alborotos en Samaria a instancias de los sacerdotes.

Estaba satisfecho de su estratagema. Tiberio quedaría sin duda impresionado por su perspicacia. Esto le reportaría una gratificación y, lo que era aún más importante, una fama de gran experto en asuntos judíos. Había dado un paso imprescindible para hacer realidad su sueño de siempre, ceñirse la corona de Salomón y reinar sobre todo Israel.

Capri, julio del año 36

La habitación del emperador distaba de ser fastuosa. Toda la vida había detestado la ostentación, y los largos años de campañas habían acabado de alejarlo del recargado lujo que tanto agradaba a los ricos romanos. Había que ser un entendido en pintura para advertir que el friso que se extendía bajo el techo, en el que alternaban ninfas y bacantes con racimos de uva y diversos motivos florales, era obra de un gran maestro, o que los postigos de las ventanas eran de madera noble de alerce.

Para disimular el desasosiego, Jenofonte se acarició la corta barba perfumada. Griego, nativo de la isla de Cos, cuna de los más ilustres discípulos de Esculapio, ejercía de ginecólogo, uno de los primeros de Roma, cuando Tiberio lo había invitado a compartir su reclusión voluntaria en Capri. Había renunciado a la clientela de ricas matronas a quienes seducía con sus cautivadores modales y una elegancia poco común entre los de su profesión, pero a cambio percibía una paga generosa y ostentaba el honorable título griego de arquiatra.

—¿Y qué hay de mi transformación en dios? —gruñó el emperador, enfrentándose a la

muerte con el irónico desprecio de los soldados.

—Aún falta para eso.

El médico levantó la fina manta bordada. Los pies que habían recorrido el mundo en todas direcciones, de Germania al Heles-Ponto, estaban torcidos y amoratados como los de un viejo campesino. Con sus manos largas y cuidadas, el galeno le palpó el abdomen hinchado y después le tomó el pulso.

—¿Y bien? ¿Todavía no me ves resplandecer como el dios que muy pronto voy a ser?

—Tu enfermedad avanza muy despacio.

El silbido que producía al respirar y la irregularidad de sus latidos se acentuaban día a día, pero nadie era capaz de precisar con certeza cuándo se iba a detener la maquinaria.

—¿Qué piensas del accidente de Ganimedes? —preguntó de improviso el emperador.

—Pero si ya te presenté mi informe.

—Todavía no he perdido la cabeza. Quiero saber lo que piensas de verdad.

—Juro por Esculapio, César, que mi informe...

—No jures. En tu informe, refieres extensamente tus experiencias con esos dos jóvenes condenados a los que precipitaron exactamente del mismo lugar de donde cayó él. No explicas, sin embargo, qué conclusiones extraes de ello.

—No encontré señales de lucha ni de golpes, pero puedo equivocarme... Después de una caída así, los cuerpos están lacerados. Es difícil pronunciarse.

—¿Nadie lo empujó?

—Yo no he dicho eso. Sólo que parece tratarse de un accidente.

A un gesto del emperador, un esclavo acudió raudo para ayudarlo a levantarse. El anciano atravesó renqueante la estancia tirando con nerviosismo de su túnica de interior como si la encontrara demasiado corta y quisiera taparse las peludas piernas.

El médico sostuvo su mirada, velada en parte por nubes blanquecinas, y recordó que quienes habían conocido a su ilustre paciente en su juventud elogiaban el brillo de sus ojos, la potencia de su voz, la fuerza de su puño. ¿Cómo había llegado a convertirse en aquel viejo amargo y desconfiado?

Tiberio se sentó en un asiento alargado de ébano con pies de grifo. Soltó un resoplido prolongado, como si acabara de ascender una pendiente escarpada. El impétigo había marcado su pálido rostro con unas manchas rojizas.

—Dime, Jenofonte, ¿conoces bien a Cayo?

—Lo atiendo en muy raras ocasiones.

—¿Lo consideras un alienado? —No, César.

—¿En qué te basas para decir eso? ¿Lo has examinado a fin de cerciorarte de que no está loco? Tú eres un buen médico, pero ¿has tratado a muchos dementes desde que ejerces?

—No me he interesado más que en las enfermedades propias de las mujeres. Por otra parte, ellas también sufren de manía, de melancolía y de otros trastornos del espíritu.

—Y bien, puesto que algo entiendes de locura, vas a sacarme de dudas. Vas a dictaminar, con un sí o con un no, si Cayo ha perdido la razón.

—No presenta síntomas de desequilibrio mental.

—Yo no estoy tan seguro. Según me han informado, pronuncia, en sueños, el nombre de su hermana Drusila y, al despertar, habla con la Luna. ¿Su pasión incestuosa lo ha vuelto loco o no? Espero tu diagnóstico sin demora.

Esa misma noche, Jenofonte se presentó en la villa de Capricornio. Un enjambre de sirvientes limpiaba la gran sala de la planta baja donde saltaba a la vista que se había celebrado una comilona regada con bebida durante toda la noche. Cayo recibió al médico en sus aposentos.

—¿Sabes de quién es este verso: «Venido del cielo, se vistió con su casaca púrpura»? —le

preguntó al verlo.

—De la poetisa Safo —respondió, el griego, impasible—, la hija de Ciéis y de Escamandrónimo. Sigue así: «Eros viene a desanudar de nuevo todo mi cuerpo, y una turbación agrídulce me invade.»

—¡Bravo! La mayoría de tus colegas no sabe nada de poesía. ¿De modo que Tiberio te ha ordenado visitarme? ¿Por qué se interesa por mi salud? Cree que estoy loco, ¿verdad?

—No ha insinuado cosa semejante.

—¡Vamos, no me vengas con patrañas!

Jenofonte había dispuesto de mucho tiempo para reflexionar sobre lo que convenía responder en un caso como éste.

—Sí, teme que tal vez estés privado de razón. Quiere que establezca un diagnóstico.

Se había formado ya una idea bastante precisa. La anormal palidez y la mirada extraviada eran señales de insomnio pertinaz y de agotamiento. Su semblante acusaba sin duda los efectos de un miédo permanente. Los cambios de humor, las bromas seguidas de repentinos arrebatos de tristeza podían ser indicativos de manía. —¿Qué hace pensar a Tiberio que he perdido el juicio? Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. —Tiene la impresión —declaró Jenofonte, tras un instante de fingida vacilación— de que sientes por tu hermana Drusila una pasión que te enturbia la razón.

Por un momento le pareció que el joven estaba a punto de abalanzarse sobre él.

—Sus espías —continuó el médico sin inmutarse— le han revelado que pronuncias su nombre en sueños y que hablas con la Luna. También dice que sufres ataques de furor y que despeñaste a tu amigo en el transcurso de una pelea. No obstante, yo escribí en mi informe que se trataba de un accidente. Calígula se echó a reír.

—¡Decididamente me agradas, mi querido Jenofonte! ¡Eres más astuto que Ulises! ¡Ah, tiene que estar muy cercano el final de Tiberio para que traiciones su confianza viniendo a contarme esto! Has hecho bien. Ve, no has apostado por el caballo perdedor. Yo no soy un ingrato, ya lo comprobarás a su debido tiempo.

Le reconfortaba que un griego taimado y previsor confirmase el veredicto de los astros.

Al día siguiente, Jenofonte expuso en términos cultos al emperador que Cayo padecía únicamente las secuelas de su epilepsia y que no presentaba síntomas de enfermedad mental alguna.

—Sin duda tienes razón. No está loco —concluyó Tiberio—. En eso como en otras cosas, hace teatro. De todas formas, tú tampoco has conseguido arrancarle la máscara.

Rodas, agosto del año 36

Construida a las puertas de la inmensa Asia, Rodas poseía uno de los mercados de esclavos mejor surtidos del mundo. Graco acudía con regularidad a proveerse de prisioneros de guerra aptos para convertirse en buenos gladiadores. Oficiaba, sin que nadie lo supiera, de mensajero entre Cayo y su hermana Drusila, a quien el emperador había obligado a casarse con Casio Longino, procurador de aquel reducido territorio, pero no podía transmitir cartas, pues, a causa de la desconfianza de Tiberio, todos cuantos salían de Capri eran sometidos a un minucioso registro.

En cuanto la avisaron de su llegada al palacio, Drusila se apresuró a salir a su encuentro. Era de esas raras mujeres que no fascinan tanto por su belleza como por su misterio. Su porte altivo y sus andares de reina se le habrían antojado señales de altanería, de frialdad incluso, a quien no advirtiera en sus enormes ojos el fuego recubierto por el hielo.

—Está bien —afirmó sin dilación Graco—. Te manda decir que piensa constantemente en

ti y que sólo este pensamiento lo mantiene con vida.

La mujer lo miró de hito en hito.

—No me ocultes nada. ¿Ha sufrido una crisis de su mal? ¿Cuándo lo viste?

—Justo antes de mi partida, hace tres semanas. Se encuentra muy bien. Consulté a su médico Jenofonte para cerciorarme.

—Leo en tu expresión que ha ocurrido algo grave.

—Tiberio intenta hacerle confesar un crimen.

—¿Un crimen?

—Tu hermano paseaba en compañía de un amigo por un sendero que bordea el acantilado. Éste se precipitó en el vacío y se mató. El emperador cree que lo empujaron.

—¿Cayo, un asesino? ¡Es absurdo!

—Sí. Seguramente se trata de un pretexto para atormentarlo.

Drusila le sonsacó, frase tras frase, la descripción de la visita a la mazmorra subterránea. Al oír el nombre del cautivo, se sobresaltó.

—Pero si todo el mundo lo creía muerto desde hace tiempo. ¡Lo tortura en los subterráneos de su villa! ¡Qué crueldad! ¡Qué horror! ¡Pobre Cayo!

—Se las arregló para no perder la sangre fría. Tu hermano es muy valiente.

—Más que valiente, Graco. Es un ser extraordinario. ¿Viste a Tiberio?

—Sí. Había adelgazado aún más desde mi estancia anterior. Hablé con Calisto y me dio a entender que el final está próximo.

Tal perspectiva no pareció tranquilizar a la joven.

—¿Ha cometido alguna imprudencia Cayo? ¿Ha dicho alguna inconveniencia?

—No, sólo habla de teatro. Yo le llevo los trajes de escena más extravagantes que consigo encontrar para sus representaciones. Está aprendiendo a tocar la pandereta.

—Ay, Graco, me gustaría demostrarte mi agradecimiento, pero sabes que no puedo contarle nada de todo esto a mi marido. ¿Y qué es lo que se supone que vas a venderme?

—Estatuas etruscas. Las he dejado con tu liberto. Es un regalo de Claudio.

—Dale las gracias de mi parte. ¿Cómo está?

—Como siempre. Se queja de la falta de liberos que hay en Capri.

Drusila esbozó una sonrisa que la angustia borró enseguida.

—Ojalá no...

—No. Lo habría hecho ya.

—Sí, pero...

Drusila sintió crecer el pánico en su interior. Nunca hasta entonces, Tiberio había sometido a Cayo a una prueba tan dura. Aquel espectáculo sin duda lo había destrozado.

—Sobre todo, cuando lo veas, dile que no se arredre y que yo haré cuanto esté en mi mano por ayudarlo.

—Se lo diré. Manten la confianza, tú también. La vida del emperador está próxima a su fin.

A los dos los asaltó el mismo temor. Cuando sienten que van a morir, los escorpiones pican.

Los habitantes de la isla se habrían quedado estupefactos de haber presenciado el encuentro entre Tiberio y la hija de su astrólogo. En el corazón de aquel viejo, lleno de recelo y de odio hacia el género humano, la joven había hecho surgir una isla de ternura humana de contornos tan escarpados y clima tan benigno como los de Capri. Durante las dos primeras semanas posteriores a la muerte de Trasilo, él la mandaba llamar casi todos los días a la pequeña habitación contigua a su oficina, donde disponía de una cama para reposar y de unos cuantos asientos confortables. Ella no tardó en comprender que, si el emperador le había impedido regresar a Roma con Macrón, fue ante todo para gozar de su presencia, como si la visión y la conversación de una joven le sirvieran de distracción en sus laboriosas jornadas de trabajo.

Evocaba en raras ocasiones la memoria de Trasilo o de sus predicciones. Había dejado de consultar a su equipo de astrólogos. De vez en cuando mencionaba, como un secreto compartido, al Prodigioso ser anunciado por las estrellas, al que se refería entonces con un apelativo en el que ella percibía a la vez seriedad e ironía el «salvador del mundo». Un día le confió que abrigaba pocas esperanzas de que la misión de Agripa en Oriente llegara a buen fin. Aquel a quien sus hombres habían buscado en vano durante tanto tiempo seguramente no deseaba darse a conocer a los ojos de los hombres.

A menudo charlaban sobre temas banales. A Tiberio le divertían las opiniones de Enia, muy poco romanas con frecuencia, sobre los acontecimientos y los hombres. Tenía un enfoque original y nunca disimulaba sus pensamientos. Habían mantenido ya más de una decena de aquellas conversaciones intrascendentes cuando el emperador le preguntó a la joven, después de haber citado los nombres de algunos otros familiares, si se veía a veces con Cayo.

—Me pidió que lo ayudara a practicar el griego. No creo que lo necesite porque lo habla a la perfección.

Tiberio posó sobre ella una mirada suspicaz.

—Veamos, dime con franqueza qué piensas de él.

Si hubiese estado a solas con una amiga habría confesado que lo encontraba feo, pero terriblemente seductor, confianza que más valía no hacerle al emperador.

—Es muy inteligente y le encanta el teatro griego. Conoce todas las grandes obras.

Tiberio suspiró.

—Es verdad. Es inteligente y utiliza muchas máscaras. Muy sagaz será quien logre descubrir su verdadero rostro. ¡Seguro que tú tienes más posibilidades de conseguirlo que yo! De todas formas, Capri resulta de lo más aburrido para la gente de tu edad. Cayo te distrae de tu pena.

A Enia le produjo una extraña sensación de contento el que Tiberio aprobase aquellos encuentros. Intuía que en el caso del anciano la perplejidad iba acompañada de una especie de rencor, como si el enigma que le planteaba su hijo adoptivo constituyese una ofensa personal. ¿Lo consideraba un pícaro mentiroso? Por su parte, estaba orgullosa de conocerlo mejor que él. Cayo era un ser fuera de lo común, sensible y sincero. Subiría al trono imperial para llevar a cabo grandes empresas y traer la felicidad a todo el mundo. Unos días más tarde, Cayo le pidió que lo ayudara a aprenderse un nuevo papel en griego. Se encontraban frente a frente, de pie, en la pequeña estancia donde ella seguía en el pergamino el texto que recitaba él, lista para corregirlo si se equivocaba. Estaban en el tercer acto cuando Enia constató, sorprendida, que declamaba un poema del que no había el menor rastro en el texto. El autor proclamaba su amor por una joven de cabellos rubios y esbelto cuerpo de efebo cuyo nombre se negaba a pronunciar. Unos versos más adelante, precisó que la bella desconocida leía en las estrellas. Ella sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho y levantó los ojos. El se le acercó. Con una sonrisa de tierna ironía, la tomó en sus brazos y ella advirtió que, sin saberlo, había ansiado que llegase ese

instante desde que lo había conocido.

Capri, octubre del año 36

Claudio le indicó por medio de señas al servidor sentado junto a su lecho que interrumpiese la lectura de su gran rollo de pergamino.

—¡Acércate, Gemelo bonito, acércate! —animó al niño que aguardaba en el umbral—. He cerrado mi puerta a todo el mundo, excepto a ti.

Estampó en la fresca mejilla de su visitante la gran marca de su boca siempre húmeda. El tío del emperador estaba aquejado desde su nacimiento de una dolencia que le había deformado el cuerpo sin afectarle el espíritu. Su enfermedad lo había condenado a babear sin cesar, a cojear al andar y a mantener la cabeza inclinada hacia el lado izquierdo.

—Me han dicho que estabas enfermo...

—¡Oh, no! Ese asno sabio de Jenofonte afirma que anoche comí demasiado. ¡Como si yo fuera una persona aficionada a hartarse! Hay que reconocer que Atilio se excedió. Un jabato con salsa de miel e higos. Ah, es un maestro en su arte.

—Un jabato es grande. ¿Te lo comiste entero?

—Sólo los muslos. ¿Acaso no sabes que los jabalíes de Italia son pequeños? Además, un plato bien preparado y consumido con placer nunca hace daño. No, es más bien Capri lo que me sienta mal. Con lo bien que estábamos en Roma, Elia y yo. En esta maldita isla no se encuentra ni una librería, ni un hombre de letras. ¿Cómo voy a terminar mi libro en estas condiciones?

Se incorporó sobre el lecho y despidió con un ademán al esclavo pocero que acababa de entrar con una gran vasija de cobre rojo.

—¡No son más que ventosidades! El resto se ha ido esta noche. Qué amable eres, querido, por visitarme y preocuparte por mi salud. Eres un digno hijo de tu madre. Ella siempre me prodigaba atenciones.

—Me gusta que me hables de ella. Eres la única persona que menciona su nombre por aquí.

—¿Cómo quieres que alguien se atreva a nombrarla? ¡Pobre Li-via! ¡Qué error, por Hércules, qué horrible error!

Con un movimiento asombrosamente rápido para un hombre de su corpulencia, tomó de la mesita de noche un fajo de hojas.

—Bueno, hablemos de otra cosa, ¿eh? Mira, es el nuevo papel fabricado según mis indicaciones. El augustiniano no me acababa de convencer. Aunque está hecho con la médula del papiro, se agujerea con demasiada facilidad. He mandado modificar la trama.

Tras exhibir la hoja translúcida, la depositó sobre la mesilla y repitió máquinalmente:

—¡Qué horrible error!

Claudio se felicitaba a diario de que Augusto lo hubiese apartado de la política a causa de su dolencia. Aparte de la historia, sólo le atraían las jóvenes esclavas, la cocina y el juego de tablero denominado *latrunculi*. Desde que se había trasladado a Capri a instancias de Tiberio, renqueaba y temblaba más de lo normal, pues veía en su deformidad física la única garantía contra la desconfianza enfermiza del emperador.

—Oye, guapo —prosiguió—, te noto un poco preocupado. ¿No te hará falta dinero?

—No es eso.

—¿Entonces? ¿Te has enamorado ya?

—Tengo miedo.

—Pero si todos tenemos miedo, de un extremo a otro del Imperio y puede que incluso más allá. Hasta los hiperbóreos, bajo su helado sol, se mueren de miedo.

Calló de improviso, al percatarse de que el niño podía, sin quererlo, repetir algún comentario comprometedor.

—Tiberio nos llevó a la gruta azul. Le dijo a Cayo que quería admirar su forma de nadar y después lo obligó a quedarse tanto tiempo debajo del agua que pensé que se había ahogado. Después vomitó.

¿Qué dijo?

Dijo: «Gracias, César, por haberme hecho beber a la salud de Neptuno.»

—¿Qué chico más inteligente!

—¿Por qué es tan malo a veces Tiberio? Creí que quería ahogarlo.

—Está muy enfermo y sabe que no vivirá mucho tiempo más. Está preocupado por Roma. Tiene que encontrar un sucesor y eso supone un gran quebradero de cabeza para él.

—No tiene que buscar, puesto que ya cuenta con Cayo.

Claudio exhaló un suspiro. Aquel niño era un cordero extraviado entre los lobos.

—Tu visita me ha sentado bien. Se me está abriendo el apetito. ¡Que comí demasiado! ¡Menudo asno, ese Jenofonte! ¿Quieres jugar una partidita?

Dio una palmada y un esclavo le llevó los *latrunculi*. Se trataba de un damero de sesenta casillas sobre el que se desplazaban unos peones de distintos colores y formas. En las calles de Roma, a menudo se veía a jugadores absortos en una partida, rodeados de mirones. Claudio, un maestro en el juego, había mandado construir una litera desde la que podía entregarse cómodamente a esa afición. Le gustaba atraer la atención del público por medio de actividades que demostraban lo poco que le preocupaba la política.

Capri, octubre del año 36

Como cada año, Tiberio cumplió con el tedioso deber de organizar un festín para honrar a los magistrados de la isla. La pérdida de su último amigo había echado abajo el dique que antaño se erguía sólido en el interior del emperador, por lo que cada vez bebía más. De improviso, se dirigió a Calígula que, tumbado a su izquierda, lo observaba de reojo con inquietud.

—Yo debería estar muerto desde hace tiempo —murmuró en un tono que no presagiaba nada bueno—. Te impacientas, Cayo, ya lo sé. Siento demorarme en este mundo contrariando tus planes.

—Un adivino me vaticinó que viviría tantos años como tú, César. Por eso me gustaría verte llegar a los cien. Cuida de tu salud.

Tiberio emitió una triste carcajada.

—Ay, hijo, sabes salir airoso de las situaciones más delicadas. Tienes el don de la réplica oportuna y hablas un griego perfecto. Agripa te enseñó todas las sutilezas de la retórica. Si al menos... —Calló para apurar una copa y, tras eructar, prosiguió con el dejo brumoso y confidencial propio de los borrachos—. Yo no tuve suerte, hijo. Siempre me han servido mal. Augusto fue más feliz que yo. Estaba rodeado de

hombres inteligentes y cultivados. Mecenas: ¡qué elegancia, qué espíritu! ¡Y luego, los artistas! Virgilio tenía un aspecto zafio, como de campesino, pero en cuanto pronunciaba dos palabras todos se rendían ante la evidencia de su genio. Horacio era una especie de patán, siempre gruñón, un tipo que, a primera vista, uno no habría querido ni como esclavo. Lo contrario de Ovidio, el refina-

do, el sibarita, un espíritu sutil, ¡y qué poeta! Recuerdo que le pedí a Augusto que no lo desterrase, pero no hubo manera. Estaba convencido de que sus versos habían corrompido a Julia. Como si las muchachas lascivas necesitaran un poema para sentir el fuego en la entrepierna. Ah, naciste demasiado tarde, hijo.

—Ya que no los conocí, los leo.

—Ya sé que eres un gran lector, como Claudio. En esta familia, sois los únicos dotados de un espíritu despierto.

Se volvió hacia el edil de Capri que ocupaba el lugar de honor a su derecha, visiblemente aterrorizado por tal proximidad, y le dijo algunas palabras en las que Cayo creyó distinguir una felicitación por la recogida de basura, antes de reanudar su inconexa conversación.

—¡Estoy rodeado de imbéciles, de incultos, de cobardes! ¿En quién puedo confiar? ¡Siempre la misma pregunta! La confianza, Cayo, es lo más hermoso del mundo. Pero ¿quién es realmente digno de ella? ¿Lo sabes tú? ¡Dímelo pues, vamos!

Su tono se tornó amenazador.

—Muy pocos hombres.

—Exacto. Lo más difícil cuando uno gobierna es encontrar a esos pocos, ¿entiendes? Uno tiende a otorgar su confianza a las personas que le resultan agradables. Ésa es la peor de las faltas. Hay que ir más allá. En eso estribaba la fuerza de Augusto. Él me detestaba, ¿sabes? Me reprochaba que no amase el poder. Para él eso era algo muy grave. Pues bien, cuando estuvo seguro de que yo era el único capaz de relevarlo, olvidó que me detestaba. ¿Qué piensas tú de Augusto, Cayo? Y por favor, no me vengas con la comedia de la admiración. Sé bien que no lo admiras. ¡No me respondas lo que crees que quiero oír! Quítate de vez en cuando la máscara de histrión griego, ten la bondad.

Una vez más, su voz adquirió un tinte amedrentador.

—Yo pienso, César, que le asustaba la idea de ser un gran hombre.

—No está mal pensado, no, hijo. Ya decía yo que no eres tonto ni mucho menos. Sí, el destino de Augusto le venía demasiado grande. Eso le producía miedo. Por otra parte, en la guerra, era un cobarde y, si se veía obligado a asistir a una batalla, se dormía para no ver nada. Y sin embargo, lo comprendía todo, lo organizaba todo—Estaba hecho para gobernar a los hombres. ¡ Ah, Cayo, ojalá hubieras estado presente cuando recibía a un cónsul, un embajador o un simple cuestor! ¡Qué actitud tan solícita! ¡Qué preguntas más atentas! El interlocutor se iba con alas en los pies, como Mercurio. Manipulaba a los hombres a su antojo, convenciéndolos de que obraban por voluntad propia y no incitados por él. Aunque a mí no me ^{engañaba}engañaba. No le quedaba otro remedio que forzarme, y lo hizo, sin compasión. Por eso me aborreció tanto, porque conmigo tenía que despojarse de su máscara de plácido amo benefactor. Era como tú, Cayo, ¡siempre detrás de una máscara!

—Una vez más, hizo una pausa para beber—. El día de su muerte, le confesó a mi madre que lamentaba dejar Roma a merced de tan ávidas mandíbulas. ¡Ella corrió a contármelo, de lo contenta que estaba! ¡Mis ávidas mandíbulas! Yo que no le había pedido nada a Augusto. ¡Me obligó a separarme de la mujer que amaba para casarme con su hija, esa loca, esa degenerada! ¡Y mi madre se lo permitió! ¡Mis ávidas mandíbulas! Y no le faltaba razón. Mis mandíbulas lo han triturado todo. ¡ Ay, Cayo, el poder supremo, qué horror! Todo el mal oculto resurge tarde o temprano. Siembra la locura, Cayo. ¡Uno acaba matando

a los que ama!

Dio un largo bostezo, como si la perorata lo hubiera agotado, y luego cambió de tono.

—Ya te he dicho varias veces que es hora de que vuelvas a casarte. ¿Estás decidido, sí o no?

—Me casaré con quien elijas.

—Haces bien en fiarte de mí. Fue un gran acierto de mi parte elegir a Casio Longino para Drusila. Me informan de que viven muy satisfechos el uno del otro allá en Rodas. ¡Como unos tortolitos! Ella está muy contenta, porque él es un hombre bien parecido, de los que gustan a las mujeres. ¡Seguro que no se aburre en su compañía! Deberías agradecerme que le haya encontrado un esposo así.

A Cayo lo inundó de repente un odio tan intenso que se sintió ^ borde del desfallecimiento. ¡No, aquel viejo cruel no había cambado! Su sinceridad, sus confidencias, el afán de revelar sus secretos y exhibir su dolor no eran más que estratagemas.

—¡Te doy las gracias, César! —exclamó, disimulando sus pensamientos con la habitual máscara de la sumisión.

Roma, noviembre del año 36

—Y bien, ¿qué te parece mi nuevo apartamento?

Drusila paseó la mirada por la estancia.

—Está muy logrado. Te felicito.

En la boca de Lesbia se dibujó de improviso una sonrisa de orgullo y en las mejillas se le formaron dos hoyuelos infantiles. Admiraba a su hermana mayor e intentaba imitarla por todos los medios.

—El decorador es un sirio de mucho renombre, pero cobra muy caro. Agripina lo contrató después de ver lo que había hecho en mi casa. Apuesto a que no te lo ha dicho.

—No. Sólo me habló del hijo que espera. Yo habría preferido que no eligiera el nombre por adelantado. Eso no está bien.

—¡Sería gracioso que tuviera una hija!

—¿No te da vergüenza, decir cosas tan horribles?

Su actitud escandalizada no resultaba muy convincente. Las dos hermanas habían hecho siempre causa común frente a la mayor, egoísta y autoritaria.

—¡Si tienen un hijo y sale a su padre, menuda belleza la suya! ¿Y tú, qué aposentos tienes en Rodas?

De estilo oficial. Muchas estatuas y poca fantasía.

—Sí, pero el clima es mejor. ¿Cómo está tu marido?

Bien. Lo veo muy poco.

. De todas formas, tuviste suerte de que Tiberio no eligiese para ti un marido como Ahenobarbo. ¡Pobre Agripina! A mí me dejó

elegir por mi cuenta. Estoy convencida de que lo hizo a propósito, previendo que luego me iba a arrepentir.

—Es verdad, no puedo quejarme.

—¿Y cómo es en la cama?

—Querida mía, ¿acaso las mujeres honradas hablan de ese tipo

de cosas?

Lesbia tomó entre los dedos el borde de su estola y giró sobre sí. —¿Te gusta? Rutilio es el mejor costurero de Roma. Deberías encargarle la ropa a él.

—Lo haría si viviera aquí.

—¡Ven más a menudo! ¡Rodas tampoco es el país de los seres de ojos rasgados!

¿Cómo me encuentras?

—Estupenda. Tendrías que casarte otra vez. Lesbia arrugó la nariz. Se encaprichaba de un hombre tras otro, y su único matrimonio había acabado en divorcio al cabo de medio año. —¿De quién estás enamorada este mes? La última vez era de ese tribuno militar cuyo nombre no recuerdo. ¿Cómo se llamaba? —¿Rufo? —¡Eso es, Rufo! —Debe de haber regresado a Panonia. ¡Está tan lejos, Panonia! Por suerte, he conocido a Lucio. Tengo que presentártelo. No sólo es guapo, sino también inteligente. Todavía más que Rufo.

Acompañó una carcajada camarina con un discreto gesto, como para disculparse por su inconstancia. Su vida sentimental semejava una novela cuyo héroe cambiaba de un capítulo a otro.

Drusila se encaminó a la gran abertura del muro y contempló por unos instantes, desde lo alto, la ciudad débilmente iluminada por un sol que empezaba a ponerse detrás del circo Máximo. —Estoy muy preocupada por Cayo. —Pero ¿por qué? Está bien.

—No. Corre peligro de muerte. He tenido un sueño, en el que Tiberio ordenaba estrangular a Cayo —explicó, consciente de que su hermana era demasiado atolondrada para revelarles sin correr riesgos la función desempeñada por Graco—. Por eso estoy aquí—Le conté a mi marido que echaba de menos las tiendas y la vida de Roma, pero no es cierto. Se me ha ocurrido una idea para ayudar a Cayo.

—¿Quieres ir a ver a Tiberio? —exclamó Lesbia.

—No me recibiría, pero hay alguien a quien tal vez se digne escuchar: Antonia. Me gustaría que me acompañaras a visitarla.

—¿Visitarla? Pero si ella no ha querido saber de ti desde que...

Se mordió la lengua.

—Ya lo sé, pero desde entonces ha corrido mucha agua bajo los puentes del Tíber.

—¿Y crees que te va a recibir?

—Estoy segura. Me dispensará incluso una buena acogida.

—¿Por qué quieres que te acompañe?

—Porque Antonia te quiere mucho.

Lesbia sacudió la cabecita ornada de rizos. La anciana le inspiraba un miedo terrible.

—Iré contigo, por supuesto.

Una vez tomada la decisión, pasaron dos largas horas hablando de moda y de afeites. Sus únicos desacuerdos se habían limitado, desde siempre, a tales cuestiones. A Lesbia le apasionaba una clase de túnicas que su hermana consideraba demasiado llamativas.

Drusila no andaba errada en su intuición. Al día siguiente, Antonia la trató como si jamás hubiera habido desavenencias entre ellas. Bajo las cintas del tocado, una sonrisa asomó a su semblante inexpresivo cuando sus ojos se posaron en la joven a quien había echado de su casa, prohibiéndole que volviese a presentarse ante ella. El

agua ensangrentada del Tíber se había llevado su rencor y, desde hacía tiempo, ella había llegado a la conclusión de que cabía atribuir a Cayo la responsabilidad del incesto, y que Drusila, nubil apenas, había sido, más que su cómplice, su víctima. Sólo el orgullo le había impedido dar el primer paso para la reconciliación.

Antonia había recibido, unos días antes, la carta en la que Tibeno le pedía que lo perdonara. La coraza de dureza glacial bajo la que había tratado de ocultar su desesperación tras la muerte de su hija se había resquebrajado a consecuencia de aquel inesperado golpe. Por más que en un primer momento se había empeñado en ver en aquella petición un nuevo ultraje, no había logrado indignarse. La visita de Drusila y su solicitud de mediación le ofrecían la excusa que necesitaba ante sí misma para llevar a la práctica lo que había re-suelto ya en secreto.

—¿Estás absolutamente segura de que corre peligro de muerte? —preguntó para disipar el último residuo de vacilación.

La descripción de la escena de la mazmorra causó tanto horror a Antonia como el que le había producido a Drusila.

—¿Ese desdichado sigue vivo aún? En Capri. En los subterráneos de la villa. ¿Y eso dura desde la conspiración?

Por nada del mundo habría pronunciado el nombre de Sejano. No transcurría un solo día en que no lamentara que su hija se hubiera dejado seducir, para desgracia suya, por el prefecto del pretorio, que la había arrastrado en su caída.

—Le escribiré —decidió por fin—. Debe de haber otros condenados que salvar.

Drusila, ignorante de la iniciativa tomada por Tiberio, la abrazó con ardor, convencida de haber conseguido persuadirla para que intercediera ante el emperador con objeto de salvar a su nieto y a los últimos conjurados que aún seguían con vida.

Antonia gozaba de un inmenso prestigio en Roma. Se había recluido en su casa y no asistía más que en raras ocasiones a las ceremonias públicas, en las que por su cuna tenía derecho a ocupar uno de los lugares preeminentes. A la muerte de Livia, se convirtió en la única gran superviviente del reinado de Augusto. Había seguido, con amargo deleite, la lenta transformación de Tiberio, de quien tan próxima había estado, en un tirano cruel y detestado.

La anciana dama se levantó para acompañar a las visitas a la puerta, haciendo ondear el vuelo de su amplia túnica de interior con un gesto en el que aún se apreciaba cierto donaire. Después se retiró a su habitación, donde se detuvo ante el busto de un hombre joven de facciones enérgicas.

—Tienes razón, Druso. No puedo dejar morir desesperado al hermano que tanto quisiste. Quédate tranquilo, le escribiré concediéndole mi perdón. Pero no le permitiré que mate a nadie más. Ni siquiera a ese bribón de Cayo.

Con la sarmentosa mano, acarició los cortos rizos de mármol. Desde la muerte de Druso, no había rozado el cuerpo de un hombre.

Jerusalén, diciembre del año 36

Una mujer yacía en la cama, desnuda, con la *cabeza* vuelta de tal forma que no se le veía la cara. La débil luz de la lámpara danzaba sobre sus formas perfectas. Agripa creyó que se había extraviado en el laberinto del palacio y se había equivocado de habitación. De repente, la maravilla le presentó el rostro y entonces él reconoció los grandes ojos negros de Salomé. La había admirado a menudo desde su llegada, pero ella no se había dignado dirigirle la palabra. Aunque se parecía a su madre, era mucho más hermosa, pues los años aún no habían dejado su impronta en ella.

La joven lo miró con orgullo, como un niño que quiere que lo feliciten por una travesura.

—¡Buenas noches, príncipe! ¡Me has hecho esperar mucho!

Un deseo brutal barrió todo pensamiento de la mente de Agripa. Se quitó con precipitación la ropa y, sin una palabra, se abalanzó sobre ella. La joven le devolvió con pasión los besos. Por lo que a tes lides amorosas se refiere, se reveló aún más imaginativa que Herodías.

—¿Y bien? —preguntó con una risita—. ¿Soy mejor que mamá? Al ver la turbación de él, prorrumpió en carcajadas—. ¡En todo caso, eso opinaba mi padastro!

Agripa cobró bruscamente conciencia de la enormidad del error que acababa de cometer. Entre la madre y la hija había no sólo la animosidad vigilante que opone las beldades maduras a las que comienzan a florecer. Desde que Salomé había seducido a Antipas para obtener la cabeza del profeta Juan Bautista, la enemistad había degenerado en odio.

—¿Sabes? —añadió—. No lo hice con él más que dos o tres veces. Él quería repetir, pero lo encuentro demasiado feo. A mí me gustan los hombres guapos.

Le hizo pasar una noche ardiente. Al despuntar el día, la inquietud se apoderó del príncipe. Herodías, que para guardar las apariencias se abstenía de recibir a su amante en su apartamento, lo visitaba en sus aposentos, y a veces era muy madrugadora.

—¡Es hora de que te vayas! —murmuró al oído de la muchacha—. Procura que no te vean.

Ella no le respondió. Dormía como una niña. Agotado, Agripa se dejó vencer por el sueño. Cuando despertó, constató con pavor que la luz inundaba la habitación.

—¡Salomé, levántate de una vez!

La joven entreabrió un ojo, y él tuvo la impresión de que fingía despertarse.

—¡Pues sí que has adquirido malas costumbres en Roma! —protestó ella—. ¡Aquí, nos levantamos tarde!

—Tu madre puede llegar de un momento a otro.

—¡Que venga! ¡Sí, que venga! ¡Será divertido!

—Pero ¡estás loca! Si te encuentra conmigo...

Ella le sonrió por toda respuesta. No cejaría en su propósito, estaba claro. Si Herodías aparecía, no cabía esperar sólo los gritos de una amante celosa. Era el tipo de mujer que se vengaría de la afrenta. Agripa se estremeció. Apartó la vista de la joven obstinada en dormir, se vistió a toda prisa y pasó a la antesala.

—No dejes pasar a nadie hasta mi regreso —ordenó al criado que acudió a su encuentro.

Aunque jamás hasta entonces había entrado en la alcoba de Herodías, entre dos males había que elegir el menor. Algunos domésticos se afanaban en la gran construcción que honraban con el nombre de palacio. Agripa recordó que la terraza rodeaba la totalidad del primer piso y que se podía acceder a ella sin dificultad. Decidió intentarlo. Empezó el recorrido pero pronto hubo de detenerse, pues una pared de mármol

esculpido protegía la terraza privada de la habitación. Al príncipe no le quedó otro medio que trepar por ella, y necesitó varias tentativas para lograrlo. Estupefacta, Herodías lo vio franquear la gran puerta acristalada.

—he sufrido una pesadilla espantosa —anunció él, recuperando el aliento.

—¿Una pesadilla?

Sí, tú rechazabas mis besos. Al despertar, estaba tan desazonado que no he tenido la paciencia de esperarte.

—¿Rechazarte, yo? ¡Qué desatino! ¡Estás muy pálido!

—Un mal sueño. Ya me siento mejor.

Enternecida, se arrojó a sus brazos y lo llevó hasta la cama. Sus escarceos nocturnos lo habían dejado demasiado cansado para hacer buen papel.

—Es ese maldito sueño —aseguró apesadumbrado—. Creo que me ha alterado más de la cuenta. ¡Perdóname!

—No es grave. Esto les ocurre hasta a los más viriles de los hombres. Es más frecuente de lo que uno cree.

Agripa intuyó que ella se reprimía para no exponerle algunos casos parecidos extraídos de su dilatada experiencia.

—El tetrarca está fuera de sí —comentó Herodías—. Ha estallado una sublevación en Samaría. Unos judíos devotos han matado a varios romanos y el país está convulsionado.

—¡Perfecto!

—Lo malo es que Simón se ha puesto al frente de los insurgentes. Asegura que Moisés le ha ordenado en sueños defender las sinagogas.

—¡Qué locura! ¡Esperemos que no lo maten! Herodías, que no era de las que se dan fácilmente por vencidas, se aplicó a fondo, pero en vano. Avergonzado por su inercia, el príncipe recurrió a la imagen de Salomé desnuda sobre su cama. Enseguida, oyó una voz extasiada.

—¡Una torre! ¡Ya te había dicho que no era grave! Agripa pasó los días posteriores en un estado de continua zozobra. Cuando Salomé lo encontraba en compañía de su madre, se divertía maliciosamente lanzándole miradas de complicidad. Lo salvo de este tormento un liberto de Tiberio, que llegó con la misión de regresar a Capri con él y con el mago, a bordo de un barco rápido de la flota.

—Simón tardará unos días en volver —le informó Agripa—.

¿Debo esperarlo?

—No. Esa contingencia estaba prevista. Tengo órdenes de partir mañana mismo con o sin ese hombre.

En otras circunstancias, el príncipe se habría sentido muy contrariado, pero dada la situación experimentó un gran alivio.

Capri, enero del año 37

No bien puso Agripa un pie en la plataforma de madera que hacía las veces de muelle en el minúsculo puerto de la isla, Calígula lo saludó con un cordial: «¡Ave, venerado maestro!» Conmovido por el hecho de que se hubiera tomado la molestia de ir a recibirlo, el príncipe lo siguió hasta la villa de Capricornio para celebrar su reencuentro. Lo conocía lo bastante bien para percibir que se había producido algún acontecimiento importante en su ausencia. Detrás de la angustia que, normalmente, el joven conjuraba mediante una actividad febril y bromas incesantes, Agripa atisbo una especie de aplomo.

—Y bien, príncipe, ¿no has traído pues a ese ser prodigioso cuya llama debe quemar el mundo?

—¿Lo sabes entonces? Creía que sólo Tiberio...

—Oh, yo sé muchas cosas. ¿Dónde está el mago?

—Vendrá más tarde en otro navio.

—¿Cómo es?

—Se llama Simón. Es un taumaturgo dotado de prodigiosos poderes. Endereza a los jorobados y transforma los bastones en serpientes.

—Haría mejor en convertirlos en lingotes de oro —observó Calígula con una sonrisa burlona—. ¿Te ha reportado riqueza tu misión?

Todavía no. Me he quedado sin un as. ¿Aún sabes hacer trampas a los *latrunculi*?

—Ése es un talento que no se pierde.

—En tal caso, estás salvado. A Claudio le faltan contrincantes. Esa gallina gorda es fácil de desplumar.

Al día siguiente, el príncipe acudió a presentar sus respetos a Claudio. El contrahecho de la familia imperial siempre le había manifestado su simpatía. Cultivado y libidinoso a un tiempo, apreciaba la compañía de un hombre capaz de conversar tanto de chicas como de gramática.

—Cuentan que has abortado una revuelta en Samaria. Todo el mundo admira tu habilidad.

—¿Tiberio te ha hablado de ello?

No. No ha dicho una palabra; me he enterado en las oficinas.

No te conocía ese talento.

—Prefiero distraerme con otras ocupaciones. Jugando a los *la-trunculi*, por ejemplo.

—¡Pues vienes como caído del cielo!

La partida se prolongó unas seis horas. Si bien el ave resultó más difícil de desplumar de lo que había afirmado Calígula, el príncipe logró embolsarse una fuerte suma.

Hubo de aguardar casi una semana a que el emperador le concediese audiencia. Cuando lo vio, quedó asombrado por su deterioro. El hombre de edad pero sano que recordaba se había convertido en un viejo cuyo aspecto proclamaba a voces que le quedaba poco tiempo de vida.

Tiberio correspondió a su saludo con un gruñido. Parecía de pésimo humor.

—¿Por qué compareces sin Simón?

—Llegará sin tardanza, César. No me fue posible impedirle que partiese a Antioquía, donde sus discípulos le preparaban un homenaje.

—¿Estás seguro de que se trata del hombre del que hablaba Tra-silo?

—Todo indica que sí. Obra milagros. Realizará alguno ante ti—¡Ya veremos, ya veremos! Confío en que no te hayas equivocado. ¡Sería lamentable! Puedes retirarte.

El emperador no había mencionado siquiera el asunto de Samaria, y menos aún la

gratificación esperada. La corona del gran Israel nunca había estado más alejada de la frente del príncipe.

Se apresuró a ir en busca de noticias. Claudio no le había mentado: todos estaban al tanto de su proeza. Calisto le notificó que había precipitado la caída en desgracia de Pilatos y de Antipas. El emperador, muy enojado con ellos, tras acusarlos de incuria e imprevisión, los había convocado en Capri.

Cuando anunciaron la llegada de un navio procedente de Cesa-rea, Agripa, temblando ante la posibilidad de que Simón no figurase entre los pasajeros, corrió hacia el puerto. El primero en desembarcar fue Antipas, seguido de Herodías, que lucía un maquillaje escandaloso, y Salomé, que, visiblemente enfurecida, descargaba el mal genio contra sus criadas. El tetrarca estaba pálido como un condenado al suplicio. Pilatos apareció poco después. Con mala cara también, caminaba ayudado por un criado. Agripa saludó a los recién llegados y, entre las frases de cortesía de rigor, Herodías le informó de que Simón iba a bordo. Después los altos personajes se acomodaron en las literas que los aguardaban.

El mago fue el último en salir del barco. Era un hombre de gran estatura y apuesto, cuyos ojos despedían el brillo propio de los adivinos. Llevaba la cabeza rapada y una túnica de lino blanco como los sacerdotes de Isis. Agripa lo guió a su casa a fin de prepararlo para la entrevista con el emperador.

—¿Has reflexionado bien sobre lo que vas a decirle?

—¡Hombre de poca fe! —exclamó Simón, con una piadosa sonrisa—. ¿Acaso crees que tengo necesidad de reflexionar?

—Estáte atento. Es muy desconfiado. Va a interrogarte sobre un gran número de cuestiones acerca de una eventual destrucción y reconstrucción de Roma. No le digas nada que pueda ofenderlo. No olvides que tiene un buen concepto del rabino Yeshua.

—Todo eso ya me lo advertiste. Pierde cuidado. En cuanto me vea actuar, sabrá quién soy.

—Sobre todo, no le hables de Samaria. Podría considerarte amigo de los rebeldes.

—Pero ¿por quién me tomas, príncipe? Que no soy un niño...

Agripa le hacía las últimas recomendaciones cuando un doméstico del emperador se presentó para avisar a Simón que el emperador lo esperaba.

—Después de la entrevista, vuelve aquí a informarme sin demora—le pidió el príncipe.

Pasó las horas siguientes atenazado por la inquietud. Cuando Simón regresó, ya había caído la noche. El mago iba con el pecho henchido.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho Tiberio?

—Primero manda que me laven los pies y me den de beber. Después te explicaré todo cuanto desees saber.

No bien depositaron los esclavos las copas y la jofaina a sus pies, Agripa volvió a la carga.

—Entonces, ¿hablarás por fin?

—Me ha reconocido. Soy la persona que esperaba.

—¡Me quitas un gran peso de encima! ¿Qué te ha dicho exactamente?

—Nada.

—¿Cómo, nada?

—Ha comprobado de qué soy capaz. No ha reprimido un grito de sorpresa al verme transformar los bastones en serpientes. Se adueñó de él tal estupor que se quedó sin habla. Hemos conversado sobre cuestiones diversas. Al final, me ha concedido permiso para retirarme y ha aseverado que pronto recibiré noticias tuyas.

—¿Sobre qué habéis conversado?

—Nada digno de comentarse. Ah, sí, ahora recuerdo que me ha preguntado sobre Yeshua.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era un impostor cuyas mentiras impresionaban a los espíritus débiles.

—¡Desgraciado! ¿Y qué ha respondido?

—Nada. Ha soltado una risita. Nada más.

—¿Se ha reído?

—Sí. Se burlaba de Yeshua.

Un escalofrío le recorrió el espinazo a Agripa. Iba a intentar averiguar más cuando un esclavo los interrumpió desde el umbral.

—Amo, en la puerta hay cuatro soldados y un centurión que tienen órdenes de conducirnos a casa del emperador, a ti y a tu huésped.

—Me envía una guardia de honor —se pavoneó al mago—. Sin duda quiere que me aloje cerca de él a fin de proseguir nuestra conversación. Todavía me quedan muchos trucos que enseñarle, pero le diré que necesito descansar. ¡Sólo faltaría que me tratara como a un criado!

Cuando salieron, el centurión los saludó y los soldados los rodearon en silencio. La villa de Júpiter estaba tan cerca que era natural recorrer el camino a pie. Al llegar, se disponían a dirigirse hacia la gran puerta cuando el oficial los paró en seco con un gesto.

—¡No! ¡Por aquí!

Les indicó una portezuela situada a un lado de la villa, tan bien disimulada que Agripa nunca había reparado en ella.

—César ha ordenado que paséis por aquí.

Entraron en una habitación reducida iluminada por un cabo de vela y que olía a humedad. La puerta se cerró con estrépito tras ellos. Agripa examinó aquel inhóspito lugar. Había anillas fijadas al muro, y el suelo estaba cubierto de paja.

—¡Este centurión está loco! —exclamó el mago, sin perder un ápice de altanería—. Me quejaré a Tiberio para que lo castigue.

Agripa se tomaba con filosofía el contratiempo. Cabía esperar cualquier cosa de Tiberio.

—¿Estás seguro —preguntó con socarronería— de que el emperador te ha reconocido como la persona a la que buscaba? ¿Sigues pensando que se burlaba del rabino Yeshua?

—¿Cómo osa tratarme así? ¡Hacerme esto a mí!

El mago, que corría de una pared a otra como un abejorro atrapado en una copa, se detuvo para recriminarle:

—¡Me has hecho venir aquí para que me encierre en un calabozo! ¡Me habías prometido una recompensa, y mira dónde estoy!

Sólo pasaron una noche en aquella celda. Al día siguiente, por la mañana, Calisto acudió a liberarlos. Se inclinó ante Agripa con una obsequiosidad tras la que se adivinaba un esfuerzo por contener la risa.

—Eres libre, príncipe. Tu amigo embarca mañana hacia Cesa-rea. Tiberio desea hacerle saber que unos cuantos días remando serán muy beneficiosos para su salud.

Antes de abandonar al mago, sumido en lamentos, Agripa le asestó el golpe de gracia:

—Seguro que conoces algún truco genial para abrir puertas o atravesar murallas. Seguro que sabes transformar un pedazo de paja en llave. ¡Este es el momento para poner esa habilidad en práctica!

Tras un instante de vacilación, en lugar de regresar a su casa, decidió hacerle una visita a Calígula. La villa de Capricornio ofrecía el espectáculo de un decorado de teatro devastado. Uno de los sirvientes le comunicó que el amo acababa de retirarse a su habitación. Mandó que lo anunciaran. Su antiguo alumno, que se estaba desvistiendo, escuchó sin interrumpirlo el relato de su percance nocturno.

—Veamos si te he entendido: ¿ese tal Simón no es el hombre que busca Tiberio?

—¡Por desgracia, no! A pesar de todo es un gran mago. ¿Por qué tuvo que ponerse a hablar de ese maldito rabino? Supongo que soltó otras inconveniencias.

Calígula se acostó en la cama.

—Apártate un poco, te lo ruego. ¡Apesta como si te hubieses acostado con un chivo! Ay, mi venerado maestro, te creía más sutil. ¿Cómo has podido imaginar por un instante que un ilusionista era el prodigioso ser que espera el mundo? Eres un poco corto de entendederas. A propósito, ¿sabes que Tiberio ha destituido a Pilatos y a Antipas? Los envía exiliados a la Galia.

—¡Les está bien empleado! ¿Quién es el nuevo tetrarca?

—Aún no lo ha nombrado. ¿Quieres que interceda en tu favor, oh mi venerado maestro? Agripa no sonrió. En ocasiones, su ex alumno ponía a prueba su paciencia.

Miseno, febrero del año 37

Como si quisiera desmentir los rumores que corrían sobre la inminencia de su muerte, durante la breve travesía de Capri a Miseno, Tiberio se paseó por el puente con paso firme. Luego se mostró curioso y divertido durante el recorrido de la villa de Apicio.

El ilustre gastrónomo había decorado su palacio campestre como uno de los gigantescos y elaborados pasteles que se servían en su mesa. Para los romanos, pueblo de campesinos enriquecidos, el lujo residía en lo complicado y lo rebuscado. En sus jardines, lo más alejados posible de la naturaleza, abundaban las grutas artificiales, los surtidores de agua coloreada, las estatuas, los macizos de flores raras, los árboles recortados en formas fantásticas de hipopótamos voladores o de serpientes con patas. Tiberio se paseó entre tales maravillas, fascinado.

Se había convocado a todos los miembros de la familia imperial a escuchar la lectura del nuevo testamento, a excepción de Drusila. Calígula percibió en ello una pequeña muestra de crueldad del viejo: pensaba privarlo de su hermana querida hasta el último día de su vida. Se esperaba de un momento a otro a Antonia, que se había retrasado a causa de un ataque de gota.

Todos habían comprendido que el final estaba próximo. Los criados se preparaban ya para llevar luto. Lesbia había dejado de reír. Agripina exhibía su vientre redondeado con el orgullo de un centurión portaestandarte, apuntando hacia delante con su mentón cuadrado. Aparte, se esforzaba por calmar a Ahenobarbo, que amenazaba con ir a cantarle cuatro verdades a Tiberio.

A finales de mes, Tiberio había mandado llamar al jefe de las cocinas. Jamás en Capri lo había honrado con una entrevista privada, ya que su mesa constituía la menor de sus preocupaciones. La entrevista duró tanto rato que todos quedaron intrigados. A su salida, el hombre parecía atónito, pero se negó a efectuar la menor confidencia y circuló entre sus cocineros y pinches una consigna de silencio tan rigurosa que nadie logró averiguar nada. A Claudio, que, aguijoneado por la curiosidad, merodeaba por las cocinas, le cerraron el

paso dos guardias germanos. Aquellos rubios brutos debían de haber recibido órdenes de Tiberio en persona.

—Pero ¿qué estará tramando? ¿Acaso se dispone a envenenarnos a todos?

Desde aquella noche que pasó sobre la paja del calabozo de Capri, Agripa le guardaba rencor a Calígula por haberse burlado de su mal trance.

—Yo no sé nada. Pregúntale a Laverna —respondió encogiéndose de hombros.

En el panteón latino, en consonancia con el talante utilitario de aquella civilización, cada divinidad desempeña una función precisa. La diosa Laverna era la especialista en trapacerías, engaños y mentiras. Puesto que disimulaba lo esencial, la representaban unas veces como un cuerpo sin cabeza y otras como una cabeza sin cuerpo. Siempre la invocaban en silencio.

—Jenofonte asegura —prosiguió Calígula— que a Tiberio le queda muy poco tiempo. No es ésa la impresión que da. Por lo visto, ha recuperado el apetito.

—Tal vez prepare un lectisternio.

—Ah, no. Habrían colocado estatuas.

En circunstancias excepcionales, acostaban las estatuas de los dioses en camas frente a mesas guarnecidas de manjares y flores. Así agasajados, los divinos comensales manifestaban su buena disposición hacia los mortales.

El festín fue servido en el mayor de los cinco comedores de la villa. Aquel santuario de la gastronomía estaba decorado con un gigantesco cuadro en el que Baco, coronado de sarmientos, agitaba una cepa de vid en dirección a una mesa rebosante de manjares. Bajo cada plato estaba inscrita la mejor procedencia: pavos de Samos, faisanes de la ribera del Phasis, cabritos de Ambracia, atunes de Calcedonia, jade de Galia y salchichones de Iberia. Calígula interpretó como un desaire que el emperador dejase a Gemelo recostarse a su derecha.

—Demos las gracias a los dioses por habernos reunido —dijo Tiberio en tono afable—. Estos últimos tiempos he estado enfermo. Ahora me siento mejor, mucho mejor. ¡Que comience la fiesta!

Una larga fila de pinches entró en la estancia. Portaban bandejas, como de costumbre, aunque en esta ocasión no transportaban en ellas jabalíes asados o pavos con la cola desplegada. Los sirvientes dispusieron sobre la mesa central varias decenas de platos que junto con las guarniciones componían una estudiada armonía de color que iba del verde claro al púrpura. No faltaba allí verdura alguna: rodajas de pepino en salmuera en sus recipientes de reluciente cerámica, acelgas alargadas, apio caballar de raíz carnosa, chirivía silvestre que agasaja el paladar y cebolla albarrana, que, según se dice, posee propiedades digestivas. Había coles que estaban dispuestas en cuadrados como un manípulo de legionarios: coles de Cumas de cabeza acampanada, coles de Bruttium de enormes hojas, coles de Alicia de diáfanas hojas, coles tiernas de Pompeya, de dulce sabor. Los brotes de orobanca, de lúpulo o de fresal alineados como en desfile acompañaban los tallos de enredaderas y de cardos silvestres, cardos borriqueros fritos, puerros de Tarento sumergidos en aceite. Unas escudillas de oro contenían humildes gachas de cebada, es-pelta, espinacas o habas, así como el alioli que se servía en las tabernas de la Suburra. Cada una de las cincuenta y cinco verduras que enumera Apicio en su tratado estaba presentada en todo su esplendor. Los comensales se miraban, sin saber qué actitud adoptar. ¿Había que tomárselo a broma o no?

—Ya sabéis en cuánta estima os tengo a todos —declaró Tibe-no, burlón—. Por eso me preocupo por vuestra salud. La carne estríñe y el vino enturbia las ideas. Las verduras son saludables. Yo las consumo en abundancia a fin de dejaros lo más tarde posible. ¿Qué Piensas tú de ello, Cayo? ¿Puedo esperar vivir aún mucho tiempo gracias a este régimen?

—Eso es lo que deseamos todos.

No lo dudo. Agripina, hazme el favor de probar este rábano blanco. Livia, que lo comía todas las mañanas, vivió ochenta y seis años. ¡Lesbia, cuidado con la malva! Fue la causante del último coco de Cicerón. ¡Los cólicos no son buenos para las chicas bonitas!

Se volvió hacia Ahenobarbo, que se había tomado el menú como una afrenta y se negaba de forma ostentosa a probar bocado.

—¡Ah, no sales nada caro a tus anfitriones! Si todos los invitados de ese pobre Apicio te hubieran imitado, no se habría suicidado después de caer en la ruina.

Sin aguardar respuesta, pasó a Claudio que, aquejado de una voracidad crónica, estaba concentrado engullendo unas gachas de avena.

—Tú, como historiador, ¿cuál dirías que es la verdura más antigua de nuestra cocina romana?

—El rábano. Se cuenta en los anales que un tal Curio Dentato recibió a los samnitas, que habían venido a comprar su alianza con oro, sin dejar de saborear un rábano asado.

—A Augusto le gustaba mucho el rábano hervido —observó Tiberio, a quien parecía encantar aquel tema de conversación—. Lo acompañaba de queso de cabra. Yo he probado su receta, pero me produce gases. Por lo visto no tengo nada en común con la raza cabruna.

Los asistentes se estremecieron al oírlo aludir al infamante mote que le aplicaban en Roma. La misma palabra *caprineus* designaba, en efecto, al lúbrico macho cabrío y al habitante de Capri.

Fijando la mirada en Calígula, Tiberio cambió entonces el tono de guasa por uno de amenaza.

—Mañana por la mañana, os comunicaré las decisiones que he tomado. Os quedaréis muy sorprendidos. Uno solo de entre vosotros tiene motivos para inquietarse.

Se puso en pie rehusando la ayuda de su doméstico y salió de la sala, dejando a los comensales entregados a acalorados comentarios.

—Va a reinstaurar la República —susurró Ahenobarbo a Agripina.

Lesbia, que había advertido cómo se alteraba el semblante de su hermano, acostado a su izquierda, se inclinó con inquietud hacia él.

—¿Qué debe de significar esto?

—Nada. Nada en absoluto —contestó éste, de nuevo con su habitual máscara de indiferencia.

En realidad, estaba paralizado por el pánico. ¿Y si Trasilo se había equivocado? La insinuación del emperador quedaba clara. Se proponía exiliarlo, matarlo tal vez. Convenía actuar sin demora.

Cuando llegó a su habitación, Tiberio se sentía tan exhausto que apenas le restaban fuerzas para levantar los brazos a fin de dejarse desvestir por su criado. Un vez solo, suspiró, como quien culmina por fin una pesada tarea.

Al recordar el espectáculo que acababa de escenificar, rió por un momento entre dientes. Había ofrecido un simulacro de festín a un remedo de familia. Había terminado con ellos y no volvería a verlos antes de que la Parca cumpliera con su cometido. Lo que le faltaba por llevar a cabo en este mundo se reducía a poco.

El pergamino estaba desplegado sobre la pequeña mesa. Tras verter las gotas de agua sobre los oscuros granos que machacó con la punta redondeada del cálamo, escribió con mano temblorosa: «Recomiendo al Senado y al pueblo de Roma que confíen el Imperio a mi hijo Cayo.»

Fue a acostarse en la cama pensando en Augusto. Antaño, también él había trazado a disgusto las irrevocables palabras, con las que sellaba su elección del hombre a quien detestaba. Cayo estaba corrompido por los vicios, pero, como no había dejado de constatar Jenofonte, su demencia era fingida. Poseía una inteligencia aguda, apta para comprender cualquier cosa, y, por encima de todo, la cualidad imperial por excelencia: el prodigioso

arte del disimulo. Reinaría con dureza sobre un mundo que no merecía la templanza. Su cuna hacía de él un sucesor legítimo y, entre todos esos mediocres, era el único con madera de emperador. Un día caería en la cuenta de que el Imperio era un caramelo envenenado, y el poder supremo, una maldición. Ése sería su castigo.

Tiberio se durmió sumido en estas reflexiones. En mitad de la noche, lo despertó un violento dolor en la mano derecha. Intentó liberarla de la tenaza que le arrancaba el anillo, pero no le dio tiempo. Algo blando y pesado a la vez le aplastaba la cara. Se asfixiaba. Para comprender que lo estaban ahogando con una almohada, hubo de hacer el último esfuerzo de su vida.

Miseno, 11 de marzo del año 37

Antonia pidió que la dejaran a solas con el cuerpo del emperador. Envuelto en su manto púrpura, reposaba sobre una espesa capa de nieve traída de las montañas. Al contemplar aquel rostro desfigurado, lamentó haber llegado demasiado tarde. Si el destino no le hubiera deparado un final tan cruel, ella lo habría asistido hasta el último momento; habría corrido la cortina de los párpados sobre los grandes ojos azules que con tanto afecto la miraban en otro tiempo. No debió haberse limitado a escribirle. Mejor habría sido reunir las fuerzas para volver a verlo. Habrían llorado juntos. Su odio se rasgaba a tiras como un vestido gastado. De improviso tomó conciencia de que siempre había temido la muerte de Tiberio pues, en cierto modo, era él quien la mantenía apegada a la vida.

Se disponía a marcharse cuando un detalle le llamó la atención. Al anciano le habían cruzado las céreas manos sobre el pecho de una forma poco natural, como si más que juntarlas hubieran querido superponerlas. Se agachó y, sin vacilación, levantó la mano izquierda para dejar al descubierto la diestra. En medio del anular, la piel presentaba una franja de color distinto al del resto del dedo. Lo rascó con suavidad con la punta de la uña, recogiendo una pizca de mate-ria blanquecina que reconoció al instante. Era albayalde, que habían utilizado como maquillaje sobre la piel desgarrada. Le habían arrancado el anillo. Tiberio había matado a su hija y ahora alguien lo había matado a él. No era sino un acto de justicia.

Avergonzada por haber incurrido en tales pensamientos, le colocó las dos manos en la posición en que las había encontrado y retrocedió un paso. ¡No, no iba a convertirse en cómplice moral del crimen! No quería acordarse más que de los lejanos días en que Tiberio no era aún emperador. Cuando Druso había sufrido una herida de muerte al caer del caballo, en los confines de Germania, él había cabalgado día y noche para llegar a tiempo junto al lecho del amado hermano. Le había prometido velar por su viuda y su hija, y había cumplido su palabra. Entre una campaña y otra, había colmado la infancia de Livila con su tosca adoración.

Antonia reconoció para sus adentros que en cierta época había estado casi a punto de enamorarse de él. Luego sobrevino la desgracia: lo habían erigido emperador. Ella lo oyó maldecir la decisión de Augusto al escogerlo como heredero. ¡Y al final había muerto asesinado, odiado por todos, como una bestia acorralada! El anillo que simbolizaba el poder supremo le había atraído la mala suerte hasta el último instante. El muchacho vicioso cuyo incesto ella había descubierto se lo había robado. ¿Qué uso pretendía darle antes de que se lo arrancasen a su vez? La recorrió un escalofrío. Cayo no debía enterarse de que ella había descubierto su secreto.

Sin dejar traslucir la menor emoción, regresó a los aposentos que le habían asignado. Decidió, antes de nada, informarse sobre lo sucedido la noche anterior. Pidió a una doncella que fuera en busca de Gemelo. Tras llegar a la conclusión de que era hijo de Sejano, no había querido volver a verlo, pero había desechado ya esa quimera. Era su nieto

y corría peligro de muerte. El niño erraba por la villa, donde nadie le prestaba atención.

—Ten valor —le exhortó, abrazándolo—. Recuerda que tu padre fue un héroe.

Al oír estas palabras, pensadas para reparar la prolongada injusticia que se había cometido contra él, Gemelo se ruborizó de orgullo.

—El tío Tiberio nunca hablaba de él. Ay, ¿por qué se ha muerto tan de repente? Anoche parecía encontrarse mejor.

—Estaba muy enfermo. Las Parcas no olvidan a nadie, ya lo sabes. ¿Quién lo cuidó durante estos últimos tiempos?

—Jenofonte.

Antonia conocía la fama de ese médico intrigante, aficionado a las carreras de caballos y mujeriego, sobre el que pesaba la sospecha de haberse apropiado de la herencia de algunas de sus dientas.

—Me han contado que anoche estuvisteis invitados todos a un banquete. Cuéntame cómo fue.

—No había nada de carne y todos se quedaron muy sorprendidos. Domicio Ahenobarbo no quería comer nada, porque aborrece las verduras. El tío Tiberio le explicó que eran excelentes para la salud y que comiéndolas se podía vivir más tiempo. Dijo que Livia murió muy vieja porque le gustaba mucho el rábano blanco. Bromeó con el tío Claudio y se fue antes del final porque se sentía cansado.

—¿No dijo nada más?

—No, abuela. ¡Ah, sí! Que iba a darnos una gran sorpresa mañana. Bueno, quiero decir hoy.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Seguramente se refería a que había elegido a Cayo. Supongo que ya no lo veré mucho. No sé adonde voy a ir.

—No te preocupes. Le pediré que te permita vivir cerca de mí en Roma.

—¿Con Helena?

—Sí, con tu hermana.

El niño se arrojó a sus brazos. No, no se parecía en absoluto a Sejano, el desvergonzado amante de su hija, concluyó, reprochándose lo injusto de su actitud anterior.

Estaba absorta en estas reflexiones cuando Calisto acudió a avisarla de que el emperador la esperaba. Se sobresaltó antes de comprender que se trataba de Calígula. La multitud había invadido la villa, por lo que dos guardias germanos tuvieron que abrirle paso. Cuando entró en la más espaciosa de las salas del primer piso, Calígula se le acercó, con las manos tendidas en señal de bienvenida. Puesto que no se le permitía vestir la púrpura antes de su unción por parte del Senado, el nuevo emperador llevaba una de sus togas de joven elegante. Los ojos de Antonia enseguida se posaron en el anillo. Al recordar el dedo desollado de Tiberio, hubo de recurrir a todo su temple para reprimir un ademán de repugnancia.

—Mi gozo es grande al saberte por fin entre nosotros después de tan larga ausencia. Por desgracia no pudiste hacer más llevaderos los últimos instantes de Tiberio. ¡ Ah, qué pérdida para nosotros y para el Estado!

En el aplomo de la voz y el brillo de los ojos, ella adivinó su felicidad.

—Yo también lo lamento, y te doy las gracias por tu acogida,

César.

—Llámame Cayo, como antes. Yo no olvido que me brindaste tu hospitalidad cuando era niño. Tiberio padecía cada vez más, y este final apacible es el que deseaba.

—¿Te encontrabas cerca de él en el momento de su muerte? —¡Por desgracia, no! Nos dejó anoche después del banquete que había ofrecido a la familia y al que habrías asistido de no ser por tu indisposición. De hecho, no te he preguntado cómo sigues. Per-

dona mi falta de modales.

A Antonia le produjo la impresión de que se burlaba de ella. —Como ves, no sufro dolor al caminar.

—Me alegro. Como te decía, se había retirado a su habitación. Me mandó llamar para entregarme su anillo y me pareció fatigado, pero yo estaba tan emocionado que confieso que no tenía las ideas muy claras. En todo caso, no advertí nada inusual en él. ¡Se había mostrado tan contento durante el festín, tan gracioso! ¡Un festín de verduras! Pídele a Claudio que te lo cuente; él fue quien le dio réplica. La escena resultó un regalo para el espíritu. Y luego, en plena noche, la Parca cortó su hilo. Jenofonte asegura que murió sin darse cuenta. ¡Qué pérdida!

—Sí, es una gran pérdida. ¿Qué medidas has adoptado? —Vamos a transportar su cuerpo a Roma mañana mismo. La pira se encenderá en el Foro. Recibirá un funeral digno de un gran emperador; quiero que sea tan espléndido como el de Augusto. Tú ocuparás el lugar que te corresponde. Siempre he deplorado tu distanciamiento de la familia, pero esos tiempos han quedado atrás. Será un placer para mí concederte cuanto me pidas.

—Te lo agradezco —contestó ella, pronta a tomarle la palabra—• Gemelo está muy afectado por la muerte de su tío abuelo. Me gustaría que se instalara en mi casa.

Le pareció que el rostro de Cayo se ensombrecía, pero fue algo tan breve que no estaba segura de lo que había visto.

—¡Mi querido Gemelo, qué niño más delicioso! Por supuesto que sí, acógelo. Estará muy bien en tu casa.

—No quisiera abusar de tu tiempo, Cayo. Debo regresar a Roma mañana.

—Es cierto, tengo mucho que hacer. Pues bien, ya nos veremos allí. Para mí, que debo acompañar el cadáver, la ruta será larga. Cuídate, mi querida Antonia.

Le sonrió de una forma tan extraña que a Antonia la asaltó la sensación de no haber logrado ocultarle que había descubierto el asesinato.

Cayo la miró cruzar el umbral, digna y erguida como una vestal. Decididamente, no había cambiado. Ya le enseñaría él que había dejado de ser un objeto decorativo a su merced.

De pronto le vinieron ganas de ver a Enia. Al menos ella nunca había dudado de él. Le mandó un recado pidiéndole que lo esperase en una pequeña habitación adornada con máscaras en la que había reparado al explorar la villa. Macrón iba a pasar el día en el camino a Roma preparando el itinerario de la comitiva fúnebre. Por otro lado, el que llegara a enterarse de su infortunio carecía ya de importancia. Nadie se venga del emperador.

Cuando él entró en la habitación, Enia se lanzó radiante a sus brazos. Era la primera vez que se encontraba con él en privado desde la muerte de Tiberio.

—¡Eres el bienamado de los dioses, César!

—Cayo. Para ti, sigo siendo Cayo.

Riendo por el temblor que la premura le provocaba en las manos, ella lo ayudó a desabrocharse la estricta túnica que llevaba en aquellos días de luto. Calígula la arrojó sobre la cama. Ella experimentó una voluptuosidad que se le antojó más fuerte y más elevada que de costumbre, como si la poseyera un dios.

—No poseo el físico adecuado para el cargo —declaró él de improviso. Se levantó para exhibir su desnudez como un esclavo a la venta—. Mis brazos son peludos como los de

un oso. ¡Tengo piernas de halcón y el pecho hundido! Se me está cayendo el pelo.

»¡Talía y Melpómene —invocó, volviéndose hacia las musas pintadas en la pared—, acudid en mi auxilio! Vosotras sabéis, divinas hijas de Zeus, que siempre os he querido. Ayudadme a representar el papel de emperador.

■—¡Pero si tú eres el emperador! No estás obligado a representar un papel.

—Cierto, pero tengo un público. Muchos comedores de ajo y, como en el teatro, las primeras filas para los espectadores de calidad

. He cambiado de escenario, nada más.

—Todo el mundo te aplaude.

—El público adolece a menudo de mal gusto —señaló mientras se ponía el *licium*—. ¿Y acaso es mi *lancea* comparable a la de Hércules, eh?

Enia se echó a reír simulando un gesto de espanto. —No, y doy gracias a los dioses por ello. La pobre Onfalia debió de pasar momentos duros. ¡Eso sería demasiado! Existen por todas partes gladiadores más musculosos que tú. ¿Crees que a los dioses les interesan los cabellos y los músculos de un mortal cuando deciden ascenderlo a su misma categoría?

Con un tic habitual en él, Calígula se aplastó la rala cabellera. —¡Aun así, no sé...! Si esto continúa, habré de llevar peluca. —Serás calvo como Julio César. ¿Crees que eso le importó mucho? Tú serás más grande que él.

Se sentía investida de una misión peligrosa y exquisita a un tiempo. Iba a ayudar al hombre al que amaba a asumir el prodigioso destino que su padre le había anunciado.

Miseno, 15 de marzo del año 37

—¡Un inútil que no ha sido nunca cuestor! ¡Y el Senado lo ratifica sin que haya habido siquiera debate!

La cólera de Ahenobarbo no remitía desde que le habían comunicado la noticia. Había abrigado la esperanza de que Tiberio muriese sin dejar testamento y ni por asomo habría imaginado que designaría a Calígula. No obstante, cuando éste, con el anillo imperial en el dedo, había exhibido las dos líneas de la escritura del difunto, el ejército, el Senado y el pueblo habían cerrado filas en torno al nuevo dirigente sin la menor vacilación.

—¿Un inútil? —protestó Agripina, herida en su orgullo familiar—. Es muy inteligente. Y es el hijo de Germánico.

—¡Un hijo degenerado!

—¡Pues más vale eso que ser el hijo de un borracho!

Su irascible marido se disponía a propinarle una bofetada cuando se vieron interrumpidos por la llegada de un esclavo imperial portador de una carta. Al leerla, la ira del senador se esfumó al instante.

—Escucha esto: «Tengo gran necesidad de tus consejos y de tu experiencia, mi querido Domicio. ¿Consentirías en prestarme ese

favor de inmediato? Te espero. Tu Cayo.» ¿No te lo decía yo? Tocar la pandereta y hacer de histrión es fácil. Gobernar el Imperio es otro cantar. Necesita rodearse de personas inteligentes.

El es inteligente. Según Agripa, nunca ha conocido un ingenio *comparable con el suyo*

—Quizás entienda de teatro, pero no sabe nada de Roma. Nunca ha puesto los pies en el Senado. Por eso me necesita. Aunque si se imagina que yo voy a romperme los cuernos gobernando para que él se lleve toda la gloria, se equivoca. De todas maneras, esta comedia no durará mucho. Roma comprenderá pronto quién es el amo.

Agripina se mofó de él sin disimulo. ¿Cómo podía ser tan ingenuo? ¡Ah, si los dioses la hubieran hecho hombre, ella sí habría sabido sacar partido de una situación como aquella! Cayo necesitaba un mentor, pero Ahenobarbo no tenía la talla para cumplir esa función. Era tan vanidoso que no se percataba siquiera de que el emperador lo halagaba para granjearse las simpatías del Senado.

—Ayúdalo, pues, puesto que te lo pide. Yo voy a acostarme un rato.

Dado que la mitad de los embarazos romanos terminaban en aborto, ella se imponía con frecuencia una inmovilidad que le resultaba odiosa, con el objetivo de asegurarse de gestar hasta el final al futuro amo del mundo.

A su regreso, Ahenobarbo fue a sentarse junto a su cama. Su amplia cara resplandecía de orgullo.

—Tu hermano me ha pedido que intente conseguir que el Senado rompa el testamento privado de Tiberio. Me lo agradecería sobremedida. No entiende realmente nada de política, pero al menos es lo bastante honrado para reconocerlo. Le he explicado que, de todas maneras, era peligroso dejarle una fortuna a Gemelo, porque podría formarse en torno a él una facción de descontentos. ¡Figúrate que no había pensado en ello! En todo caso, sí sabe que yo soy el que hace y deshace en el Senado. Si quieres que el asno reaccione, has de golpear la albarda. Fíjate, hace sólo unos días, a propósito de la ley sobre las provincias cerealeras del Imperio...

—¿Qué le has contestado? —preguntó ella, interrumpiéndolo. —Que el Senado romperá el testamento si yo lo solicito. Me bastará con un discurso.

—¿No temes que se sorprendan? Tú eras el gran opositor. —Me oponía a Tiberio, y Tiberio ya no está. —Contribuirás a despojar a Gemelo de su patrimonio. Su marido levantó los brazos con tanta brusquedad que ella sí protegió el vientre con las dos manos.

—¿Y a quién le importa Gemelo? A Antonia, quizá, porque es su abuela, ¡pero su influencia pesa lo mismo que un pedo de burro! Tengo mucho que hacer. Debo adelantarme a Cayo a fin de preparar en Roma la acogida que le dispensará el Senado. Descansa mucho, ya sabes lo importante que es para mí tu salud. Tal vez deberías quedarte aquí hasta que des a luz. Este viaje podría fatigarte.

Agripina sonrió ante aquella novedosa solicitud.

—No, un emperador debe nacer en Roma.

Tras la partida de su marido, fue a ver a su hermano. Éste la recibió con grandes manifestaciones de afecto y después ordenó a los presentes que los dejaran a solas.

—Y bien, ¿qué ocurre? —preguntó él—. Espero que no vayas a quejarte otra vez.

Agripina estaba acostumbrada a aquellos desaires, pues sus relaciones siempre habían

estado marcadas por su carácter agridulce.

—Escúchame bien, Cayo. Puedes hacerle creer al burdo de mi marido que precisas de él; eso me importa poco. Puedes nombrarlo viceemperador si eso te divierte; el muy necio se imaginará que es un acto de justicia. Yo, por mi parte, sólo pido una cosa: líbrame de él. Sabes bien que Tiberio me lo endosó por pura maldad.

En el rostro de Calígula, ella vio aparecer la máscara del jefe consciente de sus obligaciones.

—Mi pobre Agripina, ya sé que Tiberio quiso humillarte. Te compadezco sinceramente, créeme, por tener que vivir con Ahenobarbo. Me agradaría mucho complacerte. Por desgracia, la responsabilidad de Estado precede a mi placer, por grande que éste sea. Necesito a tu marido para ablandar a los senadores. No puedo hacer lo que me pides. Supondría un ultraje y, desde el punto de vista político, un error.

—¡Te burlas de mí!

—En absoluto. Por otra parte, no os lleváis tan mal como dices. Acabas de concebir un hijo suyo. Si de verdad fueseis un matrimonio desavenido, habrías rehusado que se te acercara.

¿Rehusar? —replicó ella, ahogada por la indignación—. ¡Como si yo hubiera invitado alguna vez a ese gordo cerdo a compartir mi cama! Desde el primer día, he estado sometida a sus caprichos. ¡ Me viola! Si protesto, no tiene reparo en recurrir a los golpes. ¡Mira! Hizo ademán de levantarse el borde de la estola para mostrar un

morado y él la contuvo mediante un gesto, con una mirada socarrona.

—Te creo. ¡Ay, cómo me gustaría estar en condiciones de complacerte! Sin embargo, es esencial que sigas siendo su esposa. Debemos anteponer el interés de Roma al nuestro, mal que nos pese. De todas formas te prometo que no te pegará más. Voy a advertirle que si te levanta la mano se las verá con el emperador.

Se trataba de una concesión irrelevante puesto que, a aquellas alturas, no estaba ya expuesta a malos tratos. Aun así, fingió satisfacción. Para alcanzar sus fines, sabía armarse de paciencia.

Miseno-Roma, 16-28 de marzo del año 37

Encima del catafalco, con el rostro descubierto según la costumbre, Tiberio reposaba por fin con un sueño apacible. Aunque yacía dentro de un saco relleno de plantas aromáticas sobre una capa de nieve que una cadena de agotados esclavos renovaba sin cesar, había comenzado a apestar y nadie se acercaba a él si no era por obligación.

Dos filas de soldados flanqueaban un cortejo de casi doscientos vehículos de toda clase. Entre ellos figuraba tanto el *pompaticum* oficial usado por los sacerdotes y las vestales como la elegante *carruca* o la ligera *basterna*, cuyo nombre significa

«devoradora de millas». Calígula viajaba, en esa ocasión, en el *dormitorion* que había mandado contruir poco antes de su muerte el gastrónomo millonario. Arrastrada por cinco muías, la carroza dormitorio rodaba, Como todo vehículo confortable, sobre unas ruedas no revestidas de hierro que había que cambiar con frecuencia. El interior estaba totalmente tapizado de seda traída de la lejana Seres y guarnecido de cojines de la misma tela, rellenos de pétalos de rosa. Calígula no abandonaba el coche más que cuando circulaban ante un público nutrido, en las proximidades de una ciudad o un pueblo. Entonces, iba a pie detrás del carromato fúnebre, ostentosamente encorvado de dolor.

El aspecto del nuevo emperador era una incógnita para todos cuantos aguardaban su paso a lo largo de la polvorienta ruta que conducía de Miseno a Roma. Todos devoraban con la mirada a ese joven espigado de piernas y brazos flacos cuyo cráneo comenzaba

a encalvecer. Era el hijo del gran Germánico, el héroe al que el pueblo romano no había dejado de idolatrar y a cuya familia había exterminado el odioso Tiberio. Les pareció que si bien no había heredado la belleza de su padre, había algo de fiereza y determinación en su porte, cualidades que convenían al amo del mundo-Para todos, del mismo modo que la primavera sucede al invierno, Calígula encarnaba la vida y la renovación. Admiraban la grandeza de alma que demostraba al seguir con tanta piedad el cadáver del viejo de Capri. Los padres explicaban a los hijos que Tiberio había i mandado matar a la madre y a los dos hermanos de aquel que le rendía tan inmerecido homenaje. Los legionarios retirados gritaban: «¡Viva nuestro niño! ¡Viva nuestro Pequeña Bota!», como en los tiempos en que de pequeño se había granjeado su sobrenombre. Los campesinos añadían un respetuoso: «¡Loor a nuestro astro!» En todas las encrucijadas, se ofrecían en altares improvisados sacrificios a los dioses, presididos por el humo acre de la carne asada que compartían haciendo saltar el tapón de cera de las ánforas.

En su palacio itinerante, Calígula concedía audiencias. Cuando se cansaba de los cumplidos de los dignatarios, ordenaba llamar al famoso cómico Apeles para que le recitase un poema o, si le entraba la vena amorosa, a su favorito, el egipcio Helicón. Pese al regocijo que le producía la perspectiva de ver pronto a Drusila, su impaciencia se teñía de inquietud. ¿Cómo habría vivido ella tan larga separación? Él no se atrevía a compartir sus temores con nadie. Había autorizado a Enia a desplazarse directamente a Roma con Macrón, y lo lamentaba. Le había tomado el gusto a su admirativa confianza en la misión que los dioses le habían encomendado. Agripa poseía una rara inteligencia, pero no creía ni en su dios ni en los de los demás. ¡Ese escéptico ni siquiera había reconocido al prodigioso ser anunciado por Trasilo!

Jenofonte ocupaba la carroza que avanzaba detrás de la del emperador. Tras la muerte de Tiberio, su prestigio había llegado a lo más alto, y sus colegas de las localidades por las que pasaban solicitaban humildemente el honor de ser presentados a la gloria de la isla de Cos. A Agripa le habían asignado, para efectuar el viaje en compañía de Salomé, el majestuoso *pompaticum* que proclamaba su dignidad de príncipe extranjero. Su compañera estaba alborozada por verse libre del estorbo de sus padres. Aquella era su primera estancia en Italia. Como una colegiada en vacaciones, observaba encantada el espectáculo, admirando el porte de los militares que se relevaban para cabalgar junto a su portezuela, como siguiendo un plan preconcebido. Un día, si Agripa sabía manejarse bien, ella misma sería también

aclamada por aquella multitud de adoradores y pasaría bajo esos arcos de triunfo de follaje mientras las madres sostenían en alto a sus pequeños, a la vista de la pareja real.

—Cayo nos invita pocas veces a su carruaje —comentó al concluir el segundo día.

—¡Tiene demasiado quehacer! No te imaginas lo que es la vida de un emperador.

Delante del *ludus* de una aldea perdida, una decena de gladiadores en atuendo de combate se había alineado para saludar al cortejo. Al príncipe se le ocurrió de improviso una idea para salir del apuro. Mandó buscar a Graco. El *lanista* acudió sin tardanza y subió al *pompaticum* con la agilidad de un joven.

—¡Ay, príncipe, los dioses nos devuelven la vida! El emperador abroga el edicto de Tiberio sobre la caza. ¡Podré utilizar mis fieras!

—Espero que hagas fortuna bajo este nuevo reinado.

—¡No lo dudes! A los Juegos Fúnebres seguirán muchos otros más. Los negocios vuelven a animarse. Calígula me está muy agradecido por los servicios prestados.

—¿Crees que es posible contar con la gratitud de los grandes?

—Tú no sabes todos los servicios que le he prestado.

—Sí que lo sé. Según me ha contado has sido un mensajero muy valioso.

—Me ha prometido darme el anillo con su efigie que permite acceder a él en todo instante.

—Es un gran honor por el cual te felicito, pero ahora hablemos de dinero. Le llueven las propuestas para los Juegos Fúnebres. Tu principal rival de Capua tiene bastantes posibilidades. Verás, mi querido Graco, debo hacerte un pequeño reproche.

¿Un reproche? Ah, si te refieres a esa cuadriga de los Verdes que di por vencedora el año pasado...

—¡Eso es una bagatela! No, lo que te reprocho, amigo mío, es tu falta de ambición. Te contentas con la riqueza, cuando en la posición en que te encuentras, deberías amasar una inmensa fortuna y llegar a convertirte en un nuevo Crespo.

—¿Y cómo?

—El emperador me reserva el trono de Israel. ¿Quieres hacer negocios con un rey?

—Sería un gran honor. ¿De qué negocios se trata?

—De vender a los judíos objetos de gran valor. Yo proporcionaré la mercancía y compartiremos los beneficios a partes iguales.

—Ellos no compran nada de valor...

—Tienes razón, no compran ni joyas, ni muebles, ni esclavos. Sí conceden en cambio una enorme importancia a su religión. Algunos de mis futuros subditos son muy ricos y están dispuestos a pagar cuanto se les pida para parecer piadosos. Nosotros los llamamos fariseos. Les venderemos reliquias de los profetas de Israel, y te garantizo que pagarán sumas que no alcanzas a imaginar.

—¿Qué entiendes por reliquias? Nunca había oído esa palabra.

—Las reliquias son lo que queda del paso por la tierra de los hombres ilustres. Por ejemplo, la trompeta de Josué o el bastón de

Moisés.

—¿Un trompeta y un bastón? —repitió Graco, atónito.

—La trompeta por sí sola se vendería fácilmente por mil talentos, tal vez más. Un talento equivale a algo más de treinta mil ses-

tercios.

—¡Treinta millones de sestercios por una trompeta!

—Sí. Y aún se pagaría más por el bastón de Moisés. El número de reliquias es infinito. Por ejemplo, existe en mi país una pequeña secta cuyo profeta ha sido crucificado. ¡Hay algunos discípulos ricos a quienes podrías vender pedazos de su cruz! Comprenderás sin duda que no conviene que un rey lleve a cabo ese tipo de negocios en persona. Necesito un socio. ¿Aceptas, pues, mi proposición?

—Ah, príncipe, la acepto con gratitud. ¡Pongo a Mercurio por testigo!

—¡Pues bien, ya somos socios! Debo asumir algunos gastos antes de mi coronación. Estaría bien que me adelantas una parte de nuestras ganancias. Bastará con un millón de sestercios.

—¿Un millón de sestercios?

—El bastón solo vale treinta veces más. Aunque si no está dentro de tus posibilidades, ya buscaré otro socio. No se hable más.

—No, príncipe, no está fuera de mis posibilidades. Te facilitaré⁶ la suma no bien llegemos a Roma. Puedes contar conmigo. ¡Cumpliré mi palabra, por Hércules!

En el momento en que el *pompaticum* se detenía, Salomé, que egresaba a su puesto, se topó con el *lanista*. «¡Un bastón! —lo oyó farfullar -. ¡Pedazos de una cruz! ¡Una trompeta!»

—¡Tu amigo se ha vuelto loco! —le comentó a Agripa, que reía para sí.

El cuarto día, Macrón regresó de Roma a galope tendido. Aseguró que la ciudad preparaba al emperador una acogida más prodigiosa que el célebre triunfo de Paulo Emilio. A continuación señaló que diez condenados a muerte aguardaban su ejecución en la cárcel de Tullianum.

—¿Cuáles son tus órdenes, César?

—¿De qué se les acusa?

—De lesa majestad.

—¿Desde cuándo están allí?

—Desde hace diez meses.

—¿Y por qué siguen aún con vida?

—Tiberio no había tomado una decisión al respecto.

—Encárgate de que liberen a esos desdichados. ¿Te has cerciorado de que otorguen el antiguo apartamento de Livia a Drusila?

—El mayordomo me ha confirmado que ese asunto estará resuelto a tu llegada. A propósito, si me permites un consejo, los gastos de reformas no deben constar en el presupuesto del Estado.

—Lo tomaré en cuenta. Tienes una opinión para todo. ¡Eres un nombre de valor inestimable!

—Sólo quiero ser te útil.

¡Francamente, el sarcasmo y el humor quedaban fuera del al-cance de los militares!

El décimo día, llegaron a los suburbios de Roma. Se congregó una multitud enorme. El populacho expresaba su sentir por el dinto mediante un juego de palabras: «¡Tiberio al Tíber!» Calígula oenó que los guardias germanos dispersasen a los insolentes. Arras-«ua por el gentío, la delegación de la orden ecuestre, que

acudía al

encuentro del nuevo emperador, recibió su ración de golpes de cuerda y a duras penas logró zafarse de la muchedumbre.

En la Curia, adonde llegaron después de dejar el catafalco bajo la custodia de las vestales, los senadores dispensaron al emperador una recepción deferente y cargada de esperanza. Aquel joven desconocido y pálido había de ser por fuerza preferible al viejo tirano que tanto los había aterrorizado. Ahenobarbo lo presentó con pomposas fórmulas. Los senadores renovaron por unanimidad los poderes excepcionales atribuidos desde el anuncio de la muerte del emperador y le concedieron su título oficial: Caius Caesar Germanicus Imperator. A continuación, se trasladó a un gabinete próximo donde se vistió con las insignias de la dignidad imperial.

Cuando regresó al pleno, anunciado con su nuevo nombre por un *nomenclátor* de voz sonora, los padres conscriptos habían roto ya la cláusula del testamento privado que dividía en dos la cuantiosa fortuna personal de Tiberio de dos mil setecientos millones de sestercios. Un adulator propuso que se confiriese al nuevo emperador el título de Padre de la Patria que había llevado Augusto. Él pidió la palabra levantando el brazo y aguardó humildemente a que el presidente se la cediera. Por primera vez, los senadores oyeron el timbre de voz un poco agrio del nuevo emperador.

—Os estoy muy agradecido por el título que queréis atribuirme, pero no puedo aceptarlo. ¿Qué méritos posee un joven sin experiencia como yo para ser el Padre de la Patria?

Hablaba en el tono, a la vez modesto y digno, con el que convenía declinar ese honor prematuro. En la continuación de su discurso desplegó también mucha habilidad. Con palabras calculadas, aseguró a los senadores que tendría muy en cuenta su opinión y consiguió no criticar a Tiberio al tiempo que condenaba con firmeza su actitud con respecto a la asamblea. Al término de la sesión, Domicio Ahenobarbo le presentó a sus compañeros. Bajo la máscara de la benevolencia, Calígula pensaba que un mes atrás aquellos mismos senadores lo habrían condenado a muerte por aclamación si el viejo de Capri así se lo hubiera sugerido en una de sus terribles cartas. Habían votado a favor de la muerte de sus familiares, y les profesaba a todos un odio que jamás se disiparía.

Para desplazarse al Palatino, mandó que descorrieran las cortinas de la litera y no dejó de corresponder con gestos de su mano car-

gada de anillos a la multitud que lo vitoreaba a su paso. Se oían muchos gritos de «¡Viva nuestro niño!» salidos de las gargantas bien regadas de los veteranos entregados a la celebración.

En la cima de la colina, la modesta casa que Augusto había comprado, sesenta y dos años antes, al orador Hortensio se había convertido en un magnífico conjunto de palacios y jardines. Por orden de Calígula, el cortejo paró delante de las puertas recubiertas de oro y marfil y la hilera de cincuenta estatuas de las Danaides del templo de Apolo, para dirigir una breve pregaría al dios. Luego traspasó el umbral de la residencia imperial. En lo alto de la monumental entrada, había una corona cívica grabada en el mármol en recuerdo de la que el Senado había entregado a Octavio el día que le había conferido el nombre de Augusto.

El nuevo amo efectuó su solemne entrada en su nueva morada entre dos filas de cientos de sirvientes inclinados. Unos pasos por delante del grupo integrado por los colaboradores y libertos, las tres hermanas lucían sus más hermosos atavíos. Al ver a Drusila, Cayo se detuvo en seco, como fulminado por un rayo. Ella parecía igual de conmocionada que él. Agripina trasladaba la mirada del uno al otro como si asistiera a un espectáculo. El silencio se eternizaba. Lesbia, sin quererlo, salvó la situación.

—¡Qué bien te sienta la púrpura, Cayo! —exclamó con una vocecilla aniñada que arrancó

una sonrisa a los asistentes.

Ya más serenado, las saludó con un beso. La cabeza le dio vueltas cuando rozó con los labios la mejilla perfumada de Drusila, pero logró disimular el vértigo fijando la vista en Claudio que, en toga de ceremonia, se balanceaba sobre sus piernas desiguales.

—Aquí trabajarás más a gusto en tu gramática etrusca que en Capri —le dijo, propinándole una palmada amistosa.

Luego respondió a las felicitaciones de los presentes con una palabra amable para cada uno. Pese a que Enia aparentemente quería Pasar inadvertida detrás de la imponente estatura de su esposo, Cayo se plantó ante ella.

Ordenaré erigir una estatua en honor de tu padre en su ciudad natal.

Aquella delicada manera de evocar su secreto le hizo aflorar las lágrimas a los ojos.

- ¡Vamos! ¡No hagamos esperar a tus hombres! —apremió él a Macrón.

Desde su creación, las cohortes pretorianas se hallaban apostadas fuera del *pomoerium*, el recinto sagrado trazado por Rómulo, cuyo acceso estaba prohibido para quien fuese armado.

En el centro del campamento habían levantado un estrado. La aparición del emperador fue acogida con una calurosa ovación. Se reclutaba a los pretorianos entre los veteranos de las legiones, y muchos de ellos habían servido a las órdenes de Germánico. Calígula rememoró con detenimiento ante ellos las campañas de su padre y su propia infancia, que pasó rodeado de legionarios. Afirmó estar orgulloso de su sobrenombre de «Pequeña Bota» y hasta llegó a lamentar que la tradición le prohibiera asumirlo como nombre de emperador. Había doblado la suma que Tiberio les había donado a los soldados en las mismas circunstancias; cuando anunció el monto, un atronador «¡Viva Cayo César!» se elevó al cielo, espantando a una bandada de cornejas que alzaron el vuelo.

Correspondía al jefe de las cohortes expresar la gratitud de sus hombres. Macrón largó un discurso plagado de consejos que Calígula escuchó con irritación, manteniendo los ojos entornados. De no ser por Enia, que por lo visto tenía a aquel tedioso marido en cierta estima, de buena gana habría quitado de en medio a ese aficionado a asesor.

Esa misma noche, convocó a Veranio para dictarle dos edictos, en virtud de los cuales se autorizaba el regreso de todos los actores exiliados por Tiberio y se devolvía la libertad a los condenados políticos.

—¿Todos? Son muy numerosos.

—Todos.

Había decidido que no habría límites para su bondad.

Roma, 3 de abril del año 37

Pese a la espesa capa de nieve que los esclavos renovaban sin cesar, el cadáver apeataba. Se había levantado un viento desapacible que anunciaba tormenta. La madera de la enorme pira no prendía bien, y el maestro de ceremonias corría de un lado a otro para avivar el celo de los esclavos.

El pueblo romano desdeñaba los funerales. En la primera fila del escaso público, rodeado por soldados con las armas invertidas en señal de duelo, la familia imperial, vestida de colores oscuros, aguardaba a que prendiesen las llamas. Tras ella, los esclavos que el difunto había manumitido por testamento, se reconocían por sus gorros frigios, símbolos de la libertad.

Con la cabeza cubierta por el velo blanco de los huérfanos, Calígula pronunció la oración fúnebre. De vez en cuando se interrumpía, ahogado por un acceso de llanto. El Tiberio a quien tanto elogiaba parecía haber muerto bajo el reinado de Augusto. Gran general de múltiples triunfos, hombre de Estado sagaz, pater familias protector de los suyos, no presentaba el menor rasgo en común con el cruel anciano de Capri. Al escuchar a su alumno, Agripa constata-

to satisfecho que no había perdido el tiempo cuando en otro tiempo le enseñó la retórica. Cayo encadenaba los periodos a la perfección y, después de un exordio elegante, intercaló las citas griegas en los momentos apropiados. El protocolo había situado al príncipe, junto con los diplomáticos extranjeros, a la derecha de la familia, lo que le permitía observarla con toda comodidad...

Claudio había buscado en el vino el valor para afrontar la prueba. Su ancho rostro inclinado, más enrojecido que de costumbre, reflejaba una pena sincera. Había por lo menos un hombre, pensó el príncipe, que echaba de menos al difunto. Lesbia bostezaba, incapaz de mantenerse quieta. Agripina, con aire incómodo, la reprendía de vez en cuando.

Drusila escuchaba y miraba a su hermano con atención, como si quisiera reconocer bajo la púrpura al adolescente del que la habían separado. ¿Se reanudaría su relación, o por el contrario ésta quedaría relegada al pasado como el extravío sin futuro de dos niños?

Agripa reanudó el escrutinio. Antonia, erguida pese a su avanzada edad, no realizaba el menor movimiento. De improviso, él advirtió que Enia, separada de su marido, se hallaba entre las mujeres de la familia. En una ceremonia organizada con tanta minuciosidad, aquello no podía obedecer más que a una orden expresa del emperador. La joven, al parecer incómoda ante semejante privilegio, mantenía la cabeza gacha, como si no quisiera que la reconocieran. ¿A qué jugaba ella? ¿Buscaba, como los otros, dinero y poder?

Enia no sospechaba en absoluto que el príncipe estaba sometiéndola a examen. Había aceptado con pesar la invitación del maestro de ceremonias. Preocupada por no llamar la atención, había decidido no levantar la cabeza, pero el hermoso discurso de Cayo la había conmovido tanto que no fue capaz de reprimir el impulso de compartir su emoción. Al alzar la vista, reparó en la mirada de Antonia. La anciana dama contemplaba al emperador, que bajaba del estrado. Estupefacta, Enia advirtió odio en sus ojos.

Un rumor confuso llegaba de los márgenes del río. La guardia repartía golpes entre los agitadores, cuyos gritos, traídos por las ráfagas de viento, se oían con claridad: «¡Tiberio al Tíber!» De repente, estalló una tormenta y el aguacero dispersó a la reducida multitud. Pese a los esfuerzos de los empapados esclavos, las últimas llamas vacilaban, moribundas; el fuego no duraría lo suficiente para apagarlo con vino, como dictaba el ritual. El maestro de ceremonias efectuó una señal: concluirían la cremación en otra parte. Acto seguido, cargaron sobre una litera una informe masa renegrida en la que se adivinaba el blanco de los huesos y las brillantes entraña desparramadas.

El amo del mundo se despedía de Roma.

AMADA DRUSILA Abril de 37 - 10 de junio de 38 d.C.

Pandataria, 10 de abril del año 37

El vigoroso viento batía las velas de la embarcación pequeña y alargada. Una decena de marinos con túnica de cuero se afanaba en el puente. El oficial se acercó al hombre y a la joven que conversaban y se cuadró.

—Estamos listos, César. La travesía no durará más de una hora.

—Zarpemos, pues. No hay tiempo que perder.

Calígula iba vestido con ropa oscura y, sin su anillo, habría podido pasar por un comerciante. Contraviniendo todas las costumbres, había exigido que no lo acompañaran más que unos cuantos guardaespaldas.

—¿Qué va a pensar tu familia? —preguntó Enia—. Tus hermanas deberían estar aquí, y no yo.

—No quería hacerlos pasar por esto. Además, me apetecía estar tranquilo. Me cansan todos esos cortesanos, esos funcionarios, esos solicitantes.

La precedió hasta el pequeño cuadrado cubierto cuyos bancos de tosca madera habían guarnecido con cojines especialmente para ellos.

—No será muy lujoso, pero nadie nos va a molestar. ¡Al regreso, cuando remontemos el Tíber, será muy distinta la cosa! La ceremonia estará a la altura del acontecimiento. ¡Y pensar que mi madre habrá tardado veinte años en reunirse con mi padre! ¡Veinte años!

Se sentó frente a la joven y le tomó la mano, mientras el barco abandonaba lentamente el puerto.

¡Si supieras, Enia, cuántas veces soñé con este momento en

Capri! Ésta era la plegaria que elevaba cada noche a Isis: «Permite-me, bienhechora, reunir las cenizas de los míos. De todos los míos.» Y casi lo hemos conseguido, puesto que mis hermanos descansan

ya en el mausoleo.

—Eras muy joven cuando murió tu padre. ¿Te acuerdas de él? —Tenía tres años. Creo recordar a una especie de gigante que me levantaba en vilo con sus enormes manos y de unas voces que gritaban: «Viva Germánico.» Había nieve, estábamos en Germania. Como sabes, murió en Asia, lejos de nosotros, unos meses más tarde. ¡Un gigante! ¡Hermoso como Apolo y fuerte como Hércules! En eso, no me parezco a él.

—¿Y tu madre? A ella también te la arrebataron muy pronto. —Sí. Cuando Tiberio la desterró a la isla adonde nos dirigimos, dispuso que me instalase en casa de Livia y luego, después de su muerte, en la de Antonia. Más tarde, por desgracia, me obligó a trasladarme a Capri con él. Yo, por mi parte, soñaba con volver al lado de mi madre.

—¿Tanto la querías?

Cayo irguió la cabeza, con expresión de amargura.

—Sí, la quería.

Desvió la mirada como si quisiera seguir, a través de la amplia portilla, la danza de las chillonas gaviotas.

—Y sin embargo no tenía buen carácter. Agripina no heredó sólo el nombre de nuestra madre. También se le parece en eso.

—La conozco sólo de vista. Nunca me ha dirigido la palabra.

—Es demasiado orgullosa. Para ella, tú no eres nada. Mi madre era de ese tipo de mujeres. ¡Dura como un escudo! ¡Una guerrera temible! Se necesitaba un Germánico para plantarle cara. Comprendo que Tiberio la mandase lejos, pues ella realmente había urdido

un complot, pero habría podido enviarla a Samos o a Quíos, en lugar de a ese sitio horrible donde murió de pena. —A su mirada asomó el relumbre que inquietaba a veces a Enia—. Fue un crimen.

¡Y Tiberio lo pagó!

—¿Y Livia? —inquirió ella, para cambiar de tema.

—También era dura, aunque mucho más hábil que mi madre—Tenía dotes para la política; habría gobernado el Imperio si Augusto la hubiera dejado. Era igual de ambiciosa que Agripina. A propo-sito, ¿te he dicho que Lesbia te elogia constantemente? Ella siempre dice lo que piensa. «¡Qué bien te sienta la púrpura, Cayo!» —exclamó imitando la voz de su hermana menor.

—¡Pues estoy de acuerdo! —rió Enia—. La púrpura favorece a los rubios. Estabas magnífico.

La isla, próxima ya, presentaba un aspecto siniestro. Algunos árboles torcidos por el viento brotaban de un suelo grisáceo. En la cala que hacía las veces de puerto, los esperaba un manípulo de soldados a las órdenes de un centurión. Éste saludó cuadrándose.

—Tal como lo ordenaste, César, nadie te molestará. He prohibido a la población que salga de sus casas.

Señaló una plazuela rodeada de unas cuantas casas de pescadores de un color blanco sucio.

—Sólo hay esta aldea.

—¿Dónde se alojaba mi madre ?

—En la casa de la izquierda. Las otras estaban ocupadas por los guardias. Unos germanos, según me han dicho. En todo caso, no hablaban una palabra de latín. Y éste es el hombre que se encargó de darle sepultura.

Un viejo de miembros sarmentosos se les acercó, haciendo bocina con la mano en torno a la oreja derecha.

—¿Conociste a mi madre?

El hombre indicó con un ademán que no comprendía.

—Te pregunto si conociste a Agripina —repitió Calígula levantando la voz.

—¡Claro que la conocí! ¡Fui yo mismo quien la quemó! ¡ Ay, pobre mujer! No dejó más cenizas que un haz de leña. ¡Por Júpiter, cuando murió pesaba lo mismo que una niña de diez años! Ahora, reposa en mi huerto.

—Vayamos allí. ¿No habrán cambiado de lugar la urna, espero ?

—Hemos dejado todo como estaba, conforme a tus órdenes.

—Vamos, abuelo, condúcenos a tu huerto.

Enia admiró la devoción filial de Cayo quien, en lugar de dis-poner que llevaran a Roma las cenizas de su madre, había querido acudir a participar en aquella dolorosa tarea.

-¡No pesaba más que una niña, no! —insistió el campesino—.

Y no dejó más cenizas que un haz de leña. ¡ Ah, los soldados habían preparado su cadáver de una manera...! Tenía un ojo reventado que colgaba y

—¡Guíanos y manten la boca cerrada, viejo loco! —lo interrumpió el centurión.

El pequeño grupo se puso en marcha. Calígula animó a Enia, que por discreción avanzaba con los guardaespaldas, a caminar a su diestra.

No fue una caminata larga. Al final de un sendero, la tosca talla de olivo de un dios agrario defendía un huerto contra los ladrones de cebollas y tomates. Pasaron junto a una hilera de colmenas.

—Si quieres miel, hijo, te la venderé menos cara que en Roma —ofreció el viejo, que todavía no había comprendido ante quién se encontraba.

Se detuvo delante de una pequeña construcción de manipostería cubierta de excrementos de pájaro.

—Allí está. Con mi familia. Llévatela, puesto que es tu madre.

—¿Y cómo quieres que la encuentre, asno? —espetó el centurión—. ¡Sólo tú sabes dónde está! ¡A qué esperas, pues!

—¡Ya lo veréis! ¡Menos cenizas que las de un haz de leña!

Rebuscó en la oscura cavidad.

—No, ésta es de mi tío. ¡Esta es mi pobre esposa! ¡ Ah, qué trabajadora que era! Ésta sí es tu madre. —Se volvió con aire triunfal, mostrando un jarrón de terracota recubierto de un líquen verdusco—. Aquí la tienes, tu madre.

Tendió el objeto a Calígula. Viendo que le temblaban las manos, Enia se adelantó, tomó la urna y al echarle un vistazo sufrió un sobresalto. Encima del nombre de Agripina, leyó, trazadas con carbón, las palabras: «La gran puta.» Extrajo de su estola un paño de lino y borró el ultraje.

—¡No lo limpies! ¡Quiero que toda Roma vea cómo trató Tiberio sus cenizas!

Durante el viaje de regreso, Calígula no pronunció una palabra y Enia respetó su silencio. Cuando llegaron a las bocas del Tíber, una barca los recogió para trasladarlos al birreme que iba a remontar el río hasta Roma. El emperador se puso el majestuoso atuendo de luto y con el velo blanco sobre la cabeza subió de nuevo al puente, donde habían instalado un estrado con un sillón dorado. Se sentó en él, con la urna entre los brazos, a fin de que los espectadores apiñados en las orillas pudieran ver pasar a Agripina, camino de su reencuentro con Germánico.

La muchedumbre era inmensa. La gente repetía que para cumplir sus últimos deberes para con su madre, el nuevo emperador se había enfrentado a una terrible tormenta, y todos admiraban su profundo afecto. En el embarcadero principal de Roma, que habían desembarazado para la ocasión de los silos donde guardaban el trigo, la familia imperial al completo aguardaba a su jefe. Agripina estaba furiosa.

—¿Cómo ha podido llevar consigo a esa intrigante? ¿Qué tiene que ver ella con nuestra madre? ¡Es una vergüenza, un escándalo!

—Seguramente necesitaba estar con una amiga —apuntó Lesbia.

—¿Y nosotros qué? ¿Acaso no existimos?

—No es lo mismo.

Drusila se desinteresó ostensiblemente de la discusión. Claudio, por su parte, le puso fin.

—¡Silencio! ¡Las vestales os oyen!

Las vírgenes sagradas, precedidas de los lectores a quienes su dignidad les confería derecho a ello, tomaron posición en el muelle. Tras ellas venía la larga procesión de parihuelas de plata destinadas a transportar las imágenes de los antepasados de las dos familias.

Un murmullo de compasión recorrió a los presentes cuando Calígula apareció en la pasarela. Tocado con el velo blanco, mantenía abrazado contra su toga púrpura un pote de barro parecido a esos donde se guardan los rábanos. Luego avanzó hacia los suyos elevando hacia el cielo aquel tosco recipiente.

—¡Nuestra amada madre ha regresado! Va a reunirse con nuestro padre en su mausoleo. ¡Demos gracias a los dioses!

Al oír que Lesbia sollozaba, Agripina le propinó un codazo.

"—¡Calla! ¡Mejor fíjate en lo que ocurre!

Una silueta femenina, con el rostro velado, descendía por la pasarela en medio de un grupo de marinos.

—~¡No tendrá la osadía de imponernos a la intrigante en el mausoleo!

Tras secarse los ojos, Lesbia soltó, en un leve tono de desafío:

Pues es muy guapa y muy simpática. Comprendo muy bien a Cayo. Espero que se case con ella.

Siempre le había gustado ver la expresión furibunda que adoptaba Agripina cuando alguien se atrevía a llevarle la contraria.

Roma, abril del año 37

A veces, Calígula tenía la impresión de haber soñado los interminables años de inactividad y angustia transcurridos en Capri, como consecuencia del radical vuelco que había experimentado su vida desde su ascensión al trono.

—¡El asno que da vueltas en el molino no está sin duda más ocupado que yo!

—Tú por lo menos comes mejor y disfrutas de bellas asnas —replicó Claudio—. ¡De todas formas, no me gustaría dedicarme a tu oficio!

—Lo más duro son las palabrerías inútiles. ¡Qué hipócrita, ese Augusto! ¡ Ah, los reyes sí tienen suerte!

Calígula soportaba mal la ficción sobre la que se asentaba el régimen. Aunque todopoderoso, el emperador no dejaba de ser el *princeps*, el primero de los romanos, que debía tener en cuenta la opinión de los otros. Pese a que él habría tomado ya una decisión, estaba obligado a escuchar pacientemente a unos viejos de facultades mermadas y torpe elocuencia.

El 18 de marzo, el Senado le había conferido todos los poderes, de modo que se había convertido en el amo del mundo. Era el gran Pontífice, el que tendía un puente entre la ciudad y sus dioses. Las momedas llevaban su perfil, y los actos oficiales sus títulos: «Cayo César Germánico, *Imperator*, Gran Pontífice, Augur, investido de la potencia tribunicia.» Se levantaba al alba y, a primera hora del día, un oficial acudía a pedirle la contraseña. Después se dirigía a la *salutatio* donde, de acuerdo con las reglas instituidas por Augusto, presentaba sus respetos a los senadores con un beso, saludaba a los caballeros por su nombre y ponía su mano a disposición de los plebeyos para que se la besaran. Durante la hora siguiente, cumplía con sus obligaciones sacerdotales: tender el cuchillo al victimario pronunciando la oración prescrita por el ritual, poner a quemar incienso, presenciar la degollación, escuchar el augurio derivado del examen de las entrañas. A continuación recibía a los embajadores llegados de las regiones más remotas del Imperio. Los escuchaba con tedio pero se complacía en arengarlos ejercitando sus dotes innatas de orador.

Todas las mañanas, iba a la gran oficina cuya disposición no había cambiado en un solo detalle. Sobre la mesa de Cicerón, gruesos fajos aguardaban su firma: nombramientos de gobernadores, legados de legiones y prefectos de flotas o de tropas auxiliares, peticiones de clemencia para condenados a muerte, solicitudes formuladas desde distintas provincias y ciudades. Lo ayudaba una multitud de libertos. Éstos eran, en efecto, muy numerosos en la administración imperial desde que Mecenas había recomendado a Augusto recurrir a ellos en lugar de a los caballeros o aristócratas, puesto que eran más dóciles y manejables.

Para ocupar el puesto de «efeméride», especie de secretario general del gobierno encargado de llevar el control de los compromisos del emperador, Calígula había elegido a un joven cuestor, Tito Veranio, cuyo padre había lanzado la acusación

contra los asesinos de Germánico. El nuevo ascendido poseía una memoria prodigiosa y no perdía la lucidez ni durante una borrachera. Además, comprendía las órdenes a la primera y apreciaba el talante sarcástico de su amo, al que daba réplica de buena gana. El hecho de que a él también se le estuviera cayendo el pelo influyó en su nombramiento, como mínimo en igual medida que sus méritos.

El nuevo emperador conservaba las costumbres de sus años de ociosidad. Como su predecesor Marco Antonio en la corte de Cleo-patra, se había rodeado de un grupo de «inimitables vividores», jóvenes patricios aficionados a la francachela, artistas de renombre como el mimo Mnester y el actor Apeles, favoritos, mujeres fáciles y prostitutas. Todos llevaban el anillo con la efigie del emperador que abría todas las puertas que conducían hasta él.

El nuevo reinado se presentaba bajo los mejores auspicios. La implacable ley de lesa majestad ya no era vigente. De un extremo a otro del Imperio, los escultores grababan estelas con inscripciones idénticas: «Desde la proclamación del principado, por el que todos los hombres pedían en sus oraciones, de Cayo César Germánico, la alegría del mundo no conoce ya límites. Acaba de iniciarse para los hombres la más feliz de las edades.»

Decidido a conducirse con bondad en toda circunstancia, Calígula efectuaba con benevolencia incluso las venganzas. De este modo, decidió que en el circo ningún espectador, desde el aristócrata hasta el más modesto de los ciudadanos, debía soportar la menor molestia. A falta de un entoldado lo bastante vasto para proteger a la multitud del sol, se distribuyeron con cargo al erario público sombreros de paja. A los senadores se les informó de que, para complacerlos, el emperador los dispensaba de llevar sus botas de etiqueta. Así, se dejaban ver en las gradas ataviados con togas bordadas de púrpura, sandalias en los pies y sombreros de hortelano en la cabeza. Calígula no se cansaba de aquel espectáculo y les dedicaba irónicos elogios a cuenta de su indumentaria.

Diez años antes, tanto por cicatería como por aversión al circo, Tiberio había limitado a cien pares el número de gladiadores a los que se permitía combatir. Calígula abolió dicha restricción. Él, no obstante, prefería el arte dramático y frecuentaba con mayor gusto que el circo los tres teatros: el de Pompeyo, el de Marcelo y el de Bal-bo. La gente le perdonaba aquellos gustos un tanto estrambóticos.

Roma salía con alegría de los años de plomo. La multitud aclamaba al niño de las legiones no bien aparecía en público. Después del rígido Augusto y el taciturno Tiberio, el pueblo se dejaba inundar por la novedosa felicidad de tener por emperador a un joven lleno de vida y fantasía.

Roma, abril del año 37

Al oír que Calígula subía por la escalinata, Antonia hizo acopio de fuerzas para acudir a recibirlo. Bajo las cintas de su pelo, su rostro estaba tan petrificado como el de una muerta. Las palabras rituales brotaron a duras penas de sus labios.

—¡Sé bienvenido a ésta tu casa!

—¡Querida Antonia, qué placer verte! Me han dicho que estabas enferma. ¿No será grave, espero? —La edad, nada más.

—Deberías consultar a Jenofonte.

—Tengo un médico excelente, y no quisiera ofenderlo.

—Tu delicadeza es digna de encomio.

Calígula la invitó a sentarse. A la dama le costó reprimir un suspiro de alivio por el desfallecimiento, debido más a la repulsión que a la fatiga. Después de lo que había

descubierto en Miseno, siempre que veía a Calígula sentía náuseas.

—¿Cómo está mi pequeño Gemelo?

—Muy bien.

—¿Y la pobre Helena, todavía sufre a causa de su enfermedad?

Tras haberse enterado unos años atrás de que su madre había muerto de hambre por órdenes de Tiberio, la chiquilla había su-cumbido a la bulimia y la obesidad.

Has hecho bien en acogerlos a los dos —prosiguió Calígula. Te traigo una noticia que te alegrará: he decidido adoptar a Gemelo.

La desconfianza de la anciana se agudizó. No podía tratarse más que de un ardid.

—Te doy las gracias, en su nombre y en el mío. —He querido que fueras tú la primera en saberlo. Lo proclamaré mañana en el Senado. —Extrajo de la toga una tablilla y comenzó a leer con ademán teatral—: «Quiero que quien es por sangre mi primo y por afecto mi hermano comparta conmigo, conforme al deseo del difunto Tiberio, el poder imperial. De todas maneras, como todos sabéis, aún no es más que un niño que necesita tutores y pedagogos. Un día, gracias a él, el duro peso del gobierno se hará más liviano sobre mis espaldas. Me declaro padre suyo y lo declaro hijo mío. Quiero que sea proclamado Príncipe de la Juventud.»

Antonia vio en estas últimas palabras la descorazonadora confirmación de sus sospechas. Nadie había llevado el título de Príncipe de la Juventud desde que Augusto lo había concedido a sus brillantes nietos y, entonces, aquel honor había parecido excesivo a muchos romanos. No había motivo alguno para conferírsele a Gemelo; aquello ocultaba una intención malévola. —¿Estás satisfecha, querida Antonia?

—Muy satisfecha, Cayo —respondió ella, esforzándose por imprimir convicción a su voz.

—Me alegro. Por mi parte, querría pedirte un favor. No es nada que pueda ocasionarte molestias. Sólo deseo que reveles al Senado y al pueblo la verdad sobre mi nacimiento. —
¿La verdad sobre tu nacimiento?

—Sí, no simules sorpresa. Hablamos sin testigos. Sé que la conoces.

Los ojos de Cayo despedían aquel brillo que ella había observado a menudo cuando él era niño.

—Sabes muy bien que cuando fui concebido, a mi madre la visitó un dios; ella te lo desveló. En esa época, Germánico estaba lejos de ella. El dios Amón la fecundó, del mismo modo que fecundó a la madre de Alejandro Magno. Cuento con tu testimonio. Antonia perdió de golpe todo dominio de sí. —¿El hijo del dios Amón? ¿Tú, hijo de un dios egipcio que fe-cundo a Agripina? ¡Estás loco, Cayo! Calígula palideció de ira. —Tú nunca me has querido, pero ése no es motivo para que fin-
jas ignorar el secreto de mi nacimiento. Mi madre te lo confió. Ha llegado la hora de revelarlo. Cuento con tu testimonio. De lo contrario...

Le dio la espalda sin precisar la amenaza. Al oír los pesados pasos de la escolta, que subía desde la calle, lamentó con amargura haber intercedido en favor de Cayo ante Tiberio.

Roma, mayo del año 37

Claudio había apreciado durante mucho tiempo las bromas de su sobrino, pero desde que lo habían nombrado emperador, las encontraba mucho menos divertidas. Ahora era importante distinguir si Calígula hablaba en serio o se burlaba de la gente, lo cual no siempre resultaba posible, por desgracia. Aquel cargo de cónsul era un ejemplo de ello: nadie le había advertido siquiera de la concesión de tan insigne honor. ¿Cómo podía concederle el emperador la más elevada de las dignidades

públicas a él, que detestaba la política?

—Sí, eres en efecto uno de los dos cónsules del año. Te felicito.

—Si... si ni siquiera he sido cuestor.

—¡Vamos, tío, ya sabes que el consulado no es más que una ficción! Desde Augusto, los cónsules no cuentan para nada, es el emperador quien gobierna. Si eres cónsul, no tienes nada que hacer, tanto si quieres como si no. A propósito, ¿cómo sigue tu gramática etrusca?

—Va avanzando. Ya he terminado las dos terceras partes.

—Mejor. ¿Hace mucho que no ves a tu prima Lépida?

—¿Lépida? En realidad, no tengo especiales ganas de verla.

—¡Os habéis peleado?

En absoluto. Ahenobarbo está siempre metido en su casa. Es su amante, como sin duda sabes.

Querrás decir uno de sus amantes. Precisamente, es él quien me interesa. Conociendo a Agripina, estoy seguro de que lo presiona para que cometa alguna tontería. Tú eres lo bastante perspi-

caz para descubrir si trama algo. Acude todos los días a casa de tu prima. Allí lo encontrarás.

—No puedo pasarme la vida en su casa.

—Lo sé. Por eso he ideado para ti una estratagema digna de Uli-ses. Lépida tiene una hija de la que está muy orgullosa. Podrías reparar en que sus conocimientos de griego son muy deficientes.

—Pero ¿por qué? ¿Qué tiene que ver con esto los conocimientos de griego de su hija?

—Por Isis, tío, ¿no habrás perdido tus dotes para la sutileza? Hay que encontrar un pretexto para que estés metido todo el tiempo en casa de Lépida. Si constatas que el griego de la pequeña es malo, puedes ofrecerte a darle clases tú mismo; la madre se sentirá halagada. Por otra parte, dicen que la muchachita es muy guapa. ¡Así no te aburrirás, viejo sátiro!

En cuanto regresó a su casa, Claudio se puso a buscar a Elia. La encontró ocupada dictando el menú de la cena al jefe de cocina. En eso, como en otras cuestiones, era una útil consejera. Se había casado con ella diez años antes, poco después de divorciarse de la arpía que Livia le había impuesto. Su segunda unión la había concertado Tiberio, que, por entonces, quería honrar a Sejano, hermano de Elia. Tras la caída del poderoso prefecto del pretorio, Claudio había salvado de la masacre a su esposa y, con ella, a un buen número de sus parientes. Ella, que le profesaba por ello una gratitud infinita, no le reprochaba a su marido sus pequeños defectos, que algunos definían como lascivia y glotonería. Compartía de vez en cuando su lecho y, desde hacía dos meses, cosa sorprendente después de tantos años, ella estaba por primera vez embarazada como fruto de sus actividades nocturnas.

Elia escuchó atentamente mientras Claudio le refería la entrevista con Calígula.

—¿Así que vas a enseñarle griego a una muchachita?

—Todavía no. Es preciso que su madre me lo pida.

—Te lo pedirá. Y la muchacha te pedirá otra cosa.

—¿Qué quieres que me pida?

—¡Bah, ya lo sabes! —contestó, encogiéndose de hombros.

Al día siguiente, se hizo anunciar en casa de su prima con el pr^e texto de querer reanudar el contacto con su familia después de * larga separación.

Lépida era una beldad madura que luchaba por todos los me-dios contra los estragos de la edad. Tras haber tenido una sucesión de amantes que le valió a su marido la corona de rey de los cornudos de Roma, ahora sólo Domicio Ahenobarbo y, de vez en cuando, un hermoso y discreto esclavo gozaban de sus favores. Lucía un peinado alto y rubio que debía su esplendor tanto al tinte como al refuerzo de los postizos extraídos de las cabelleras de mujeres de Germania, importados a precio de oro. Su pasión por los perfumes y los ungüentos la llevaba a rociarse, según el día, con esencias de nardo pérsico, benjuí o mirra, lo que suponía una dura prueba para el olfato de su esposo. Éste, Barbato, un aristócrata ajado y escéptico, vestía la inmaculada toga con la misma elegancia con que sobrellevaba su reputación de marido consentido. Acostumbrado a dejar a su mujer a solas con sus visitas, se retiró tras deplorar en términos cuidadosamente escogidos el lluvioso invierno y las aglomeraciones que provocaba la presencia de la corte en Roma.

—Desde mi regreso de Capri, estaba deseoso de volver a verte —dijo Claudio después de abrazar a su fragante prima.

—Me siento muy honrada de que mi ilustre primo no me haya olvidado —respondió ella, halagada, con un ademán zalamero.

—¿Cómo olvidar a una mujer tan bella? Los años no pasan para ti.

La dama exhaló un suspiro de incredulidad. Después se puso a charlar, evocando en especial a Claudia Pulcra, la hermana mayor de Barbato, muerta unos años antes, que había sido la única romana a quien se había aplicado de modo oficial el sobrenombre de «Bella».

—Su hermosura no traía suerte a sus maridos —señaló Lépi-da -. El primero, Varo, perdió la vida en el desastre de las tres legiones de Germania. El segundo murió loco.

¡Ah, Varo! Nunca olvidaré a Augusto, dándose cabezazos contra las paredes mientras gemía: «¡Varo, devuélveme mis legiones!» Con la seguridad de mis veinte años, yo le dije que podía reunirse otras. ¡Él me contestó que hacía bien en estudiar la gramática!

A Propósito, ¿tu hija es una buena alumna?

- Pues no es muy aplicada, por desgracia. Ve a buscar a Mesalina - ordenó a un esclavo.

La jovencita que entró en la habitación era preciosa. Aunque no debía de contar más de trece o catorce años, poseía ya las curvas, la boca carnosa y la mirada resuelta de una mujer. Era rubia natural cosa que en Roma se consideraba un preciado don de Venus, y posaba sobre el mundo unos grandes ojos candidos de color azul cielo. Claudio quedó fascinado desde el instante en que la vio. —Bue... buenos días.

La muchacha sacudió los dorados rizos de su cabellera.

—¡Buenos días, tío Claudio! Me acuerdo muy bien de ti. Tú me enseñaste a jugar a los *latrunculi* de pequeña.

—Como dice Demócrito —citó él en griego, poniendo en práctica la estratagema sugerida por Calígula—: «Los pequeños servicios prestados en el momento oportuno son los mayores para quienes los reciben.»

—¡Habla en latín, que no he entendido nada! —replicó la chiquilla con un mohín.

—¡Oh, muy mal, Mesalina! —exclamó Claudio—. Una muchacha de tu categoría

debe hablar griego sin excusa.

—Se lo he dicho mil veces —explicó, ruborizada, Lépidia—, pero ella sólo hace lo que se le antoja.

—Tú eres inteligente —aseguró él, dirigiéndose a la niña—. Aprendiste sin esfuerzo las reglas de los *latrunculi*, que son mucho más complicadas, así que aprenderás con igual facilidad la lengua de Hornero.

—Mi hija es más testaruda que una muía. No paro de repetirle que debe aplicarse con el griego.

—¡No quiero más esclavos pedagogos, son unos imbéciles!

—Y si yo te diera las clases, ¿querrías?

—¡Ah, sería magnífico! —se apresuró a responder Lépidia—■• ¡Pero tú tienes tantas cosas que hacer...!

—Y bien, Mesalina, ¿qué opinas tú?

—Contigo creo que sí me gustaría aprender el griego, a condición de que seas muy amable. —Le dedicó una sonrisa que le produjo, fulminante como un relámpago, la deliciosa impresión de haber recuperado la juventud.

—Bueno, seré tu profesor si tu madre da su consentimiento.

—¿De verdad te tomarías la molestia...?

—Esta niña tiene razón: los esclavos pedagogos no valen

os^a hoy en día. Estoy seguro, Mesalina, de que no sabes nada de los etruscos, por poner sólo un ejemplo.

—Soy una ignorante.

—Ésa es una enfermedad que se cura con el estudio. Comenzaremos en cuanto tu madre lo permita.

—¡No me atrevo a aceptar tu oferta, primo!

—Acepta. Para mí será un placer. Me gusta enseñar.

—¡Qué generosidad! ¿Cómo puedo agradecértelo?

—No me lo agradezcas. ¿Cuándo empezamos?

—Cuando quieras.

—¡Entonces, hasta mañana, joven colegiala!

Mesalina se acercó y, mientras le plantaba un beso en la frente, Claudio sintió sus duros y pequeños senos tras la tela de la túnica. Despedía un delicado olor a mejorana. El se marchó colmado de bendiciones y alabanzas. La misión que le había encomendado Calígula se anunciaba agradable.

Cuando se presentó para la primera clase, Domicio Ahenobarbo se paseaba por el atrio. Desde que la muchacha había alcanzado la nubilidad, el brutal senador se la comía con los ojos, pero Lépidia montaba atenta guardia cerca de ella.

—¿Así que ahora oficias de pedagogo? Vas a enseñarle griego a Mesalina, ¿verdad?

Desde que se había enterado de ello, estaba iracundo.

—Sí, voy a enseñarle griego.

—Veamos, ¿eres también un buen maestro de danza?

Tomándole el brazo, lo hizo girar sobre sí como un trompo.

—¡Déjalo, Domicio! —ordenó una vocecilla desde el umbral—. Tu eres más fuerte que él, pero el hipopótamo es fuerte y no inteligente. Mi tío Claudio es un gran sabio. ¡Incluso sabe etrusco!

La noche anterior, su madre la había puesto al corriente de la buena situación económica del contrahecho de la familia imperial, con lo que éste había ascendido

vertiginosamente en la estima de la joven.

- Gracias, Mesalina, eres tan buena como hermosa —la elogió Claudio cuando Ahenobarbo abandonó la habitación gruñendo que en aquella casa nadie comprendía las bromas.

Ella le correspondió con una sonrisa arrebatadora. ¡Por Hércules, qué guapa era! Se instalaron en la sala de estudios. La muchacha no sabía una palabra de griego.

—Te queda mucho que aprender, bonita. Vamos a tener mucho trabajo los dos.

—¡Mejor, tío Claudio! —Fijó en él sus bellos ojos agrandados por la admiración.

Con el rostro sonrojado, él le enseñó los rudimentos. Ella lo escuchaba, atenta, con un punta de la rosada lengua dedicada a explorar el borde de los labios, las piernas desnudas de diosa descubiertas por su corta túnica. Sin quererlo, Claudio le posó la mano en la rodilla, en medio de una frase, y la retiró acto seguido, como si se hubiera quemado.

Cuando regresó a su casa, se abalanzó sobre una esclava, pero se desprendió de sus brazos sin haberse liberado de la imagen de la muchacha. En toda la vida, ninguna mujer había despertado en él una pasión tan irrefrenable como aquella niña apenas púber.

Esa noche soñó que Mesalina ofrecía sus muñecas a Juno y él le recitaba los versos de Catulo: «¡Ven a mí, pequeña esposa, mira cómo las antorchas agitan su cabellera de oro!» Se despertó en el momento en que se disponía a desflorarla sobre un lecho púrpura.

Roma, mayo del año 37

Gemelo apartó el tablero de sesenta y cuatro casillas.

—Juegas sólo para complacerme, tío.

—A decir verdad, en este momento, no tengo la cabeza para nada. Dejemos el juego y hablemos un poco los dos. ¿Cómo te va con Antonia?

—Está siempre encerrada en su habitación, delante del altar de los dioses lares. ¡Se la ve tan triste!

—Antonia te quiere mucho, pero hay que reconocer que no es siempre una persona amable. Yo, que soy su hijo, sé algo de eso. ¿Has hecho amigos en Roma?

—No. En Capri, hasta la gente que casi no conocía de nada ve-oía a verme, me invitaban, me hacían regalos. Ahora, nadie.

A Claudio lo invadió una oleada de compasión hacia aquel inocente que estaba tan

lejos de sospechar la causa de su soledad. Un emperador desconfiado no dejaría de temer que sus oponentes se aglutinasen en torno a él. Cabía considerarlo un rival peligroso en potencia, y todo el mundo sabía lo que ocurría en tal caso. Gemelo no tenía la suerte de ser tartamudo y cojo.

- Sabes lo que se decidió con respecto a la herencia de Tiberio, ¿no?

—Sí.

- ¿Quién te lo contó?

- La abuela Antonia. No estaba contenta porque le dije que Cayo necesitaba ese dinero más que yo.

—Deberías evitar hablarle de Cayo.

—¿Por qué?

—Evita hablar de él. Será mejor así.

—En Capri era mi mejor amigo. Ahora que es emperador, ¿crees que me ha olvidado? A veces me entran ganas de ir a preguntárselo.

Claudio se hizo secar meticulosamente la boca, con objeto de ganar tiempo para reflexionar.

—Es preciso que comprendas bien una cosa —dijo por fin—. Cayo es emperador y ya no puede comportarse como cualquiera de nosotros ni mostrar sus sentimientos. Estoy seguro de que sigue sintiendo el mismo afecto por ti, pero no le hagas esa pregunta ni lo visites. Evita en lo posible dejarte ver. Debes anunciar a los cuatro vientos que has elegido un tema de estudio, la geometría o la historia, tanto da, y que no hay nada más en el mundo que te interese. Pero hablamos y hablamos, y ahora he de dejarte, hijo. Casi es la hora de mi clase.

—¿Estás estudiando algo?

—No, enseño. En este momento imparto clases de griego.

—¿A quién?

—A la hija de mi prima Lépidia. Es muy estudiosa. Bueno, es hora de que me prepare: me está esperando.

Seguido de su esclavo pedagogo, Gemelo regresó a casa por el camino que seguían los escolares. Roma representaba para él un espectáculo que no se cansaba de contemplar. Le agradaba en especial el Foro, con sus magníficas estatuas doradas.

Al llegar al palacio de Antonia, subió los escalones de mármol de cuatro en cuatro, dejando atrás a Palas, que ascendía con menor ímpetu. La anciana aguardaba en lo alto de la escalinata. —Sí que vuelves tarde. ¿Dónde estabas? —En casa del tío Claudio.

Le pareció que la anciana se encogía de hombros. Prudentemente, el muchacho se escabulló hacia su habitación.

Ningún liberto de Antonia le era más adicto que Palas. Ella le había concedido la libertad veinte años atrás, tras la muerte de Druso, su marido, a quien servía Palas, entonces un joven esclavo. Después, gracias a su inteligencia y sus conocimientos de derecho, éste se había convertido en el administrador de la inmensa fortuna de la viuda. La afligía profundamente tener que comunicarle una mala noticia.

—No lo han encontrado, ama. Ese documento ha desaparecido, *no* está en los archivos privados de Tiberio. Quizas olvidó extenderlo.

—Tiberio nunca olvidaba nada.

—Calisto se lo ha preguntado al emperador, y éste ha respondido que el mismo había examinado, uno por uno, todos los documentos dejados por Tiberio y que

ese escrito no figura entre ellos.

—Calisto miente, al igual que su amo —aseveró Antonia.

—Mientras no se presente ese documento, la sucesión queda obstruida.

—¡Pero es escandaloso! La herencia de su padre es todo lo que posee este niño. ¡Ya lo han despojado de la mitad de los bienes de Tiberio y quieren quitarle lo poco que le queda!

—Es una cuestión de forma que no afecta al fondo, ama. No pueden dejar sin nada a Gemelo. La ley establece que los bienes de su padre le pertenecen desde el momento del fallecimiento de Tiberio, ascendiente y heredero prioritario del *de cuius*.

—¿Y si Cayo quiere meter la mano en su herencia?

—¿Desviarla? ¡Pero eso sería un robo!

—¿Por qué no? Tú estabas en nuestra casa cuando hizo algo peor. ¡Mil veces peor!

—El príncipe de los romanos está sometido a la ley. Si robara esa herencia, recurriríamos y el pretor lo obligaría a devolverla. En caso, claro está, de que...

—Se la ha robado, pero no recurriré. ¡Que se quede con ella!

—Sin embargo, el pretor podría...

Antonia le impuso silencio con un ademán. Sabía que no conviene disputarle una herencia a un hombre capaz, si así se le antoja, demandar a la cárcel tanto a su adversario como a los jueces.

Roma, julio del año 37

Cuando constató que no había escrito una sola línea desde su primera visita a la casa de su prima Lépidia, Claudio sufrió un acceso de pánico. Vivía anhelando que llegase la hora de la clase, en la que se armaba un lío, por primera vez en su vida, con la gramática griega, embargado de admiración por aquella muchachita. Ella demostraba una inocencia increíble. A todas luces, no barruntaba en absoluto el deseo que lo obsesionaba. A veces, le permitía minúsculas familiaridades, sin recelar del peligro que corría, como un niño que acaricia a un tigre hambriento, confundiendo con un gato grande. Sin desconfianza, un día le dejó besarle la oreja. Torturado por una intolerable erección, Claudio rozó con su enorme boca su suave sien tornasolada y besó la fina caracola de carne rosa.

Una mañana de julio, resolvió que, si no quería perder la cabeza, debía casarse con Mesalina cuanto antes. Pidió audiencia protocolaria a su sobrino. Se trataba de una iniciativa sin precedentes, puesto que él estaba dispensado de esa clase de formalidad. Intrigado, Calígula lo vio entrar en su oficina, vestido con una toga ceremonial, como si fuera a presidir un sacrificio. Sin demora lo hizo pasar a la pequeña habitación reservada para entrevistas privadas.

¿Qué es eso tan importante que traes entre manos, tío? ¿Acaso a Zeus se le ha atragantado la gramática etrusca?

-No estoy de broma. He venido a entrevistarme con el emperador no con mi sobrino Cayo. -Bien, el emperador te escucha.

—Deseo casarme. He venido a pedirte tu beneplácito en calidad de jefe de nuestra familia. —¡Pero si ya estás casado! —Me divorciaré. —Pero, ¿qué te ocurre? —Estoy enamorado.

—¿Enamorado, tú? ¿De qué ninfa te has prendado, viejo sátiro? —De Mesalina. La hija de Barbato y Lépidia. —La hija de Lépidia, mejor dicho, porque la paternidad de Barbato me parece incierta. ¡Qué lista, la pequeña! ¡Ha sabido aprovechar bien

las clases de griego! —¿A qué te refieres?

—Un profesor tan rico como tú no podía por menos de gustarle. —Te equivocas. No ha hecho el menor esfuerzo por atraerme, al contrario.

—¡Vaya! ¿Es nubil, al menos?

—Tiene trece años. La edad mínima establecida por la ley es de doce.

—Te otorgo mi consentimiento. Tengo ganas de ver la pareja que formaréis y los hijos que traeréis al mundo. A propósito, ¿tu esposa actual no espera un heredero?

—Sí—reconoció, cabizbajo, Claudio—. Es un asunto enojoso.

—¿La has puesto sobre aviso?

—Esperaba tu consentimiento.

—¿Te has acostado con Mesalina?

—¡Oh, no! Es virgen y muy púdica.

—No te creía tan respetuoso de la virtud de las doncellas. ¡Cásate con ella, viejo sátiro! Puesto que fui yo quien te envié a su casa, haré de testigo.

Cuando Claudio anunció su intención a Elia, ésta no opuso el menor reparo.

—Ya había leído en tu cara lo que sucede desde hace un tiempo. Me salvaste la vida cuando Tiberio nos perseguía y no seré yo quien se interponga en tu camino. Espero que tu futura esposa no se interese sólo por tu fortuna.

—Nunca habla de dinero.

—Mejor. Te deseo que seas feliz. Prométeme que vendrás nos a menudo, a mí y al niño.

Te lo prometo. Tú serás siempre mi amiga.

Le quedaba una última obligación que cumplir, la más desagradable de todas: informar a su madre. Quiso pasar por ese mal trago lo antes posible. Antonia lo escuchó con una actitud altiva y glacial, tal como él la había conocido siempre.

—Si te he entendido bien —resumió—, te has encaprichado de una chiquilla que podría ser tu nieta. ¡Ella quiere casarse con tu dinero y tú te imaginas que te quiere por ti mismo, aunque estés contrahecho! Mi pobre Claudio, no me sorprende viniendo de ti. Creo que tienes muchas posibilidades de arrebatarle a Barbato la corona de rey de los cornudos. ¡No vengas a quejarte cuando llegue el momento!

—La estás injuriando, madre —protestó él, indignado—. Es una muchacha muy púdica.

—¡Eso es lo que te ha hecho creer, pobre memo!

Superado el trance, Claudio corrió a realizar su petición. Barbato manejaba con tanta soltura las fórmulas exigidas por el protocolo como si llevase toda la vida casando a su hija. Lépidia, menos ceremoniosa, se *abrazó* al cuello de su primo, envolviéndolo en una nube de perfume.

—Hacía tiempo que me había percatado de vuestro secreto. ¡Qué feliz soy! Desde que volviste a esta casa, Mesalina no tiene halagos más que para ti. ¡Esta niña te adora! Pero ¿estás seguro de que el emperador concederá su autorización?

—Cayo se alegra de esta unión. Oficiará de testigo.

Loca de alegría, Lépidia estrechó tres veces a su futuro yerno contra sí y después mandó llamar a la muchacha. Mesalina nunca había estado más bonita que entonces, con aquella túnica demasiado corta que llevaba ceñida, a la manera de los niños, con

un cordón de cuero. Se humedeció los apetitosos labios con la punta de la lengua mientras oía a su madre anunciar que se iba a casar con el tío.

-Estoy muy orgullosa de que me hayas elegido. Haré todo lo posible por que seas feliz —prometió. Ya lo soy.

Sin embargo, tío, debo decirte la verdad. Has de saber que ten-agrandes defectos. Tú no tienes más defectos que un diamante, cariño.

—Sí, los tengo. —¿Cuáles?

—Me gustan las joyas hermosas y los vestidos bonitos. —Te proporcionaré todo cuanto desees. Joyas y vestidos. —¿Esclavos? —Todos los que quieras. —Me gustan las villas en el campo.

—Poseo unas cuantas por todas partes. Elegirás las que prefieras. —También me gusta ir de compras.

—Mi administrador te entregará todos los meses cien mil ses-tercios para tus gastos.

La chiquilla se puso a saltar de contento. —¡Mesalina! —intervino la madre—. ¡Tu tío pensará que te casas con él por su riqueza!

—¡Oh, no! ¡Lo querría igual aunque fuera pobre!

Se arrojó a sus brazos con un ademán tan cariñoso que a él le costó mantener la compostura.

—¿Cuándo nos casamos, tío?

—La ceremonia no puede celebrarse antes de un mes.

—¡Pero eso es mucho tiempo, un mes!

—¡Pues sí, para mí será mucho más largo que para ti!

Lépida ordenó a la joven novia que los dejara solos.

—Encuentro muy cruel que se os haga esperar tanto. Puesto que el emperador ha decidido uniros, quizá podríamos...

Claudio le tomó la mano, aquejado de tartamudez a causa de su entusiasmo.

—No... no me atrevía a pedírtelo. ¡Qué buena eres!

—Es algo contrario a las buenas costumbres. Si alguien se enterase...

—Seremos discretos.

—Mi reputación...

—¡Te lo suplico! No habrás de lamentarlo.

—No se trata de mí. Sólo me preocupa vuestra felicidad. ¡ Ah, si¹ no fuera por esas malditas cuestiones de decoro!

—¡No me dejes esperando un mes entero!

—Es cruel, lo reconozco, pero no sé si...

—Me gustaría complacerte en algo, querida prima. Nunca te he hecho regalos. Seguramente hay algo que te agradecería tener.

—¡No hablemos de mí! Yo pienso sólo en vosotros dos. No quiero nada para mí.

Dime, te lo ruego, qué te agradaría. Te lo pregunto por pura curiosidad.

Bueno, por si de verdad te interesa, he visto en casa de Rutilio una magnífica túnica de lame dorado.

—¡Ya es tuya!

Pero ¡qué locura! Si vale una fortuna...

—Es tuya. Mi administrador pasará a pagarla hoy mismo.

—¡Qué generosidad! Pensándolo bien, no me siento con valor para haceros esperar todo un mes.

—¡Ay, gracias, prima! ¿Cuándo?

—Ven mañana a la hora de la clase. Será, en cierta manera, vuestra noche de bodas.

¡No olvides que la pequeña está intacta! —añadió, amenazándolo con el índice—. ¡No vayas a asustarla, sobre todo!

—No temas. Sabré comportarme.

Claudio no logró conciliar el sueño esa noche. Recorrió de un lado a otro su palacio, contando los minutos. Cuando por fin se presentó en casa de Lépidia, ésta lo abrazó de manera efusiva, orgullosa de tener por yerno al tío del emperador.

—Todo está listo. Por favor, no olvides que no sabe nada de la vida. ¡Sé delicado!

—Lo seré —aseveró, enfermo de impaciencia.

Lépidia lo guió a una habitación provista de una gran cama. Bajo la colcha, Mesalina esperaba.

—Estaréis bien anchos para practicar el griego. ¡Buena clase!

Claudio se desnudó a toda prisa y, con mano temblorosa, des-tapó a la joven. Estaba desnuda. Olvidando sus buenos propósitos, él la acometió como un ciervo en celo. Notó que la desgarraba y al instante culminó su gozo. Luego se apartó, avergonzado por su brutalidad.

¡Perdóname, cariño! ¡Es que tenía demasiadas ganas! —¡Me has hecho mucho daño, tío!

Te prometo que en adelante seré más cuidadoso.

"Mira, estoy sangrando.

Porque es la primera vez. Con el tiempo, verás que es muy agradable.

—¡Me duele! ¡Me escuece!

—Lo siento mucho. Es que eres demasiado hermosa. No he podido controlarme y he ido demasiado deprisa. Hay que hacerlo con más lentitud. El amor es una ciencia, y yo te la enseñaré. Tienes todavía todo por aprender.

—Mamá me había prohibido eso, pero no soy una ignorante Enternecido, Claudio depositó un beso sobre la carnosa boca de la muchacha.

—En ese sentido, la ignorancia no constituye un defecto, bonita. Ya verás, el amor resulta más fácil que el griego.

—¡No soy ignorante! —insistió ella con aire ofendido.

—Por supuesto. Habrás hablado de este tema con tus amigas. Lo que quería decir es que hay mucha distancia de la teoría a la práctica.

—Sé hacer cosas.

Claudio creyó adivinar a qué se refería. Antes de llegar a la edad nubil, todas las niñas se acariciaban. A la pobrecilla le avergonzaba confesarlo.

—¿Qué cosas, bonita? Dime una. —Por ejemplo, sé hacer gritar. —¿Hacer gritar? ¿Y eso en qué consiste? —¿Quieres que te lo enseñe?

—Oh, yo de todas maneras no grito nunca —advirtió él, divertido ante aquella muestra de infantilidad.

—¿Seguro? Recuéstate en esa almohada, para estar más cómodo. Él obedeció, expectante por saber qué se proponía. Una vez que se hubo arrellanado, ella se arrodilló entre sus piernas.

—¡Oh, qué grande! —la oyó exclamar con su voz pueril. Orgullosa de ser el afortunado que le desvelaba el mundo de la masculinidad, sintió que la mano de la pequeña curiosa se posaba sobre su miembro. Como la serpiente al son de la flauta, ésta se irguió lentamente.

—¡Ten cuidado! ¡Es muy sensible!

Sin responder, ella tomó la base entre dos dedos, como para medir su imponente diámetro.

—¡Despacio, bonita!

Los dedos subieron a lo largo del miembro que se hinchaba» conmovido por aquel ingenuo recorrido. Aún se endureció más cuando ella le propinó una palmada, como cuando se aguija a un caballo. Claudio pensó, divertido, que la inocente chiquilla lo excitaba sin querer, sin saber muy bien qué hacer con aquel novedoso Juguete. Había llegado el momento de impartirle la primera lección de amor.

—¡Espera! Te voy a enseñar.

para su sorpresa, ella le agarró la muñeca en el aire y le colocó de nuevo el brazo al costado.

—¡No te muevas!

Él quiso protestar, pero la manecilla había dejado ya erecto el miembro, cuya piel hacía deslizarse con una suave firmeza. En un instante, quedó más tieso que una jabalina, gracias a la sabia combinación de la presión y la cadencia aplicadas. Claudio gimió, estupefacto. Ella soltó una risita.

—Y ahora, vas a gritar.

Aceleró el movimiento de la mano derecha a lo largo de la verga mientras le deslizaba la izquierda bajo las nalgas. Bruscamente, le hundió en el ano su índice afilado de niña. Al mismo tiempo, apretó con fuerza el glande congestionado.

Fulminado, Claudio gritó a pleno pulmón, al ritmo de las convulsiones que parecía que nunca iban a terminar. Cuando recobró la conciencia, Mesalina lo miraba enjugándose la mejilla.

—Tú también has gritado. Todos los muchachos gritan cuando les hacen eso. No lo pueden evitar. ¿Ves como sé cosas?

Roma, agosto del año 37

A Salomé le gustaba escenificar sus enfados al espectacular estilo de las mujeres de Oriente. Acababa de romper dos valiosos jarrones y como no pretendía llevar más lejos la destrucción de objetos de arte, esbozó el gesto de golpearse el pecho, mientras Agripa aguantaba estoicamente el chaparrón.

—¡Reconoce que se ha burlado de ti! ¡«Mi venerado maestro»! ¿Qué has obtenido de él hasta ahora? Nada. Promesas, sonrisas y buenas palabras.

—Es emperador desde hace sólo unos meses. Déjale tiempo para arreglar problemas más urgentes que éste.

—¡Te ha asignado un alojamiento más propio de un liberto de su secretaría — exclamó ella, abarcando el apartamento con la mirada—, a ti que eres de sangre real!

—El Palatino está abarrotado. Al fin y al cabo, yo no pertenezco a la familia imperial.

—¡Yo, Salomé, quiero ser reina! Una reina es la esposa de un rey - Explícale que Israel necesita un rey.

-¡Como si fuera tan fácil!

Demuéstrale que eres indispensable. Piensa otra idea tan buena como la revuelta de Samaría. -No me sirvió de nada.

Porque Tiberio ha muerto. Si no, te habría recompensado. Inventa algo. Puesto que Cayo se digna por fin recibirte, aprovecha su punto débil. Todos los hombres tienen uno, basta con encontrarlo.

—Lo sé muy bien. Tú has encontrado el mío —replicó él, entre galante y mordaz.

—¿Lo lamentas?

—No. Eres la más dulce de mis debilidades. ¡Bueno, no todo es dulzura! No olvides de todas maneras que debo ganarme el dinero que gastamos. Mi trato con Graco se anuncia próspero. Los fariseos compran cuanto se les ofrece.

—¿Por quién me tomas? ¡Me traen sin cuidado tus negocios de tres al cuarto! Yo quiero ser reina.

En su furor, estrelló contra el suelo una copa de gran valor y, consternada, se detuvo en seco.

—¿Ves? Deberías mantener la calma. La cólera es una demencia breve, en palabras del sabio. Cayo me ha convocado y sin duda va a concederme algún privilegio.

—¡Nada de privilegios! ¡La corona de Israel o nada! —¡Paciencia! Todo llegará.

Cuando el nomenclátor anunció a Agripa, Calígula se puso en pie y fue a recibirlo con un abrazo. Consciente de que la cordialidad desbordante constituía una de las máscaras del emperador, el príncipe no la interpretó como un buen augurio.

—¡Sé bienvenido, mi venerado maestro! Una vez más preciso de tu sabiduría.

—Estoy a tus órdenes, César.

—¡Vamos, menos formalidades! Te autorizo a llamarme Cayo siempre que estemos a solas. —Gracias, Cayo.

—Y bien, ¿cómo me encuentras esta mañana? —Te veo buena cara.

—Es porque he dormido bien. Me ocurre pocas veces. Tú en cambio, tienes ojeras. ¿Es sin duda a causa de la princesita? ¡Que guapa, esa Salomé! ¡Por su aspecto, se diría que no le falta temperamento!

El príncipe alzó los ojos al cielo.

—¡En la cama es un volcán, pero tiene un carácter de lo más difícil! —Como todas las orientales. Pero no es para hablar de ella *para* lo que te he mandado llamar. Quiero que me des tu opinión sobre un asunto importante. ¿Un príncipe bueno puede volver buenos a sus súbditos?

—Si es una adivinanza, confieso que no conozco la solución. Si es un tema de examen para escolares, no me parece bien elegido porque todo el mundo sabe la respuesta.

—Pues respóndeme como si yo la ignorase.

—Es imposible. Por otra parte, también considero del todo imposible que un príncipe sea bueno.

—Sólo lo imposible me interesa.

A Agripa le costó un gran esfuerzo disimular su irritación.

—A decir verdad, pensaba que me habías convocado a propósito de algo bien distinto. ¿No crees que los judíos necesitan que alguien tome de nuevo las riendas?

—Ya veremos, ya veremos. Tenemos tiempo de sobra. Como muestra de mi bondad, voy a quemar en público las acusaciones que se presentaron a Tiberio contra los miembros de mi familia. Hay cientos de ellas. Cartas anónimas, pero también muchas denuncias firmadas, puesto que la ley concedía al acusador el derecho a la mitad de las sumas confiscadas. ¿Qué te parece?

—No sería prudente. Entre esos acusadores, hay sin duda personas que te son o te serán hostiles. No todos obraron por dinero. Si te ponen trabas, si intrigan contra ti, ¿no crees que sería bueno disponer de sus cartas? Son armas valiosas. ¿Por qué desprenderte de ellas?

—Tienes razón. Las quemaré, pero antes encargaré que las transcriban. Se trata de una precaución que no me resta bondad.

Agripa se preguntó si su antiguo alumno se burlaba de él. Pese al tenue brillo de ironía en sus ojos, su intención no quedaba clara.

Después de la entrevista, Calígula fue a relajarse en los *balnea* del palacio. Aquellas termas habían sido objeto de una ampliación considerable desde la época de Augusto, que, poco interesado por los cuidados del cuerpo, se conformaba con unas rudimentarias instalaciones. Tras la sudación en el *caldarium*, se entregó con beatitud a las benéficas fricciones del *strigüis*.

Si me permites un consejo, no deberías permanecer tanto tiempo en la sala caliente, César. No es sano.

Cayo se sobresaltó. No se había percatado de que Macrón estaba recibiendo un masaje en el banco de al lado.

-Sin duda tienes razón. ¿Cuál es, según tú, la manera más sana de proceder ?

—Hay que utilizar muy poco el *caldarium* y mucho el *frígida-rium*. A mí siempre me ha dado buen resultado.

—Es verdad, te ha sentado admirablemente bien. Veamos, tú, el masajista, no me tapes a mi amigo Macrón. Son raras las ocasiones que se me presentan de verlo desnudo.

El negro se apresuró a retroceder un paso.

—¡Qué cuerpo, por Hércules! ¡Qué hombros! ¡Qué músculos!

—Es que, de niño, frecuentaba la palestra —explicó el prefecto del pretorio—. Y nunca he dejado de hacer ejercicio. Tú deberías levantarte una hora antes para salir a correr. De este modo, endurecerías tu cuerpo.

—Por desgracia, ni siquiera siguiendo tan excelente consejo, llegaría a tener tu soberbio cuerpo. Tus muslos son una maravilla, por no hablar de lo que la decencia prohíbe nombrar. ¡Un fuste de columna entre dos puños de gigante! ¡Ay, qué suerte la de tu mujer! Yo no ceso de repetírselo.

Advirtió que había acertado en el blanco. No había mejor forma de cortar su retahíla de consejos que recordándole su condición

de cornudo.

Macrón soportaba aquellas humillaciones con filosofía. Fingía creer que su mujer se reunía con el emperador con el inocente objeto de iniciarlo en la astrología. Nunca aludía a esta relación delante de ella. Si hubiera dado muestras de estar informado de su infortunio, la imposibilidad de vengarse de su rival le habría exigido repudiar a la infiel para salvar el honor. Como tal perspectiva se le antojaba insoportable, prefería sufrir en silencio.

Unos días más tarde, se celebró en el Foro la ceremonia del perdón. Calígula en persona depositó sobre la hoguera el grueso legajo de denuncias. Cuando las llamas se elevaron, tomó la palabra.

—Mirad todos cómo arden las calumnias sobre cuya base mi madre y mis hermanos sufrieron el exilio o fueron condenados a muerte. Los delatores podrán dormir en paz, suponiendo que no los atormenten los remordimientos. Yo no

quiero saber nada de quienes obraron mal contra mí y los míos.

En las primeras filas, los senadores no parecían del todo tranquilos. Ellos habían ratificado todas las condenas solicitadas por

Tiberio y temían que llegara el día en que hubieran de pagar por su sumisión al tirano.

El pueblo, en cambio, no cabía en sí de asombro, pues jamás uno de sus amos había demostrado tal benevolencia. Calígula se paseaba sin protección por las calles de la ciudad, donde nunca se había visto a un emperador transitar a pie. Dirigía con familiaridad la palabra a la gente sencilla y mandaba tomar nota de sus peticiones o de sus quejas. Un liberto provisto de un morral lo seguía, para dispensar las ayudas más urgentes. No obstante, más que las monedas de oro, era la bondad de Calígula lo que maravillaba a la plebe. Aquel joven se apiadaba de los humildes, consolaba a los afligidos, escuchaba a quienes lo abordaban. Unos y otros repetían a propósito de él «no es orgulloso», lo que en boca de la gente modesta resulta el mayor de los elogios.

Roma, septiembre del año 37

El aire tibio de la noche entraba por el amplio ventanal trayendo consigo una melodía de flauta; sin duda, algún habitante del Palatino había encargado una alborada. Desnudo sobre la cama de plumas, con la cabeza apoyada en las manos, Calígula contemplaba una masa de cabellos rubios que subían y bajaban al ritmo lento de la música. De repente, el movimiento se detuvo.

—¡Continúa! —gimió.

Como para demostrarle que era ella quien dirigía el juego, Enia se incorporó y palpó con cuidado el coloso de carne que ella había erigido. Satisfecha de su firmeza, apoyó las rodillas a ambos lados del cuerpo del hombre y dobló las piernas apoyándose sobre la punta de los pies. En la posición que en Roma denominaban el *equus eroticus*, el caballo de Eros, se empaló por medio de prudentes sacudidas de caderas con una concentración de colegiala en el rostro. Él se arqueó para ayudarla. Una vez englutido el coloso, ella exhaló un suspiro de placer y emprendió la cabalgada, primero al paso y después a velocidad creciente. Cada vez que llegaba al final de la carrera, lanzaba un leve jadeo. De improviso, éste se transformó en una ronca queja ininterrumpida.

Enloquecido por el profundo canto, para prolongar su placer, Calígula luchaba como un nadador en peligro contra unas olas de voluptuosidad cada vez más altas. Culminaron los dos en el mismo instante. La amazona se liberó con gracilidad y él la atrajo hacia sí para besarla en los labios.

—¡Montas mejor que el propio Marte! Creo que voy a nombrarte *magister* general de caballería.

—Es un oficio que cansa mucho —contestó ella riendo—. Creo que voy a dormir bien.

—¡Ojalá yo pudiera decir lo mismo! —Toma la poción de Jenofonte. —Ya no me hace efecto.

Cayo se puso el vestido de seda blanco que llevaba como vestimenta de interior y se encaminó a la terraza. Ella lo siguió desnuda y se sentó con las piernas abiertas en un gran almohadón de cuero para escucharlo hablar a los astros. Aquel rito no la sorprendía en absoluto; en Oriente, los dioses caminaban entre los hombres, y Cayo tenía la madera de los dioses.

Él levantó los brazos hacia la luna llena, ante la cual desfilaban unos jirones de nubes, e inició la alocución. Enia se dejaba mecer por las palabras procurando no comprenderlas, con el fin de no inmiscuirse en su diálogo con los inmortales.

—Vamos a acostarnos —dijo por fin Calígula, como quien se resigna a lo inevitable.

—¿Temes las pesadillas?

—Sí. Es peor que en Capri. Él se yergue ante mí, con la cara ennegrecida por el fuego de la pira y me reclama el anillo imperial. Presenta un aspecto realmente horrible con esos ojos desorbitados. ¿Cuándo me dejará en paz?

—Mi madre me decía que cuando uno padece la persecución en sueños de los lémures, existe un remedio. Basta con lavarse las manos tres veces y arrojar después bien lejos tras sí unas habas negras repitiendo nueve veces: «¡Con estas habas me libero y libero a mi familia!»

—Creo que, en mi caso, ni las habas negras surtirían efecto — repuso, acariciándole la cabeza.

—De todas maneras, tus pesadillas van a desaparecer.

—¿Y por qué?

—Porque eres bueno. Los dioses conceden un sueño apacible a los hombres buenos.

—Creo que dormiría mejor si no viviera en Roma. Esta ciudad me resulta opresiva. Desearía instalarme fuera de la capital del Imperio.

—No puedes.

Sí puedo. Existen lugares mucho más convenientes para mí.

Julio César quería establecerse en Alejandría con Cleopatra, cuando lo asesinaron. No me digas que te gusta Roma.

—No soy infeliz aquí.

—Precisamente. Aquí, lo máximo a lo que cabe aspirar es a no ser infeliz. Para ser feliz, hay que irse a Atenas, a Antioquía, a Pér-gamo. Mi padre adoraba Oriente. Realizó un magnífico viaje a Egipto.

—No es Roma lo que te disgusta, sino los romanos.

—Tienes razón, son los romanos. Detesto sus virtudes mezquinas, su cicatería, sus ardides. Nunca han amado las artes ni la poesía.

—Exageras. Hay grandes poetas entre ellos.

—Los que han sabido copiar a los griegos sin igualarlos. Virgilio no es Hornero, y la *Eneida* no es la *Ilíada*. Prefieren los duelos de gladiadores al teatro, el más noble de los espectáculos. ¡Con eso queda todo dicho!

—Plauto es muy divertido.

—Historias de cornudos y de criados. ¿Dónde está su Aristófanes? ¿Dónde están su Sófocles, su Esquilo?

—Los romanos son valientes.

—Es una cualidad propia de gladiadores. Además, los bárbaros también son valientes. No, su mayor virtud reside en la disciplina. En eso son invencibles. El secreto de las victorias de Roma radica en la legión.

—Y en la voluntad de los dioses.

—No de los suyos, en todo caso. La sabia Juno, protectora de las matronas. El *pater familias* Júpiter, príncipe de los maridos engañados. Venus no es más que una copia desvaída de Afrodita.

—¿Quién habrías querido ser si hubiera estado en tu mano elegir tu destino? — preguntó la joven.

—Alejandro Magno, por supuesto. O Ramsés el Grande, rey de los dos reinos, señor del Junco y de la Abeja. De acuerdo con la religión de Egipto, el faraón es el esposo, el hijo y el hermano de la Gran Diosa. El emperador, por desgracia, no llega a rey ni a dios. Sólo es el *princeps*, el primero de los romanos.

—Posee sin embargo más poder que los reyes. ' - Del mismo modo que un jabalí posee más poder que un ca-

chorro de león sin pertenecer por ello a la familia del león. Verás Enia, la realeza gravitaba por encima de los hombres. No se trata de una forma de gobierno, como lo creen los romanos, sino del único poder auténtico, el de los dioses. Oriente no conoce más que los reyes, y los adora. Julio César intentó convertirse en rey pero fracasó. Antonio reinó como tal durante un tiempo en Alejandría. Augusto, que era un hipócrita, se arrojó ante la corona y creó la falsa República en la que vivimos. Tiberio, por lo menos, era sincero. Nunca deseó ser emperador.

A menudo, después de hacer el amor, mantenían aquellas largas conversaciones que no conducían a ninguna parte. Con ella, Cayo hablaba sin máscara ni reticencias. No era romana, no buscaba privilegios, y no le tentaban la ambición ni el dinero. Confidente atenta y discreta, sólo ella estaba al corriente de su secreto, y él sabía que no se lo contaría a nadie.

Enia se durmió de repente, a la manera de los niños. Con los ojos abiertos, él escuchaba su suave respiración. La belleza y el afecto de la joven apenas servían para moderar la desdicha del emperador. Para él nunca existiría más que una mujer en el mundo, una felicidad, aquella que había disfrutado hasta el día en que Antonia los había sorprendido. ¡La maldita vieja lo había mancillado todo, lo había estropeado todo! Por culpa de su denuncia, Tiberio los había separado.

Se volvió de costado, esperando sin mucha fe que le fuera concedido un poco de sueño. La flauta había callado. Ahora sólo se oían los pasos regulares de los guardias y, de cuando en cuando, una voz sorda que daba la contraseña al relevo. Aquellos hombres velaban por él, estaban dispuestos a morir para defenderlo. Cayo tenía la impresión de que los años de Capri habían quedado a una distancia infinita, inmersos en el pasado de otro. Su vida no guardaba ya nada en común con la que había llevado en la isla.

Se adormeció por un instante y lo despertó el miedo a que el viejo de la cara negra se le apareciera en sueños. Por una ironía del destino, Cayo había creído que debía precipitar su muerte. De haber esperado unas horas más, no habría sido necesario cometer el crimen cuyo recuerdo lo obsesionaba.

Se durmió en el momento preciso en que tomaba cuerpo en su cerebro la idea de que su mismo error era la prueba de que había ac-

tuado como instrumento de los dioses. Se despertó al rayar el alba, sorprendido de no haber tenido la pesadilla. Enia estaba en lo cierto: los dioses conceden un sueño apacible a los hombres buenos. La despertó con un beso.

Calisto aguardaba en la antesala. Cuando Macrón se ausentaba de Roma, Enia pasaba la noche en la cama de su imperial amante, y el liberto estaba encargado de acompañarla de regreso a su casa, en-vuelta en el amplio abrigo que la preservaba de las miradas ajenas. Estaba orgullosa de ser la única persona ante la que el emperador se despojaba de su máscara.

Roma, septiembre del año 37

Mesalina se arrellanó en los cojines de seda de la litera imperial. La de su marido era

igual de cómoda, pero cuando atravesaba Roma en ella, no la aclamaban. Calígula era tan popular que siempre que se desplazaba suscitaba en torno a sí un concierto de bendiciones, gritos de entusiasmo y voces de «¡Viva nuestra Pequeña Bota!»

—A las caballerizas de los Verdes —ordenó el emperador.

Dos senadores que habían estado aguardándolo a la puerta del palacio corrieron hacia él.

—Tengo mucha prisa —los interrumpió Cayo cuando empezaron a hablar—. Espero que no tengáis inconveniente en viajar un trecho en mi compañía. ¡Vosotros, en marcha!

Claudio se inclinó hacia su esposa.

—Vas a divertirte.

Los portadores asieron las parihuelas y los levantaron con un Movimiento ágil.

—Camina a mi izquierda, por favor, y tú a este lado —indicó Calígula a los senadores—. Así, os prestaré un oído a cada uno. Torcuato, ¿de qué querías hablarme?

Este, que no había tenido ocasión desde su lejana juventud de recorrer a pie las calles de adoquinado irregular de Roma, se recogió la toga con su ancha franja de color púrpura y echó a andar.

De una petición de mi ciudad natal, Siracusa. Sus habitantes de-sean edificar un templo a Belona y desean contar con tu autorización. ¿Y tú, Livio, qué esperas tú de mí?

—Atraer tu benevolencia, César, para con mi sobrino que sirve en Galia y cuyo ascenso está estancado. Es un chico de gran valor Tan serio como si presidiera un sacrificio, el emperador impar-tió una orden al jefe de los portadores.

—Un poco más de prisa. Vamos a llegar tarde.

Enseguida, los sirios se lanzaron al trote. Los dos senadores avivaron el paso.

—¿Cuánto cuesta más o menos tu templo?

—Dos... dos millones.

—¿Y tú, qué grado quieres para tu sobrino?

—Pri... pri... primipilo.

Jadeantes, los dos procuraban no quedarse atrás.

—Un momento, la audiencia no ha acabado todavía. ¿Cuánto has dicho, Torcuato?

—Dos... dos millones, César.

Incapaz de correr con sus altas botas, el senador se detuvo y mientras la litera se alejaba, la gente lo vio tambalearse, a punto de caer al suelo. Con los codos pegados al cuerpo y la calva empapada de sudor, su compañero seguía trotando.

—Tu sobrino será ascendido. Pero explícale a tu amigo que no concedo favores a los solicitantes que me faltan al respeto abreviando las audiencias. Puedes retirarte.

—¿No temes granjearte muchos enemigos en el Senado? —observó, con actitud prudente, Claudio.

—Me da igual. Los senadores no pueden odiarme aún más. No olvides lo que nos hicieron. De todas maneras, esos dos gordos deberían agradecerme por animarlos a hacer ejercicio. Entre el pueblo y yo, no debería haber nadie. ¿Acaso los reyes han de rendir cuentas a un Senado?

Poco después llegaron ante los largos edificios de una sola planta que servían de caballerizas a los Verdes. El auriga estrella de la facción, el célebre Eutico, se acercó a toda prisa a recibir al emperador. Bajito, un poco bizco y patizambo, era tan

famoso que las más bellas romanas se disputaban sus favores.

—¡Ave, César! ¡Los que van a correr te saludan! —saludó, empleando la broma habitual.

—¡Di más bien los que han corrido mal! ¿Cómo es posible que haya perdido mi última apuesta?

j

—No estaba muy en forma. No soy Hércules.

—Eso nunca te había impedido ganar.

—Pregúntale a Graco, aquí presente, por qué he perdido.

—¡No es culpa mía! —protestó el organizador de espectáculos—. No sé qué ha ocurrido. Seguramente la sustancia estaba adulterada. O nos ha traicionado el hombre que tenemos en los Azules. ¡Y eso que le pago una buena cantidad!

—Si nos ha traicionado, lo pagaré. No me gusta perder el dinero. Los Verdes deben ganar, ¿está claro? Eso significa que los Azules deben perder. A ti te corresponde asegurarte de que así sea, Graco.

—Así lo haré. ¿Me permites mostrarte el caballo que he comprado para ti? Se llama *Incitatus*.

En su espacioso compartimento de paredes revestidas de mármol, el animal presentaba un blanco immaculado. Tenía el cuello largo y transmitía una rara impresión de potencia y gracia. El brillo en torno a los ojos y los ollares, así como las crines trenzadas, realzaban su belleza. Calígula quedó petrificado de admiración.

—¡Es *Bucéfalo*! Ha vuelto al mundo por mí. Ha reconocido al nuevo Alejandro.

Hablaba con tal convencimiento que Claudio contuvo la risa. Calígula posó la mano en la testuz del animal, que inclinó la cabeza, como para saludarlo.

—Buenos días, *Bucéfalo*. ¿Dónde has encontrado esta maravilla, Graco?

—La mandé traer de Iliria. Hubo que amenazar de muerte a su Propietario para que accediera a desprenderse de él. Permíteme que te lo ofrezca.

—Es un regalo propio de un rey, y tú no eres rey. Te lo compro.

Se enfrascaron con Eutico en una animada discusión sobre el Precio de los caballos.

Claudio estaba preocupado desde la mañana por un delicado problema de gramática etrusca. Para reflexionar a sus anchas, fue a pasearse por las cuadras. Llegaba ya a un extremo y, absorto en sus cavilaciones, se disponía a dar media vuelta cuando un ruido lo movió a levantar la vista. A dos pasos de él, encima de un montón de

paja, un palafrenero fornicaba con Mesalina, que se había remangado el vestido hasta los pechos.

Claudio se quedó tan estupefacto que creyó estar soñando. Luego, presa de furia, arremetió, blandiendo los puños. Como notase que le aporreaban la espalda, el mozo se volvió y al ver al tío del emperador, huyó con mayor celeridad que una liebre.

Tras ajustarse la estola, Mesalina hundió la cara entre las manos y rompió a llorar con pequeños hipidos de niño castigado.

—¡No ha sido culpa mía!

—¡Cállate, putita!

Dominado por la cólera ciega de los débiles, Claudio no volvió a dirigirle la palabra.

De regreso en la litera, se comportó como si ella no existiese.

—¿Qué os pasa? —preguntó Calígula—. ¿Un enfado de enamorados?

—¡Pregúntale a esta putita! ¡Imagínate: la he sorprendido jodiendo con un mozo de cuadra!

—¿Un mozo? ¿De verdad, guapa?

La muchacha guardó silencio, con la cabeza gacha y los hombros sacudidos por sollozos.

—¡Sobre la paja de una caballeriza! ¡Qué vergüenza! —se indignó Claudio.

—Es la caballeriza de *Incitatus*.

—¡De todas maneras, me lo va a pagar la muy cerda! Mandaré azotarla y, mañana, la devuelvo a su casa. ¡En una caballeriza! ¿No podría haber elegido otro sitio?

—Te repito que es la caballeriza de los Verdes. Está más limpia que muchos palacios. En cuanto a tu mujer, repúdiala si quieres, pero te prohíbo que la azotes. Me corresponde a mí castigar los errores de conducta cometidos en la familia.

—¡Follando con un palafrenero en una cuadra y encima de un montón de paja!

—Puesto que este detalle parece muy importante para ti, la castigaré en el sitio donde ha incurrido en falta.

—Sí, es importante para mí. Castígala sobre la paja y, sobre todo, ¡no tengas compasión!

—Te lo prometo, tío. Se acordará durante mucho tiempo del castigo recibido sobre la paja.

Inquieta, Mesalina echó un vistazo entre los dedos y vio el emperador le dirigía un guiño.

Una vez en el Palatino, Claudio se encaminó a sus aposentos y se encerró en la biblioteca, tras ordenar que le sirvieran la cena allí. Mesalina, atenazada por la inquietud, fue a esperarlo en la habitación conyugal.

Él llegó a medianoche. Aunque la muchacha fingía dormir, entornando un ojo, advirtió que su marido había bebido y llorado. Tras desvestirse, éste se acostó al lado de ella con un gran suspiro.

—¡Perdón, no lo haré más!

—¡Cállate! ¿Cómo te has atrevido? ¡Y en una cuadra, para colmo!

■—No lo sé.

—¿No tenías bastante conmigo?

—¡Oh, sí, tú me sacias! Venus habrá quizá querido castigarme por creerme igual que ella. ¡Perdóname, Bibendum mío!

—No me llames por ese mote ridículo. Mi nombre es Claudio.

Por su voz, Mesalina adivinó que le estaba costando mostrarse inflexible.

—¡Si te crees igual que Venus, te equivocas! Eres una prostituta como las demás. Mañana abandonarás mi casa.

Ella prorrumpió en sollozos.

—¡Déjame amarte una última vez! Después, te prometo que Volveré a casa de mis padres.

—¡No! No me tienes más, ya no tengo deseos de ti.

—¡Una sola vez! ¡Sólo una! ¡Para despedirnos! ¡Te lo suplico!

—¡Bueno, si tanto insistes...! ¡De todas maneras, será la última vez!

Ella se arrodilló entre sus piernas. —¡No se repetirá, te lo aseguro!
—No te hagas ilusiones. ¡Mañana, regresarás a casa de tu madre! Cuando él comenzó a farfullar «bonita» y «cariño», la joven supo que ya no había nada que temer.

28

Roma, octubre del año 37

Antes de recibir una invitación de Drusila, Enia sólo la había entrevisto en las ceremonias públicas. La oía impartir instrucciones en la habitación contigua con voz suave e imperiosa a la vez. Estaban dando el último toque a su peinado, tarea siempre delicada desde que las jóvenes romanas habían abandonado el austero uso de las cintas en favor de moños complicados.

Para entretener la espera, Enia examinó con atención el célebre y pequeño apartamento de Livia que pocos ocupantes del Palatino conocían. Su fama no le pareció injustificada. La habitación estaba rodeada de un friso en el que se yuxtaponían motivos vegetales, palmetas y animales fantásticos, que alternaban a intervalos regulares con graciosos medallones circulares que representaban paisajes agrestes. Algunas obras de arte descansaban sobre mesas bajas: un que-mador de esencias de plata en forma de mujer auriga, un niño jugando con un grifo, un jarrón murrino de gran valor.

Al lado de un busto de Augusto, herencia de la inquilina anterior, habían colocado una espléndida estatua de pie sobre un pedestal de mármol. Al acercarse, Enia reconoció a Cayo de niño. Sin duda la pieza había acompañado a su hermana durante los años de la separación. Aquella imagen reavivó de improviso su malestar. Como todo el mundo en Roma, conocía los rumores de incesto. Sin duda se trataba de inocentes juegos de niños, pero estaba alarmada por el silencio de su amante. Por más que él nunca hablaba de Drusila, Enia sabía bien que pensaba en ella noche y día.

De repente, su misteriosa rival apareció, sonriente, destilando un encanto indefinible que la asombró. Aunque no era, en rigor, ^-beldad, uno no podía evitar contemplarla con admiración.

—Perdóname —dijo, al tiempo que se palpaba el peinado cerciorarse de que seguía en su lugar—. Mi *ornatrix* no acababa nunca. ¡Ya sabes lo que es eso! Siempre quieren demostrar su gran habilidad, y nos tiranizan.

Su tono caluroso no estaba en absoluto teñido de la familiaridad condescendiente que emplean los aristócratas con los plebeyos.

—Tu *ornatrix* tiene talento. Le ha quedado muy bien —la alabó

Enia.

—La naturaleza no me ha dado tus hermosos cabellos rubios pero conservo mi color. No me atrae la idea de teñírmelos con ese mejunje galo.

Le señaló un gran diván de color verde oscuro con pies dorados. Sentadas juntas, charlaron durante un rato de moda y de futilidades, hasta que Drusila pronunció el nombre de Cayo.

—Me ha hablado de ti en términos tan elogiosos que quería conocerte. Más que nada, deseaba darte las gracias. —¿Darme las gracias? Pero ¿por qué?

—¿Crees que ignoro hasta qué punto fuiste un precioso apoyo para él en Capri? Sin ti, no sé cómo habría superado ese mal trago. Tu padre y tú le habéis infundido valor con vuestras predicciones. —Mi padre me enseñó su arte, pero yo no lo practico. —Él profetizó el ascenso al trono de Cayo. Por entonces, nadie lo consideraba posible. Estoy contenta de que mi hermano te haya elegido como amiga y confidente. Te tiene en gran aprecio. ¡Casi somos parientes!

—Eso me honra.

—Cayo dice que tú lo comprendes. Lo encuentro muy extraño, ¿entiendes? La mayoría de la gente se equivoca de medio a medio con él. Lo creen frívolo porque ama las artes. En realidad, ha concebido

objetivos elevados para el Imperio. Hemos pasado separados tanto tiempo que es como si ya no lo conociera. Veamos, ¿qué es lo que más te choca de él?

—Que no se parece a nadie —respondió Enia sin vacilar— No se lo puede juzgar según los criterios que valen para los demás. Todo lo que él dice y hace posee un sentido más elevado.

Drusila se contuvo para no ponerse a aplaudir. ¡Es exactamente eso! Ni mis propias hermanas lo entienden. No te hablo de Lesbia, a la que adoro, pero que es un poco ligera de cascos. Agripina debería darse cuenta. Tú eres más perspicaz que ella. —Las estrellas me han ayudado.

—Sin duda, pero eso no lo explica todo. Yo he sentido eso desde mi infancia: él es un ser aparte... Después Tiberio nos separó. Te confieso que, cuando nos reencontramos, me quedé horrorizada. Esos años terribles que pasó en Capri lo dejaron marcado. Me pareció muy enfermo y me costó reconocerlo. ; —Desde tu llegada, se encuentra mucho mejor.

Drusila bajó la mirada, como si se dispusiera a anunciar algo que le resultaba difícil.

—Es verdad, pero yo no puedo quedarme en Roma. Ya he retrasado demasiado mi partida. —¡Pero eso lo destruirá!

—Lo sé muy bien. Por eso quería verte. Cuento contigo para que veas por él. Me gustaría que llevara una vida menos agitada y, sobre todo, que se casara y tuviese un hijo. Es vital para él y para Roma. Debe encontrar una esposa.

—Las hijas de buena familia no escasean —observó Enia de mala gana.

; —Bah, me importa poco que sea o no de buena familia. El ennoblecerá a la mujer con quien se case. Lo que quiero es que la elegida apacigüe su fiebre y lo haga feliz. ¿Me escribirás con regularidad para contarme cómo sigue Cayo? — Desde luego.

—Te lo agradezco. Ya te explicaré cómo hacerme llegar las cartas. Más vale que él no esté al corriente de esta correspondencia; será nuestro secreto. Piensa en lo que te he dicho: es preciso que se case y que engendre un sucesor. De lo contrario el hijo de Ahenobarbo y de Agripina heredará el Imperio. ¡Sería bien triste! —Al reparar en la mirada inquisitiva de Enia, añadió—: No, yo nunca tendré hijos.

Los dioses me han infligido ese castigo. Lo merezco: he incurrido en colera. - ¡Debo dejar a Cayo! Y sin embargo, yo tampoco puedo vivir él- ¡Ay, si supieras qué felices fuimos! Se arrojó a los brazos de su nueva amiga, que contempló estupefacta

como se deshacía en llanto.

Roma, octubre del año 37

La litera se detuvo delante de las caballerizas de los Verdes. Contrariamente a la costumbre, nadie aguardaba al emperador. Tras ordenar a los porteadores que se mantuvieran a distancia, éste se dirigió a Mesalina.

—He prometido a tu marido que te castigaría, pero no le he dicho cómo. Aquí, en el lugar del delito, he previsto tu castigo.

Su actitud irónica no resultaba en absoluto amenazadora. ¿Qué estaría tramando?

Las suntuosas caballerizas estaban desiertas. Cuando entraron en un establo de paredes revestidas de mármol multicolor, Calígula acarició a un magnífico caballo blanco.

—¡Buenos días, *Incitatus!* Un poco de paciencia, todo está dispuesto.

Mesalina miró en torno a sí y advirtió con sorpresa que en el lugar que antes ocupaba el pesebre ahora se alzaba un escenario cuyo suelo estaba formado por gavillas de paja atadas con cordeles de seda. Junto al caballo habían instalado un gran sillón dorado. Unos pasos más allá, un anciano sentado en un taburete afinaba un laúd.

Está ciego. El espectáculo no es para él. ¿Qué espectáculo?

-Mi nueva obra. ¿Qué te parece el teatro? • -Muy bonito. Ese escenario de paja, ¿es para que admire tu caballo ?

—No. Es para que él te admire a ti.

Mesalina estaba cada vez más sorprendida. Él tomó asiento en el sillón y dio una palmada.

—Estoy seguro de que mi obra te va a gustar mucho. Acto seguido aparecieron tres atletas vestidos con casacas de cuero amarillo. Mesalina reconoció al más alto, un rubio de tez bronceada que en el circo la había hecho soñar a menudo cuando erguido en su carro, fustigaba el tiro de caballos.

—Ésta es la gran amiga de los Verdes de quien os he hablado. Los tres hombres la devoraron con la mirada, como unos niños ante el escaparate de un pastelero. A ella la invadió una deliciosa turbación.

—¿Estáis preparados? —Sí, César.

—Desde tu boda, Claudio no ha parado de elogiar tu talento. Él es un gran gramático y un excelente gastrónomo, pero en cuestión de teatro, no me fío mucho de él y prefiero juzgar por mí mismo. Por ello he decidido dejar que actúes en mi obra. Aunque sólo puedo ofrecerte un papel mudo, es muy importante y creo que ideal para realzar tus cualidades.

—¿Un papel? ¡Pero si no sé actuar!

—En mi opinión, vas a hacerlo de manera impecable. Además, *Incitatus* y yo somos los únicos espectadores. Pero no perdamos más tiempo. ¡Vamos, poneos todos vuestro traje de escena!

Con un mismo gesto, los tres jóvenes se quitaron las túnicas, dejando al descubierto su impresionante virilidad.

—Eh, Mesalina, ¿a qué esperas? Esta obra mía no se representa

con vestido.

De repente ella comprendió y el corazón comenzó a latirle a toda prisa. A fin de valorar su talento para el amor, el emperador ponía a su disposición a aquellos magníficos varones cuya excitación se tornaba más visible a cada instante. Precipitadamente, se deslizó la estola por encima de la cabeza.

—¿Son de tu agrado tus compañeros?

—¡Oh sí, César!

—Por mi parte, yo recitaré versos del gran Virgilio y del gran-cioso Ovidio. Músico, empieza con un ritmo muy lento.

Los atletas estaban ya en escena, poniendo en acción sus músculos como en el gimnasio. Las primeras notas del instrumento resonaron mientras Mesalina subía los peldaños de la pequeña escalera de madera. - Primer cuadro —anunció el emperador—. Al borde de un arroyo, la ninfa Galatea toca tres flautas que acaba de regalarle Afrodita. —Asumiendo la postura del recitador, con el brazo derecho tendido, elevó la voz:

¡Sirvamos, oh flauta, de preludio a estos cantos!

Estos cantos poseen un mágico poder.

Pueden hacer descender del cielo la Luna.

El gran auriga rubio se había colocado en el centro de la escena, de perfil para que el emperador no se perdiera detalle alguno del espectáculo. Mesalina se arrodilló y, como el escultor que reflexiona delante de su bloque de mármol, contempló por un instante la *lancea* medio erguida. Con unos golpecitos, le separó un poco más las piernas, después sopesó los hinchados testículos y a continuación comenzó a frotarle el miembro con tal habilidad que en un instante éste adquirió gigantescas proporciones. Satisfecha, se humedeció con una punta de la lengua los carnosos labios antes de abrir bien la boca para acoger el glande. Siguiendo la lenta cadencia del laúd, aspiraba y regurgitaba, mientras con la palma de las dos manos alisaba con suavidad, desde el pliegue de las rodillas, las soberbias columnas de los muslos y las duras y musculosas

—¡Excelente principio! —exclamó el emperador. Mesalina prosiguió la paciente succión. El alto auriga resoplaba como un fuelle de forja. Bruscamente, ella se apartó y, con los dos dedos, como se sujeta una flor, hizo brotar el primer fogoso chorro semen. Luego se volvió hacia Calígula y, sonriente, lo saludó a la manera de los histriones.

—¡Magnífico! ¡Venus no lo habría hecho mejor!

Rodeando con el brazo el cuello de su caballo, declamó unos versos de Ovidio:

La mano no será ni blanda ni torpe,

los dedos saben muy bien qué hacer en esos lugares donde

el amor hunde, en secreto, sus agujones. Así hacía Andrómaca al valeroso Héctor.

Así hacía su cautiva al gran Aquiles.

Aplicándose en variar el juego, Mesalina lamió la segunda flauta en toda su extensión, la mordisqueó, la hizo rodar entre las manos como la masa de un pastel y después la aprisionó entre sus senos y se meció adelante y atrás hasta que se hubo apaciguado su último espasmo.

Calígula se inclinó hacia su confidente de cuatro patas. —Es digna de actuar en tu casa.

Cuando se acercó el tercer atleta, precedido por la torre que había erigido en la base de su vientre la contemplación de la buena fortuna de sus compañeros, la ninfa Galatea evaluó de un vistazo su estado y se contentó con manipular la flauta con sus dedos de virtuosa. No necesitó nada más.

—Mi segundo cuadro —retomó la palabra el emperador—, cuya idea debo a mi amigo *Incitatus*, tiene como marco su Iliria natal. En él aparece una pastora que, cansada de cuidar el rebaño, visita a los labradores de un campo vecino.

Mesalina se vio agarrada, levantada y vuelta boca abajo con un movimiento rápido que la hizo barrer la paja con sus rubios cabellos y luego sintió que unas manos duras la asían por las rodillas y se las separaban, obligándola a arquear el tronco y a levantar las nalgas. Dos de los atletas la sostenían a la altura de los hombros. El enorme venablo la penetró de improviso con tanta rudeza que ella lanzó un grito desgarrador. Calígula se echó a reír y después citó a Virgilio:

*Tú, muchacha, apacienta tus cabras, ¡pero a meterte
no vayas en el camino del macho cabrío de presta cornamenta!*

Mesalina tanteó por un momento en el vacío, y los dos compañeros le guiaron las manos hacia lo que buscaban. Bajo el efecto de la embestida regular e inexorable del labrador, por su garganta ascendió un largo y feliz lamento que se sumó al tañido del laúd. El recitador atacó un fragmento célebre:

¡Ay, si los labradores tuvieran idea de su felicidad!

De un despreocupado reposo gozan,

de una vida tranquila de variados placeres.

El labrador hiende la tierra con su arado cimbreado.

Al concluir la tirada virgiliana, se desprendió de su hábito blanco de sacerdote de Isis, quedándose sólo con la fina túnica interior. Luego, al percibir una prisa excesiva en los actores, les recordó el consejo de Ovidio:

*/ Creedme, no precipitéis el término del goce! ¡Retrasad, retrasad, hacedlo venir
despacio!*

Seguía con atención la acción, comentando algunos episodios de la misma al sedoso oído de *Incitatus*. Mandó sustituir al labrador en dos ocasiones antes de anunciar el final de la escena campestre.

.. —Mi tercer cuadro evoca la toma de la noble ciudad de Troya por parte del ejército de los griegos. ¡Músico, un ritmo guerrero!

Con el brazo tendido, recitó el segundo canto de la *Eneida*:

*¿ Quién puede narrar el desastre de la noche aquella, quién tanta muerte, o puede
igualar las fatigas con lágrimas? Se derrumba una antigua ciudad que reinó
muchos años; hay muchísimos cuerpos inertes por todas las calles, sus moradas y los*

sagrados umbrales de los dioses.

Mira cómo arrastran de los cabellos a la hija de Príamo, a Casandra la Virgen, fuera del santuario de Minerva.

Mesalina imploró de rodillas la clemencia de los vencedores, pero su llanto y su belleza no hicieron sino inflamar el deseo de éstos. Rodearon a la suplicante como una jauría a su presa. Asiéndola por los hombros, el rubio alto la empujó con brutalidad hacia delante. Ella perdió el equilibrio y acabó apoyada en el suelo con las dos manos, Enseguida, cual jabalí en celo, él la empaló con una furiosa acometida.- Su compañero le agarró la rubia cabellera y, sin piedad, le invadió la boca con su miembro. Aguardando su turno colocado bajo la infeliz el tercero le amasaba y mordía los soberbios pechos.

Cuando uno de los toscos soldados eligió la vía estrecha, la bella troyana profirió un alarido apenas amortiguado por su mordaza de carne. Entusiasmado, Calígula gritó «¡Ánimo, los Verdes!» como en el hipódromo, antes de volver a Virgilio:

Los golpes repetidos del ariete revientan las puertas y sacan las jambas de quicio. La violencia se abre paso en la Troya abandonada por los dioses.

Una vez que los Verdes, extenuados, la liberaron, Mesalina se enderezó con gracia para saludar al público. El emperador aplaudió con entusiasmo. Después de intercambiar unas palabras con su caballo, se puso en pie y fue a felicitar a la actriz, que bajaba del escenario.

—¡Extraordinario! ¡Has estado espléndida! A *Incitatus* le ha gustado sobre todo la escena del labrador. Era de esperar. —¿Y a ti, César, qué te ha gustado más? — Me ha encantado tu primer aire de flauta. ¡Qué poesía! Y, cómo no, el saqueo de Troya. ¡Qué fuerza dramática! ¡Qué veracidad! ¡Y eso sin ensayar! Has estado magnífica. —¡Es un papel tan bonito...!

—Lo escribí pensando en ti, aunque el cuadro resulta demasiado corto. La próxima vez, serás violada por seis soldados griegos. —¿Seis? ¡Nada me satisfaría más!

—Ahora podré decirle a ese pobre Claudio, que consideraba mi caballeriza indigna de ti, que has recibido tu castigo encima de la paja.

Las amenazas de su marido la habían aterrado hasta el punto que no resistió el placer de extraer una pequeña venganza de todo aquello.

—Es terriblemente celoso, se pasa las horas vigilándome. ¡Sin embargo, este año es cónsul, así que debería estar más ocupado!

—Los cónsules no hacen ya nada desde hace tiempo, bonita pero ¡por Isis que le encontraré ocupaciones a ese señor! Sacrificios que presidir, por ejemplo. Me encargaré de ello mañana mismo.

—¿Cómo puedo agradeceréte?

—Claudio es muy afortunado de tenerte como esposa, él que no es joven ni guapo. Ahora que conozco tu talento, no quiero que el lo acapare. ¡Cuando estás cerca de él, me da la impresión de ver a Afrodita de visita en casa de Baco!

—¡Ay, qué manera más bonita tienes de decir las cosas!

Con la vista fija en la hinchazón de su túnica, Mesalina subió de nuevo a escena, con él.

Roma, noviembre-diciembre del año 37

En el pequeño y acogedor recinto del Palatino habilitado como teatro para la familia imperial, la diosa Isis, vestida con su larga túnica blanca, clamaba desesperada tras el asesinato de Osiris, su hermano y esposo. En la primera fila del público, Drusila se encontraba sentada a la derecha del emperador.

¡Ven a tu morada! ¡Ven a tu morada! Tú que no tienes ya enemigos.

Apeles era un actor de prestigio, pero aquél no era un papel adecuado para él.

—No es el tono que conviene a ese poema. ¡Ponle más sentimiento! —le espetó Calígula.

Al fondo de la sala, Graco confió en voz baja sus impresiones a Agripa.

—La joven no hace más que parlotear. Aquí falta acción. Estaría bien que alguien la violara. Un asno en celo, tal vez, es algo muy espectacular.

El príncipe, que no compartía los gustos teatrales de su socio, respondió con un gesto evasivo. La voz de Calígula se elevó de nuevo.

—¿Por qué te retuerces de esa manera? ¿Acaso Isis padecía un cólico?

Ante el estallido de carcajadas, el histrión paró en seco y, turbado lanzó miradas en todas direcciones.

—¡A ver si cuidas más el griego! —le aconsejó Claudio—. Es imposible pronunciar peor. ¿No es cierto, bonita?

—Oh, a mí de todas formas no me gustan los hombres disfrazados de diosas.

El actor, tieso como un palo, declamó con atropello:

—«¡Ven a tu morada! ¡Ven a tu morada!»

Los abucheos sofocaron su frase. Por encima de la algarabía destacaba la risa cristalina de Lesbia. La velada parecía perdida para el arte dramático cuando Calígula se levantó y saltó a escena.

—Te voy a enseñar. Os resumo la historia porque no creo que todos la conozcáis. No lo digo por Claudio, nuestro erudito.

—¡Hombre, Egipto no es mi fuerte!

—No seas modesto, tío, tú sólo tienes puntos fuertes. Bueno, la gran diosa maga, a la que los egipcios llaman dueña del horizonte, se casó con su hermano Osiris. Entre ambos convirtieron Egipto en una tierra fértil. No obstante, otro de los hermanos, el cruel Set, intriga contra ellos, mata a Osiris y despedaza su cadáver. La diosa busca los trozos del cuerpo amado. Intenta reanimarlos, y de uno de ellos hace nacer al dios Horus. Nos encontramos en la ribera del Nilo.

Enfundado en su túnica púrpura que le dejaba al descubierto las peludas pantorrillas, Calígula encarnaba una Isis de lo más extravagante, pero insufló tanta pasión a los versos que todos olvidaron su inapropiado aspecto.

¡No te separes de mí, bello adolescente!

Ven a tu morada, ven a tu morada.

Aun no viéndote

mi corazón aspira a reunirse contigo

y mis ojos te reclaman

pues es maravilloso contemplarte.

¡ Ven a esta que te ama, Un Nefer!

¡Ven con tu hermana!

*¡ Ven con tu mujer!
A ninguna otra mujer amabas
sino a mí, ¡oh hermano, oh hermano!*

El público prorrumpió en aplausos.

¡Fui yo quien le enseñó a declamar! —alardeó Agripa, diri-giénose a Graco—.

¡Qué hermoso texto! —Es mejor *Laureólo el bandido*.

Calígula regresó con parsimonia a su puesto.

—¡Has estado magnífico! —le murmuró Drusila.

Se sentía deslumbrada y apabullada a la vez. La pasión de su hermano por ella no cesaba de crecer. Era hora de abandonar Roma, cuanto antes.

Él le tomó la mano y acercó la boca a su oído.

—Tú eres la hermana y esposa de Osiris.

Había que cortar por lo sano.

—Soy tu hermana, pero no puedo ser tu esposa —susurró, sin

atreverse a mirarlo—. Nuestra infancia quedó atrás, Cayo. Tú no eres el faraón. Mi presencia en Roma nos perjudica a los dos. Voy a regresar a Rodas. Sé razonable. Sé que con ello te causo dolor, pero a mí me duele tanto como a ti. Lo que deseas es imposible.

Cuando levantó la vista comprendió, al reparar en su expresión desesperada, que él acababa de jugar su última baza y era consciente de haber perdido. Sin dejarle margen para pronunciar una palabra, Cayo se levantó y, rodeado al instante por sus lictores, abandonó la sala. Ella advirtió horrorizada que su hermano caminaba encorvado como un viejo.

Cayó enfermo al día siguiente. De entrada, los médicos, confundidos, no lograron determinar la naturaleza de su enfermedad. Al parecer no padecía de ningún órgano, pero estaba tan abatido que incluso le costaba abrir los ojos, como si el espectáculo del mundo se hubiera tornado insoportable para él. Cuando Drusila le hablaba, él volvía la cara como si le resultara doloroso verla.

Únicamente soportaba a Enia junto a su cama. A partir de entonces, era ella quien rendía cuentas de su estado a su hermana, intentaba apaciguar su angustia y consultaba varias veces al día a Jenofonte sobre la evolución de la enfermedad.

Incapaz de formular un diagnóstico preciso, el griego solicitaba información de la que proporcionaba.

—¿Te fijaste si antes de contraer su mal pronunciaba a veces frases inconexas?

—Alguna vez.

—Debe de tratarse de distimia. Cuando la sangre ha sido perturbada por la bilis y la flema, los melancólicos enferman de ese modo. La bilis, al entrar en la sangre, la pone en movimiento y la calienta, lo que provoca delirio en el hombre.

Enia no comprendía una palabra de aquella jerga.

En un rincón de la habitación, fuera de la vista del enfermo Drusila se retorció las manos de desesperación, convencida de que el anuncio de su partida había asestado un golpe mortal a su hermano.

Desconcertado, Jenofonte probaba con el paciente inerte y resignado toda su farmacopea: lo obligó a ingerir grandes cantidades de leche de una cabra alimentada únicamente con lentisco, pero al segundo día, Calígula comenzó a sufrir vómitos incoercibles. A continuación el médico procedió a aplicar las recetas de los representantes de la escuela metódica. Para aquellos espíritus innovadores, el principio del arte de curar residía, sencillamente, en encoger los cuerpos relajados y relajar los cuerpos encogidos. El

tratamiento se dividía en fases de tres días, la primera de las cuales estaba consagrada a un ayuno total. Al término de este periodo, el abatimiento del paciente se había transformado en letargo, con lo que a duras penas hallaba la fuerza para abrir los párpados. Confiaron en obtener mejores resultados siguiendo los preceptos de la escuela neumática de Agatino de Esparta, pero ésta preconizaba una observación minuciosa del pulso, y el del enfermo latía demasiado débil. Claudio aconsejó la cura de lechuga, que antaño había sanado a Augusto, lo que le valió al célebre médico Musa un anillo de oro y una estatua. El paciente la toleró muy mal y le sobrevinieron violentos ataques de tos que lo dejaban exhausto. Para calmarla, le ataron en torno al cuello un paño que contenía excrementos de cerdo secos.

Al cabo de seis semanas, el enfermo aprovechó uno de sus raros momentos de lucidez para mandar llamar a su secretario particular y, en calidad de testigos, a los dos miembros de más edad de la cofradía de los Hermanos Arvales, el club más exclusivo de Roma, del que era presidente. Dictó su testamento privado, legando todos sus bienes a Drusila. Agripina hubo de contenerse para disimular su indignación cuando se enteró.

En cuanto supieron que se encontraba a las puertas de la muerte, los miembros de la familia imperial se reunieron en la antesala del moribundo. Cada cual expuso sus preocupaciones y sus esperanzas. Agripina fingía no ver a Enia. Lépida rezumaba orgullo por

participar de la intimidad de los grandes. Lesbia lloró con lágrimas incontenibles al salir de la habitación a la que entraban todos por turnos para despedirse del emperador. Los esclavos iban y venían con bandejas y ánforas como en una recepción. Calisto, que los dirigía, se adelantó hacia Agripina a quien, en cuanto hermana mayor del moribundo, le correspondía un trato diferente.

—¡Qué horrible desgracia! La pobre Drusila está al límite de sus fuerzas y, sin embargo, se niega a abandonar la habitación.

¡Agripina no pensaba apiadarse de la heredera cuando había tantas preguntas que la atormentaban! ¿Qué ocurriría ahora? ¿Quién sería el emperador? Clavó una mirada de desprecio en Claudio. Éste, repantingado en un asiento, con la cara colorada y los ojos lagrimosos, vaciaba una copa para mantener el ánimo. Era demasiado contrahecho para que el Senado se planteara siquiera nombrarlo. El propio Augusto lo había ya descartado de los asuntos públicos. La juventud de Gemelo lo excluía como sucesor, aunque ciertos espíritus perversos quizás acariciaban la idea de una regencia. Ahenobarbo estaba seguro de que no le sería difícil obtener para sí el apoyo del Senado, pero era el único que creía en sus posibilidades. ¿Quién iba a elegir a ese candidato colérico y malhablado?

—¡Deja de lloriquear! —reprendió Helena a Gemelo en voz baja mientras se apoderaba de tres pasteles de la bandeja que le presentaba un criado.

—¡Pero Cayo se va a morir!

—Es lo mejor que nos puede pasar.

El niño se quedó tan estupefacto que su llanto cesó de golpe.

—¡Vamos, suénate, bonita! No está muerto —consoló Claudio a su joven esposa—. La naturaleza posee grandes recursos. De todas maneras, los médicos son unos asnos. Ven, ya regresaremos mañana y seguramente se encontrará mejor. Es hora de ir a cenar. El cocinero nos ha preparado un cerdo relleno de menudillos con miel. En estos momentos, hay que saber reconfortarse.

—¿Crees que se recuperará?

—Claro que sí, por supuesto. Es joven. Vamos a comer.

Mesalina se enjugó los ojos. Claudio tenía razón; no había que perder la esperanza.

En la habitación de postigos cerrados, mal iluminada por las vacilantes llamas de las lámparas, el rostro del enfermo exhibía ya su última máscara.

De improviso, Drusila se puso en pie.

—¡Salid todos! ¡Que nadie entre aquí hasta mañana por la mañana! —Ordenó con tanta autoridad que médicos y sirvientes retrocedieron hacia la puerta. Sólo Jenofonte osó protestar.

—Nos necesita.

—No. Sólo me necesita a mí.

—¿Y si muriera?

—No morirá —aseguró ella, fulminándolo con la mirada—. ¡Dejadnos!

Una vez que estuvieron solos, se quitó despacio la ropa. Ya desnuda, se introdujo en la cama y rodeó con los brazos a su hermano.

Al día siguiente, el paciente presentaba una mejoría notable. Al cabo de unos días, Jenofonte anunció que el emperador se hallaba fuera de peligro y que su convalecencia había comenzado.

Roma, 24 de diciembre del año 37

El noveno día tras el nacimiento de un niño varón se celebraban los grandes festejos de la «lustración». El palacio de Domicio Ahenobarbo estaba enteramente decorado con guirnaldas. En el atrio se sucedían los numerosos clientes que acudían a felicitarlo. Antes de invitarlos a probar el contenido de las ánforas ennegrecidas que los criados subían de la bodega, el padre les respondía con la tradicional fórmula: «Me veo aumentado con un hijo.»

Habían observado de manera escrupulosa todos los ritos ancestrales. Tras cortar el cordón umbilical con un junco afilado y depositar al niño a ras de la nutricia tierra, su padre lo había levantado en alto, reconociéndolo así como suyo. Tres hombres, que figuraban los tres dioses guardianes del hogar, habían dado la vuelta a la casa. Después de golpear el umbral con un hacha y con una mano de mortero, lo habían limpiado con una escoba. Este acto ritual servía para impedir la entrada al genio maligno Silvano, enemigo de las Parturientas, y recordar que sin el hierro no hay ni poda ni tala de árboles, sin la mano del mortero no se hace harina y sin escoba no se juntan los granos.

Sustraído de este modo a los peligros de la primera semana de su vida, el pequeño había sido desplazado con gran pompa por toda la casa familiar y había recibido su nombre. Fajado de pies a cabeza de tal forma que sólo se le veía una carita congestionada, berreaba con vigor dentro del cesto de mimbre recogido en las riberas del Tiber que evocaba el nacimiento de Rómulo y Remo, los gemelos fundadores de la ciudad. Agripina dejaba de vez en cuando a los invitados para ir a contemplarlo.

—¡Salud, Nerón, orgullo de la raza de Germánico y de tu madre!

Cuando la sorprendió dedicándole tal saludo, Ahenobarbo se puso furioso.

—¡La raza de Germánico! ¿Y yo, acaso soy yo de la raza de pastores de rebaño? Deberías haberle puesto Claudio, como tu tío. Al fin y al cabo, él es el hermano de tu famoso Germánico.

—No, tendría que haberle puesto Lucio, como tu padre —replicó ella, sacando la belicosa barbilla—. Así aprendería con mayor facilidad a beber como un tonel, dejar tuertos a sus amigos y propinar palizas a los transeúntes.

Lamentando que hubiera quedado atrás la época en que le habría estado permitido responder con golpes a sus insolencias, él encontró no obstante la manera de

bajarle los humos.

—Tienes razón, este niño presenta un asombroso parecido con mi padre. Hasta es pelirrojo como él.

Agripina se indignó ostensiblemente ante aquel ultraje. Una de las dos nodrizas, griegas como dictaba la costumbre de las grandes familias, consideró llegado el momento de adular a su ama. —¡Nunca había visto unas partes pudendas tan grandes! La madre mandó quitar los pañales al pequeño para comprobar la pertinencia de la observación.

—Pues sí que es verdad. ¡Son enormes!

—¡Es un nuevo Hércules! —exclamó la otra nodriza, que no quería quedarse atrás—. La *lancea* se le levanta en cuanto me ve el pecho. ¡A los nueve días! ¡Como dicen en Roma para referirse a los prodigios, es un asno sobre un tejado!

—Eso significa que será un emperador poderoso. Agripina ordenó que la dejaran sola con el niño y, sin despegar los ojos de él, levantó las manos al cielo.

—Juro por todas las divinidades fastas que no escatimaré esfuerzos para que seas emperador un día, Nerón, hijo mío. Sé que siempre te mantendrás leal a tu madre. Juro que mandaré erigir un templo a Juno si Cayo muere privado de progenitura masculina. ¡Que los dioses me maldigan si falto a mis juramentos!

Con la seguridad de ver cumplidos sus deseos un día, llamó a las nodrizas con una palmada, como aplaudiendo su futuro triunfo.

Roma, enero del año 38

Desde primera hora de la mañana, la larga procesión descendió del Capitolio, atravesó el Foro, pasó por el viejo Vicus Tusco y bordeó por fin el Forum Boarium para llegar al Circo Máximo. Los juegos organizados para celebrar el restablecimiento del emperador se anunciaban espléndidos. Desde hacía una semana, las lluvias habían cesado. Las casas estaban decoradas con tapices de vivos colores, y las más ricas lucían estatuas.

Delante de los magistrados y senadores, un edil curul abría el cortejo, saludando a la multitud desde lo alto de su carro tirado por cuatro caballos blancos. Lo seguían la cohorte de los adolescentes, hijos de caballeros, y los aurigas de las cuatro facciones, con los Verdes en cabeza, por su condición de favoritos del pueblo llano y del emperador. Los atletas relucientes de aceite precedían a los tres coros, de hombres hechos, jóvenes y niños, todos vestidos con una túnica escarlata ceñida por un cinturón de bronce, una espada al costado, una lanza en el puño y, en la cabeza, el casco con plumas.

Unos grupos de músicos con flautas, laúdes y cítaras acompañaban los cantos de estos militares de fantasía. Todos se cuidaban de esquivar los brincos de los bailarines cubiertos de pieles de macho cabrío que representaban a sátiros y silenos. Un intervalo los separaba de las cofradías de sacerdotes que portaban en angarillas las estatuas de los dioses. Los principales, Júpiter, Juno y Minerva, iban en carros chapados de plata y marfil que tiraban cuatro caballos conducidos por los hijos de las familias más nobles.

Una multitud atestaba el circo, bajo el entoldado que la protegía del sol y que accionaban, con ayuda de largos cordajes, los marineros de la flota. Dos eran los colores predominantes: el blanco crudo de las togas del público de categoría y, en la parte superior de la gigantesca valva, el marrón oscuro de los atuendos populares.

Cuando todo estuvo por fin listo para el espectáculo, entre los ensordecedores vítores de la multitud, la familia imperial ocupó su puesto en el *pulvinar*. Se trataba de un amplio palco separado por una colgadura de los sitios reservados para las vestales. Los cojines mitigaban la dureza de las gradas de mármol. Una escalerilla, que permitía al emperador resguardarse de la vista del público, daba acceso a unos cómodos excusados instalados entre dos niveles.

Ante los personajes de elevada condición, unos criados surtían las mesas bajas de platos, bebidas y golosinas. En honor de Claudio, Mesalina se había engalanado con una carísima estola de color azafrán, bordada con hilos de oro. Agripa, que no deseaba estar demasiado expuesto a los ojos del pueblo, se había sentado al fondo del *pulvinar* en compañía de Salomé y de Graco. Agripina vigilaba a su hermano. Desde su recuperación, él había redoblado las atenciones para con Drusila y, no contento con situarla a su derecha, le dedicaba de continuo lánguidas miradas de enamorado. Furiosa, la hermana mayor buscó un blanco para sus flechas.

—¡No cruces las piernas tan arriba, Lesbia! ¡A los romanos les gusta ver los juegos y no tus muslos!

La pequeña se mofó sin disimulo. Ella sabía muy bien qué les gustaba ver a los romanos.

Tras la estridente señal de las trompetas, los gladiadores, distribuidos en cuadrillas de treinta, salieron a la arena. Los tracios, príncipes del escudo pequeño, abrían la marcha. Tras ellos avanzaban los ágiles reciarios, con el tridente en una mano y la red en la otra, que producían una extraña sensación de desnudez sin las canilleras ni las protecciones que llevaban sus eternos adversarios. El órgano de agua comenzó a emitir su melodía sincopada, mientras los luchadores desfilaban ante el palco dirigiendo, con la cabeza vuelta hacia el amo del mundo, el saludo de los novios de la muerte subita: «*Ave Caesar, morituri te salutant!*» Al final del largo cortejo iban los representantes de categorías menos conocidas, los *dimacheth* que combatían con una espada en cada mano, y los laquéanos, que hacía girar sus lazos por encima de la cabeza. Una banda de enanos danzarines cerraba el desfile con una nota burlesca.

- Los mejores combatientes proceden de mi casa —informó con orgullo Graco—. No hemos logrado reunir seiscientos pares de luchadores, como en los juegos de Augusto, pero hay quinientos cincuenta.

—Estoy seguro de que el emperador quedará satisfecho —respondió Agripa con aire distraído.

—¡Ay, y pensar que no ha querido echar a los condenados a las fieras! Yo había adiestrado dos osos y tres tigres para que aprendan a apreciar la carne humana.

—Él siempre ha preferido el teatro.

—A mí también me gusta el teatro. No la palabrería de los griegos, sino el buen teatro donde se crucifica a los héroes al final de la obra, como *Laureólo el bandido*. O como *Priscila la impúdica*, donde un asno en celo viola a la bella heroína.

—Tienes razón —asintió el príncipe, para no contradecirlo—. Hace falta acción.

—Mira que no paro de decirle al emperador que sustituyan en el último minuto a los actores por condenados, que eso beneficiaría tanto a la justicia como al arte, pero él no quiere saber nada de eso. ¿Cómo te lo explicas?

—Supongo que quiere mostrarse clemente.

—Tal vez, ¡pero la clemencia es enemiga del buen espectáculo!

—Deberías habernos ofrecido esta mañana más batallas entre animales —le reprochó Agripa, irritado—. Ha quedado un poco justo.

—¡Es muy fácil criticar! Cuando Tiberio prohibió la *venatio*, interrumpí todas las

importaciones. ¿Acaso crees que es fácil capturar a cien leones en Numidia, embarcarlos y entregarlos en Roma en sólo tres semanas?

Claudio se había propuesto asistir a unos cuantos hermosos combates. Le gustaba ver perecer a los gladiadores con su actitud altiva y teatral. Durante bastantes años, Augusto lo había privado de aquel placer para no exhibir ante el populacho a un pariente de apariencia tan lamentable. Lo emocionó contemplar la caída de un reciario a consecuencia de un golpe de espada. Esa agonía era la más espectacular, pues al no llevar casco, el reciario parecía con la cara descubierta. El herido pugnó en vano por levantarse. Entonces, como un profesional concienzudo, realizó el gesto que tantas veces había repetido en el *ludus*. Tras soltar el tridente ya inútil, agarró con la mano izquierda el muslo de su adversario y, apoyándose en el suelo con la diestra, presentó la garganta desnuda, deseoso de morir según las reglas.

Calígula se puso en pie y con una seña indicó que le concedía la gracia.

—¡Déjalo que lo degüelle! —refunfuñó Claudio.

—No quiero derramar sangre.

—A los espectadores les gusta la sangre.

—¡Peor para ellos!

Claudio escrutó su rostro para averiguar si bromeaba, pero éste no parecía ser el caso. Desconcertado, tomó de la bombonera dispuesta ante él un dátil, lo engulló, lo acompañó de varios más y después soltó un vigoroso eructo. A continuación se arrellanó en los cojines. Había comido mucho, bebido en mayor cantidad aún, y le parecía más placentero dormir que asistir a simulacros de combates.

Salomé aguardaba el momento favorable para su propósito. Al ver que Drusila, poco amante de los espectáculos cruentos, se retiraba con discreción, se dijo que nadie se atrevería a sentarse en su lugar a la derecha del emperador. Sólo ella tenía tanta audacia. Se levantó y fue directa hacia él. Sorprendido, éste la miró acercarse, espléndida con su vestido sirio de color naranja que hacía resaltar su piel morena y combinaba la moda romana con la oriental. Un gran colgante egipcio le adornaba el profundo escote, de corte conocido como estilo *impluvium* debido a su forma, semejante a la abertura rectangular en el techo a través de la cual se avistaba el cielo. Todos sus movimientos revelaban la perfección de sus pechos de bronce.

Pese al brillo resuelto de sus ojos, optó por afectar timidez.

—¿Me permitirías, César, gozar por unos instantes de tu conversación? ¡Hace tiempo que lo deseo! ¡Perdona que te importune!

—Eres bienvenida, princesa, aunque es más bien a Agripa a quien habría que pedir perdón.

—Bah, está demasiado ocupado para advertir mi ausencia —contestó ella con un leve gesto de despreocupación.

—Mejor para mí. —Le señaló el sitio libre a su derecha—. Siéntate. No tenemos a menudo ocasión de vernos y lo deploro. ¿Lo pasas bien en Roma?

—¡Huy, sí! Llevo una vida muy agradable aquí. Asisto a las lecturas públicas, curioso por las librerías y las tiendas... ¡Y además, cada día, me doy el placer de admirar esos monumentos, esas estatuas, esos jardines! ¡Cuántas maravillas! Cesárea y Tiberíades son unas aldeas en comparación.

—En Jerusalén tenéis el célebre templo, ¡que no es cualquier cosa!

—¡Sería hermoso sin esos horrendos sacerdotes!

Calígula rompió a reír. La muchacha era realmente encantadora.

—¿Tan malvados son, princesa?

—Peores de lo que puedas imaginar. ¡Rebosantes de devoción de cara al exterior, pero podridos por dentro! ¡Como sepulcros encalados! Incluso causaron la muerte de ese pobre rabino Yeshua, que anteponía la bondad a todo y detestaba, como tú, a quienes derraman la sangre. Ellos presionaron a Pilatos. ¡Por fortuna, vinisteis a poner un poco de orden en nuestro país!

Calígula se levantó para otorgar el perdón a un vencido. En el fondo del *pulvinar* se oyó una voz grave.

—Si me permites un consejo, César, no deberías mostrarte tan magnánimo.

—Te lo permito con gusto, Macrón. Ya sé que tú conoces todas las reglas. ¿A qué se debe que tu encantadora esposa no esté contigo?

—No le gusta el circo.

—¡Qué raro! Lo ignoraba y, sin embargo, creía conocerla bien. Muy bien incluso.

»Ese no ha entendido aún que yo soy el emperador —musitó a Salomé—. Me considera su respetuoso alumno pero, por suerte, he descubierto un excelente método para cerrarle la boca.

Salomé hizo ademán de retirarse.

—Quédate, princesa. ¿De modo que ese rabino anteponía la bondad a todo? Yo había creído comprender que se trataba de un peligroso agitador.

Eso es de lo que el sumo sacerdote consiguió convencer a Pilatos. En realidad, Yeshua predicaba la sumisión a Roma. Citan una frase de él que así lo demuestra: «Dad al César lo que es del César.»

—¿Lo conociste?

—No, por desgracia, pero sé que era un ser luminoso. Predicaba que la bondad salvaría al mundo y que había que amar a los pro-pios enemigos. Los judíos se reían de él.

—A mí no me da risa.

—Eso es porque tú también eres un ser luminoso, César. Según Yeshua, Roma y Oriente debían casarse.

—Es cierto. Ese cretino de Pilatos no debería haberlo condenado a muerte.

—Dejó discípulos. Agripa conoce muy bien a su cabecilla, un tal Pedro... ¡Estoy hablando mucho, César, perdona! Yo no entiendo nada de esas cuestiones de política. Sólo sé que Agripa ha ideado un plan. Pero te estoy aburriendo...

—No me aburres en absoluto, princesa. ¿Un plan para qué?

—Piensa que sabe cómo instaurar la paz en Israel. Ha encontrado un medio eficaz. Sobre todo no le digas que yo te he hablado de eso. Se pondría furioso conmigo.

—¿Y por qué no me expone su idea?

—Le da vergüenza. ¡Como quedó en ridículo en aquel asunto del mago Simón...! Me contó que tú casi te mueres de risa. De todas maneras, él es muy perspicaz. Había previsto la revuelta de Samaría, que pilló por sorpresa a todos en nuestro país.

—¿En qué consiste ese plan?

—Cree que la secta de los amigos de Yeshua podría volver dócil a nuestro indómito pueblo minando el poder de los sacerdotes. Considera que ésa es la única forma de lograrlo y que sólo los judíos son capaces de meter en cintura a los judíos. Él lo llama «sembrar la discordia en casa del enemigo».

—¿Y tú qué opinas al respecto?

—Oh, yo no entiendo nada de eso. Sólo sé que esos judíos son muy diferentes de los otros y que el sumo sacerdote los detesta.

—Pues a lo mejor esa idea no está del todo mal. Le dirás al príncipe que venga a verme mañana por la mañana. Me será más útil alia que aquí. Lo único que lamento es que eso te obligará a abandonar Roma.

Su deseo de que Agripa, obsesionado con la corona de Salomón? acabara luciendo la otra, la corona sin gloria que soportaba Barbato, aumentaba por momentos. Después de todo, ¿no le había comentado él mismo que la muchacha era un volcán? Con la mirada prendida en su escote, adoptó un tono aterciopelado.

—Si deseas rendirme una visita de despedida, no tienes más que pedirle una cita a Calisto. Me gustaría proseguir esta conversación en otra parte.

—A mí también, César. Mi madre me enseñó que nunca hay que marcharse sin decir adiós. Volvió a pasar delante del príncipe, que bostezaba discretamente al tiempo que fingía escuchar al *lanista*, y se acomodó de nuevo en su puesto, orgullosa de su poder para conseguir lo que quería de los hombres.

Mesalina se aburría sobremanera. Le atraían los bellos gladiadores, y siempre había considerado una lástima que se desfigurasen y matasen entre sí, en lugar de prestar servicios mucho más agradables. Paseando la vista de manera distraída por las gradas, se fijó en un perfil puro de muchacho coronado por un casco de cabellos de oro bruñido. Con la barbilla apoyada en la mano, observaba con atención los combates. Quizá la muchacha había encontrado una distracción en que ocupar la tarde.

Tras comprobar con un vistazo que su marido se había ausentado para echar una larga siesta, mandó a un criado a comunicarle al muchacho que lo esperaban en *elpulvinar* imperial. Cuando apareció, quedó deslumbrado. No debía de contar más de trece años e irradiaba la belleza de un joven dios con la toga pretexta que le llegaba hasta la mitad del muslo, dejando al descubierto sus largas piernas color de miel. Mesalina lo invitó a acercarse con un gesto.

—¿Cómo te llamas?

—Quinto.

Intimidado, corrió encima de unos ojos de color azul turquesa la larga persiana de sus cejas. No se atrevía a mirar a la bonita pariente del emperador. Ésta se corrió para hacer sitio a su derecha, justo al lado de la elevada cortina que los protegía de la curiosidad de las vestales. Animado por la sociable actitud de Mesalina, el chico le dijo al fin que su padre lo había autorizado por primera vez a asistir solo a los juegos porque se había aplicado en los estudios.

—Parece severo tu padre.

—¡Y tanto! No me perdona la menor falta. Piensa que un hijo de magistrado no debería interesarse por la esgrima.

—¿Conoces ese arte?

—Un poco.

—¡Es Marte quien te envía! Los combates de gladiadores me apasionan también a mí, pero los hombres nunca quieren explicarnos nunca la esgrima. Según ellos, no es un asunto que concierna a las mujeres. ¿Querías ser mi profesor?

—No domino la técnica. Allá abajo veo al viejo Sertorio, el más ilustre de los maestros de esgrima. Si quieres, voy a buscarlo.

—No. Prefiero que seas tú. A mí me das la impresión de ser muy competente.

—¿Qué deseas saber?

—Todo. Por ejemplo, ¿por qué son tan desmañados los dos gladiadores que se ven allá, a la izquierda?

—Porque son andábatas.

—¿Cómo dices?

—Andábatas. Llevan un casco con una visera que les tapa los ojos y deben por

consiguiente combatir a ciegas. Eso no es esgrima, es para divertir a las personas no entendidas. Mejor fíjate en el centro de la arena; allí está el famoso Próbulo. Ha conquistado cuarenta y tres victorias. Son muy pocos los gladiadores que aún siguen con vida después de tantos combates. En general, los matan antes de los veinte.

Ella admiraba de reojo, sobre el escote de la túnica, la airosa elevación del cuello del muchacho, mientras él le detallaba las hazañas de su héroe. Éstas eran tan apasionantes que al extender por encima de las rodillas su gran chai, aparentó no percatarse de que cubría también buena parte de las de su vecino.

Contento de que ella compartiera sus gustos, el chico hablaba sin parar. En pleno relato de un memorable duelo del gran Próbulo, Mesalina posó con suavidad su fresca mano sobre la piel desnuda de él. Quinto reaccionó estremeciéndose, como un pollino asustado. Mudo, con las mejillas encendidas, mantenía la vista clavada en la arena, aunque ella sabía que ya no estaba prestando atención a los combates.

—Debió de ser un duelo muy hermoso —comentó en tono apaciguador—. ¡Tienes suerte, Quinto, mucha suerte! Vas a ser muy feliz.

Le acarició con la palma la fina cara interior de los muslos, masajeó con detenimiento la tierna carne y con la punta de los dedos trazó unos círculos cada vez más amplios, hasta rozar la mata del pubis. Con un gesto furtivo, se cercioró del resultado: soberbio. El muchacho estaba bien dotado por los dioses.

Mesalina colocó de nuevo con discreción la mano sobre el chai y fingió seguir con atención el combate. El tracio armado hasta los dientes arremetía contra su adversario en fuga. Tan pronto ladeaba el torso hacia la derecha para asestar un golpe con el puñal curvo como levantaba el pequeño escudo a la altura de los ojos y le lanzaba estocadas por abajo con la espada. Danzando con las piernas desnudas, el reciario lo esquivaba con habilidad, en espera del momento idóneo para arrojar la red. De improviso, se tambaleó, con la cadera rota por un revés imparables. En todas las gradas resonó un sonoro «*habet!*» («¡Está acabado!»).

—¿Lo ha vencido?

—¿Vencido? —Quinto pareció despertar de un sueño—. ¿A quién han vencido?

—Al reciario, claro. ¿Dónde tienes la cabeza? ¡Si me habías prometido que me explicarías la esgrima!

Divertida, advirtió que Quinto se ruborizaba. ¡Era tan ingenuo que temía que lo mandara de regreso a su grada! ¿Sería posible que antes de ella no hubiera habido nadie? Algunos padres estrictos no permitían que sus hijos se acercaran a las sirvientas, y, según él, el suyo lo era. ¿Tan guapo y aún por estrenar? No daba crédito a su suerte.

—Es un hoplómaco —acertó a articular por fin.

—¿No es un reciario?

—Sí. Los hoplómacos son todos reciarios porque llevan red, pero no todos los reciarios son hoplómacos.

—¿Qué arte más complicado! ¿Está derrotado?

—Podría salir del paso si fuera muy hábil, pero no maneja bien el tridente. Lo mantiene demasiado bajo. Mira.

El gladiador cayó a tierra como una espiga segada y la multitud protestó contra su indulto.

—Tenías razón. Sabes mucho de esgrima.

El muchacho inclinó tristemente la cabeza.

Al igual que el emperador, ella sabía demostrar su generosidad.

Introdujo bajo el amplio chai, la mano, que fue directa a los testículos, redondos y duros como bolas de madera. Sin hacer caso de su sobresalto, los apretó con fuerza, los hizo bailar, los agitó y tironeó su fino vello. Luego, como disculpándose por la maldad, los acunó y los acarició con detenimiento, tratándolos con mimo, jugando a seguir con los dedos los valles pequeños y sinuosos de su piel, tirante como la de un tambor. Con las largas pestañas bajadas, el escolar exhaló un profundo suspiro.

Saboreando su emoción, Mesalina se tomó un rato de descanso antes de sujetar con delicadeza por su base, entre el pulgar y el índice, la rígida columna de carne. Trepó por ella aplicándole golpecitos regulares, como el ladrón que tantea un muro en búsqueda de un tesoro, para después descender arrastrando la piel en su descenso. Una vez que hubo medido la longitud del camino, lo recorrió varias veces de un extremo a otro en un flexible vaivén, muy lento al principio y después un poco más rápido, antes de apartar la mano para la primera pausa. Enseguida, Quinto abrió los ojos y los fijó en ella con expresión suplicante. ¡Se hallaban al comienzo del viaje y él se creía ya al final! Maravillada, comprendió que el chico lo ignoraba todo de aquellas cuestiones. Ella era la primera mujer de su vida. ¡Se esmeraría por dejarle un recuerdo inolvidable!

Le sonrió con un tenue aire de reproche y, para castigarlo por su ansia, le hizo experimentar el duro contacto de sus uñas. Las sedosas pestañas bajaron de nuevo. Lo tenía a su merced. Los dos dedos se pusieron de nuevo en marcha por el pendiente camino, remoloneando, vagando, deteniéndose bruscamente y avivando luego el ritmo como para recuperar el tiempo perdido. Cuando la meta le parecía demasiado próxima, la paseante se iba a vagabundear por las lisas vertientes de los muslos, se aventuraba hasta las lejanas rodillas, que acariciaba con la palma de la mano y regresaba con toda calma para estimular las duras bolas envueltas en su vaina de cuero granoso. En el instante en que el pulgar y el índice retomaban la tarea, ella notaba que el muchacho se convulsionaba, presa del éxtasis.

Durante un rato largo Mesalina logró prolongar el juego. Por fin, en el segundo en que el exquisito tormento se convirtió en tortura, como el pintor que aplica con la punta del pincel el último toque a su cuadro, le bastó con aplicar una ínfima presión para culminar su obra maestra. Al sentir palpitar en su mano el miembro, ebrio de dicha, ella experimentó un fulminante orgasmo.

Apenas estaba recuperando el aliento cuando oyó una pastosa voz adormilada.

—¿No te aburres mucho, bonita?

Giró la cabeza, asustada. Claudio se había vuelto a dormir.

Roma, febrero del año 38

Enia creyó haber entendido mal cuando Drusila le anunció que pronto iba a abandonar Roma.

—¡Pero eso es imposible!

—No tengo elección.

—Si ya viste, la última vez, como Cayo...

—Si espero más, ya no me será posible marcharme. Compréndeme, yo no le doy lo que espera de mí. Querría satisfacerlo con toda mi alma, pero no puedo.

A Enia la invadió un gran alivio: su única rival auténtica iba a desaparecer. Enseguida se avergonzó de aquella primera reacción. No era digna de ella.

—Exigirá que te quedés.

—No. Nunca me forzaré a nada; antes preferiría morir. Escríbeme con regularidad, Enia. Eres la única capaz de informarme de ciertas cosas. Le entregarás las cartas al *lanista* Graco, que viaja a menudo a Rodas y cuenta con toda mi confianza. Explicame cómo se

encuentra Cayo, repítame sus palabras.

—Últimamente casi no lo veo.

—Porque yo estoy aquí. En cuanto me haya ido, volverá a ti.

De nuevo Enia se llenó de contento. Drusila contemplaba con aire soñador la estatuilla de plata.

•—El niño se ha transformado en un hombre. Mi deseo es, Enia, que tú seas su esposa y que le des un hijo. Sólo tú puedes ayudarlo a convertirse, como predijo tu padre, en el mejor de los emperado-

res. Está decidido a transmitir una imagen de bondad. Indulta a los condenados a muerte y a los gladiadores vencidos, pero la enfermedad ha cambiado algo en él. Hay momentos en que ríe como Tiberio.

—¿Como Tiberio, él? —exclamó Enia—. ¡Qué idea más estrafalaria!

También ella había reparado, con todo, en aquella risa desprovista de alegría, pero albergaba una secreta esperanza. Cayo estaba embargado de tristeza porque Drusila se disponía a dejarlo. Ella se sentía lo bastante fuerte y enamorada como para devolverle el gozo de vivir.

34

Tiberíades, febrero del año 38

En la azotea del palacio, Agripa tomaba un baño de sol, considerado benéfico para regenerar la potencia viril. Salomé, en túnica de interior, estaba arrellanada en un asiento provisto de un dosel, pues la luz intensa estropeaba el cutis de las mujeres.

—¿Quién hubiera creído que iba a encontrarme aquí hoy?

Agripa se volvió para exponer la espalda a los benéficos rayos y oyó la voz irónica de Salomé.

—¡No te enorgullezcas tanto! ¡No eres más que tetrarca de Galilea, y todo gracias a mí!

—Tal vez te deba el nombramiento, pero me complicaste la tarea al meterle al emperador una idea descabellada en la cabeza.

—Al contrario, era una idea muy acertada. Puesto que él habla de bondad, al igual que Yeshua, pensé que la secta le interesaría.

—También Tiberio quedó impresionado por ese rabino exaltado, pero nunca habría creído que Cayo...

—Eso es porque le gusta todo lo extravagante. Como aquello de la mejilla derecha y la izquierda, por ejemplo.

—¡Y pensar que le hiciste creer que esos iluminados iban a socavar el poder del sumo sacerdote cuando en realidad la secta habrá desaparecido en cuestión de meses!

—No va a desaparecer —repuso ella.

—¿Porqué?

—Desde que entró a trabajar en casa de los amigos de Yeshua, mi criada Miriam ha cambiado completamente. ¡Casi no la reconozco! Era atolondrada, descarada, desobediente y ahora no hay nadie más sumiso que ella. Esta secta mejora la calidad del servicio. Dos de mis amigas ya han animado a su personal a ingresar en ella y están muy contentas.

—No son los criados quienes acabarán con el dominio de los sacerdotes.

—Miriam dice que los amigos de Yeshua no temen a nada y que convertirán a todos los judíos.

—Esa tal Miriam era la doncella de tu madre, ¿no?

—Sí. Una chica perezosa e insolente que se abría de piernas al primero que pasaba. Pues para que lo sepas, desde que va a la casa de los amigos de Yeshua, se ha vuelto casta. Me ha propuesto que la acompañe a una de sus reuniones. Será divertido y, bien mirado, no es imposible que tú encuentres el modo de utilizarlos.

—Ve disfrazada. No me gustaría que creyesen que te has convertido.

—¡ Ah, si fuera una sirvienta, me lo pensaría! —exclamó con una carcajada—. Me encantaría sentirme a la misma altura que mi señora. Es una religión apropiada para criados.

—Bueno —dijo Agripa, desperezándose—, he de ir a entrevistarme con ese viejo zorro del sumo sacerdote. ¡ Ay, ojalá pudiera imitar a nuestro antepasado Herodes, que mandó castrar a su predecesor para castigarlo por su insolencia! ¡Si llevara la corona de Salomón, lo haría sin dudar, pero a un tetrarca no le está permitido castrar a nadie!

—Ten cuidado. Es más venenoso que una serpiente.

El sumo sacerdote aguardaba al nuevo tetrarca en una dependencia del templo que, a diferencia de la austera celda en la que se había celebrado su encuentro anterior, estaba provista de asientos. Tras el interminable intercambio de fórmulas de cortesía propias de Oriente, abordó el tema más candente.

—Tú, que gozas de la confianza del emperador, ¿sabes por que todavía no ha nombrado al sucesor de Pilatos?

—Se propone reorganizar por completo la región. —¿Reorganizar? ¿A qué te refieres con eso? —No entró en más detalles. Te prometo que si me entero de algo> serás el primero a quien informe. Pero ¿consentirías tal vez en p⁰ⁿ nerme al día sobre lo que sucede en Jerusalén?

Anas se llevó los brazos a la cabeza.

—¡Es una locura! Tú estabas en Roma cuando Pilatos mandó crucificar a ese falso profeta. Y ahora, que creíamos resuelto el asunto, resulta que ha nacido esa maldita secta. Aunque no son numerosos, arman mucho ruido. Según esos iluminados, el tal Yeshua era el Mesías de Israel. ¡El Mesías crucificado! ¡Con eso basta para formarse una idea de su demencia!

—¡En efecto! ¿Quién puede creer una cosa así?

—¡ Ay, la locura humana nunca dejará de sorprenderme, ni aunque viva tantos años como Matusalén! Robaron el cadáver de su tumba y desde entonces aseguran sin rubor que resucitó de entre los muertos. Continúan muy activos en Galilea y hasta me extraña que aún no hayas tenido que habértelas con ellos. Es verdad, de todos modos, que acabas de llegar.

—Sé que su cabecilla se llama Pedro.

—¡Bah, no es el peor! Se trata de un viejo pescador aquejado de una locura pacífica. Va contando que dejó la pesca para hacerse pescador de hombres. ¡Pescador de

hombres! El hermano de Yeshua, un tal Santiago, resulta más peligroso. ¡Un alborotador, eso es lo que es! Se cree un gran defensor de la Ley, y se pasa los días en el Templo. Si lo dejáramos, nos impartiría lecciones de Talmud. Estoy convencido de que fue él quien se llevó el cuerpo. —¿Consideras peligrosa su secta?

—No. Captan adeptos sobre todo entre los menesterosos. Claro que si ese Pedro y el tal Santiago nos proporcionasen un pretexto para lapidarlos, la cosa sería más fácil, pero evitan blasfemar en público, a diferencia del muchacho que comparece esta mañana ante el sanedrín. Por cierto, debo despedirme puesto que yo presido el tribunal.

—¿Me permitirías que vaya contigo? Nunca he visto un miembro de esa secta.

—Ven si quieres, pero no aprenderás gran cosa de éste. Es uno de esos jóvenes fanáticos que se empeñan en morir por su falso profeta. Desde que lapidamos a un tal Esteban, hace ya cinco años, no transcurren tres meses seguidos sin que aparezca uno de esos suicidas. Ahora verás la clase de calaña con la que te vas a encontrar.

En la sala del tribunal, Agripa permaneció discretamente apoyado en la muralla. El acusado, un adolescente guapo y rubio, pre-

sentaba un aspecto más adecuado para representar a Apolo en el teatro que para predicar una herejía del judaísmo. Mantenía la vis-ta fija en los jueces sin manifestar el menor temor. Anas le ordenó identificarse.

—Me llamo Elias, discípulo del Bendito.

—¿De qué Bendito hablas?

—De Yeshua, que murió en la cruz por ti.

—No digas tonterías. Te acusan de blasfemo. ¿Acaso ignoras que ese crimen te expone a la lapidación?

—No lo ignoro.

—Que pase el testigo.

Un hombre fornido, vestido con una túnica ceñida con un cinturón de cuero, se plantó ante el tribunal con la rigidez de los militares veteranos.

—Haz tu declaración.

—Oí al acusado proferir varias veces blasfemias contra el lugar sagrado y contra la Ley. Aseguró que Yeshua el Nazareno echaría abajo el templo y lo reconstruiría en tres días.

Un rumor escandalizado recorrió la hilera de jueces.

—¿Eso dijiste, Elias?

El efeso extendió el brazo como el orador presto a pronunciar una arenga.

—Hombres de cabeza dura, incircuncisos de corazón y de oídos, ¿por qué rechazáis la verdad que Yeshua el Bendito nos ha traído? Sois iguales que vuestros antepasados. ¿A qué profeta no persiguieron? Mataron a quienes anunciaban la llegada del Justo, y vosotros, vosotros lo condenasteis a muerte, ¡vosotros que recibisteis la Ley y no la habéis respetado! —Levantó la mirada hacia el elevado techo de piedra gris—. Veo el cielo abierto y a Yeshua el Salvador, el Hijo del Hombre, sentado a la diestra del Padre. ¡Cerca de él, veo a Esteban, a quien vosotros condenasteis a morir y con quien me reuniré en la gloria del Bendito!

Los sacerdotes se taparon los oídos. A una señal del sumo sacerdote, cuatro

guardias rodearon al blasfemo y se lo llevaron.

—¿Has oído? —susurró Anas a Agripa—. Ha repetido las palabras del otro loco a fin de morir como él. ¡Un muchacho tan apuesto! ¡Qué tristeza! ¿Deseas asistir a la lapidación?

—No, gracias. Ya sé bastante, y ese espectáculo no me enseñará nada más. Vuelvo a mi casa. Creo, en efecto, que conviene vigilar de cerca esta secta.

Cuando llegó, Agripa le refirió la entrevista a Salomé.

—¿Qué te había dicho? Poseen un poder sobrenatural. A Miriam no la asusta más el sumo sacerdote que un ratón. Esa gente conoce fórmulas mágicas muy eficaces. Para evitar las pesadillas, Miriam me ha enseñado una que funciona muy bien.

—¿Cómo es?

—Prométeme que no te vas a reír.

—Te lo prometo.

—Hay que repetir tres veces: «Yeshua, Bendito, Hijo del Dios vivo, tú que has muerto por nosotros y resucitado al tercer día, ¡ten piedad de mí!»

—¿Hijo del Dios vivo, el hijo de un carpintero? ¡Están locos de atar!

—Ya sé que es ridículo, pero así duermo mejor. ¿Cómo te explicas eso?

Agripa se encogió de hombros. La respuesta era evidente: la credulidad femenina no tiene límites.

Baias, febrero del año 38

El viento encrespaba el mar formando miles de crestas blancas. Una multitud de hombres se afanaba empujando y alineando lado a lado las planas embarcaciones, que luego ataban entre sí con cuerdas. Bajo la vigilancia de los centuriones, los manípulos de soldados y grupos de campesinos despavoridos acarreaban unas pesadas vigas destinadas a afianzar el puente de barcas. Cuando ya no hacían pie, los trabajadores debían mantenerse en equilibrio encima de odres inflados o de balsas. Continuamente, alguno caía al agua, y mientras sus camaradas intentaban rescatarlo, sus gesticulaciones, vistas de lejos, le conferían el aspecto de un insecto pugnando por no ahogarse.

En la orilla opuesta del vasto golfo, Calígula señaló con el dedo Un pequeño edificio blanco engastado en el verdor vegetal.

—A caballo, llegaré al templo en menos de media hora. De otro modo, habría que efectuar un gran rodeo, lo que representa perder medio día. Con este sistema habré cruzado el golfo sin mojar me los

pies,, tal como anunció tu padre. Te he pedido que vinieras para que veas cumplirse su predicción.

Era la primera vez que se reencontraba con Enia desde la partida de Drusila. Ella vaciló, pero decidió que debía sacarlo de su error.

—No es exactamente a eso a lo que se refería mi padre.

—¿Acaso has perdido la memoria? «Tiene tantas posibilidades de ser emperador como de atravesar a caballo el golfo de Baias.» Bien, puesto que soy emperador, debo atravesarlo a caballo.

—Recuerda que dijo eso para protegerte de Tiberio, que deseaba tu muerte. Pretendía hacerle creer que tú nunca serías emperador. La travesía del golfo de Baias a pie no es más que una metáfora, una imagen que ilustra la imposibilidad de algo.

—¡Nada es imposible para mí!

Un oficial se acercó a ellos. Era un veterano de sienes grises y cara surcada por una

cicatriz desde el ojo izquierdo hasta la boca.

—Las olas son demasiado fuertes para proseguir el trabajo. Desde que ha refrescado, hemos perdido una docena de hombres. Están al límite de las fuerzas. Neptuno nos es hostil. ¿Debemos continuar en estas condiciones?

—Sí. Neptuno necesita una lección. No me impedirá llevar a término mis designios.

—Perdóneme que insista. Mi padre, que estaba al mando de los pontoneros de Julio César, me contaba que éste había suspendido los preparativos para cruzar el Rin porque se había levantado viento. Y no era más que un río. Aquí se trata del mar.

—Tu padre se moría de miedo, como tú ahora. La cobardía es hereditaria, ya se sabe.

Sobre el color rojo ladrillo que tino el rostro del oficial, la cicatriz destacaba como una línea pálida.

—¿Alguien ha tendido antes un puente como el tuyo? —preguntó Enia, incómoda.

—Nadie.

—¿Ni siquiera Alejandro Magno?

—Ni siquiera él. Está Jerjes, que atravesó el Helesponto, pero Jerjes sólo era rey de Persia y el Helesponto es menos ancho que este golfo.

—¿La empresa te parece realizable?

—Basta con disponer de los medios, miles de hombres y todos los barcos que se puedan requisar. Ante tus ojos se encuentran todos los que, normalmente, transportan el trigo a Roma.

—¿Los romanos se han quedado sin trigo?

—Estarán privados de él sólo durante unos días. Desmontaran el puente en cuanto yo lo haya franqueado. Les devolveremos las barcas. Unos días de ayuno les aguzarán el apetito.

—¡Muchos hombres morirán ahogados!

—En toda guerra hay bajas.

. —Has desafiado a Neptuno. Tal vez habría que ofrecerle un sacrificio para que se calme.

—Yo soy más poderoso que Neptuno.

—Pero dime, ¿cómo puedes llevar a la muerte a tantos hombres únicamente por el capricho de atravesar sin mojarte los pies el golfo de Baias?

Calígula se encogió de hombros. Su tono, tajante, no era ya el del , hombre que ella amaba.

—Deja de decir bobadas. ¿Acaso cabe mejor destino para la vida de los hombres que sacrificarla a mi divinidad?

Enia oyó la voz de su padre: «El mejor o el peor de los emperadores.» Ella lucharía contra el sufrimiento que lo volvía a veces injusto y cruel. A fuerza de amor, lograría vencer la pasión de Cayo por la ausente.

Jerusalén, marzo del año 38

En la espaciosa sala de la planta baja se concentraba por lo menos un centenar de personas. Salomé se felicitó del atuendo que había elegido; había acertado al disfrazarse de pobre. En torno a sí veía ropas oscuras, pero también túnicas elegantes. En cuanto al velo con el que disimulaba a medias la cara, no extrañaba a nadie. Las

mujeres no asistían a las reuniones de los Amigos para llamar la atención. Su criada le mostró a Miriam, la madre de Yeshua. Debió de haber sido un mujer bella en otro tiempo, pero su rostro, arrugado y ennegrecido por las penalidades, semejaba una flor arrojada al fuego. Repartieron entre los presentes unos trozos de torta mal cocida.

—¿Hay que comer? —preguntó, con un poco de asco.

—Tú no, ama. Un día quizá, si el Bendito así lo quiere.

La sirventa tomó respetuosamente entre dos dedos el pedacito de pasta medio crudo, lo engulló y aparentemente entró en éxtasis. Aquella gente era extraña; su reunión, que ellos designaban con la palabra griega «iglesia», se había iniciado con el relato de algunas anécdotas relacionadas con el difunto Maestro por parte de un tal Juan, que debió de conocerlo bien, pues parecía desconsolado por el hecho de que lo condenasen a muerte.

Llegó después un hombrecillo moreno con el acento áspero de Galilea. Presentaba el aspecto de aquellos dotados de la pasión por convencer. Su aplomo y el silencio que se impuso desde que tomó la palabra evidenciaron que gozaba de un gran prestigio en la comunidad.

Salomé aguardó a que su criada despertara de su trance para darle un golpecito con el codo.

—¿Quién es?

—Santiago, el hermano del Bendito.

—¿Por qué está furioso?

—No está furioso. Siempre habla así.

Al advertir que sus cuchicheos molestaban a sus vecinos, calló y se puso a escuchar. El orador, un judío muy religioso, aludía de continuo al Libro y al Talmud, que por lo visto conocía con asombrosa profundidad. Salomé se llevó la impresión de que estaba muy en contra de otros miembros de la secta que habían propuesto admitir en ella a los no circuncidados.

—¡Es en nuestro país, en Jerusalén, en la tierra de Israel, donde nos espera la cosecha, hermanos míos! —repetía—. No tenemos nada que hacer en otra parte.

Sus palabras suscitaron un murmullo de aprobación en la concurrencia. Luego un anciano de anchas espaldas subió al pequeño estrado.

—¿Y ése?

—Es Pedro el Pescador. Yeshua lo eligió para dirigirnos.

El hombre se expresaba en un tono apacible. Comenzó su alocución narrando, para quienes no la habían presenciado, la visita al Templo que había realizado el día anterior en compañía de Juan para rezar la oración de la onceava hora. Habían curado a su paso a un tullido de nacimiento a quien cada mañana depositaban a la puerta denominada «la Bella», y el milagro había provocado una especie de tumulto entre los asistentes.

—Yo les dije: «Hombres de Israel, ¿por qué os sorprendéis de esto? ¿Por qué nos miráis como si fuera por nuestro propio poder o gracias a nuestra piedad que hemos hecho caminar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su servidor, Yeshua. Y vosotros, vosotros lo entregasteis y renegasteis de él ante Pilatos cuando éste estaba decidido a liberarlo. Acusasteis al Bendito y al Justo, causasteis su muerte mientras pedíais la gracia para un asesino. Pero Dios lo ha resucitado, nosotros somos testigos de ello, y es la fe en él lo que ha devuelto las piernas a este inválido. Arrepentios y convertios. >> Eso fue lo que les dije.

—¿De verdad hizo caminar a un tullido? —musitó Salomé.

—Sí, ama —contestó su sirvienta—. Los compañeros del Bendito obran milagros todos los días. No alcanzarías a imaginar sus poderes. En virtud de ellos los mudos hablan, los paralíticos andan. Además, aportan la paz al alma. ¡Si supieras lo feliz que soy desde que los conozco!

Toda su persona irradiaba una serena alegría. Antaño, cuando estaba al servicio de Herodías, Salomé la había conocido arrogante y libertina, como su ama. ¡Y había que ver en lo que se había convertido! Sí, los Amigos de Yeshua obraban milagros, no cabía la menor duda.

Le vino a la mente la imagen de sus pesadillas, aquella pálida cabeza del profeta sobre la bandeja de plata. ¡Si pudiera librarse para siempre de aquella visión! Esta la atormentaba a menudo todavía, a pesar de la fórmula mágica. Para ahuyentarla de su pensamiento, concentró toda la atención en el discurso de Pedro. Este repetía diez veces los mismos argumentos para demostrar que había que mandar hermanos allende los mares con el fin de convertir a todas las naciones.

—La buena nueva —concluyó— es también para los romanos.

La sala manifestó su desacuerdo entre dientes.

—¿Admitís a personas que no son judías? —inquirió Salomé.

—No lo sé. ¿Quieres que se lo preguntemos a Tobías ? Es él quien da las explicaciones.

Salomé asintió, interesada en reunir la mayor información posible sobre la secta.

Tobías era un joven apuesto y fornido con una abundante cabellera negra cuyas hechuras parecían más apropiadas para los juegos del estadio y del amor que para los comentarios bíblicos.

—Mi sirvienta me ha traído aquí por primera vez y querría conocerlos mejor —dijo Salomé, incapaz de resistir el impulso de levantar un poco el velo para aprovechar la ventaja de su belleza.

—Aquí no hay ni sirvientes ni amos. Todos somos iguales ante Dios, hermanos y hermanas en Yeshua el Bendito.

—Mi hermana... —rectificó ella con docilidad.

—No importa —la interrumpió él con una sonrisa—. ¿Qué de-seass saber?

—¿Aceptáis a los romanos?

—Tú eres judía, que yo sepa.

—Así es, pero conozco a algunos romanos.

—Todo ser humano puede contarse entre los amigos de Yeshua La buena nueva no tiene fronteras. Sólo existe un desacuerdo en torno al momento en que habrá que revelarla a los gentiles. Pedro y Juan querrían enviarles a algunos de los nuestros para anunciarla. Santiago desea comenzar por Jerusalén. Según él, cuando nuestra Iglesia esté firmemente consolidada, habrá llegado el momento de pensar en los demás. Yo, por mi parte, me decantaría más bien por esta opción, pero, en cuanto portavoz de la comunidad, no debo tomar en cuenta mis preferencias.

Elegía con cuidado las palabras, y a Salomé le produjo la sensación de no haberlo dejado indiferente.

—Ante todo —prosiguió él— debemos resolver la cuestión de la circuncisión. Si admitimos adeptos no judíos, ¿hay que practicarles la circuncisión, como a nosotros? A los hombres hechos, la operación les resulta dolorosa. Reconozco que, si tuviera que someterme a ella hoy en día, me lo pensaría.

Salomé se sintió más turbada por aquel pequeño problema de lo que exigía su dimensión religiosa.

—¿Deja uno de ser un buen judío si viene a vuestra casa?

—Al contrario, nuestros dirigentes son los más piadosos de todos los judíos. El Bendito vino para cumplir la Ley, no para destruirla. Es eso lo que no le perdonaron el sumo sacerdote ni los fariseos.

—No sois de su agrado.

Tobías alzó los ojos para poner al cielo por testigo.

—¡Tú lo has dicho, no somos de su agrado! No obstante, a juzgar por el ritmo al que crece nuestra comunidad, el futuro les depara todavía muchas penas. Si lo deseas, Miriam te indicará los sitios y las horas en que podrás aprender a conocernos mejor. Quizá llegues a ser, tú también, mi hermana en el Bendito.

—Te doy las gracias, Tobías. Tal vez vuelva.

A Salomé le vinieron de improviso ganas de meter en su cama a ese muchacho que semejaba un ángel del Señor. Le lanzó una mirada insinuante, pero él no pareció advertirlo siquiera.

Roma, abril del año 38

Desde la marcha de Drusila, cuyo nombre nadie osaba pronunciar ante él, el emperador había adoptado de nuevo la máscara de la indiferencia. Quienes lo conocían bien percibían de todas formas que había cambiado. Su susceptibilidad, por ejemplo, llegaba a extremos enfermizos. Consideraba una alusión ofensiva a su incipiente calvicie que alguien con una tupida cabellera compareciese ante él. De igual modo, su impaciencia se había agudizado, por lo que castigaba con severidad el menor retraso en la ejecución de una orden.

Siempre le había gustado sorprender, desconcertar y escandalizar. De niño, había memorizado a tal efecto la larga lista de preguntas estafalarias de Varrón: «¿Por qué está prohibido preguntar si el protector divino de la ciudad es un dios o una diosa? ¿Por qué se ata heno a los cuernos de los bueyes? ¿Por qué llevan los ciudadanos nobles pequeños lunares en los zapatos? ¿Por qué es costumbre que los recién casados toquen el fuego y el agua?» Nadie había sabido encontrar una explicación satisfactoria para tales rarezas. Con mala sombra, el imperial bromista planteaba a los magistrados y dignatarios despavoridos aquellas retorcidas adivinanzas y se enfadaba si no se les ocurría al instante una solución, por absurda que fuera. Su pasión por las bromas, unida al poder imperial, se había vuelto temible. Dio un ejemplo espeluznante de ello.

En el momento en que todo el mundo lo creía a punto de expirar, un tal Potito, cargado de deudas, había ideado una ingeniosa

manera de salir del apuro. Se había inspirado en la antigua práctica de la *devotio* que consistía en ofrecer la propia vida a los dioses infernales a cambio de la de un enfermo. Sólo algunas madres desesperadas por salvar la vida de su hijo agonizante realizaban aquel terrible juramento. Calígula mandó llamar al imprudente.

—Me he enterado de tu hermosa acción —le anunció—. He decidido recompensarte. Recibirás cien mil sestercios.

—¿Cómo agradecértelo, César? ¡Eres tan bueno!

—Deja el menester de agradecérmelo a tus herederos. Por supuesto, yo soy demasiado bueno para rechazar tu ofrecimiento, así que tu deseo se verá cumplido.

A una señal suya, dos lictores flanquearon al hombre.

—Coronad a mi amigo Potito de verbena, adornadlo con cintas como a las víctimas de los sacrificios y paseadlo por Roma para que todos le rindan homenaje. Después conducidlo a la roca Tarpeya. Pero fijaos bien: debéis empujarlo al vacío con ayuda de una barra de oro macizo. —Dirigiéndose al hombre, que temblaba como un azogado, agregó—: Mereces ese honor. No olvides, te lo ruego, transmitirles mis saludos a Augusto y a Tiberio en la morada de los muertos.

Aquella crueldad pretendidamente graciosa, seguida del pago de la suma prometida a la viuda del condenado, fue la comidilla de la sociedad romana hasta el día en que el asunto aún más asombroso de la boda de Pisón la relegó casi al olvido.

Calpurnio Pisón era el hijo único de una noble familia que, por motivos que sólo Tiberio conocía, había recibido un trato desfavorable por parte del régimen anterior. Aquel ambicioso joven, a quien todavía no se le había presentado la ocasión de hacer valer sus méritos ante el nuevo emperador, lo invitó a su boda con la esperanza de obtener su beneplácito.

Mientras aguardaban al emperador y a su séquito, los invitados se apresuraron a cambiar su atuendo de ciudad por la ligera túnica sin ceñir que se llevaba para las comidas. Luego se instalaron en los divanes. Cuando Calígula ocupó su lugar, los presentes guardaron silencio y se pasaron unos a otros los dioses lares de la casa. Todo el mundo besó las antiguas estatuillas.

La costumbre dictaba que las familias exhibieran ante los invitados sus posesiones de más valor. Las mesas estaban cubiertas de espléndidas vajillas de oro, plata y cristal. Bajo el velo naranja de las novias, Orestila, una muchacha morena de dieciséis años, estaba resplandeciente. Calpurnio Pisón pronunció un breve discurso demasiado redondo para ser improvisado.

—El emperador está en su casa en cualquier lugar que honra con su presencia —concluyó—. Todo, bajo mi techo, le pertenece aún más que a mí mismo.

—Te doy las gracias, Calpurnio. Que tu unión sea feliz y fecunda.

Eligieron a suertes al «maestro de la bebida», encargado de supervisar la preparación y la mezcla de los vinos. La función le correspondió a Barbato, que tras ponerse de acuerdo con el especialista en tales artes, anunció sus intenciones mediante unas cuantas frases alambicadas. Orgullosa de que su esposo desempeñara un papel vistoso, Lépidia no perdía de vista a Mesalina, cuyas imprudencias temía.

Por fin, los esclavos encargados del comedor llevaron ayudándose de unas parihuelas los manjares que constituían el primer plato. Según los usos de los amantes de la alta gastronomía, éste comenzaba con una gollería exótica cuyo aspecto debía convencer de la fortuna y el buen gusto del anfitrión. En aquel caso se trataba de un jabalí gigante que un artista había dotado de colmillos de marfil y de dos enormes ojos de lapislázuli. Lo habían vaciado y recompuesto prestando tal atención a los detalles que cualquiera hubiera dicho que el animal estaba a punto de arremeter contra los asistentes.

—Esto se presenta bien —dictaminó Claudio—. Tengo la impresión de que el cocinero conoce su oficio. ¿Tú qué opinas, bonita?

—El jabalí es estupendo, pero ¿te has fijado en los sirvientes? Es una idea divertida. Deberíamos imitarla en casa.

El personal doméstico estrenaba ropa y, gracias a un ingenioso refinamiento, los que cumplían la misma tarea guardaban cierto parecido físico. Así, los escanciadores eran muchachos rubios, las camareras eran rollizas morenas y los portadores de platos, nubios. Uno de éstos, un mozo de colosales proporciones, adornaba con su escultural cuerpo de ébano la puerta que conducía a las cocinas.

Como la corte que acompaña al monarca, seguía al jabalí una larga procesión de bandejas de plata cargadas de exquisiteces de lo más diversas: primero el marisco, que fascinaba a los romanos, erizos de mar, ostras del lago Lucrino, almejas y moluscos de toda clase. Después venían los patés y pasteles salados en sus relucientes terrinas de barro pulido, las aves dispuestas sobre un lecho de espárragos y las especialidades más delicadas, como papafigos, ubres y vulvas de cerda. Cada cual alargó la mano hacia su plato preferido mientras los escanciadores de cortas túnicas llenaban las copas.

—¡Sírvelo, bonita! Estoy seguro de que nunca has probado esto. Son pulpejos de camello, un descubrimiento de Apicio. Regados con vino mezclado con agua de mar reposada, son una absoluta delicia.

—¿Tú crees? Resulta un poco correoso para mi gusto.

—¿Y este pastel? Lenguas de pavo y ruiseñor confitadas con miel. Muy tiernas.

El jabalí, cuya barriga había descosido con gran habilidad valiéndose de un puñal un sirviente disfrazado de tracio, estaba relleno de salchichas y tordos. Helena, siempre dominada por su acuciante apetito, lanzaba entre un bocado y otras miradas inquietas en dirección a Gemelo.

—¡Aliméntate, querida hermana! —apostrofó de improviso Calígula a Agripina—. ¡Nuestros anfitriones no tienen intención de envenenarte!

La aludida tendió lánguidamente la mano hacia el plato más próximo.

—Coloca a Gemelo a su derecha —murmuró—, y se imagina que voy a precipitarme sobre la cena como ese glotón de Claudio.

—Cuando pienso que lo creímos al borde de la muerte! —suspiró Ahenobarbo.

—¿Quién iba a prever que Drusila lo curaría metiéndose en su cama? El juego no ha acabado. Sin ella, él no resistirá mucho tiempo. Ya llegará tu momento.

Para calmar a su marido, Agripina fingía confiar en sus posibilidades, aunque para sus adentros, su ambición se le antojaba quimérica.

En el otro extremo de la sala, Lesbia se defendía de las maniobras de su joven vecino.

—¡Compórtate como es debido, Lucio! No está bien que metas la mano bajo mi estola.

—Pero si sólo he tendido el brazo para llamar al sirviente. La he posado a tu lado sin mala intención. Lo juro por Júpiter.

La joven se echó a reír, incapaz de interpretar durante mucho tiempo el papel de recatada. Comiendo con mucha moderación por temor a engordar, Lépidia observaba a Mesalina. De repente, tiró a Barbato de la manga.

—Ya te había dicho que se interesaba por ese negro.

—Te aseguro que te equivocas, querida. Deja ya de preocuparte por su conducta. Eso es asunto de su marido y nada más. No tiene más que vigilarla.

—¿Cómo quieres que la vigile? Se pasa la mitad del tiempo atracándose y la otra mitad durmiendo. ¡Y ella bien que se aprovecha, la muy zorra! Mis amigas me han contado unas cosas... Él es cornudo a más no poder.

—Se trata de una desgracia que afecta a personas de calidad. No hay que concederle demasiada importancia.

Lépida prosiguió como si no hubiera captado la indirecta.

—Si él se entera, será terrible.

—Deja de inquietarte y sírvete un poco de este cabrito, querida. Está delicioso. La salsa es una maravilla.

—¡Me trae sin cuidado tu salsa! Esta idiota supo seducir a ese memo, y ahora hay que ir con cuidado o lo perderá. Si la pillan, la va a repudiar. ¡Qué vergüenza para nosotros! ¡Pero mírala! ¡Acaba de guiñarle el ojo al negro!

—Estoy convencido de que te equivocas.

—¿Que me equivoco? Te apuesto a que se va a levantar como para ir al *vomitorium* y que el negro la va a seguir.

Calló de golpe. Mesalina se había puesto en pie. Se encaminó a la puerta y al franquearla, susurró unas palabras al gigante que, casi de inmediato, se esfumó.

—¡Pues sí, tenías razón, querida! —concedió Barbato con resignación—. Nuestra hija tiene unos gustos bien extraños.

Aguardaron durante un largo rato el retorno de la lujuriosa, y Lépida propinó a su marido un codazo furibundo cuando ésta apareció, por fin, fresca y sonriente como si acabara de retocarse el maquillaje.

La abundancia de platos y de vino había animado a los comen-sales cuando seis bailarinas de Cádiz salieron al vasto espacio dispuesto en el centro del triclinio. Las jóvenes morenas, llevaban el cuerpo cubierto de un velo azulado impalpable, destinado más a resaltar su desnudez que a ocultarla.

—En esta familia saben vivir, sí señor —comentó Claudio—. Nos han ahorrado los acróbatas, los prestidigitadores y los recitadores de poemas. Vamos directos a Venus sin pasar por las musas. Esas chicas son capaces de resucitar a un muerto —musitó, inclinándose hacia Mesalina—. Me parecen casi tan excitantes como tú, bonita.

Las bailarinas comenzaron a contonearse. Todo en ellas rezumaba lubricidad. Con las manos acariciaban unos falos invisibles que sus bocas acogían mediante sabias felaciones. Los vientres color de bronce se agitaban con la cadencia frenética de la flauta y la pandereta. Los hombres, con un nudo en la garganta, interrumpieron sus charlas y libaciones. Las mujeres ponían de manifiesto su turbación meditante risitas. Claudio tomó la mano de Mesalina y se la acercó al bulto que le tensaba la tela de la túnica. Como el músico de la pandereta, ella tamborileó con los dedos al ritmo de la música.

—¡Vamos, bonita! —le imploró él.

Ni el lugar ni el momento se prestaban a refinamientos. Mesalina apretó la protuberancia con fuerza hasta el momento en que ésta dejó de pulsar. Lamentaba no estar en condiciones de esmerarse más ya que las embestidas del negro le habían abierto el apetito.

Había llegado el momento del beso nupcial. Calpurnio se volvió hacia la joven novia y posó los labios en su mejilla. De repente, la voz áspera del emperador se oyó por encima del jolgorio:

—¿Quién te ha permitido tratar así a mi mujer?

El tono, ajeno por completo al ambiente distendido que reinaba, sumió a los presentes en un silencio sepulcral.

—¿Me hablas a mí, César? —balbució el joven.

—¿A quién si no? ¡Deja de acariciar a mi esposa ante mi vista! ¿Te parece apropiado? Y tú, amada mía, no te dejes besar por ese hombre. ¡Ten un poco de decencia!

Con los ojos muy abiertos por el estupor, la novia se había quedado inmóvil, como fulminada por un rayo. Calígula se levanto y fue a tomarla de la mano.

—¡Ven, hermosa mía!

Demasiado aterrorizada para ofrecer resistencia, ella dirigió una mirada enfebrecida a su marido, que mantenía la vista fija en el mantel, como absorto en una meditación que lo aislaba del mundo. Con pasos cortos, como una cautiva, su novia siguió al emperador hasta la puerta cuya colgadura levantó el gigantesco negro.

Los comensales permanecieron callados durante unos momentos.

—¡Pobre Cayo! —susurró Lesbia al oído de su vecino—. Es su enfermedad.

Lucio se guardó de responder. Cualquier palabra era susceptible de ser oída, repetida, deformada, y no le apetecía en absoluto conocer de cerca la roca Tarpeya ni las Gemonías. Helena fue la primera en hablar.

—¡Está loco! ¡Completamente loco!

Como si hubiesen estado esperando esta señal, los comensales se pusieron a intercambiar en voz alta comentarios sobre el arte culinario.

—El cochinitillo a la jardinera está delicioso, aunque todo depende de la salsa.

—Mi cocinero tiene una receta: pimienta, ruda, garó, vino blanco, miel y un poco de aceite. Es exquisito.

—Vamos, prueba este vino de Creta, bonita.

—¡No se puede preparar un buen *minutal* sin testículos de gallo! ¡Por más menudillos y croquetas que se añadan, la pepitoria no merece el nombre de *minutal* si no lleva testículos de gallo!

—¿Con apio silvestre y cilantro?

—Sí. Mucho cilantro.

Por fin, el esclavo levantó la colgadura y el emperador reapareció, seguido de Livia Orestila, ruborizada y con el pelo enmarañado. Sin apartar los ojos del suelo, la joven regresó a su asiento.

—Te felicito, Calpurnio. Has demostrado tu buen gusto al querer acariciar a mi mujer y te lo perdono si me prometes que no se va a repetir.

—¡Te lo prometo, César!

—Eres un chico inteligente. Encontraremos un puesto a tu altura.

Entonces se oyó una voz infantil.

—¡Pero Cayo, no puedes quitarle a su mujer!

—¿Quién te ha pedido tu parecer? —chilló Calígula—. ¿Des-

de cuándo el hijo de Sejano y de su puta imparte lecciones al emperador?

Gemelo prorrumpió en sollozos. Helena rompió el silencio que el exabrupto había impuesto en la sala.

—¿Cómo te atreves a insultar a nuestra madre? ¡Tú, que no eres más que un enfermo, un demente! ¡Todo el mundo te teme aquí, pero a mí no me das miedo!

¿Es culpa nuestra que tu Drusila te haya dejado plantado?

Acto seguido se levantó, y llevándose a su hermano, se encaminó con paso altivo hacia la puerta.

Calígula la miró alejarse sin rechistar. A quienes osaron alzar la mirada hacia él les pareció que su rostro se había transformado en piedra.

Roma, abril del año 38

Helena se despertó con un sobresalto. Unos golpes fuertes resonaron en la puerta y por toda la casa se oyó un frenético ruido de pisadas. Corrió al baúl de la ropa y tras cambiarse la túnica de noche por una estola, corrió hacia la escalera.

Tres hombres subían por ella. El primero llevaba el casco con el penacho rojo distintivo de los centuriones.

—Traemos una orden imperial. ¿Dónde está tu hermano?

Esclavos y criados habían desaparecido como por arte de magia, y la casa había recuperado su habitual quietud nocturna.

—¿Qué orden?

—Sólo se lo notificaré a él.

—¿Venís a matarlo?

—Condúcenos hasta tu hermano.

Helena los guió. La habitación, con los pesados postigos cerrados, estaba alumbrada sólo por una pequeña lámpara, de modo que el cuerpo tendido en la cama, más que verse, se adivinaba.

—Levántate y sigúenos. Éste no es el lugar adecuado para comunicarte el mensaje del emperador.

Gemelo estaba tan asustado que no lograba incorporarse bajo las sábanas. Helena lo ayudó a ponerse de pie. Con la vista borrosa

a causa de las lágrimas, consiguió que se cubriera con su más hermosa túnica. El nieto de Tiberio no debía morir en atuendo de noche.

—Ha llegado el momento —le susurró ella—. Ten coraje.

-

Intentó sostenerlo mientras bajaba la escalera, pero su propia corpulencia se lo impedía. Un legionario tomó al adolescente bajo el brazo para evitar que se cayera. Las primeras luces del alba iluminaban el atrio.

—César ordena que te des muerte ante nuestros ojos. Aquí tienes una espada. ¡Deprisa!

Horrorizado, el niño miró el arma que le tendía un legionario.

—¡Pero si Cayo me quiere! ¡Me adoptó y soy su hijo! ¡Él no puede haber ordenado eso, es un error!

—He recibido la orden de los mismos labios del emperador. No nos hagamos perder el tiempo.

—Cayo nos odia a los dos —terció Helena— y, tarde o temprano, era inevitable que acabase con nosotros. ¡Es peor que Tiberio! ¡Terminad con esto de una vez y matadlo! Ya veis que no es capaz de quitarse la vida. ¡Matadme a mí también, os lo suplico!

—La orden especifica que tu hermano debe darse muerte.

—¡El muy bribón! ¡Peor que Tiberio!

—Ten cuidado con lo que dices. Y tú, agarra esa espada y ejecuta sin demora la orden del emperador.

Helena tomó la mano de su hermano.

—¡Demuéstrales de quién eres hijo!

—No... no sé cómo hacerlo.

El centurión dio unos pasos al frente y le habló como a un recluta durante la instrucción.

—Es muy sencillo. Colocas la punta bajo las costillas, ahí, ése es el lugar adecuado, exacto. Normalmente, se apoya la empuñadura al pie de una pared, pero vamos a sujetarla, así resultará más sencillo. Después, tú te abalanzas hacia delante con todas tus fuerzas.

Gemelo temblaba de tal modo que el centurión, impaciente, se situó detrás de él y, con un

violento empujón, lo arrojó sobre la espada que empuñaba su subordinado. El adolescente profirió un alarido al caer sobre el suelo de mármol.

—¡Ahora me toca a mí! —reclamó Helena.

—No tenemos órdenes respecto a ti.

—¡El emperador es un perro! —gritó, decidida a perecer—. ¡Un cerdo!

—¡Cállate, loca!

—¡Lo mataré!

—¿Te vas a callar, sí o no?

—No, no me pienso callar. ¡El emperador es un *batalos*!

Aquella palabra griega, que designaba al invertido que cumplía el ignominioso papel de la mujer, constituía el peor de los insultos para un romano.

—Cállate, gorda, o si no...

Helena sintió que el momento de la liberación se hallaba cerca.

—¡Tú también, centurión, eres un *batalos*! ¡Te dejas dar por el culo por tus hombres!

Con un revés de espada, el hombre le segó la cabeza.

| Roma, mayo del año 38

Luchando por contener las lágrimas que se agolpaban en su garganta, el viejo liberto sacudió la cabeza de arriba abajo, con el gesto de negación propio de los griegos.

—¡No, ama, no! Todavía no ha llegado tu hora. No es momento aún de separarnos.

Rígida en su sillón, con la tez más cérea que nunca, Antonia levantó la mano para hacerlo callar.

—Para de gemir, Palas. Sé muy bien en qué momento me encuentro. Te dejo dinero suficiente para que puedas retirarte al campo. ¿Acaso no es eso lo que deseas?

—No. Si sobreviene tan funesto suceso, quiero quedarme con tu familia. Ése es mi lugar.

—¿Quieres pasar al servicio de mi hijo?

—Sí.

—Muy bien. Como no eres esclavo, tienes derecho a elegir a tu amo. Tal vez evites que ese pobre Claudio cometa más locuras. Lamento que debas soportar a la pequeña ramera que ha metido la mano en su fortuna. Vela por él, no es un hombre malo, aunque peca de atolondrado, glotón y lujurioso. Procura paliar los efectos de esos vicios.

El liberto se parapetó frente a la emoción tras una expresión hierática.

—Haré lo que me ordenas, ama.

—Harás lo que podrás, lo sé, ¡pero vas a vivir en un curioso mundo, mi pobre Palas! Un mundo gobernado por un asesino incestuoso. La anciana intentó levantarse pero cayó pesadamente en el

asiento.

—¿Quieres que llame al médico, ama?

—¿Para qué? El mejor de los médicos está a punto de llegar.

Reuniendo todas sus energías, logró ponerse de pie y después como una torre cuyos cimientos lleva socavando durante largo tiempo el enemigo, se desplomó cuan larga era sobre las losas de mármol.

El liberto se precipitó hacia ella. Acababa de comprender que la dama se había propuesto morir de pie.

La muerte de Gemelo y de Helena sólo había provocado emociones secretas. Para entonces todos estaban demasiado atemorizados para hablar del doble asesinato. Claudio no se atrevía a aludir a él delante de su sobrino. Enia quedó tan consternada que experimentó un gran alivio al advertir que su amante la rehuía, pues temía no ser capaz de disimular su horror. Macrón le comunicó que Do-micio Ahenobarbo había votado a favor de una moción presentada en el Senado para felicitar al emperador por haber extirpado de raíz la conspiración de los partidarios de Gemelo.

—¡Es monstruoso! ¡Regocijarse de la muerte de un niño! —No se regocija. Es que cree que si Cayo muriese, él estaría en la lista de los posibles sucesores.

—¿Ningún senador ha protestado? —¡Si supieras lo cobardes que son! —¿Y el pueblo?

—Los romanos casi no conocían a Gemelo, y menos aún a Helena. Y además, piensan como Augusto, que, antes de mandar estrangular al hijo de Julio César y de Cleopatra, sentenció: «No puede haber dos Césares bajo el mismo sol.»

—¡No es lo mismo! Augusto no conocía a Cesarión. Cayo, en cambio, ordenó que matasen a su compañero de Capri, que lo amaba y lo admiraba. ¿Cómo ha llegado hasta ese punto?

Para sus adentros, Macrón estaba encantado de que aquella crueldad le abriese por fin los ojos a Enia con respecto a la verdadera calaña de su amante.

—Padece un trastorno del espíritu, eso es todo. La manía, la megalomanía, ¿qué se yo?

—¡Tiberio le hizo pasar tanto miedo en Capri...! Su enfermedad deriva de eso, porque él posee un fondo bueno. Me cuesta creer lo que está ocurriendo. Me preocupa tu seguridad.

—Pierde cuidado. En todo caso, yo seguiré manifestándole lo que pienso.

—Se toma muy mal tus observaciones. Dice que siempre pontificas.

—Ha perdido la razón, y es preciso que alguien se la devuelva. Pasa la mitad del tiempo disfrazado, unas veces de Isis, otras de Apolo. Cuentan que sus criados se llevan las estatuas de Júpiter de los templos para que el escultor sustituya la cabeza del rey de los dioses por la suya. ¡Imagínate!

—¡Esa crueldad parece tan impropia de él...! Él no es malo.

—¡Tus esfuerzos por convertirlo en el mejor de los emperadores no han rendido, por desgracia, grandes frutos! Y eso que tú pusiste todo de tu parte.

Otro en su lugar se habría mostrado triunfal, le habría restregado por las narices las advertencias que había desoído, habría aprovechado para vengarse. Sin embargo, ahora que su amante la abandonaba, su tosco marido, a quien tanto había descuidado, la trataba con una delicadeza infinita. La idea de que la quería sin saber expresárselo se abrió paso en su mente como una revelación.

—Lo siento —murmuró.

—Yo también lo siento —contestó él—. Debí intervenir cuando mató a Tiberio.

—¿Lo mató? —preguntó ella, atónita.

—El o un hombre que actuaba bajo sus órdenes. Lo descubrí todo porque habían obrado con mucha torpeza. Fui yo quien encontró el testamento en el que Tiberio lo nombraba sucesor. Habría podido ocultarlo, sublevar las cohortes, alertar al

Senado. En lugar de ello, me callé.

Enia apeló a todo su valor.

—He de hablar con él. Quizá no todo esté perdido.

—Sé prudente, Enia. Sus enfados son terribles.

Fue a ver a Calígula al día siguiente. Como si hubiera olvidado que la había estado esquivando durante varias semanas, éste se mostró encantado por la visita.

—Es preciso que conozcas a *Incitatus*. Te va a gustar mucho. Te llevaré a las caballerizas de los Verdes.

Pese a que se había propuesto mantener la calma, ella estaba con los nervios a flor de piel y al oír aquella proposición, se deshizo en sollozos.

—¿Cómo pudiste ordenar la muerte de Gemelo? —logró articular por fin—.

¡Qué horror, Cayo, qué horror!

Estupefacta, se percató de que a él se le habían humedecido los ojos.

—Sí, es verdad. ¡Lo maté para castigar a la gorda de su hermana! «¿Es culpa nuestra si tu Drusila te ha dejado plantado?» Eso dijo, ¿te das cuenta? Yo sabía que la muerte de su hermano sería para ella el peor de los castigos. Pero el imbécil del centurión no comprendió nada. ¡Ella lo provocó y la degolló, el muy cretino! —Las palabras brotaban de su boca a borbotones, como el vino de un odre agujereado—. Y Gemelo que me insultó en público: «¡Pero Cayo, no puedes quitarle a su mujer!» ¡En público, Enia, en público! ¿Qué le importaba a él que yo me acostara con Livia Ores-tila o con otra? ¡Ah, la virtuosa joven novia! ¡Si la hubieras visto detrás de la colgadura, pedía aún más! ¡A continuación, solicitó un puesto para su marido! ¡Todas unas putas! Tiberio tenía razón: ¡el mundo está podrido, Enia, el mundo está podrido! ¡Y Drusila ya no me quiere!

—Sí te quiere, Cayo. Te dejó porque no está en su mano darte lo que esperas de ella. Quisiera dártelo, pero no puede. Cree que es un delito y teme el castigo de los dioses.

—Yo no temo en absoluto a los dioses puesto que soy un dios. Ella lo sabe y aun así quiere tratarme como a un hombre normal. ¿Te dijo que me pidió que me casara contigo y que tuviera un hijo contigo?

—Sí, Cayo, me lo dijo.

—¿Y qué le respondiste?

—Que representaría un orgullo y un placer par mí, pero que tu no aceptarías.

—¡No, no aceptaría! —espetó él, de nuevo en tono tajante— Es ella quien te envía, ¿verdad? Escríbele que, si no regresa, ocurrirán cosas terribles en Roma. Adiós, Enia. Cuídate. Y ámame.

Cuando ella repasó este episodio en su mente, esa noche, la fórmula usual de despedida le pareció una amarga ironía. Lo amaba, pero en eso consistía precisamente su enfermedad.

Tiberiades, mayo del año 38

Agripa no alcanzaba a comprender el creciente interés que despertaba en Salomé la

secta de los Amigos de Yeshua. ¿Cómo era posible que aquella jovencita licenciosa e impía, que se había acostado con su padrastro a fin de obtener la cabeza de un hombre, frecuentara a los visionarios que habían tomado al hijo de un carpintero por el Mesías de Israel?

—¿Podrías explicarme qué es lo que te atrae de esos iluminados? —Nunca había conocido a judíos como ellos. No se pelean, los pobres no envidian a los ricos, los ricos no tienen miedo de los pobres. No sólo se llaman hermanos unos a otros, sino que lo son de veras. Se aman.

—¿Quieres decir que se acuestan todos juntos como los romanos en las bacanales?

—Por supuesto que no —repuso, indignada—. Te repito que han recibido algo de lo que los otros carecen. Si oyeras hablar a Pedro, estoy segura de que pensarías como yo. —¿El pescador del lago? —Sí.

.., —No debe de ser un gran orador. De todas formas, el arameo no es un idioma adecuado para la elocuencia. —Habla latín y griego. —¿Estás de broma?

—No. El asegura que es un don que le concedió el Bendito para convencer a los incircuncisos.

—¡Pamplinas! —Obra milagros. —¡Cuentos!

—Es un gran taumaturgo. Está en Tiberíades desde hace unos días. Esta noche viene a palacio.

—¿Lo has invitado aquí? ¡Pero si es una locura! ¡Si alguien se enterase, me encontraría en un aprieto!

—Viene por la pequeña Ester, la hija del portero. —¿Para qué? Si tiene los pulmones destrozados. Mi médico me ha dicho esta mañana que no durará más de dos días.

—Por eso su madre ha llamado a Pedro. En Jerusalén hace muchos milagros.

—¿Un hombre que aprende el latín y el griego en tres semanas y cura a los moribundos? ¡Has perdido la cabeza, mi pobre Salomé! —¿Por qué no pasas un momento por casa de nuestro portero esta noche? Al fin y al cabo, le conté a Calígula que eras amiga de Pedro, y no está de más que lo conozcas.

Aquello olía a encerrona. Todo encajaba demasiado bien para que ella no hubiera organizado el encuentro.

—Haré algo más que eso: recibiré a tu taumaturgo. Me ha entrado curiosidad por conocer a ese personaje.

Al caer la noche, entró en la caseta del portero. El pescador se encontraba ya allí. Era un hombre de hombros musculosos con una barba casi totalmente blanca cuyo rostro atezado irradiaba la bondad sin remilgos de los humildes. Respondía con paciencia, en un arameo áspero, a las súplicas de la madre.

—No me pidas nada. Reza a Yeshua, que murió por ti, para que cure a tu hija. ¿Dónde está?

Agripa los siguió hasta la habitación. Desde la cama llegaba un estertor indicativo de que la pequeña había entrado ya en agonía. Sus dedos se crispaban ya sobre la colcha. Pedro se inclinó, la tomó en brazos y la levantó.

—¡Bendito el que murió por nosotros, acógela en tu piedad! Depositó a la niña en el suelo y, con una gran carcajada, ésta corrió a abrazar a su madre.

Dudando de lo que acababa de presenciar, Agripa oyó a los asistentes dar gracias al Bendito. Luego se acercó a Pedro. —¿Sabes quién soy? —le preguntó en griego.

—Eres el príncipe Agripa —le respondió el pescador en esa lengua, sin el menor

asomo de acento—, nieto de Herodes el Cruel, nombrado no hace mucho tetrarca de Galilea.

—Me gustaría hablar contigo con más calma. ¿Querrías acompañarme?

El anciano llegó sin muestra de ahogo a lo alto de las escaleras. El príncipe lo hizo pasar a su biblioteca y lo invitó a sentarse. —¿Quieres beber o comer algo? —le preguntó, esta vez en latín. —No, gracias. Veo que te interesa averiguar qué lenguas hablo. Aparte del arameo, conozco sólo estas dos. Yeshua pensó sin duda que me bastarían para predicar la buena nueva.

Agripa creía estar soñando. Aquel judío inculto hablaba latín como un vecino de la ciudad del Tíber.

—¿Eres un hombre sorprendente! ¿A qué llamas la buena nueva?

—El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob nos envió a su hijo, Yeshua el Bendito. Él sufrió por nosotros en la cruz, y resucitó al tercer día. Con él y por él gozaremos de la vida eterna. Ésta es la buena nueva. Crees que estoy loco, ¿verdad?

—Para ser sincero, me dejaste estupefacto con tus prodigios. Hablas unas lenguas que no has aprendido y has curado ante mis ojos a una niña que se hallaba a las puertas de la muerte. ¿Quién eres?

—Soy el servidor de la Verdad. Un día, el mundo la recibirá, pero para ello hay que anunciarla, y por eso Yeshua me animó a dejar las redes del lago para convertirme en pescador de hombres.

—¿Dónde pretendes pescar hombres?

—Por todas partes donde se hable latín y griego.

—¿Y a qué hombres quieres pescar?

—A todos. Yeshua murió por todos los hombres.

—¿Incluso los que no son judíos?

—Desde luego.

—¿Los esclavos?

—¿Acaso no son hombres?

—¿Los ricos?

—Sí, incluso los ricos.

—¿Los senadores? ¿Los gobernadores de provincias?

—¿Porqué no?

—¿El emperador?

Pedro esbozó una astuta sonrisa de campesino.

—¡Por fin! Pensaba que nunca lo mencionarías. Y yo te doy la misma respuesta.

¿Acaso no es un hombre? Yeshua murió también por él.

—Reconoce, pescador, que es un pez muy grande.

—La red del Bendito es capaz de atraparlos a todos, grandes o pequeños.

—¿Te atreverías a llevar tu buena nueva a Roma? Pedro posó sobre el príncipe su tranquila mirada. —¿Por qué no? ¿Has oído hablar alguna vez de un pescador que rehusara pescar un pez porque es demasiado grande?

Cuando Salomé se enteró del proyecto de Agripa, se escandalizó. —¡Pero si lo envías a una muerte segura! —Le he formulado una propuesta que él ha aceptado. Aparte del naufragio al que se expone todo viajero, no veo qué otro riesgo corre. Cayo le dispensará una buena acogida. Se quedará maravillado por las lenguas que habla Pedro sin haberlas estudiado.

—¿Y si lo trata como Tiberio a Simón? ¿Y si lo deja en la estacada? ¡Este hombre es

un sabio y no tienes derecho a ponerlo en peligro de esa forma! La comunidad lo necesita. Yeshua no lo eligió para que un tetrarca lo mande a Roma a que lo maten.

Pronunciaba su título con el mismo desprecio con que su madre hablaba de Antipas. Agripa sintió que lo invadía la cólera.

—Pero ¿tú por qué te entrometes? ¡No eres miembro de su secta, que yo sepa! No voy a privarte del guapo Tobías.

—Ya te he dicho que Tobías es su portavoz. No hay nada entre nosotros; pregúntaselo a Miriam.

—¿Crees que voy a hacerle esa pregunta a una sirvienta? —Pues no te mostrabas tan altanero cuando te metías en su habitación. Más de una vez he descubierto tus juegucitos. A mí no se me engaña tan fácilmente como a mi madre.

Esta vez, había ido demasiado lejos, y Agripa perdió la sangre fría.

—Yo, cuando me viene en gana acostarme con una mujer, *no ordeno* que le corten la cabeza si rehusa.

Enseguida lamentó esas palabras al ver que ella rompía a llorar

—¡Sí, pequé! Por suerte, Pedro me ha dicho que el Bendito me perdonará el día del Juicio.

Agripa no daba crédito a sus oídos. ¿Acaso Salomé se había adherido en secreto a aquella secta de iluminados? Para averiguarlo, debía proceder con tacto.

—Te pido perdón. No debería haber sacado a colación ese triste suceso. Además, el único culpable fue tu padraastro. Tú no eras más que una niña por aquel entonces.

—Fue culpa mía. Juan Bautista me había rechazado tildándome de ramera, y yo me aproveché de la pasión que despertaba en mi padraastro para vengarme. Incluso lo excité bailando delante de él. Un justo murió por mi culpa, y por eso temo tanto que envíes a Pedro a la muerte.

—Te repito que no corre ningún riesgo. Tienes razón, ese Pedro es un hombre admirable.

—¡Más incluso de lo que tú crees! No he sufrido ni una sola pesadilla desde que hablé con él. Por eso me preocupo tanto por él. El emperador es capaz de todo. Tú mismo me has dicho que manda sustituir la cabeza de Zeus por la suya en las estatuas y que quería nombrar cónsul a su caballo. Si está perturbado hasta ese punto, nadie sabe cómo va a recibir a Pedro. Acuérdate de Simón.

—Pedro realiza milagros verdaderos y no trucos de magia. El puede devolver la razón a Cayo.

—Sí, puede hacerlo.

—Y Cayo me otorgará la corona de Salomón. Tú serás reina. Siempre has soñado con ello.

—Ya no. Lo único que importa es el reino de Dios y su justicia, decía Yeshua.

—Comprendo que sus amigos veneren su memoria, pero ¿cómo han llegado al extremo de olvidar que un hombre muere sólo una vez ?

—Yeshua era quizás algo más que un hombre.

Al ver que los ojos de Salomé despedían el brillo característico de los fanáticos, Agripa supo que el mal estaba muy avanzado. ¡La Maldita secta! En lugar de sembrar el desorden entre los partidarios del sumo sacerdote de Jerusalén, se dedicaba a convertir a la esposa del tetrarca de Galilea.

Roma, mayo del año 38

En un primer momento reservadas para Calígula e *Incitatus*, las representaciones de las caballerizas se habían abierto a un público selecto. La célebre cortesana Piralis no había ocultado su admiración por el talento de una mujer que no tenía el amor como oficio. Pese a las consignas de guardar silencio, las historias de las proezas de Mesalina se propagaban. Prevenidos por una amable amiga, los padres de la actriz vivían en la zozobra. Barbato le pidió que renunciase al teatro, pero ella se excusó aduciendo que actuaba por órdenes del emperador. El hombre no insistió: la vergüenza de ser el padre de una licenciada le parecía infinitamente preferible a la enemistad del emperador y, por otra parte, estaba bastante satisfecho de ver que una persona tan ilustre como Claudio había pasado a engrosar su cofradía.

—Los Verdes callarán —aseguró para tranquilizar a su esposa—. Más les conviene.

—No están sólo los Verdes. Es que ella no pierde ocasión alguna. La otra noche, durante la cena, me fijé en que Hermógenes, el pinche de cocina, respiraba muy fuerte. Pues bien, ella se servía en el plato con la mano derecha, ¡y con la izquierda, le estaba haciendo mojar la túnica! ¡Y eso sin dejar de hablar con su marido, que no sospechaba nada, el pobre imbécil!

-Debería conducirse con más prudencia.

—¡Prudencia! ¡Si se exhibe en un espectáculo! ¡Seis aurigas a la vez! ¡Por lo visto le han puesto el mote de «la Venus verde»!

—¿Quién sabe si la obra es tan indecente como aseguran? Ni tu ni yo hemos asistido a ella.

—¡Sería el colmo!

—Tus amigas no la han visto tampoco. Quizá se trate de una alegoría en la que nuestra hija, por su belleza, representa el papel de Venus recibiendo la manzana del pastor Paris.

—¡La manzana! Y en lugar de una manzana... ¡ Ah, no me hagas decir barbaridades! Lépidia descargó su cólera propinando un puñetazo a la cama conyugal, la misma que, unos meses atrás, había prestado llena de esperanzas a su primo para que desvirgara a su hija.

—¡Cálmate, mujer!

—¡La Venus verde! Cuando él se entere, la repudiará.

—Tal vez no sea algo tan malo después de todo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Está visto que las mujeres no entienden nada de política! ¿Te crees que Calígula va a vivir mucho tiempo todavía? ¿No has reparado en que, desde la marcha de su Drusila, se lo ve con más mala cara que un esclavo de las minas de Cerdeña?

—¡Pues precisamente por eso! Si se muere, Claudio será emperador.

—No. El Senado nunca elegirá a un contrahecho. En mi opinión, escogerán a uno de entre ellos, con lo que Domicio Ahenobarbo tiene muchas posibilidades.

—¿Y eso de qué nos sirve? Tanto da que sea él o que sea otro.

Barbato aprovechó para tomarse una pequeña revancha.

—Hombre, ya sabes que nuestra hija le gustaba tanto que se pasaba el día metido en esta casa. Estaba loco por ella.

—Pero si está casado —replicó Lépidia, molesta.

—¡Y qué! Repudiará a Agripina. De todas formas, no la soporta. En tiempos de Tiberio, le sacudía todas las mañanas, como a una alfombra.

—Tiene un hijo.

—Si se casa con Mesalina, en cuanto ella le procure un descendiente, le otorgará preferencia frente al hijo de una mujer que detesta. En cuanto a ti, serás la suegra del emperador.

Al contemplar esta perspectiva, Lépida se olvidó de la herida en su amor propio.
—Cierto: ella sabría hechizar a cualquier hombre para casarse con él. ¡Y entonces, se acabarán los devaneos con aurigas, gladiadores y negros! Ahenobarbo nunca se resignaría a ser el rey de los cornudos, como Claudio.
Discretamente, Barbato saboreó el placer de saberse por fin destronado.
Roma, mayo del año 38

El gran teatro de Marcelo estaba lleno a rebosar: resultaba peligroso no asistir a una obra recomendada por el emperador. En el extremo de cada fila, se erguía un miembro de la guardia pretoriana armado como invitación militar a aplaudir con un fervor entusiasta. A un maleducado que había osado bostezar, lo habían arrancado de su localidad y tras despertarlo con una lluvia de golpes, se lo habían llevado a un destino desconocido.

Calígula ocupaba un palco lateral que le permitía no perder de vista a los espectadores. En la primera fila, las vestales, acostumbradas a las ceremonias interminables, parecían petrificadas dentro de sus inmaculadas estolas. Tras ellas se alineaban los magistrados, cónsules y senadores en un despliegue de togas bordadas de púrpura, hasta la primera de las catorce hileras de gradas destinadas a los miembros de la clase ecuestre. Detrás de los caballeros, se apiñaba el público popular, reclutado a la fuerza en el Foro y en las calles para hacer bulto.

La acción transcurría en Egipto, y un recitante declamaba en griego rebuscados poemas. Los actores, con máscaras de chacal, león, halcón o cocodrilo, representaban el papel de dioses. Nada había más alejado de la mentalidad romana que aquella exhibición de fieras. La desventura de la hermana divina que busca los trozos del cuerpo de su hermano para reconstituirlo y devolverle la vida parecía, a orillas del Tíber, una grotesca fantasmagoría. En el palco imperial, Claudio dormía a pierna suelta, con la mano posada sobre el

muslo de Mesalina. Agripina urdía sus planes sin dirigir una mirada al espectáculo. Envarado en su túnica de pliegues irreprochables, Barbato se aburría con distinción junto a Lépida, que vigilaba a su hija.

En el escenario, Cleopatra recibía la visita de un barquero que llevaba a hombros una enorme alfombra enrollada. Con un hábil gesto, éste la extendió ante el trono de la soberana y de ella surgió un hombre, cuyo pico de águila evocaba a César. Los asistentes emitieron un «¡oh!» de estupefacción ante aquella inversión de los papeles.

—Yo te saludo, reina —dijo el gran Julio con la potente voz del actor Apeles—. ¿Podrías prestarme tus soldados? Son más valerosos que los míos.

En la tercera fila sonó un rugido de indignación. —¡Mentira! ¡Eso es una descarada mentira! —grito Macrón. Tras concluir la obra, Calígula mandó que le llevaran al espectador que se había permitido bostezar. El hombre había recibido tal tunda que apenas se tenía en pie. Consciente de que su muerte era segura, temblaba como un azogado delante del emperador.

—No temas, amigo mío, no te deseo ningún mal. Sólo querría disipar el horrible aburrimiento que esta obra te ha infligido. Necesitas distracciones más insólitas, más sorprendentes. Veamos, ¿qué podría ofrecerte? —Se rascó despacio la cabeza, saboreando el terror de su víctima—. Ya está. Vas a partir, hoy mismo, hacia el reino de Mauritania. El viaje es más largo que la obra, pero como es mucho más variado, sin duda te distraerá. Con suerte, te topará con piratas o con un naufragio. Es preciso de todos modos que te confíe una misión. ¿Qué podrías hacer allá? Claudio, ¿tú qué opinas? —¿Una mi... mi...? —Una misión. Veo, tío, que tienes la

cabeza en otra parte. ¿Agripina?

—Eso no me interesa lo más mínimo.

—¿Lesbia?

—Podría traer púrpura o perfumes.

—No. ¿Mesalina?

—Esclavos negros de proporciones colosales.

—Se me ocurre una idea mejor. Secretario, toma nota: «A mi amigo, el rey de Mauritania: No hagas ni bien ni mal a este hombre que te envió. Cuidate y ámame.» Nunca una persona habrá ido tan lejos en balde.

—¡No le hagas ni bien ni mal! —repite Mnester—. ¡Qué soberbia réplica, digna de una comedia!

—La vida es una comedia. Nosotros, las gentes de teatro, lo sabemos bien. ¿No es así, Mesalina?

Después de despedir al involuntario viajero, Calígula mandó llamar al prefecto del pretorio. ¡Aquella vez, se había excedido! Para recibirlo, eligió la máscara de la solicitud irónica.

—Siento mucho que no haya sido de tu agrado la obra, mi querido Macrón. Por lo visto, le has encontrado errores.

—Sí, César. Todo el mundo sabe que era Cleopatra quien estaba dentro de la alfombra enrollada y no Julio. Pero considero más grave aún afirmar que sus soldados eran superiores a los nuestros. Un legionario romano es capaz de hacer huir a cincuenta egipcios.

—Tienes razón. De todas formas, tanto en el teatro como en la poesía, hay que conceder cierto margen a la fantasía. Ahora que lo pienso, ¿por qué mantenemos tres legiones en Egipto? Si lo que afirmas es cierto, con una bastaría para imponer respeto a esos cobardes de piel oscura.

—Sí, César. De sobra.

—Me has dado una excelente idea. Flaco ha demostrado su ineptitud en Alejandría. Se ha puesto a los judíos en contra y comete demasiadas tonterías. Estaba decidido a deshacerme de él, pero no sabía a quién nombrar en su lugar. A decir verdad, ignoraba que conocieras tan bien los asuntos egipcios.

—Pero, César...

—Prepárate para partir. Te nombro prefecto de Egipto.

Aquél era el puesto más elevado al que podía aspirar un simple caballero. De hecho, a la prefectura de Egipto se le atribuía el mis-mo valor que a todos los consulados. Aun así, Macrón sabía que esta designación lo privaría del mando, y por consiguiente también de la protección, de las cohortes pretorianas. Pensó en Sejano. ¿Qué habría sentido al enterarse de su caída en desgracia?

Roma, mayo del año 38

Sentada en un banco de piedra del jardín, Enia pasaba el tiempo sumida en la tristeza. Cada día, desde su última conversación, había esperado que Cayo la mandara llamar. El no era un criminal; todo aquello debía formar parte de una pesadilla. No obstante, intuía que nunca reviviría la esperanza que había muerto en ella. Había perdido; el hombre al que amaba no era el mejor de los emperadores.

Su marido se paseaba una y otra vez delante de ella con la regularidad de un centinela, evidenciando lo mucho que pesaba la ociosidad a aquel hombre de acción. Ella iba a acompañarlo a Egipto en cuanto llegara la orden de partida.

La presencia del portero la arrancó de sus reflexiones. Tres enviados del

emperador aguardaban a ser recibidos.

—¡Por fin! ¡Ya era hora! Hazlos venir —exclamó Macrón—. Pensaba que nunca se decidiría. Pronto nos marcharemos, Enia. Estoy seguro de que Egipto te va a gustar.

Ella asintió en silencio, con un nudo de angustia en la garganta.

Cuando los tres centuriones entraron en el jardín, advirtió que su marido se ponía tenso de modo casi imperceptible y comprendió horrorizada lo que ocurría.

El oficial de más edad se quitó el casco, dejando al descubierto una corta mata de pelo blanco. Parecía incómodo.

—Somos portadores de una orden del emperador que te concierne, tribuno.

—¡Pero si nos conocemos, centurión! —Macrón le dio una palmada amistosa en el hombro—. Tú serviste conmigo en Panonia hace mucho tiempo. Creo incluso recordar que fui yo quien te nombró primipilo. Habías resuelto hábilmente una situación delicada. ¿Qué era?

—Una ciudad fortificada —farfulló el centurión.

—Eso es. Sufrimos grandes bajas. Ah, me siento afortunado. No me habría gustado recibir el mensaje que me traes de manos de un desconocido. ¿Cuál es la consigna?

—Todo debe haber acabado cuando regresemos dentro de una hora.

—Así será. Antes de que os vayáis tú y tus hombres, os ruego que aceptéis una copa de un vino que guardaba para las grandes ocasiones. Esta es una de ellas.

Enia lo contemplaba a través de una bruma de lágrimas. No había el menor tinte de afectación ni de teatralidad en su actitud.

Ella reunió la fuerza para levantarse y tomar el ánfora de las manos del esclavo para servir ella misma a los invitados. Cuando llenó la copa de su marido, leyó en sus ojos que estaba orgulloso de ella. Bebieron por las futuras victorias de Roma.

—Volved dentro de una hora. Adiós, amigos míos.

En cuanto se hubieron alejado los soldados, Macrón le dio sus últimas recomendaciones.

—Sé prudente, Enia. Va a matar a mucha gente. Vete a vivir lo más lejos posible de Roma y procura que se olviden de ti.

—Quiero morir contigo —declaró ella, fijando la vista en su rostro—. Antes, sin embargo, he de escribir una carta. Drusila debe saberlo.

Hablaba en un tono tan resuelto que él no intentó siquiera convencerla de que siguiera con vida.

Macrón esperó a que ella terminase la carta para llamar a su liberto de confianza. Se trataba de un soldado retirado de sienes grises. Éste, que ya estaba al corriente de la situación, mantenía las mandíbulas prietas esforzándose por no turbar a su amo en el cumplimiento de su última tarea.

—Lleva esta carta al *lanista* Graco —le indicó Enia—. Es preciso que se la entregues en persona y con la mayor discreción.

—No vamos a poder llevarte a Egipto —añadió Macrón—. Estoy satisfecho de tus servicios y no te he olvidado en mi testamento. Ahora necesito tu ayuda para emprender otro viaje.

El hombre no pestañeó.

—Siempre has sido bueno conmigo. Entregaré la carta y te ayudaré. ¿Tienes otras

órdenes?

—Todavía hay tiempo para llamar a nuestro médico —dijo Macrón a Enia.

—No. Nada de veneno. Quiero morir a tus manos. Macrón se estremeció. Ella lo miró como si lo viera por primera vez.

—Estaba equivocada. Eras tú.

En la cara de él se dibujó la radiante sonrisa del enamorado a quien la mujer largo tiempo cortejada confiesa por fin que lo ama.

Macrón se volvió hacia su asistente.

—¿Querías traerme la espada?

La voz no le habría temblado menos si le hubiera pedido que fuera a buscarle las sandalias.

Ese mismo mes, Calígula envió a los centuriones a casa de uno de los miembros más relevantes del Senado. Marco Julio Silano Tiberio le había concedido el privilegio de hablar el primero durante los debates. Era el padre de Junia Claudia, con quien el futuro emperador se había casado en Capri y que había muerto al poco tiempo víctima de un accidente. Nada se le podía reprochar a Silano. Calígula aseguró no obstante que se había negado a acompañarlo a Pan-dateria cuando había ido a recuperar las cenizas de su madre. Alegó además que el senador planeaba hacerse con el poder en Roma en caso de naufragio del navio imperial.

Todo el mundo comprendió que el delito de Silano era el mismo que el de Macrón. Aquel anciano sentencioso se empeñaba en prodigar consejos. En Roma ya no había lugar para esa clase de personas.

Rodas-Roma, mayo del año 38

Drusila quedó aterrada por la carta de ultratumba. En aquellas palabras afectuosas y desoladas leía sólo su culpa. Cayo había sucumbido a aquella locura asesina a causa de ella. Debía regresar urgentemente a Roma, aunque para ello tuviese que violar su solemne juramento. Los dioses nunca le perdonarían aquel desafío. Corría hacia su perdición, pero se negaba a asumir el papel de espectadora de una tragedia que sólo ella podía evitar. Obcecada por su ambición, Agripina no movería un dedo por su hermano. Claudio tenía miedo hasta de su propia sombra. Los cortesanos eran serviles, los senadores estaban empavorecidos. No existía más que un medio para devolver la razón a Cayo, y ella lo conocía por haberlo aplicado.

Su marido puso a su disposición la liburna rápida de que disponía la isla. No le formuló pregunta alguna, pues había resuelto de una vez por todas mantenerse a una distancia prudente de todo lo relativo a la familia imperial.

Durante el viaje, Drusila no salió ni una vez de su camarote, pues se había apoderado de ella un abatimiento que provocó temor entre sus sirvientes. Experimentaba una terrible cólera contra su pusilanimidad y sus vacilaciones. ¿Acaso era ella una vestal? ¿Por qué se concedía tanta importancia a su virtud? ¿Acaso la suerte de Un imperio no justificaba ese sacrificio de su vida y su felicidad? Por otra parte, Cayo no estaba sometido a las leyes ordinarias, con lo que ella no cometía falta alguna plegándose a su voluntad.

Una vez hilado ese razonamiento, los argumentos contrarios se agolparon en su mente. En vano buscaba excusas: el incesto constituía un delito abominable. Los dioses ya la habían puesto sobre aviso privándola de la maternidad. Fedra, la hija de Míno y de Parsífae, se había perdido sólo por haberse prendado del hijo de su marido, ¡y ella misma osaba plantearse la posibilidad de convertirse en concubina de su hermano! La venganza divina sería más terrible todavía.

La verdad se le presentaba terrible y cegadora. No, ella no era una víctima. Compartía su parte de responsabilidad en el delito. Profesaba el amor prohibido. De lo contrario, ¿por qué

no había llegado a interesarle ni a atraerle ningún otro hombre aparte de su hermano?
¿Por qué nunca había hallado el placer en otros brazos?

Al llegar a Roma, era tal su estado de ansiedad que se encerró en el apartamento de Livia, adonde no admitió más que a sus hermanas.

Calígula no la visitó sino hasta tres días más tarde. Cuando lo vio aparecer ante ella, olvidó por completo todo el discurso que había ensayado mentalmente y estalló en reproches amargos y espontáneos.

—¿Qué abominación, Cayo! ¿Cómo pudiste matar a Gemelo, que te quería tanto? ¡Es monstruoso! ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

Notó que se ponía rígido, como el perro que se dispone a morder.

—¿Tú osas pedirme cuentas después de haberme abandonado?

—¿Cómo pudiste provocar la muerte de mi amiga Enia —prosiguió, con la voz entrecortada de sollozos—, a quien yo había pedido que velara por ti?

—Ella misma acabó con su vida. ¿Qué necesidad tenía de irse con ese imbécil?

—Ella te quería.

—Lo fingía. Como tú. Nadie me quiere.

Durante un largo rato permanecieron en silencio, cara a cara. Ella no sabía qué decirle a ese desconocido que la fulminaba con la mirada. Todo había muerto entre ellos. La asaltó la impresión de vagar por el país de las sombras. Había descendido a los infiernos como Perséfone y ya nunca volvería a contemplar la luz del sol. Con la cabeza gacha para eludir su cólera, lo único que vislumbraba de él, bajo la toga, era dos pies calzados con sandalias ceñidas con hilos de oro, como las que llevaban las cortesanas. Se sorprendió pensando que le parecía un atuendo de un increíble mal gusto mientras contaba de modo maquinal las intersecciones que ascendían por la peluda pierna.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando a que él se dignara hablarle. ¿Una hora, un día, tal vez? Entonces oyó una vocecilla vacilante.

—¿Cuándo te marchas de nuevo, Drusila?

Levantó la vista, asombrada. La máscara de odio había caído. Volvió a ver la cara de Cayo cuando era niño, con sus grandes ojos inocentes llenos de esperanza y ternura. Después la visión se disipó como un espejismo, y las tiernas comisuras de los labios se crisparon en un rictus de aborrecimiento.

Había llegado el momento de comunicarle su decisión, pero, si pronunciaba aquellas palabras, no habría vuelta atrás; tomaría una vía que la conducía a su perdición. No obstante, sólo aquellas palabras de amor podían salvar a su hermano y, ante la idea de sacrificarse por él, la recorrió una oleada de atemorizada dicha.

—He decidido vivir aquí.

—¿Vivir aquí? —repitió él.

—Sí, ya no me marcharé.

—¿No te marcharás? —prosiguió él, como un eco.

—No.

—¿Nunca más?

La esperanza vehemente que vibraba en su voz acabó de decidirla.

—No. Quiero quedarme cerca de ti. Ya nada nos separará.

—¿Muy cerca? —murmuró él tan bajo que ella, más que oír lo que decía, lo adivinó—.

¿Como cuando me curaste?

—Sí.

Recuperando su rostro de niño, la tomó en sus brazos y la estrechó tan fuerte contra sí que le hizo daño. Le besaba la frente, los ojos, la boca. Parecía incapaz de detenerse.

—¡Si tú supieras, Drusila...!

Relajó el abrazo y, caminando de un lado a otro sin despegar los ojos de ella, le refirió en

desorden las noches de insomnio, la bajeza de los senadores, las conjuras que lo amenazaban, los celos de Júpiter. De ser cierto lo que contaba, únicamente *Incitatus* lo había comprendido y ayudado.

Ella no buscaba sentido a sus palabras, feliz de dejarse mecer por aquella voz que creía que nunca volvería a oír. No, no todo estaba perdido. Su amor lo salvaría y los dioses no le reprocharían aquella obra pía. Cuando Cayo hizo una pausa, ella intentó sustraerlo a su delirio.

—Lesbia vino ayer. Esta vez parece seguro que va a casarse.

—Yo también lo creo —concedió él, entrando en el juego—, aunque si fuera el esposo, no me forjaría demasiadas ilusiones. Al final, acabará divorciándose otra vez. ¿Has visto a Agripina?

—Sí. Estuvo muy amable conmigo.

—¿Amable? ¡Humm! Supongo que te habló sobre todo de su hijo, ¿no?

—No me habló de otra cosa. Nerón esto, Nerón lo otro.

—No lo nombres, por favor, con tanta familiaridad. Olvidas todos sus títulos: Nerón Imperator, Gran Pontífice, Augur, revestido de la potencia tribuna. Así es como ella quiere que lo llamemos.

Berreó con furia para imitar al bebé y después recorrió la habitación simulando que lo llevaba en los brazos con la misma solemnidad con que se portaban los Libros Sibílicos. Drusila aplaudió y juntos rieron por aquella complicidad recobrada. Para divertirla aún más, remedó uno a uno a todos los miembros de la familia imperial, ladeó la cabeza tartamudeando los «¡bonita!» de Claudio, puso los ojos desorbitados de cólera de Ahenobarbo, caminó con pasitos cortos arreglándose los pliegues de la toga como Barbato, contoneó las caderas esbozando el mohín tenue y cautivador de Mesalina.

—¡Ella me encanta! ¡Qué temperamento! Actúa en una obra mía en la que seis aurigas de los Verdes comparten sus favores. ¡Seis a la vez! Pues bien, al bajar el telón, ella estaría más que dispuesta a empezar de nuevo.

—¿Padece ninfomanía?

—No padece nada. Simplemente, el amor le infunde fuerzas en lugar de quitárselas. No se cansaría aunque le pasara por encima una legión. Ha recibido ese don de Venus.

Acudió a sentarse en el diván junto a su hermana y le tomó la mano, que cubrió de besos.

—¡Qué alegría me das! No alcanzo a creer que te quedarás para siempre.

—Quisiera hacerte una petición.

—¿Para qué? Ya sabes que la tienes concedida de antemano. Habla, pues.

—Quiero que Roma alabe de nuevo la bondad de su emperador. ¡Sé bueno! ¡Ya sufrimos mucho con la dureza de Tiberio!

—Concedido. Aplicaré la receta del rabino.

—¿La receta del rabino?

—Ah, no lo conoces. Era un maestro judío cuyas enseñanzas se resumían en: «Amaos los unos a los otros.» Pretendía incluso que uno presentara la mejilla izquierda tras haber recibido una bofetada en la derecha.

—No te pido tanto. Sé solamente tú mismo. Tú eres bueno.

—Yo también querría hacerte una petición.

La miró de soslayo, como el niño que observa con disimulo el efecto de pedir un juguete que sale de lo normal.

—¡Casémonos, Drusila!

—Ya sabes que eso no es posible.
—Yo soy faraón y por tanto me asiste el derecho de casarme con mi hermana.
—En Egipto, no en Roma.
—En Roma, lo puedo todo —insistió, poniendo cara larga—. Yo soy el emperador.
Drusila buscó una escapatoria.
—Es verdad, pero ¿sabes? Esta boda haría sonreír a mis amigas. Me pondrían el sobrenombre de «la nueva Cleopatra». No quiero que se burlen de mí.
—¡Que se atrevan!
—De todas maneras, no tenemos necesidad de una ceremonia. Seré tu esposa sin que se sepa. En eso consistirá nuestro secreto.
—De acuerdo, pero es preciso de todos modos que tú te cases.
—Ya estoy casada.
—No —replicó él con gesto de impaciencia—. Tiberio te impuso a ese hombre. ¡Te divorciarás cuanto antes de ese maldito Casio Longino!
—Se casó conmigo cumpliendo órdenes, y me trató bien.
—No soporto la idea de que haya osado... ¡El muy impúdico! ¡Qué atrevimiento!
—Júrame que no te vengarás de él. Me has prometido ser bueno.
—Lo seré, pero lo quiero fuera de mi vista. ¡Que se quede en Rodas, si lo desea, hasta el fin de sus días! Le prohíbo aparecer en Roma. Me encargaré de que tu próximo marido no te roce siquiera la mano.
—¿Con quién quieres que me case?
—¿Qué opinas de Emilio Lépido?
—¿Por qué él?
—No está casado, lo que simplifica las cosas, y goza de gran aprecio entre los carcamales del Senado a los que elogia sin perder ocasión. Ellos lo consideran un joven brillante. Se sentirán halagados con esta unión. No tienes nada que temer de él. Hará todo lo que yo le diga. Es más asustadizo que una liebre.
—De acuerdo. Me casaré con Emilio Lépido.
—Ni siquiera te rozará la mano.
La miró con un deseo tan evidente que ella se ruborizó.
Durante las horas posteriores, Drusila aguardó su llegada con una mezcla de vergüenza e impaciencia.
Al caer la noche, él subió con el corazón palpitante la escalera secreta que había construido Augusto para reunirse con Livia. De madrugada, se echó a temblar con tanta violencia que a Drusila le dio miedo. En realidad, temblaba de felicidad. Era tanto su contento que no se avenía a separarse de ella. Le anunció que había recibido en sueños la advertencia de que debía acallar a Zeus. El rey de los dioses se estaba propasando.
—Mandaré instalar en el tejado del Palatino una máquina que hablará más fuerte que él.
Drusila escuchó aquel desatino sin dejar entrever la menor sorpresa. Estaba muy enfermo, pero ella lo curaría.
—¿No temes que ese ruido nos moleste?
—Para nada. Será armonioso. —A continuación se extendió en explicaciones. En el teatro se conseguía, con ayuda de valvas marinas, ese tipo de efecto. Bastaría con colocar sobre el techo una trompa en la que penetrase el viento. Ella tuvo que pedirle varias veces que se vistiera para acudir a la *salutatio* donde lo aguardaba desde hacía largo rato la clientela imperial.
En el transcurso de la mañana, Drusila visitó a Claudio. Cuando éste se secó los labios en su mejilla, reconoció con placer aquel pequeño sinsabor afectuoso de su infancia. A continuación le pre-

sentó a su esposa. Por las descripciones de Cayo, Drusila esperaba encontrarse con una desvergonzada. En cambio, descubrió con asombro a una guapa muchacha apenas salida de la infancia que, con las manos cruzadas encima de la estola en ademán juicioso, posaba en su marido una mirada admirativa, candida y respetuosa. Como una colegiala aplicada, se humedecía de vez en cuando los labios con la punta de la lengua. ¿Se trataba de la misma lúbrica actriz que actuaba con seis parejas? Tras dispensarle unas cuantas palabras de bienvenida, Mesalina se levantó para dejar a solas a su marido con la recién llegada. Tras dedicarle la reverencia con genuflexión que las madres recomendaban a las niñas cuando se dirigieran a un alto personaje, se encaminó a la puerta con un liviano paso de bailarina. Claudio resplandecía de orgullo.

—¿Qué te parece?

—Es muy joven, muy hermosa y muy bien educada. Sin duda eres un hombre feliz, tío.

—Más de lo que crees. Posee todas las cualidades deseables menos una.

—¿Cuál?

—No es ahorradora. Aunque no me importa; merece que uno se arruine por ella. ¡Pone tanto interés en complacerme! ¡Es tan atenta, tan divertida! ¡Fíjate, me llama su Bibendum! Dice que bebo un poco más de la cuenta y cree que *bibendum* es el supino del verbo *bibere*. ¡Confundir un gerundio con un supino! ¿No es adorable? Y además es muy respetuosa con los usos, muy piadosa. Profesa un culto especial por Venus. ¡Hay que reconocer que Venus fue pródiga con ella! Si supieras... —Se detuvo al borde de las confidencias de alcoba y cambió de tema—. Tu llegada supone un acontecimiento doblemente feliz, para la familia y para Roma. Desde tu marcha, todo ha ido de mal en peor. Cayo te echaba mucho de menos.

Por su incomodidad patente, ella dedujo que juzgaba el incesto como una abominación. Nadie en la familia imperial ignoraba hasta dónde había llegado el afecto entre hermano y hermana.

—Sólo tú —continuó— ejerces cierto ascendiente sobre él. Se comporta de una forma que nos inquieta a todos. A veces tiene ideas raras.

—Lo sé. Llevo poco tiempo aquí y ya me ha hablado de ahogar

la voz de Júpiter con una máquina y de nombrar cónsul a su caballo. Sinceramente, tío, ¿crees que ha perdido la razón?

—No, no es eso, no está loco. Como dice Mesalina, la personificación del sentido común, es un artista. Cree que todo el mundo está en el teatro. ¡Imagínate: la hace salir a escena, a ella que es tan tímida! Según él, ella rebosa talento. Hay que reconocer que Cayo la quiere mucho, pero ¿quién no querría a Mesalina? Es tan...

Drusila lo interrumpió. Había cuestiones más importantes de que hablar.

—¿Qué piensan de él en Roma? ¿Qué comentan en el Senado?

—Que está mal de la cabeza, pero eso no demuestra nada. Los senadores tienen una cuenta pendiente con el régimen. Ya trataban de loco a Tiberio, que no se entregaba a ninguna extravagancia.

—Pero veamos, ¿por qué ordenó la muerte del pobre Gemelo?

Drusila advirtió la sombra del miedo en el ancho rostro colorado.

—La política. La razón de Estado. ¡Ay, es bien triste!

—¿Y Macrón? ¿Había algún motivo para mandarle a los centuriones?

—¡La política, la política! Pero, volviendo a tu pregunta, Cayo está en su sano juicio. Le gusta la provocación. Obliga a los senadores a correr detrás de su litera. Tu hermano quiere divertirse, Drusila. No es consciente de que, habida cuenta de la posición que ocupa, sus bromas resultan peligrosas. Si asevera que su caballo va a ser cónsul, es para ridiculizar al Senado que nombra a los cónsules. La máquina para imitar la voz de Zeus constituye una burla de la manera de entender la religión de los romanos. Entre nosotros,

no le falta razón; nuestros flámenes y nuestros augures a menudo mueven a risa, pero forma parte de nuestro culto.

—De niño, él sólo rezaba a Isis.

—Sí, prefiere los dioses de Oriente. Quiere cambiarlo todo. Me ha anunciado que quería proclamar *parilia* el día del aniversario de su advenimiento, llamarlo por el nombre que conmemora la fundación de la ciudad. ¡Cualquiera diría que pretende erigir Roma de nuevo! En eso se equivoca. Roma es un edificio muy viejo, que se debe tocar con precaución. Hay que mostrar un gran respeto por las magistraturas. Tiberio se levantaba al paso de los cónsules, recibía siempre con talante amistoso a los senadores, después de orde-

nar que los registraran por su temor a los atentados. El Senado se torna tanto más peligroso cuanto peor trato recibe.

—Habla con él, tío. Valorará mucho tus consejos.

—¡ Ah, yo no me ocupo de la política! —declinó Claudio, levantando los brazos—. ¡A cada uno su oficio! Además, Cayo ya sabe todo eso. Es muy inteligente y el mejor orador de Roma.

—Yo creía que ese honor correspondía a Séneca.

—Tienes razón, Séneca era el mejor orador, pero no pronuncia discursos desde hace tiempo. Tu hermano estaba un poco... ¿cómo decirlo? No celoso, pero sí susceptible. No le gusta que lo aventajen en algo.

—Se habrá granjeado muchas enemistades, ¿no?

—Demasiadas. Olvida que los romanos no poseen una inteligencia como la suya. El romano es valiente como un león, y resistente como un mulo, pero en cuanto le mencionan una novedad, se vuelve más necio que un asno.

Satisfecho de su símil, repitió dos veces aquel *stultior asino* que todos los escolares romanos aprendían para practicar el comparativo.

—Todo se arreglará, ahora que estás aquí —prosiguió—. Me alegro de que Mesalina te haya causado una buena impresión. Seguro que seréis grandes amigas.

Drusila soportó de nuevo su beso húmedo. Aunque no cabía esperar mucha ayuda de él, su conversación la había reconfortado.

La empresa en la que se había embarcado se erguía ante ella como una muralla.

Roma-Chipre, junio del año 38

A fin de que todos compartieran su felicidad, Calígula se había vuelto a convertir en el dechado de bondad que había sido durante los primeros meses de su reinado. De nuevo se indultó a los condenados a muerte. Los juicios se suspendieron, para infundir un ánimo festivo a los acusados. Un edicto prohibió llevar luto para no entristecer a los viandantes, y se suprimió el periodo de celibato para las viudas con objeto de facilitar los nuevos casamientos.

La boda de Drusila fue suntuosa. La noche de bodas, el esposo oficial se puso en camino hacia su villa de Campania, regocijándose de la enorme suma con que el emperador había pagado su compromiso de no acercarse jamás a su mujer. A partir del día siguiente, ésta pasaba todos los días unas horas en su domicilio romano para honrar a sus nuevos lares, recibir a sus amigas y guardar las apariencias. Por la noche, se reunía con su hermano en el apartamento de Livia. Cayo, feliz, no albergaba la menor sospecha del conflicto que la desgarraba. Cada noche, el violento placer que hallaba en sus brazos la reafirmaba en su certidumbre de ser una criminal.

El anuncio de la partida del emperador hacia Oriente no sorprendió a nadie; de hecho ésta ya debería haberse producido. Tras su subida al trono, Augusto y Tiberio se habían apresurado a ir a recibir el homenaje de los reinos vasallos, pero Egipto, provincia rocana,

no entraba en esa categoría. Calígula mantenía en secreto sus intenciones. Al abandonar Chipre, que está próxima a Alejandría, había previsto que su embarcación se separase de la flota para rea-

lizar un crucero del que hablaba con exaltación a Drusila, sin advertir que ella fingía su entusiasmo y estaba cada día un poco más cansada.

El inicio del viaje fue deslumbrante. Seis navios de guerra escoltaban el bajel imperial, obra maestra de un ingeniero naval de Miseno. Aparte de ofrecer las más refinadas comodidades a los pasajeros, éste iba equipado con una novedosa clase de aparejo que le imprimía impulso al menor soplo de viento. Los rubios brutos de la guardia germana no se vestían con la casaca roja de los remeros más que en los puertos, por la belleza del espectáculo.

Calígula bromeaba con los marineros, que lo adoraban con la devoción que sentía el pueblo llano romano por el hijo de Germánico. Trabajaba en compañía de sus colaboradores próximos pues se enfrentaba a una tarea sobrehumana. El Imperio era una yuxtaposición de colonias romanas, de ciudades libres, aliadas o tributarias y de territorios dependientes de un monarca local, del pueblo romano o de la casa imperial. Desde que, un siglo atrás, Pompeya se había apoderado de Siria y había reorganizado Anatolia, no se había modificado ese mosaico cuyos contornos era ya hora de precisar. En la oficina imperial flotante, se oían constantemente sonoros nombres: principados de Tracia, reinos de Ponto, Capadocia, Teucria, Cilicia, Comana, Emesa, Comagene, tetrarquías de Abilene o de Galilea.

Por la noche, antes de reunirse con Drusila en su camarote de paredes revestidas de maderas nobles, Calígula subía al puente para mantener su coloquio con los astros. Había elegido a Castor y Pólux, los divinos hermanos de Helena, como protectores del viaje. Siempre que hacían una escala, los ciudadanos lo aclamaban y se referían a él por sus rimbombantes títulos de estratega, estefanóforo o hiparca. Para oír los discursos de bienvenida, instalaban a la derecha de su trono un asiento ligeramente menos suntuoso. Drusila se sentaba en él, cada vez más callada, hierática y remota, como esforzándose por perfeccionar su metamorfosis en una de las diosas cuyas estatuas esculpían los artistas a su semejanza por orden de Calígula. En cada una de las escalas, el emperador desgranaba un rosario de favores. Ordenó reconstruir Samos, asolada por un terremoto. Enriqueció la herencia del rey Cotis de Tracia antes de dividirla entre los tres hijos de éste, descendientes de Marco Antonio por línea

materna. Asimismo, mandó entregar cien millones de sestercios al rey Antíoco de Comagene, de cuyo tesoro se había apoderado Tiberio.

La flota puso por fin rumbo a la isla de Afrodita, adonde Calígula había convocado a los reyes, príncipes y jefes de Oriente.

Por la noche, exponía su gran designio a su hermana. Su unión divina, sublime hierogamia, iba a reparar la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en Actium. El amor de ambos volvería a encender la llama de Oriente que Augusto, romano mezquino corto de ideas, había apagado. De este modo, la Roma refundada presidiría el *oecumenos*, la gran reconciliación del universo.

Acurrucada contra él, Drusila lo escuchaba deslumbrada. El se dormía por fin, y ella contaba las horas. Con cada una de ellas se aproximaba más la venganza de los dioses.

Tiberiades-Salamina, junio del año 38

Pedro entró en el palacio después del anochecer, por la portezuela reservada para los proveedores. En el seno de la comunidad, Santiago le hacía la vida imposible a raíz de su negativa a obligar a circuncidar a los gentiles que ingresaban en la secta. Al pescador no le interesaba en absoluto que lo tomaran por un informador del tetrarca amigo de los romanos.

—Debo ir a Chipre; el César me ha convocado allí —le comunicó Agripa—. Si aún deseas conocerlo, no será necesario que emprendas el largo viaje hasta Roma. Roma acude a nosotros.

—En Chipre o en otra parte, tanto da. Te acompañaré, pero nadie debe saberlo.

—Tranquilízate, que no te pido que compartas las comidas ni el camarote conmigo. Serás un pasajero como los demás.

Embarcaron dos días más tarde en Cesárea. Pedro pasó la travesía en el entrepuente. Allí logró convencer a un tintorero judío de Sidón de que Yeshua era el Mesías anunciado por los profetas. Un sirio de Palmira, que escoltaba un cargamento de sedas de Seres, condicionó su ingreso en la secta al desenlace de la controversia sobre la circuncisión de los gentiles, pues era reacio a cumplir con aquella formalidad.

Agripa afrontaba con aprensión la primera entrevista con su antiguo alumno. ¿Cómo lo recibiría éste? ¿Habría hecho bien en ir acompañado del sucesor de Yeshua? Se sintió aliviado cuando en la gran sala del palacio, Calígula acudió a su encuentro con los brazos abiertos.

—Sé bienvenido, oh mi venerado maestro. ¿Los amigos de Ye-shua han socavado el poder del sumo sacerdote?

—Lo harán, pero se precisa más tiempo.

—Sabes que no me gusta esperar. ¿Podrás instalar mi estatua en el templo, sí o no?

—Es aún pronto para eso. Recuerda lo que sucedió cuando Pi-latos quiso introducir algunas banderas en el recinto del templo: los sacerdotes ocasionaron un baño de sangre en el país.

—¡Nada de sangre! Yo quiero reinar por medio de la bondad. ¿En qué impide mi estatua a esos malditos judíos adorar a su dios único? No hay pueblo con más remilgos en todo el Imperio. ¡Qué fanatismo!

—Por eso mismo hay que bajarles los humos a esos beatos obtusos e intolerantes. Los nuevos judíos son diferentes. El gusano roe ya el fruto.

—¿Su secta acepta los dioses de los demás?

—No exactamente, pero sigue la vía de la tolerancia. Sostiene que su maestro era dios e hijo de dios. Eso suma dos dioses. Es un avance.

—¿Son numerosos?

—No, integran una pequeña comunidad, pero todos son muy activos. A bordo de mi barco, he visto a su jefe, Pedro. Sin duda viene a propagar su doctrina en Chipre. Es un hombre sorprendente. Habla latín y griego sin que nadie le enseñase tales lenguas.

—No te consideraba tan crédulo, príncipe.

—He sido testigo de dicho prodigio.

—¡No me vengas con eso, vamos!

—Lo oí hablar yo mismo, en persona.

—Debía de tener un amigo cerca, y el hombre se limitaba a mover los labios.

—Te aseguro que no. Ese Pedro es una persona asombrosa. No digo que sea el salvador del mundo que buscaba Tiberio, pues ambos sabemos que ese ser extraordinario no existe.

Calígula esbozó una sonrisa.

—Quizá no lo buscas allí donde está. Una cosa es segura, que no se revelará ante ti. ¡ Ah, tú

ya no eres un oriental, príncipe! Te has vuelto más romano que los romanos. Siento curiosidad por conocer a un hombre que habla lenguas sin haberlas estudiado. Tráeme sin tardanza a esa rara ave.

Agripa no había dudado de su éxito. Conocía la afición por lo maravilloso de su imperial amigo. Antaño, lo había hecho memorizar los versos de las *Geórgicas* en los que Virgilio enumera los prodigios que siguieron a la muerte de Julio César, cuando los bueyes tomaron la palabra. El poeta no especificaba en qué idioma se habían expresado.

Al día siguiente, el príncipe y Pedro se presentaron por separado en el palacio. Cuando el viejo pescador compareció ante él, Calígula lo apostrofó en griego.

—¿Ya estás aquí, terror de los peces? ¿Qué vienes a venderme? ¿Qué llevas en el cesto? ¿Un mero? ¿Una merluza? ¿Una anguila? A mí me gusta el pescado fresco, y seguro que el tuyo es del día.

—Has de saber que nunca he vendido pescado del día anterior —respondió el hombre en un griego intachable—. No obstante, abandoné ese oficio desde que camino por la senda del Señor.

Agripa advirtió que la estupefacción asomaba al semblante del emperador, que formuló la pregunta siguiente en latín.

—¿Dónde aprendiste el griego, amigo?

—No lo aprendí. La llama del Espíritu descendió sobre mí y mis hermanos.

Su latín era como el que hablaba el pueblo llano de Roma.

—¡Es increíble! —exclamó Calígula, incapaz de disimular su estupor—. No me engañabas, príncipe. Veamos, Pedro, tú que sabes lenguas sin haberlas aprendido, instruyeme un poco. ¿Quién era Yeshua?

—El hijo del Dios vivo que padeció y murió en la cruz a fin de redimir nuestros pecados. El tercer día, resucitó de entre los muertos y descendió a los infiernos antes de subir a los cielos.

—Como Orfeo. ¿Buscaba a su Eurídice?

—No, César.

—¿Era él mismo un dios?

—Tú lo has dicho.

—¿Y su padre lo dejó morir víctima del mismo suplicio que los esclavos? Vuestro dios es más cruel que Saturno, que devoró a sus hijos. ¿Tenéis entonces dos dioses?

—Adoramos al Único. Está encarnado en la persona del Bendito.

—Zeus hacía eso a menudo para gozar de una mortal. No para dejarse martirizar.

—Yeshua expió nuestros pecados.

—Debéis de ser unos grandes criminales. ¿Es cierto que admitís a los no circuncidados?

—Sí, César. La buena nueva está destinada a todos los hombres.

—¿Por qué rechazáis los dioses de los otros pueblos?

—Porque observamos la ley de Moisés.

—¿Qué haréis tú y tus amigos si coloco mi estatua en el templo de Jerusalén?

—Me desgarraré las vestiduras y me rociaré de ceniza la cabeza

—contestó Pedro, sin perder un ápice de placidez. —¿Eso es todo? —¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿No te alzarás en armas contra los romanos? ¿No capitanearás una revuelta?

—No. El Bendito nos ordenó dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. También nos dijo, poco antes de morir, que quien desenvainara la espada, por

la espada moriría. —¿Cuál es, según tú, la principal lección de Yeshua? —«Amaos los unos a los otros.» —¿Y cómo aplicáis este bello precepto? —Nos amamos con ternura. La nueva ley de amor dicta que el hermano ame a la hermana.

El emperador manifestó de repente un interés repentino por un interrogatorio que, hasta ese instante, había conducido con irónico distanciamiento.

—¿El hermano debe amar a su hermana?

—Yeshua nos dejó ese precepto.

—Es un precepto admirable. ¿Tu maestro no había viajado a Egipto?

—Cuentan que pasó tres años a la orilla del Nilo para aprender la sabiduría, pero yo nunca oí tal cosa de su boca.

—Esas cosas se mantienen en secreto.

Agripa se felicitó para sus adentros de que la conversación se desarrollara en latín. En griego, lengua que distingue el *eros* sensual del *ágape* espiritual, el malentendido se habría disipado enseguida.

—Si quieres instruirte en la doctrina de Yeshua, César, estoy a tu servicio.

—Por hoy ya he aprendido bastante. Tu secta me parece digna de encomio.

—Rezaré para que te sea concedida la luz.

En cuanto el pescador hubo franqueado la puerta, Calígula se dirigió a Agripa.

—Tenías razón, este hombre está dotado de poderes asombrosos. ¡Qué lástima que sea un inculto! ¡La cultura, amigo mío, la cultura! ¡Y él pretendía instruirme a mí! Su Yeshua estaba iniciado en los misterios de Isis. Es una pena que ese Sócrates no haya tenido un Platón y sus discípulos iletrados hayan interpretado al pie de la letra sus enseñanzas. ¡Mira qué idea, hacer partícipe de los misterios de Egipto a un pescador! Ese pobre hombre se imagina que su maestro es el hijo de un dios que se desdobló con el solo propósito de dejarse crucificar en Jerusalén.

—Sí, todos creen esa patraña.

—Da igual. De todas maneras son judíos a los que conviene prestar apoyo, puesto que nunca combatirán a los romanos. Has hecho bien en apostar por esta secta, tienes buen olfato político. Que un día esta cualidad te reporte una corona.

Aun cuando todavía no se trataba de una promesa, Agripa se marchó lleno de esperanza.

Chipre-Roma, mayo-junio del año 38

Los festejos celebrados en Salamina se prolongaron durante quince días en Pafos, principal ciudad de la isla. Había que recibir a todos y cada uno de los reyezuelos y gerifaltes que acudían en calidad de vecinos a presentar sus respetos al emperador y procurar no herir su quisquillosa susceptibilidad. Fue una agotadora ronda de fiestas y de discursos a la que asistía Drusila para no entristecer a su hermano, pese a que estaba aquejada de un infinito cansancio y de una palidez extrema que el maquillaje compensaba, devolviéndole todo el esplendor de su belleza. Calígula estaba más eufórico que nunca. Durante un festín, mientras sus anfitriones exaltaban la nobleza de sus orígenes, exclamó, citando a Hornero: «¡No tengamos más que un solo jefe, un solo rey!» Para entonces sostenía, incluso delante de los romanos, que su madre había sido fecundada por una serpiente divina, al igual que la de Alejandro Magno.

Drusila tenía la certeza de que si proseguía aquel viaje, no volvería a ver Roma. De regreso de la última recepción, una vez que las sirvientas la hubieron desvestido y desmaquillado, se resignó a desvelarle la verdad a su hermano.

—Estoy al límite de mis fuerzas, Cayo. Esta noche, he creído que iba a desmayarme.

El la miró y, de golpe, al descubrir la mortal palidez que disimulaba el colorete, la delgadez, las profundas ojeras, un profundo espanto se apoderó de él.

—Estás enferma —alcanzó a articular, con la boca seca. —Seguro que no es grave, pero me parece que más valdrá esperar al año próximo para el descenso del Nilo — señaló ella con una triste sonrisa de disculpa.

—Partiremos hacia Roma mañana mismo. Cayo salió, en plena noche, a impartir las órdenes. Cuando volvió, llevaba puesta, para tranquilizarla, la máscara de la despreocupación, pero ella sabía que lo torturaba la angustia. No se hacía ilusiones; había llegado la hora de pagar su deuda con los dioses.

El viaje fue para ambos una cruel representación. Ella aparentaba encontrarse mejor y él fingía creerla. Por la noche, en el puente, Cayo invocaba a Isis rogando por su curación y prometía sacrificios a Neptuno para que abriera la ruta al navio. Luego regresaba junto a ella, presa de un terror que nunca antes había experimentado ni siquiera bajo la mirada de ojos saltones de Tiberio.

Cuando llegaron por fin a Roma, trasladaron a la enferma al apartamento de Livia y pareció que el retorno a aquel marco familiar le devolvía un poco las fuerzas. Calígula no se apartaba de su cama, escrutando su demacrado rostro en busca del menor signo favorable. Sólo se permitió la entrada a los familiares próximos. Emilio Lépi-do no franqueaba la puerta, pero acudía todos los días a informarse del estado de su esposa y mostraba la aflicción pertinente. Lesbia estaba tan afectada que no lograba cruzar el umbral de la habitación. Tras besarla con ternura, Calígula le ordenó que se quedara en su casa, pues sus lágrimas lo dejaban sin ánimos. Afectada por una pena sincera, como si se arrepintiera de haber querido tan poco a la moribunda, Agripina buscaba una vía de escape en una actividad frenética, atosigando a Jenofonte, a quien pretendía dictar la cura. Su hermano le llamaba constantemente la atención.

Drusila se esforzaba por mostrarse convencida de que no corría peligro de muerte, pero la noche del décimo día se quitó la máscara. —Tengo una última cosa que pedirte, Cayo —dijo—. Prométeme que cuando yo me haya ido, te casarás y tendrás un hijo. El se estremeció de horror. —Pero ¿qué dices? Te vas a reponer. Ella sonrió con languidez.

—Si me haces esa promesa, me ayudarás a curarme. —Te lo juro.

Poco después, entró en agonía. En el último momento, inclinado sobre ella, él la oyó murmurar.

—Cayo... en las estrellas.

Al ver cómo su mirada se petrificaba, el mundo se vino abajo alrededor de él. Tal como en otro tiempo ella había hecho por él, se arrancó la ropa y se acostó a su lado, estrechando aquel cuerpo adorado que ya comenzaba a perder el calor. Jamás había creído que un hombre fuese capaz de sufrir tanto. Era Prometeo en la roca, con el hígado desgarrado por los buitres. Era el esclavo jadeante en la cruz, con las manos y pies traspasados. Padecía todos los suplicios, todos los dolores. Sobre él planeaba una terrible maldición. Estaba solo.

¿A QUE JUEGAS, CESAR? 10 de junio de 38 - 24 de enero de 41 d.C.

Roma, julio del año 38

Se había levantado viento y, sobre el tejado del Palatino, el Zeus mecánico mugía como un toro enfurecido cuando, dos días después de la muerte de Drusila, Agripina visitó a Lesbia. La benjamina de la familia no quería salir de su habitación y se negaba a comer, como si hubiera decidido morir de hambre. Aunque su hermana mayor la consideraba una descerebrada y la trataba con condescendencia, sentía afecto por ella. Además, Agripina, que no daba un paso sin premeditarlo, sabía que su anterior actitud con respecto a la difunta le había valido el rencor de Calígula. Sólo la pequeña Lesbia podía congraciarla con él. En cuanto la vio, ésta se arrojó en sus brazos sollozando.

—¡Pobre Drusila! ¡ Ay, habría preferido morir yo!

—Vamos, no digas tonterías y cálmate. Todos somos muy infelices, pero cuando se recibe un golpe así, conviene sobre todo no dejarse vencer por el desánimo.

—¡Estaba tan contenta cuando regresó a vivir aquí...!

—Nunca debió abandonar Rodas. Todo el mal vino de ahí.

—Volvió por Cayo. ¡Pobre Cayo, debe de estar destrozado! ¿Lo has visto?

—No. Nadie lo ha visto, y, según Calisto, se ha marchado de Roma.

—Drusila quería curarlo, y ha sacrificado la vida por él.

Agripina notó que su compasión cedía a la impaciencia.

—¿Sacrificado la vida? No exageremos.

—Sabes muy bien qué le pedía él. Ella no quería, porque le horrorizaba. Era tan pura...

—Escúchame bien, querida. No le cuentes eso a nadie. Drusila ya no está, y de nada sirve dar vueltas a la causa de su muerte.

—¡Si estuvieses tan apenada como yo...! —se rebeló Lesbia.

—Ya sé lo que piensas. Crees que yo no la quería.

Lesbia se enjugó los ojos.

—Tú eras dura con nosotros, siempre te has creído superior. Te consideras la única hija auténtica de Germánico. ¡Reconócelo, al menos!

Agripina contuvo la cólera que crecía en su interior. No había ido allí para pelear con su hermana, sino lo contrario.

—Es verdad, me porté mal con ella. Contigo también. He sido injusta y dura. ¡Es mi carácter, qué le voy a hacer! Ahora lo lamento, y mucho. —Esbozó una sonrisa afligida—. No soy tan mala como parezco, ¿sabes? Yo también sufro. Ahora es preciso que ayudemos a Cayo en lo que podamos. Debemos apoyarnos unos a otros. Cayo cree que yo lo detesto. Es falso, yo lo quiero, pero soy demasiado orgullosa para confesárselo. Lesbia la abrazó con ardor.

—¡Cuánto bien me hacen tus palabras! Esta gran desgracia servirá sin duda para unirnos a los tres. No te preocupes, Cayo sabrá lo que no te atreves a decirle. Ay, ojalá no haya cometido una locura, ojalá no se haya... ¡Sería demasiado horrible!

—No, Calisto no parecía inquieto. En mi opinión, sabe dónde se encuentra su amo pero ha recibido órdenes de no revelarlo a nadie. La desaparición del emperador preocupaba a Roma. Del mismo modo que en el pueblo situado en la falda de un volcán se observa el humo que anuncia la erupción, en el Foro los viandantes elevaban perezosamente la vista hacia el Palatino. Pocos eran los que conocían la verdad. Calígula, loco de dolor, se había refugiado con un reducido séquito en su villa de Alba desde donde, falto de fuerzas para asistir a los funerales, había enviado al viudo oficial, antes de irse a Sicilia, la orden de pronunciar el panegírico por la difunta. Circulaban rumores a cual más extraño: el emperador se

dejaba crecer la barba y el cabello, no bebía más que agua, se vestía con harapos y mendigaba para subsistir. Se había hecho castrar, como los sacerdotes de Cibele, y vagaba a la puerta de los infiernos, a la espera de ir en busca de su amada a la morada de Proserpina. Quienes estaban al corriente de su estancia en Sicilia juraban que iba a arrojarse al cráter del Etna para imitar a Empédocles.

Al cabo de quince días, llegaron a Roma los primeros decretos imperiales, que un cónsul leyó en voz alta en el Senado en medio de un silencio sepulcral. Todos los condenados a muerte debían ser ejecutados. Durante un periodo de duelo de duración aún imprecisa, quedaban suprimidos todos los festejos y banquetes. Todo el mundo debía llevar ropas oscuras. Se prohibía reír o incluso sonreír en un lugar público. Los taberneros no debían servir comida caliente. Además, a los caballeros, senadores y aristócratas se les vedaba, so pena de muerte, entregarse a los placeres de Venus.

Cuando su madre llegó de visita, Mesalina acababa de tomar su baño de leche de burra y dudaba entre una túnica azul de seda de Asiría y una de aquellas cuya tonalidad amarilla les valía el nombre de «melosas». Una vez tomada la decisión, una sirvienta roció el cuello de la joven con perfume de flor de viña de Chipre.

—¡Qué horrible sacrilegio!

—¿De qué sacrilegio hablas, hija mía?

—Del que se comete en lo tocante a Venus. La pobre Drusila no pedía tanto. Los criados son peligrosos. Es como si crucificasen a los esclavos que ven a sus amos haciendo el amor y no los denunciasen. De repente, Claudio ha dejado de tocarme; tiene demasiado miedo.

Lépida estimó llegado el momento de comenzar a mover los peones.

—No todo el mundo está asustado. Ahenobarbo se mofa de esa prohibición y no la toma en cuenta, aunque se queja de que le cuesta encontrar parejas. Hasta las sirvientas y las prostitutas temen por su vida. A propósito, me habla a menudo de ti. En su opinión, tú eres la más deseable de las romanas.

—¡ Ah, no, si está claro que me desea! Ya de niña, me perseguía por toda la casa, con los brazos extendidos y la lengua fuera. A ti te enfurecía, acuérdate.

—Bah, todo eso pasó. Ahora sólo somos amigos. Al final, me agotaba. ¡Qué fogosidad para un hombre de sus años!

—En todo caso, no se deja amedrentar, es valiente.

—¡Díselo tú, le encantaría oírlo! Siempre pasa por casa después de la sesión del Senado.

Mesalina se disponía a responder cuando Claudio irrumpió en la habitación, alterado por una violenta emoción.

—¡Los bom... los bomberos... el in... el incendio!

Las dos mujeres elevaron los brazos al cielo.

—¿Fuego? ¿Hay fuego en el palacio? —preguntó Lépida.

—No, ¿por qué?

—Tú has mencionado un incendio.

—Aquí no. En el Esquilino.

—¿Y por un incendio en el Esquilino te pones en ese estado?

—No, es él. ¡Ha vuelto!

Le llevó un buen rato explicar que había reconocido a Calígula en cabeza de un cuadrilla de bomberos que combatían el incendio.

—Pasaba en la litera cuando he visto a un joven alto y delgado en *lacerna* azul que impartía órdenes a quienes pugnaban por apagar el fuego. Como me ha dado la impresión de que se asemejaba mucho a Cayo he mandado parar a los porteadores. ¡Pues en efecto, era él! Lo he visto como os veo ahora a vosotras.

—¿Parecía enfermo? —se interesó Mesalina.

—No, está igual de atezado que un marinero.

—¿No ha hecho nada raro?

—No... Bueno, sí. ¿Conoces al edil urbano Vespasiano, bonita? ¿El que cena a veces aquí?

—¿Un moreno alto y muy musculoso?

—Ese mismo. Se encontraba allí y los bomberos se quejaban de que les dificultaba el trabajo el barro de la gran cloaca, que no habían limpiado bien. Cayo ha ordenado a un soldado que embadurnase con ese barro la cara de Vespasiano por su condición de responsable de tal negligencia.

—¿Y qué ha dicho Vespasiano?

—Ha dado las gracias al emperador por la lección y ha prometido que en adelante se aseguraría de que limpiasen las cloacas con más cuidado. Es un hombre hábil.

—¿Y el emperador no te ha hablado? —se extrañó Lépida.

—Me ha dirigido algunas palabras. Oh, casi nada. Me ha pre-guntado si todo el mundo en el Palatino observaba de modo rigu-

roso el luto por su hermana. Delante de mí —informó, mirando a Mesalina—, los guardias han detenido a dos viandantes cuyo aspecto no era lo bastante triste. ¿Lo ves, bonita? Ya te lo había dicho yo. En eso no transige. Por lo visto han llevado a las Gemonías a un comerciante culpable de haber asado una salchicha. Hemos de obrar con cautela.

—Tienes razón. Es lo más prudente.

Al día siguiente, Ahenobarbo no cabía en sí de gozo cuando Mesalina, que había llegado antes que él a casa de su madre, le dispensó una amable acogida. Pretextando sus muchos quehaceres, Lépida los dejó solos enseguida.

—Por fin te vuelvo a ver. Créeme que estoy muy...

Ella, demasiado hambrienta de realidades para entretenerse con discursos, se deslizó la estola por encima de la cabeza. Él no daba crédito a sus ojos.

—¡Por Hércules! ¡Por Júpiter!

Mesalina lo ayudó a quitarse la toga con premura. Al cabo de un instante, yacían sobre las baldosas del suelo. Una vez apaciguado el primer arrebato de pasión, él la llevó a la cama.

—¡Ay, si supieras, Mesalina, cuánto he soñado con este momento!

—Lo sé..., lo sé.

A continuación emprendió un nuevo asalto. De vez en cuando, ella gemía para infundirle ánimos.

—¡Oh, sí, Domicio! ¡Otra vez! ¡Oh, qué joven te conservas! ¡Qué vigor!

Con las sienas palpitantes y la respiración afanosa, Ahenobarbo se acostó de espaldas. Mesalina hubo de desplegar todo su arte para conseguir de él un *equus eroticus*. En plena cabalgada, sintió que el hombre dejaba de moverse debajo de ella. Tenía los ojos desorbitados y una expresión extraña; no pestañeaba y, de improviso, ladeó la cabeza, inerte. Mesalina lanzó un alarido.

Lépida acudió a toda prisa. Le bastó un ojeada para comprender lo que había pasado. Poco propensa a perder la sangre fría y a ceder al pánico, comenzó por propinar una bofetada a su hija, para cortar en seco su ataque de nervios.

—Vístete y vuelve a tu casa. Recuerda que no has puesto los pies aquí desde hace varios días.

Cerró los ojos del muerto y, con esfuerzo, le puso la toga. Después fue a buscar a su liberto

de confianza y a dos esclavos que se lo llevaron sosteniéndolo por las axilas, como a un borracho. Ella los siguió hasta la litera.

—¡No deberías beber tanto, Domicio! —lo reconvino mientras acomodaban el cadáver en los cojines—. ¡No olvides que tienes el corazón débil!

En la escalera, se encontró con Barbato, que bajaba a enterarse de lo que sucedía.

—Me ha parecido oír gritos. ¿Qué ocurre?

—Perdona que te hayamos interrumpido la siesta. He tenido que enfadarme con Domicio, que estaba borracho como una cuba. ¡A esta hora del día!

La muerte de Ahenobarbo fue atribuida a su tendencia a los excesos. El brutal personaje había dejado a demasiados esclavos lisiados para que sus sirvientes se preocuparan por indagar más. Por otra parte, el regreso a Roma del emperador suscitó tal revelo que el fallecimiento del senador pasó prácticamente inadvertido.

Roma, agosto-septiembre del año 38

Claudio encontró a su sobrino cambiado, pero no alcanzaba a dilucidar la naturaleza de su metamorfosis. Para un hombre que acababa de sufrir un cruel revés, se lo veía extrañamente poco afectado, además de delgado y endurecido, como si hubiera acudido a entrenarse con regularidad a la palestra. En su mirada se advertía, no obstante, un raro brillo. Daba la impresión de haber tomado una de esas determinaciones extremas que vuelven insensible a una persona, como el conjurado que, una vez decidido a matar al tirano, pierde todo interés en el resto del mundo.

—Su nuevo nombre es Pantea. En la tierra, era la epifanía de la Gran Diosa, pero entre las estrellas, sus hermanas la llaman Pantea.

—Pantea, la diosa universal. Bonito nombre. De todas maneras, Drusila era demasiado joven para este honor.

Se guardaba mucho de expresar lo que pensaba en el fondo. Para muchos romanos, la divinización o apoteosis no representaba más que un triunfo postumo, de tal forma que el «divino César» constituía una manera respetuosa de decir el «difunto César». El único mérito de la joven muerta residía en haber sido amada por el emperador. Las malas lenguas no dejarían de señalar que la apoteosis exaltaba el incesto.

—No existe una edad apropiada para convertirse en dios —replicó con aspereza el emperador.

—En todo caso, Pantea es un hermoso nombre.

—El pueblo romano adora a dioses apagados, sin esplendor, muy propios de él. Júpiter, que reina en el Capitolio, Marte, dios de las batallas, padre y autor del nombre romano, Vesta, guardiana de los hogares... Dioses utilitarios. Reconoce que todo eso carece de poesía.

—Roma habría debido inspirarse más en los etruscos.

—Y que lo digas. Roma ha cometido todos los errores posibles, y el primero fue el de descartar la realeza. Julio César lo había comprendido y por eso mandó añadir su estatua a las seis estatuas de los reyes antiguos del Capitolio. Para gobernar Roma, hace falta un rey.

—Es posible —concedió con prudencia Claudio, temeroso de que Cayo se enfrascara en su habitual comparación entre la mediocridad de Roma y las maravillas de Oriente.

—Los romanos se imaginan —prosiguió el emperador— que los dioses son más importantes que las diosas; se olvidan de cómo se creó el mundo. La Gran Diosa madre alumbró a su esposo, que era su hijo y su hermano a la vez, a fin de que engendrara en ella las Tinieblas, el Día, el Mar y las Estrellas. Por eso las diosas priman sobre los dioses. Atenea de ojos claros, Afrodita nacida de las olas, Cibele la Gran Madre de Frigia, Hécate y sus perros. Y, sobre todo, Isis, que reunió los pedazos dispersos de su hermano. ¡Y finalmente nuestra Pantea!

—Pero es el Senado el que decreta las apoteosis.

—La votará por aclamación. Me han pedido ya permiso para instalar el retrato de Pantea en la sala de sesiones de la Curia. Tú serás su primer gran sacerdote.

—¿Yo? Pero...

—No protestes, conozco tu modestia, pero está fuera lugar. Nadie merece este honor más que tú. Claro está que conviene que colabores en la construcción del templo y en el establecimiento de la cofradía. No le corresponde al Estado correr con tales gastos.

—¿Cuan... cuánto?

—Un millón de sestercios.

—Pero, pero...

—Si consideras que puedes aportar más, yo no me opongo, por supuesto, pero un millón de sestercios me parece una cantidad razonable. Y ahora me perdonarás, tío, pero he de rendirle una visita de condolencia a Agripina. Cuídate y saluda de mi parte a Me-salina.

—¿Piensas mantener durante mucho tiempo las prohibiciones relacionadas con el luto?

—Las levanto todas. No hay que pensar ya en llorar a la mortal sino en honrar a la diosa.

—No presenta el aspecto de un hombre desdichado ni abrumado —observó Claudio al referir la entrevista a Mesalina—. Se lo ve más sosegado que antes. En realidad, ha anulado las medidas de luto. Es una buena noticia para nosotros, ¿verdad, bonita? Hay que celebrarla sin demora.

La llevó a su habitación donde, escarmentada por el mal trago pasado, ella evitó practicar el *equus eroticus*. Aquel violento ejercicio no sentaba bien a los hombres de cierta edad.

Desde la reaparición de Calígula en Roma, Agripina no se había encontrado con él a solas. Cuando la visitó, ella intentó averiguar qué efecto causaba en él. Permanecía calmado y sereno pero, de vez en cuando, una mirada o un gesto delataban una angustia insoportable, como si se ahogase bajo la coraza de bronce que se había impuesto. Tras escuchar las fórmulas de rigor sobre el dolor de perder a una esposa, mandó venir a la nodriza con el niño. El bebé pelirrojo, congestionado por la cólera, emitía alaridos agitando los puños en el aire. Calígula lo observó con un leve ademán de repugnancia.

—¡Felicidades! Es el vivo retrato de su padre. —Se regodeó al comprobar que Agripina se estremecía de indignación, antes de proseguir, meloso—: Consuela contemplar a la generación futura. Cuando nosotros nos hayamos ido ya, ellos tomarán el relevo. ¿Qué crees que le depara el destino a este niño?

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—A juzgar por su vigor, debería emprender una carrera en el ejército. Sería un general excelente. Por otro lado, con el chorro de voz que posee, podría arengar a las multitudes con menos esfuerzo que Cicerón o Demóstenes. ¿Qué opinas? ¿Nerón soldado o Nerón

abogado?

Agripina se parapetó tras un desdeñoso silencio.

—O quizás algo más elevado, ¿quién sabe? —prosiguió Cayo—. Todas las posibilidades están abiertas para el sobrino del emperador.

¿Se burlaba de ella o se trataba de una alusión a una posible adopción? Al fin y al cabo, Nerón era su único heredero varón. Con un gesto, ella indicó a la nodriza que se llevara al pequeño.

—El porvenir está en manos de los dioses —declaró con modestia—. Nerón será lo que ellos decidan. Yo soy sólo su madre.

Invitó a Calígula a tumbarse en el diván, junto a ella y, como arrastrada por una oleada de recuerdos, comenzó a evocar su infancia. Enseguida, él recobró la seriedad. Agripina se acordaba de detalles ínfimos que había guardado en la memoria, como la piel de oso que les servía de manta en la tienda de Germánico, los atuendos de viaje de su madre, el legionario que les fabricaba juguetes de madera. —¿Y el día en que Drusila perdió la muñeca, la que se había caído en el caldero de los guardias y había quedado toda chamuscada? ¿Recuerdas lo contenta que se puso cuando tú la encontraste? «¡Cayo es el más bueno de los hermanos!», gritaba.

De repente, anegado en lágrimas, Calígula la abrazó por el cuello como el náufrago que se aferra a un madero flotante. Agripina le susurró palabras de consuelo mientras él se dejaba caer sobre sus pechos firmes y perfumados. Ella notó que aumentaba su turbación. — ¡Ven, Cayo! ¡Déjate consolar por tu hermana que te quiere! Tras hacer el amor con furia, él se tapó la cara con las manos. Al cabo de un buen rato, las bajó y la miró con desencanto.

—¡Tú no serás nunca ella, no te hagas ilusiones! Nadie puede remplazarla.

—Tampoco lo pretendo —aseguró ella, procurando adoptar un aire de humildad—. Sólo quería ayudarte.

Sin responder, Calígula restó importancia al incidente con un gesto de la mano.

Ella había jugado su baza sin demasiada fe y, en cierta manera, como un descargo de conciencia. Puesto que su hermano no adoptaría a Nerón, ahora tendría que encontrarle un padre que ocupara un cargo elevado en Roma. Aun cuando temía caer bajo la autoridad de un nuevo amo, después de soportar frecuentes violaciones por parte de un patán, deseaba descubrir la ternura de un hombre.

Durante los días siguientes, repasó la lista de posibles candidatos y se decidió finalmente por Emilio Lépidio. Por orden del emperador, éste había pronunciado, a fuer de viudo, el discurso fúnebre de Drusila. Cuando al regresar Calígula le habían enseñado el texto, había quedado muy satisfecho. No contento con felicitarlo, lo había obsequiado con un presente digno de consideración e incluso lo había admitido en la cofradía de los Hermanos Arvales. Por otra parte, Lépidio era un hombre de buena presencia, cortés y previsor, y no cabía esperar de él la menor brutalidad.

Con la primera mirada que ella le dedicó, él adivinó al instante sus intenciones. Aquella unión significaba para él el mejor medio de permanecer en el círculo íntimo de la familia imperial, pero antes de nada, debía cerciorarse de que Calígula no pusiese reparos. Pidió a Calisto que lo sondeara con discreción y el liberto le transmitió textualmente su respuesta:

—Me alegraré por Agripina porque es mi hermana, y me apenaré por Emilio porque es mi amigo.

Alentado por aquel cáustico consentimiento, Emilio Lépidio se declaró. Agripina no tardó en advertir que, aunque ardiente en la cama, su concubino presentaba para todo lo

demás un temperamento timorato y respetuoso, cosa que no le preocupó demasiado, pues sabía que ella tenía energía de sobra para los dos.

Faltaba poco para la apoteosis de Drusila. Ésta se celebró en el campo de Marte, el día 23 del mes de septiembre. Todas las instituciones estaban representadas en torno a la hoguera donde quemaron el maniquí simbólico; el senado requería un testimonio ocular para proclamar la divinidad de Drusila. En el momento en que se elevaba la llama más alta, el senador Livio Germino profirió un grito y se prosternó. Él había visto ascender al cielo la paloma que transportaba el alma de la difunta. Con voz de trueno, lanzó las peores maldiciones sobre él y sus hijos si no decía la verdad. El emperador lo mandó acercarse.

—Tu aguda vista y tu piedad merecen una recompensa. Te has ganado un millón de sestercios.

El público prorrumpió en aclamaciones y luego comenzó el desfile. La guardia pretoriana y todos los caballeros al servicio del ejército romano marcharon ante la hoguera en uniforme de combate. Los hijos de las familias patricias ofrecieron a continuación el espectáculo de una cabalgata troyana, haciendo alarde de sus talentos ecuestres con escauceos y ejercicios que arrancaron una ovación a la Multitud.

Al día siguiente, el Senado decidió que se erigiera en el Foro una estatua de Venus con las facciones de Drusila. Claudio ejercería la presidencia del colegio de sacerdotes de Pantea y se organizarían juegos en honor de la nueva diosa. Además, se debía edificar en Roma un templo para su culto, privilegio que no se había otorgado más que a Julio César y a Augusto.

Tan prodigiosa distinción se concedía a una mujer de veintidós años, muerta sin méritos destacables, y que ni siquiera había sido madre. Los romanos estaban escandalizados, pero aplaudieron.

Roma, octubre del año 38

El músico tocó un acorde y Calígula adoptó la pose del declamador. Las representaciones habían retomado su curso en la cuadra-teatro de *Incitatus*. El emperador, que desde la divinización de Pantea manifestaba predilección por los temas mitológicos, recitó con voz vibrante los versos de Hornero:

Cuando los amantes hubieron subido

a su bien construido lecho Anquises, primero, del cuerpo de Afrodita

quitó los resplandecientes aderezos, broches, pulseras en espiral, pendientes y collares. Desanudó el cinturón, deshizo el rutilante vestido. Desnuda estaba ella por su mano,

con la ropa puesta en un asiento con clavos de plata. Luego, de acuerdo con la

*voluntad de los dioses y el dictado
del destino, él mortal, poseyó a la Inmortal.*

A aquella escena, representada a la perfección, sucedió un episodio de los amores de Hércules y Onfalia, y después una recreación del homenaje que rindió Júpiter a Alcmena haciéndose pasar por su esposo. Al final, todos los dioses masculinos del Olimpo honraban a la protagonista. Tras saludar, Mesalina fue a pedir su opinión al emperador. Con el transcurso de los meses, entre ellos se había forjado una afectuosa complicidad. En tanto que la alta sociedad roma-

na temblaba ante sus terroríficos caprichos, ella veía en su dramaturgo al más amable de los hombres.

—Has estado perfecta, como siempre.

—Gracias, César, pero si me permites una crítica, declamabas un poco demasiado deprisa. Al desvestirme, Anquises me ha arañado con la hebilla y casi me estrangula con el collar. Por eso, he estado menos concentrada en el personaje.

—Tienes razón, hablaré más despacio en adelante. Permíteme que te plantee una leve crítica por mi parte. En el segundo cuadro, no era en los pies donde Mercurio necesitaba alas. A su *lancea* le ha costado levantar el vuelo. ¿No la habrás descuidado un poco?

—Es posible. Confieso que prefería el papel de la troyana; allí había más movimiento. Y además me distrae a menudo la idea de que mi marido...

—No te preocupes por él.

—Prométeme que si a un auriga se le va la lengua, lo harás crucificar.

—¿Crucificar a un Verde? ¡Cómo exageras! ¿Quieres que ganen los Azules? De todas maneras, yo te protejo; Claudio no chistará, porque me teme. ¡Ojalá lo hubieras visto esta mañana! No se atrevía a decirme que no, aunque estaba loco de rabia.

Pidió que le llevaran la litera y partió sin más explicaciones. En cuanto vio a Mesalina, Claudio abandonó la partida de *la-trunculi* que disputaba con un liberto.

—¡Ah, ya has vuelto, bonita! Sí que te has entretenido en casa de tu amiga. ¡Ay, nuestro Cayo hace cada cosa...! —¿Qué sucede? —Ha destituido a dos cónsules.

—¿Es grave?

—Lo sería si el Senado se revolviere contra su decisión, pero no lo hará. Lo verdaderamente grave es que me ha encomendado dos misiones, a cual más ridícula. No sé cómo voy a terminar mi historia de los tirrenos. —Mandó que le secaran la boca antes de proseguir—. Le ha tomado tirria a las estatuas de los proceres y ha cursado órdenes de mear sobre ellas. Yo estoy encargado de verificar que tan noble tarea se lleve a cabo. Ha osado incluso decirme que si yo mismo meaba, me haría acreedor de su gratitud. —Bromeaba.

—Sí, a su manera. Más vale obedecerle. La segunda misión resulta también muy curiosa. ¿Conoces al gobernador de Panonia, Cayo Calvisio?

—Perfectamente. Su padre, un amigo de los Mésala, frecuentaba nuestra casa. Es un hombrecillo discreto y apagado que se casó con la guapa Cornelia.

—¡Es más cornudo que Barbato! Esa Cornelia se encaprichó del ayudante de campo de su marido y lo acompañó, disfrazada de hombre, en su gira de inspección de los puestos de guardia. Después, se pusieron a hacer el amor en medio de las insignias sagradas. —¡Oh, no es posible!

—Pues sí, algunas mujeres son unas desvergonzadas. Incurrieron en un delito contra la disciplina militar, agravado por un sacrilegio. Pues bien, Cayo quiere que yo vaya a dirigir

la investigación allí mismo. No me será posible llevarte conmigo porque se trata de un asunto muy delicado. La criminal es la hermana de Getúlico, comandante de las cuatro legiones del Rin.

—¿Getúlico el Hermoso?

—El mismo. ¿Por qué querrá mandarme allá Cayo? ¡Casi dos meses sin ti! Es como esa manía que tiene de ponderarme tus dotes de actriz. El histrión es él; me ha recibido disfrazado de Apolo. Hace tres semanas que no lo veo en toga. ¡Fíjate qué efecto debe de causar a los senadores! ¡Cuando pienso que considero atinado confesarles que había conservado la copia de todas las denuncias que afirmó haber quemado!

—¿No debía hacerlo?

—Por supuesto que no. Es como si un general mostrara al enemigo todas sus armas antes de una batalla, para que no los tomen por sorpresa. Había que guardar el secreto.

—Yo también guardo un secreto. Un secreto que quizá te guste.

—¿Qué secreto?

—Adivina.

—¿No... no estarás... esperas...?

—Sí. No estaba segura, pero Jenofonte lo ha confirmado.

Vacilante a causa de la felicidad, Claudio fue a sentarse para anegarse en lágrimas con mayor comodidad.

Roma, enero-septiembre del año 39

Durante las semanas posteriores, el juramento que Calígula había prestado a Drusila en su lecho de muerte no paraba de atormentarlo. Lo embargaba la sensación de que casarse equivaldría a renegar de su boda secreta con su amada hermana. El primero de enero del nuevo año, tomó la decisión de cumplir con su promesa y convocó a Jenofonte. Colmado de honores y de prebendas, el médico había fundado una escuela de obstetricia y era el partero oficial de las damas del Palatino.

—Necesito tus consejos —le anunció el emperador—. Quiero tomar esposa que me dé un heredero. ¿Cómo se puede tener la certeza de que una mujer es fértil? ¿Es cierto que debe ser ancha de caderas, pelirroja y pecosa?

—Eso son cuentos. La fertilidad depende únicamente del estado de la matriz. Conviene que ésta no sea demasiado seca ni demasiado húmeda, ni esté demasiado abierta ni demasiado cerrada. El orificio debe encontrarse bastante adelante y presentar un acceso directo y fácil.

—¿Y cómo quieres que compruebe eso sin un médico armado de un espéculo?

—El profano puede basarse en algunos indicios. Las reglas deben ser regulares y la sangre fluida. Por lo demás, es preciso que la mujer goce de buena salud y que te inspire deseo.

—¿Es bueno que ella sienta placer con el acto?

—¡No, en absoluto! El placer de la mujer es enemigo de la concepción. Por el contrario, si el hombre no disfruta, el esperma que emite no resulta eficaz.

—¿Existen medios de asegurar la concepción? —Las probabilidades aumentan adoptando la postura de los animales cuadrúpedos. Los gérmenes alcanzan con mayor facilidad el objetivo gracias a la inclinación del pecho y al levantamiento de las caderas. Por otra parte existen diversas recetas, cuyo objeto es ante todo estimular el poder procreador del varón. Si lo deseas, maceraré el hocico y los pies del lagarto al que llaman escinco en vino blanco con satirión. Esta misma hierba, tomada con leche de oveja, favorece la erección.

—¿Y las fumigaciones fétidas?

—Algunos de mis colegas las practican, pero en mi opinión, no funciona. Nunca he visto que una clienta conciba un hijo sólo por colocarse en un asiento bajo el que arden unos caracoles. Por otra parte, si ésta toma de manera repetida una decocción de matriz de liebre, se obtienen buenos resultados. Cuando hayas escogido a tu pareja, se la prepararé si así lo deseas.

—Probaré varias mujeres antes de casarme con una. Pediré que me presten algunas matronas que ya son madres, como antaño prestó Catón a su fecunda esposa Marcia a su amigo Hortensio, que le engendró dos hijos antes de devolvérsela.

A partir de esa entrevista, el emperador inició la búsqueda. Durante los banquetes, tal como había hecho en la boda de Orestila, abandonaba la sala llevándose a la esposa de algún comensal y, de regreso, comentaba en voz alta el comportamiento de ésta. Los asistentes reían, pero el marido y sus amigos se convertían en enemigos mortales suyos. Él, no obstante, no se entregaba tanto a un acto licencioso como a la ejecución paciente de un objetivo. Con las indicaciones de Jenofonte en mente, buscaba en el cuerpo de sus compañeras de una noche el signo que revelaría su fertilidad.

Como los abrazos al margen de los festines resultaban poco convincentes, Calisto recibió el encargo de organizar la búsqueda de manera más metódica. Se convocó al Palatino a las mujeres que cabía esperar que sirvieran. Calígula les inspeccionaba con detenimiento el cuerpo antes de probar suerte con ellas.

Aguardaba una señal del cielo. Mientras se construía el templo de la nueva diosa, el culto a Pantea se celebraba delante de la esta-

tua de Venus. Claudio ofició dos meses allí antes de que lo sustituyera en sus funciones de gran sacerdote un rico armador que compró el honor por un millón de sestercios. Calígula asistía casi todos los días a los sacrificios y las ceremonias. Allí reparó en una mujer que rezaba, con la mirada fija en la cara de oro esculpido a la semejanza de su hermana. Le llamó la atención su fervor. Se llamaba Lo-lia Paulina. Madre de dos hijos, pertenecía a una excelente familia; su abuelo había sido cónsul en la época de Augusto. Estaba casada con el gobernador de Macedonia y de Acaya, y pasaba unas semanas sin él en Roma. Convocado de inmediato, el dignatario realizó el viaje atezado por la angustia. En el puesto que él ocupaba, uno se enriquecía deprisa, pero estaba expuesto a que lo obligasen a restituir lo ganado. Cuando oyó explicar al emperador el motivo de su viaje, experimentó un gran alivio.

—He decidido casarme con tu esposa.

La respuesta fue la previsible.

—Nos haces un gran honor a los dos, César.

El hombre regresó a sus provincias más rico aún que a su llegada.

Un mes después de la boda del emperador, otra mujer se declaró encinta de él. Cesonia era una viuda de casi treinta años, madre de tres hijos, que no destacaba por su juventud ni por su belleza. La habían incluido entre las candidatas sometidas a prueba porque su madre, Vestilia, se había ganado cierta fama por haber dado hijos a seis maridos sucesivos, y la fertilidad se tenía por un atributo hereditario.

En cuanto Calígula se enteró de ello, la mandó llamar. Le sorprendió la manera en que aquella mujer de anchas caderas y mirada directa respondía a sus preguntas. A diferencia de todas las demás, no se mostraba solícita ni servil. Se dirigía al amo del mundo con el mismo tono distendido que habría empleado con cualquiera y no

parecía deseosa de sacar la menor ventaja para sí ni sus hijos del prodigioso destino que se abría ante ella y que, visiblemente, la divertía mucho.

Al emperador le gustó aquella actitud. Le satisfacía, asimismo, que la elegida no fuera hermosa, pues creía que demostraría mayor fidelidad a la memoria de Drusila casándose con una mujer por la que no sentía una gran atracción sensual. Cuando le comunicó la decisión tomada, ella expresó una advertencia.

—Espera a saber si es un niño. ¡Si te doy una hija, no estarás muy contento!

—¿Y quién te dice que quiero un varón?

Calígula disfrutó con la estupefacción que asomó al rostro de la mujer.

Se divorció de Lolia Paulina con todos los miramientos, la cubrió de regalos y la nombró sacerdotisa de Pantea a fin de que propagara el nuevo culto en Macedonia. La repudiada se alegró de volver con el marido del que la habían separado.

Agripina recibió con consternación la noticia del embarazo de Cesonia. Su peor pesadilla se hacía realidad: era posible que naciese el hijo de Cayo y que, un día, llegaría a considerar a Nerón como un rival. Ella estaba dispuesta a todo por defender a su hijo.

Roma, septiembre del año 39

El escándalo de Panonia conmovió a toda Roma. Nunca, desde el suceso de las bacanales, en que habían descubierto a unos hombres disfrazados en una ceremonia reservada para las mujeres, habían ido tan estrechamente unidas la religión y la depravación.

El interés se había avivado con el suicidio de Cornelia y de su marido, que habían querido evitar a sus familias la deshonra de una condena. Ninguna noticia podía resultar más placentera para Claudio, que se veía así dispensado de su misión.

Agripina se preocupó poco del asunto hasta el momento en que Lépidio le comentó de pasada que el comandante de las legiones del Rin, Léntulo Getúlico, hermano de la escandalosa Cornelia, era amigo suyo de la infancia y que se encontraba en Roma desde hacía

unos días, en respuesta a una llamada del emperador. La hermana de éste se extrañó de que no lo conociera.

—Sólo le gusta la vida de los campamentos.

—¿Qué aspecto tiene ?

—Lo apodan Getúlico el Hermoso. ¡Con eso está todo dicho!

Por lo demás, es el perfecto militar, siempre en uniforme y con el barboquejo en la barbilla. Nunca ha querido casarse porque según él resulta incompatible con el oficio de las armas. Sus legionarios lo adoran.

—Si tiene tu edad, es joven para ocupar un puesto tan impor- tante.

—Tiene un año menos que yo. De niño, sólo soñaba con hacer

la guerra, no quería ejercer ningún cargo civil. Lo ascendieron a centurión en el campo de batalla a los diecisiete años. Desde entonces, no ha abandonado el ejército. —Me gustaría conocerlo.

—Detesta la vida social, pero venera la memoria de Germánico de modo que se sentirá halagado si lo invita su hija.

—Es una buena idea. Le diré a Lesbia que venga. Así conocerá a dos hijas de su admirado procer.

Getúlico no se hizo de rogar. Su prestancia y su belleza quedaban por encima de todo elogio. Cuando Lesbia vio al invitado, fue incapaz de pronunciar una palabra ni de tocar su plato; la flecha de Cupido la había atravesado. El guerrero se mostró también muy sensible a su encanto. Durante toda la velada, le dedicó a hurtadillas miradas admirativas. Mientras fingía no reparar en aquel idilio incipiente, Agripina se felicitaba para sus adentros, porque venía de perlas para sus planes.

Aquella misma mañana, Calígula había recibido a Getúlico. Éste tuvo que vaciar varias copas para hallarse en condiciones de rememorar la audiencia.

—Me ha dicho que todo el asunto le había dado mucha risa. ¡Risa! ¡Un ultraje a las águilas de las legiones, y el jefe supremo de los ejércitos lo encuentra divertido! Ah, Tiberio no se habría comportado así. Perdóname por hablar con tanta confianza de tu hermano, pero debo confesar que en lo tocante a mi hermana ha empleado unas palabras... —Enrojeció de furor al recordarlo—. Unas palabras injustas.

Agripina comprendió que había que aplicar el bálsamo allí donde se había abierto la herida.

—Tu hermana era inocente.

Getúlico levantó la vista hacia ella con gratitud.

—Ah, cuánto bien me hace escuchar la verdad de tu boca. En vano se lo he reiterado al emperador. Le he explicado que ese miserable arrastró a Cornelia en contra de su voluntad hasta las insignias. Ella apenas conocía su existencia, pero él quería cometer un sacrilegio, para deshonorar su legión. Se sirvió de la pobre Cornelia, que por desgracia cedió a sus requerimientos.

—Compadezco de todo corazón a tu hermana. Conozco a vuestra familia y sé que es respetable.

—Tú tienes el alma generosa. Tu hermano la ha deshonorado. Ha tratado a Cornelia delante de testigos de...

Ella advirtió que Getúlico apretaba los puños conteniendo un acceso de odio e impotencia.

—Olvida la palabra que ha utilizado como sin duda la ha olvidado ya él mismo.

—¿Olvidar eso?

—A veces ocurre que no controla sus palabras.

—¡Estáis hablando del emperador! —susurró Lépidio, nervioso por el derrotero que tomaba la conversación—. Os puede oír un criado.

—¡Que me oiga! ¡Nadie me impedirá decirle la verdad a mi hermano, le guste o no! Aparte de a su tímido concubino, desafiaba al mundo entero con su pequeño mentón cuadrado.

—¡ Ah, eres digna hija de Germánico! Mi padre, que estuvo a sus órdenes, me

contaba que nunca disimulaba lo que pensaba.

—Sí, y yo amo el ejército. Mi hermano lo detesta.

—¿Cómo es posible? Si se crió en los campamentos y fuimos nosotros quienes le pusimos el sobrenombre de Pequeña Bota. No es normal.

—Ha estado muy enfermo. Hubo un tiempo en que poseía una mente lúcida. Sufrió tanto en Capri que, a veces, produce la impresión de estar...

—¡Éste no es un tema apropiado de conversación! —atajó Lépido, mirando en derredor atemorizado.

Lesbia decidió que su hermana estaba acaparando al guapo oficial.

—Es cierto. Mejor habíamos de las mujeres de Germania. ¿Es verdad que algunas de ellas son muy hermosas?

Getúlico emitió una exclamación de protesta y, con los ojos fijos en ella, comparó el gracioso encanto de las morenas romanas con los insípidos tonos rubios de las hijas del Rin. Ella, curiosa, solicitó precisiones sobre sus célebres cabelleras, que él intentó darle, excusándose por su ignorancia. Lesbia remató la conquista cuando le aseguró, con lágrimas en los ojos, que comprendía a la pobre Cornelia y la compadecía con toda el alma. No recobró la sonrisa hasta que él le pidió en susurros una cita.

Unos días más tarde, un banquete imperial los reunió de nuevo.

A lo largo de las paredes de la amplia sala se erguían estatuas de dioses que llevaban sin excepción una máscara de cera con la efigie del emperador. El comandante de las legiones del Rin quedó atónito ante semejante sacrilegio. Calígula llegó en compañía de Helicón precedido de dos flautistas femeninas. Su cuerpo, desnudo bajo un velo transparente, estaba recubierto de relucientes lentejuelas.

—¿A qué juega el César? —preguntó el oficial, incapaz de reprimirse.

—No le conocía esta indumentaria —le contestó Agripina—. Normalmente se disfraza de Zeus, Neptuno o Mercurio.

Los platos estaban deliciosos y los comensales hacían los honores. De improviso, el emperador elevó la voz y el silencio invadió la sala.

—Amigos míos, me he enterado de que el rey de Nemea vive con el terror de que lo maten por orden mía. He decidido demostrarle mi clemencia. —Dosificó el efecto de sus palabras, antes de proseguir en tono sarcástico—. A fin de abreviar su agónica espera, le envío hoy mismo la orden de ejecución. ¡Y ahora, bebamos por mi bondad!

Estalló un clamor de risas y ovaciones.

—¡Era amigo mío! —suspiró Agripina, como para sí, y observó que el hermoso rostro viril de Getúlico se endurecía.

—¿En qué piensas, que estás tan serio? —le preguntó Lesbia—.

¿En tus legiones?

Él le devolvió la sonrisa, antes de citarle la célebre frase de Horacio.

—«Pienso en aprovechar el día.»

—En aprovechar la noche, mejor dicho —lo corrigió ella con picardía.

La víspera de su regreso a Germania, Getúlico efectuó una visita de despedida a Agripina.

Ésta advirtió que dudaba si abordar la cuestión de la que a todas luces quería hablarle.

—Me pregunto si Roma... ¿No crees tú que...?

—No pienso en otra cosa. Roma se encamina al desastre. Ella está por encima de todo.

—Eres digna hija de Germánico, no hay duda.

Consciente de que con los militares más vale no andarse por las ramas, ella lo obligó a tomar una decisión en el acto.

—Como ya habrás notado, mi hermano está muy enfermo. Por el interés de Roma, no conviene que continúe ejerciendo el poder. Mientras mi hijo Nerón no alcance la edad para reinar, el Imperio debe pasar a manos de mi tío Claudio. Pese a la deformidad de su cuerpo, tiene una mente ágil. Consigue que lo aclamen tus legiones y yo me ocupo de Roma. Cuando todo haya acabado, me encargaré de que el Senado reconozca la inocencia de tu hermana. Conviene que Lesbia no sepa nada, porque a veces habla sin medir las consecuencias. ¿Cuento contigo?

—Sí, te lo juro. Pero va a ser preciso...

—Lo sé. Amo a mi hermano, pero antepongo a ello la salud de Roma.

Antes de regresar a su destino, Getúlico sólo habló de su plan con Emilio Lépido, el viejo amigo en quien depositaba toda su confianza.

Roma (Galia)-Germania, octubre-diciembre del año 39

Temeroso de haber comprendido mal, Veranio quiso escuchar de nuevo la orden.

—¿Que todo el mundo parte hacia Galia dentro de tres días?

—Sí, y no me digas que es imposible.

—Nada es imposible para los dioses.

El efeméride del emperador sabía cómo conservar su confianza. De todas formas era bien consciente de la ingente cantidad de problemas por resolver, como la elección de las etapas, la comida y el alojamiento de los hombres o el forraje para los caballos. Se trataba de una tarea sobrehumana. Aquella precipitación del todo injustificada iba a salirle muy cara al tesoro público, que ya se hallaba casi vacío.

—¿Has calculado una duración concreta para este viaje?

—Ya veremos eso más tarde. Las legiones de Italia deberán reunirse conmigo en Lyon.

—¿Al completo?

—Sí.

—¿En más de dieciséis cohortes?

—Por supuesto.

—A tus órdenes.

¿Qué pretendía hacer con tamaño ejército? Aquello era mucho más de lo que se necesitaba para garantizar su protección, y la Galia se encontraba en un periodo de paz total.

—Puedes retirarte. Dile a Calisto que vaya a buscar a Claudio.

El emperador se abstraigo en la contemplación de la mesa de Cicerón.

Unas tosecillas y resoplidos lo movieron a levantar la vista. Vestido con una toga irreprochable pero pasada de moda, puesto que hacía ya tiempo que no se cortaba la tela en semicírculo, Claudio se alzaba ante él, tan asustado como si lo hubieran arrancado de un sueño profundo.

—Partimos hacia Galia dentro de tres días.

—Eso es lo que acaban de decirme. ¿Qué ocurre? De haberlo sabido antes, me habría preparado. Este viaje resulta inoportuno. No quiero separarme de Mesalina que, como sabes, va darme un hijo.

—Eso nunca ha impedido viajar a una mujer. Además, yo llevo a Cesonia, que está en la misma situación. —¿Y por qué a Galia?

—Quiero conocer Lyon. Tiberio invirtió fortunas en la construcción de edificios, y la ciudad erige un templo a Pantea. También quiero ver en persona los lugares donde

combatió el divino Julio. «Llegué, vi y vencí...» ¡Qué estilo! A propósito, se me ocurre una idea. Vamos a representar el asedio de Alesia. Pero en versión mejorada. Tras la rendición, Vercingetórix será crucificado. No albergo la menor intención de llevarlo hasta Roma para el desfile triunfal. ¡Qué soberbia escena final!

Su tono de guasa despertó en Claudio la sospecha de que se burlaba de él, pero no estaba completamente seguro.

—Muy... muy bien —tartamudeó.

—Me encanta que te guste. Tenía la errónea impresión de que no te agradaba el teatro. Sin embargo, tu esposa destaca en escena.

—Siempre dices eso. Quisiera verla actuar alguna vez. Ella es incapaz de describirme ni siquiera una de las obras en que la incluyes.

—¡Paciencia! Por otra parte, no estoy seguro de que esa clase de teatro sea de tu agrado. No se trata de tragedias. Es algo más ligero, más animado, que considerarías vulgar.

—Detesto a Plauto, pero la comedia de calidad sí me hace reír.

—No sé si te reirías.

—Seguramente tienes razón. Prefiero los gladiadores. De todas formas, me gustaría asistir alguna vez a una de las representaciones. ¡Mesalina es una mujer tan sorprendente...!

—Más sorprendente de lo que crees. No quiero hacerte perder más tiempo, tío; debes ultimar los preparativos.

El cortejo se puso en marcha en el día y a la hora previstos. Era un río interminable de vehículos de toda suerte, pelotones a caballo y tropas a pie. La familia imperial viajaba en enormes dormitorios ambulantes, arrastrados por seis robustos caballos y equipados con todo lujo. Un considerable espesor de cojines preservaba a los viajeros de las sacudidas provocadas por los baches. Para acrecentar aun más la comodidad de las dos futuras madres, se aminoraba el paso en los caminos escabrosos y se aceleraba el ritmo en cuanto se abría ante ellos una vía más plana.

Los soldados de infantería, que llevaban cargas muy pesadas, los seguían trabajosamente. Calígula ordenó transportar las insignias sagradas a lomos de mulo. Los legionarios vieron en ello una grave falta de respeto, una blasfemia incluso. Les extrañaba el comportamiento de su comandante supremo, que, todas las noches, en cada parada del recorrido, se entregaba a ruidosas juergas en compañía de civiles poco recomendables.

Se hallaban a dos días de Lyon cuando el jefe del Estado Mayor anunció que rodearían la ciudad para atravesar el país de los sécuanos y después las colinas de Loches, teñidas ya de rojo por el otoño.

—¡Vamos a morir de frío! —gimió Mesalina—. Para dar a luz a un niño hermoso, hay que encontrarse en un ambiente templado. ¿Qué pretende hacer él en estas tierras de bárbaros?

—No me lo ha dicho, bonita. Supongo que desea inspeccionar las legiones de Germania, como Augusto y Tiberio en otros tiempos.

—Tal vez, pero seguro que ellos no vinieron en compañía de mujeres embarazadas.

Al cabo de ocho días, llegaron al cuartel general de las legiones del Rin. Las cohortes pretorianas tomaron enseguida posición en los alrededores, componiendo como sin quererlo un cerco perfecto.

Getúlico no sospechó ni por un instante la trampa que le habían tendido. La costumbre dictaba que se recibiera al emperador fuera del campamento, del mismo modo que se dispensaba una recepción solemne al huésped de categoría delante de las puertas de una ciudad. Los copos de nieve trazaban mansos remolinos antes de fun-

dirse en un fango negruzco. De vez en cuando se oían los graznidos de una bandada de ocas salvajes. A lo lejos se divisaba la caravana de vehículos del inmenso cortejo,

detenidos a lo largo del camino, así como las tiendas de los pretorianos.

En uniforme de gala, el general avanzó, seguido de unos cuantos oficiales del Estado Mayor, hasta el terraplén donde lo aguardaba Calígula, rodeado de su guardia germánica. Levantó el brazo para dedicarle el saludo romano. —¡Ave, César!

Como si hubieran estado esperando ese gesto, cuatro germanos se precipitaron sobre él. Intentó defenderse, pero, antes de que pudiese desenvainar la espada, sus gigantescos atacantes lo habían ya agarrotado y cubierto de cadenas. Impasible, Calígula efectuó una señal y dos guardias de su propio séquito apresaron a Emilio Lépi-do para infligirle el mismo trato.

La escena se había desarrollado con tanta rapidez y en tal silencio que los presentes que no estaban prevenidos tuvieron la impresión de salir de un sueño al oír la carcajada del emperador, que miraba a Getúlico con los brazos en jarras.

—El papel de conspirador te venía demasiado grande, pobre amigo mío. Los actores de poca monta no deben participar en las grandes obras.

—Te equivocas, César—replicó el general, impávido bajo las ataduras—. El histrión eres tú.

Calígula iba a responderle cuando, con un sollozo de terror, Lépi-do logró articular unas palabras. —¡Piedad! Fui yo quien...

El emperador se volvió hacia el desdichado que los dos germanos sujetaban por las axilas para impedir que se viniera abajo.

—Ya lo sé, tú denunciaste a tu amigo y te lo agradezco. Me prestaste un gran servicio, Emilio. Has sido de gran ayuda a Roma. —Dejó transcurrir unos segundos para ver despuntar la esperanza en su rostro antes de proseguir con la burla—. No eres un conspirador, y me alegro por ti. Por ello, te exculpo de ese cargo. Has cometido, no obstante, un crimen de traición contra tu amigo aquí presente. Por eso vas a tener que responder.

Los germanos se llevaron a los dos prisioneros hacia los acantonamientos de la guardia pretoriana. Como si nada hubiera ocurrido, el emperador dirigió la palabra a los oficiales del Estado Mayor que, en posición de firmes, habían permanecido inmóviles desde el arresto de su comandante.

—Espero que vosotros no seáis todos unos traidores, pero ya veremos eso más tarde.

Efectuó su entrada en el campamento disimulado por doce filas de pretorianos, a los que pronto ordenó apartarse. Resultaba evidente que los legionarios no estaban enterados de la conspiración. «¡Viva nuestro niño! —gritaban con entusiasmo—. ¡Viva nuestra Pequeña Bota!» Calígula mandó anular los castigos y distribuir vino para que los hombres se emborracharan a su salud.

En la vasta tienda de mando de Getúlico, la colación preparada para el emperador y su séquito seguía en las mesas. Cayo le hizo los honores antes de ordenar que le llevaran a Agripina y lo dejaran solo con ella.

La mujer entró y se detuvo ante él, más pálida que una muerta, pero con la cabeza erguida por el orgullo y el temor a perder la compostura. Sentado en el sillón del general, Calígula fingió concentrarse en la lectura de un informe. Su hermana no pudo contenerse ante el ultraje.

—¡Basta, Cayo! —resopló—. ¡Ahórrate esta comedia, que no estamos en el teatro!

—Te equivocas —repuso él, levantando la vista—. Estamos en el tercer acto de tu

obra. El protagonista descubre que su amante hermana quería mandarlo asesinar.
—¿Es culpa mía que Lépido sea un cobarde? ¡ Ah, si hubiera sido un hombre digno de ese nombre, no estarías aquí!

Al verla desafiarlo con la barbilla alta, Calígula admiró su valentía, muy a su pesar.
—¿Qué crimen he cometido, pues, para que me condenes a muerte, oh cruel dramaturga?

Agripina ya no tenía nada que perder. Esta vez no toleraría sus sarcasmos.

—¿Qué crimen? Eres un loco, un loco peligroso. Todas tus acciones lo demuestran. Eres peor que Tiberio, te tomas por todos los dioses juntos. Tus disfraces, tus bufonadas... ¡Eres grotesco, Cayo, grotesco! ¡Y cruel! Causaste la muerte de quienes te amaban... Gemelo, Macrón, Enia, Drusila...

Él se puso en pie con tanta brusquedad que el asiento cayó al suelo.

—¿Que yo causé la muerte de Drusila?

—Sí. —Agripina le sostuvo la mirada—. La obligaste a hacer lo que ella no podía ni quería hacer. Por eso murió.

Calmado de repente, Cayo se encogió de hombros.

—No has comprendido nada. Siempre estuviste celosa de ella. Nunca la quisiste. Ella era una diosa, y tú no eres más que una mortal. No eres nada, mi pobre Agripina, nada más que la ambición estúpida de una matrona que nunca posee suficientes esclavos.

—Sí, he querido matarte. No era la única. Toda Roma sueña con verte muerto. Es la única manera de deshacerse de un tirano. He fracasado, pero un día quizá logre mi propósito. A menos que acabes conmigo antes; ya hace tiempo que tienes ganas. Deja a Lesbia tranquila, ella no sabía nada.

Él no dudó de la veracidad de aquella afirmación. Su hermana menor era incapaz de tramar su asesinato.

—Pronto sabrás qué he decidido —declaró sin quitarse la máscara de justiciero implacable—. Mis hombres te acompañarán.

No quiso volver a ver a Lesbia. Probablemente le suplicaría que perdonase la vida de su amante, y él no podía dejarse ablandar por sus lágrimas.

Agripina salió de la tienda escoltada por dos guardias, con la íntima certeza de que no la iba a matar.. Más allá del amor y del odio, sus hermanas eran sagradas para él. Esa misma noche se formó un consejo de guerra. Getúlico aseguró que no se arrepentía de nada y que había querido salvar a Roma. Luego observó con desagrado cómo su cómplice imploraba el indulto. También se condenó a dos: legados del Estado Mayor, a quienes Lépido había denunciado, pero la represión no fue más lejos. Al amanecer, decapitaron a los cuatro hombres con hacha.

—Adiós —dijo en voz alta e inteligible Getúlico, antes de apoyar el cuello en el tajo—. Otro soldado salvará Roma.

Ante los tocones de árboles ensangrentados, dos oficiales acudieron a pedir autorización para encender las piras.

—¡Que los arrojen a los perros! —exclamó el emperador.

Al reparar en el horror plasmado en las caras de los militares, cambió de decisión, por temor a un motín.

—Sea. ¡Que los quemen!

A continuación ordenó que condujesen a sus hermanas, bajo estrecha vigilancia de

una escolta, hasta las islas Pontinas, donde permanecerían como prisioneras de Estado.

—Que se lleven las urnas de Getúlico y de Lépido —indicó al jefe del destacamento—. Pasarás por Roma y te encargarás de que las tengan sobre las rodillas mientras atraviesen la ciudad.

Lesbia se había quedado fulminada. Camino del exilio, sollozó día y noche por su amor terminado en tragedia. Agripina, sostenida por la fuerza del odio, se repetía que su hermano estaba rodeado de enemigos cuyo número no cesaba de aumentar. Había sido lo bastante estúpido para no decretar su muerte y no atentaría, por lo tanto, contra la vida de Nerón. Un día u otro, una conspiración conseguiría derrocarlo. Hasta entonces, su deber era sobrevivir.

Antes de ir a pasar el invierno en Lyon, Calígula consagró todo el mes de noviembre a la reorganización del ejército del Rin. Al frente, puso al senador Galba a quien, en tiempos de Tiberio, habían nombrado gobernador de Aquitania y después cónsul, y que había destacado por su rigor e integridad. Pese a todas las cualidades del elegido, el emperador declaró que lo había designado porque, en la época en que aún no era más que pretor, había celebrado los juegos de Flora exhibiendo unos elefantes que bailaban sobre la cuerda floja. Incluso para justificar las decisiones atinadas, le gustaba aducir motivos disparatados.

Lyon (Lugdunum), enero-marzo del año 40

En Lyon la brumosa, los primeros días del año fueron tan fríos que en las aguas del Ródano y el Saona flotaban témpanos. En ese clima, la vestimenta del emperador resultaba más sorprendente aún que en Italia. Los galos de la clase cultivada, orgullosos de hablar latín y de haber sustituido los calzones por la toga, estaban estupefactos ante aquellas indumentarias. Calígula tan pronto se disfrazaba de Heracles, con piel de león y garrote dorado, como se ponía dos gorros en la cabeza para figurar a la vez a Castor y a Pólux. Le gustaba encarnar a Dioniso, con hiedra, tirso y piel de corzo. Ataviado con clámide, calzado con sandalias aladas y con caduceo en la mano, representaba a Hermes. Unas horas más tarde, uno se lo encontraba caracterizado de Apolo, con la corona radiada en la cabeza, y el arco y las flechas en la mano izquierda. Después se metamorfoseaba en Ares, empuñando la espada y con coraza de bronce.

—Hace mal —confió Claudio a Mesalina—. El emperador romano debe vestir toga. ¿Qué necesidad tiene de ponerse esas ridículas prendas de los dioses? ¡Que lo haga en su teatro! A propósito, ¿a ti también te pide que te vistas de diosa?

—No, sólo llevo un traje en escena.

—Me gustaría verlo.

—Ya sabes que Cayo no quiere.

Estaban alojados en una vivienda espléndida y todos sus sirvientes domésticos los habían acompañado a la metrópoli de la Galia que, en unos cuantos decenios, se había convertido en una de las

ciudades más prósperas del Imperio, una especie de Pérgamo de Occidente. De no haber echado de menos las librerías de Roma, Claudio habría estado del todo satisfecho con aquella residencia. Recordaba con frecuencia que debido a los incesantes viajes de sus padres, había nacido en Lyon y sentía por ello un afecto especial hacia aquella ciudad.

No era ése el caso de Antipas. Lejos de las termas y los templos, la casa del tetrarca exiliado no se semejaba en absoluto al palacio de un dinasta de Oriente. Le sentaba mal el clima, pues padecía la tortura del reumatismo. Herodías, que buscaba consuelo en los dulces, había engordado mucho. Apabullaba a su marido con incesantes reproches. Sus desdichas, según ella, derivaban de su incompetencia y su necedad. Si hubiera demostrado

un poco más de habilidad, habría conservado el favor del emperador.

—Otros son más inteligentes que tú. ¡Deberías haberte arrojado a sus pies, decirle que es un dios, puesto que es eso lo que quiere oír!

La llegada de la corte había despertado en el corazón de los proscritos la esperanza de recuperar la gracia imperial. Deliberaron con detenimiento para decidir la táctica más conveniente. Herodías aconsejó a su esposo que manifestase su arrepentimiento de manera espectacular y mandó preparar la túnica de suplicante así como la urna con cenizas que él debía esparcirse por la cabeza en el momento oportuno.

—No me devolverá mi tetrarquía.

—¡Deja de gemir! Estás ridículo.

—Y tú, deja de tragar. ¡Estás enorme!

Por fin les notificaron que el emperador estaba dispuesto a recibirlos, con la precisión de que no se trataba de una audiencia privada. Se presentaron en el palacio a la hora indicada. La sala de honor estaba prácticamente llena a rebosar. Los asistentes eran tan variopintos y ruidosos como el público del circo. Magistrados lioneses, funcionarios imperiales, artistas de renombre, mujeres de mundo y de vida alegre parlotaban acerca de la traición y el castigo del comandante de las legiones del Rin. Los ediles habían decidido por votación el día anterior organizar un acto de felicitación y erigir una estatua de oro macizo a Pantea, a quien atribuían el mérito de haber salvado a su hermano. En torno a la sala había guardias germanos apostados junto a las paredes a intervalos regulares, como para vigilar a posibles perturbadores.

Calígula apareció en el estrado, flanqueado por sus lictores. Iba vestido con una túnica de seda verde y un grueso abrigo del mismo color, adornado con bordados de oro e incrustaciones de pedrería. Una vez que se hubo acomodado en una especie de trono, unos sirvientes depositaron a su derecha dos pesados baúles de mimbre trenzado. Después permanecieron de pie junto a ellos, como si aguardaran órdenes.

—Os he reunido porque vuestra noble ciudad profesa una especial veneración a Mercurio, dios del comercio y de los ladrones —anunció el emperador—. He decidido poner a la venta algunos objetos, sobre todo las joyas que pertenecieron a mis hermanas, Agripina y Lesbia. No las van a necesitar allí donde están. Yo fijaré el precio inicial y os agradeceré que pujéis.

De inmediato, un servidor extrajo de uno de los baúles un brazaletes de considerable tamaño y lo agitó por encima de la cabeza.

—Cien mil sestercios —propuso el emperador—. ¿Quién da más?

Paseó por la concurrencia una mirada amenazadora.

—Estoy seguro de que os vais a mostrar generosos. Dales ejemplo, tío. Esta joya complacerá sin duda a tu esposa. ¿Doscientos mil, dices?

Claudio, adormilado en uno de los sillones dorados de la primera fila, no tuvo tiempo de protestar.

—¡Adjudicada!

El subastador imperial parecía divertirse mucho. Un secretario instalado ante una mesa tomaba nota de los compromisos de los compradores. Uno tras otro, los objetos salían de los baúles: jarrones múrinos, piedras raras, alhajas de toda clase...

Las horas transcurrían. Si algún presente hacía ademán de querer levantarse para abandonar la sala, un guardia germano lo obligaba a sentarse de nuevo. Antipas oyó que el emperador lo interpelaba.

—¿Y bien, tetrarca? ¡Diez mil sestercios, es un regalo! ¿No pujas?

El criado exhibía un voluminoso objeto que no alcanzaba a distinguir con claridad. De todas formas no esperó a que el emperador se lo pidiera dos veces.

—Quince mil.

—Adjudicado. Un orinal de hierro para el tetrarca Antipas. Nadie dirá ya que meas caliente y bebes frío.

Aquella expresión coloquial designaba a aquellos que hacían malos negocios. Se produjo un estallido de risas. A cada instante, el largo brazo peludo surgía de la manga y Calígula pregonaba las virtudes del artículo con el desparpajo de un profesional de las ventas públicas. Pasaron a los muebles.

—Este asiento perteneció a mi padre. Y aquí está el espejo de oro macizo de mi madre. Claudio, que es un experto, me indica que lo valora en un millón. ¡Adjudicado!

Claudio, empavorecido, tartamudeó una negativa, pero la venta ya había quedado registrada.

No fue el peor parado. Un vejete riquísimo dormía a pierna suelta, con la cabeza colgando. Calígula fingió interpretar cada uno de sus cabeceos como una puja: le adjudicó trece esclavos que habían servido a Lesbia, entre los que figuraban dos ancianos y tres niños, por la vertiginosa suma de trece millones de sestercios.

Antes de retirarse levantando los brazos como un auriga que efectúa la vuelta de honor, anunció que la subasta continuaría al día siguiente.

—Me ha llamado tetrarca, es una buena señal —comentó Antipas a Herodías, camino de regreso de aquella memorable sesión.

—¿Te ha forzado a comprar por quince mil sestercios un orinal de hierro blanco y no te das cuenta de que se ha burlado de ti?

—Es posible, pero me ha llamado tetrarca.

—¡Quería ponerte en ridículo, imbécil!

Estaban a punto de llegar a las manos cuando les llegó un mensaje del secretario privado del emperador en el que se les informaba de que debían acoger en su casa al tetrarca Agripa y a su esposa Salomé. Lyon, por su condición de capital transitoria del Imperio, recibía un aflujo de dignatarios que originaba graves problemas de alojamiento.

—Ha decidido humillarnos hasta el final —se lamentó Herodías—. ¡Ahora nos envía a ese intrigante y a su ramera!

—Quizá no sea mala señal. Reconoce nuestro rango al alojarlos aquí.

—¡Pobre idiota! ¡Ay! ¿Cómo pude casarme contigo?

Sus discusiones acababan siempre de esta guisa.

Agripa no se extrañó al ver la boleta de alojamiento; se trataba de otra broma pesada más. Calígula esperaba provocar un altercado entre judíos, pero no pensaba darle ese gusto.

—Me complace ser tu huésped, tetrarca —aseveró a Antipas tras trasponer el umbral—. El emperador ha querido que aprovechara tu gran experiencia y tus consejos.

Herodías bebía con largos tragos amargos la humillación de exhibir su decadencia ante su ex amante y la mujer que la había suplantado. Al sorprenderla lanzándole una de sus miradas asesinas, Agripa temió que se montara una escena.

—Tenemos que hablar de política, tetrarca. Dejemos que la madre y la hija disfruten su reencuentro.

No bien hubieron salido, Herodías dio rienda suelta a su rencor.

—¡No te apresures demasiado en triunfar! Todo se paga tarde o temprano.

—Dices la verdad, madre. Pagaré mis faltas. Soy una pecadora, pero confío en la misericordia del Señor.

—¡No añadas la blasfemia a la insolencia, te lo ruego!

—Madre, cometí grandes injusticias contigo. Me avergüenzo de mi comportamiento y te

imploro perdón.

Herodías la observó con atención. Su hija representaba la comedia a la perfección. Aunque tal vez le hablaba así porque la encontraba gorda y avejentada.

—No me vengas con compasión.

—¡Madre, necesito tu perdón!

¿Acaso había perdido el juicio? Herodías decidió seguirle el juego.

—Te lo concedo. Siéntate a mi lado. Pediré que te sirvan un refrigerio, debes de tener hambre.

—Tengo hambre de justicia y sed del Reino. Soy tan feliz, madre, desde que sé que Yeshua es el Mesías de Israel anunciado por los profetas...

—¿El Mesías de Israel? ¿Te refieres al hijo del carpintero al que crucificaron?

—Sí. Murió para expiar nuestros pecados y resucitó al tercer día. Es la buena nueva que el mundo entero va a recibir. Ya no habrá judíos ni romanos.

No cabía duda, Salomé padecía un trastorno del entendimiento. Un atisbo de ternura materna se despertó en el corazón de Herodías. Mas valía no llevarle la contraria.

—Tienes razón, hija, la llegada del Mesías es una buena noticia. ¿Así que era ese pobre rabino?

—Sí. El que anunciaba Juan el Bautista, el hombre santo cuya muerte yo provoqué. Ay, ¿cómo pude cometer tan horrible crimen?

—Tu padrastra es más culpable que tú. Ese viejo cerdo...

—¡Oh, madre, perdónalo, te lo ruego! Si se arrepiente, habrá misericordia para él en la morada del Bendito, Pedro me lo ha prometido. Ven a nuestras reuniones. Hay amigos de Yeshua en todas partes. ¿Querrás acompañarme a casa de los de Lyon? ¡Si supieras qué dicha se siente al comer su pan...! Somos todos hermanos. Ya no serás sólo mi madre, sino también mi hermana.

La infeliz se hallaba en un estado deplorable.

—Voy a reflexionar sobre ello. ¿Qué piensa tu marido de todo esto?

—Considera a Yeshua un santo varón, pero le cuesta creer que fuera el hijo del Dios. Todos rezamos para que vea la luz.

Al día siguiente, Antipas se creyó en la obligación de prevenir a Agripa.

—¿Por qué toleras que tu esposa forme parte de la secta del rabino crucificado?

—No lo tolero, me congratulo de ello.

—Si está loca de atar...

—¿Y qué mujer no lo está? Su locura supone ciertas ventajas para mí. Se ha vuelto más mansa que una corderita. Nunca levanta la voz, jamás me hace reproches. Si me ve cerca de otra, junta las manos y reza. Ya no codicia los bienes de este mundo y no conseguirías que aceptara una joya. Todos los maridos soñarían con una mujer así.

—Sin duda, pero ella quiere convertirme.

—Bah, le dejo creer que, por momentos, oigo la llamada del Bendito. Así, todos rezan por mi conversión en sus reuniones y yo mantengo el control de la secta.

—No te fíes, puede llegar a ser peligrosa.

—¡Vamos, hombre! Se trata de una moda pasajera. Dentro de unos lustros, ¿quién se acordará siquiera del nombre de Yeshua?

La convivencia de los dos tetrarcas pronto se tornó delicada.

Antipas se había tomado en serio la petición de asesoramiento de su sucesor y se extendía en largas explicaciones sobre el arte de gobernar a los judíos. Herodías volvía la cabeza con desprecio cuando se cruzaba con su antiguo amante. Salomé se empeñaba en convencer a toda costa a su madre de la divinidad del hijo del carpintero.

Al amanecer del séptimo día, la llegada de los dos centuriones sembró el miedo entre los

ocupantes de la casa. Sólo venían a buscar a Agripa para conducirlo a la residencia del emperador. Éste lo recibió en la estancia donde elegía su indumentaria divina cada mañana. Tras optar por el disfraz de Neptuno, apuntó al príncipe con su tridente de plata.

—He tomado una decisión, oh mi venerado maestro. Aunque eres ciego para las grandes cosas, ves muy bien las pequeñas. Con eso basta para ser rey de Israel. Partirás mañana mismo hacia tu reino, donde te ceñirás la corona de Salomón.

—Mi agradecimiento...

—Déjate de agradecimientos. Los reyes reinan sin rendir cuentas a sus vasallos. La primera disposición de tu reinado será hacer instalar mi estatua de oro en el templo de Jerusalén.

—¡Pero eso es imposible!

—Todo es posible para un rey. Existe la misma diferencia entre un rey y sus subditos que entre el pastor y sus corderos. Si haces lo que te ordeno, serás pastor. Si no, serás cordero. Ya sabes cómo terminan los corderos. ¡Adiós, rey de Israel!

A su partida, Agripa contempló distraído los honores con los que lo agasajaban en su nueva calidad de soberano. Estaba obsesionado con una única idea: él era el rey de los corderos, destinado a la carnicería.

Islas Pontinas, marzo del año 40

Sin duda falto de dinero, el propietario de la villa no había acabado de revestirla del lujo al que había aspirado. La vivienda ofrecía el espectáculo de habitaciones sin muebles, peanas sin estatuas, un jardín sin plantas y un atrio sin fuente.

A Agripina le preocupaba menos su comodidad que su rango. Debía quejarse y exigir un alojamiento mejor. La efigie de las hermanas del emperador adornaba las monedas en todo el Imperio y, hasta una fecha reciente, los juramentos se prestaban en su nombre. Exigió que el gobernador de las islas Pontinas compareciese ante ella y, menos de una hora después, éste solicitó ser recibido. Ella no se había equivocado. Cayo había sufrido demasiado por el modo en que Tiberio había tratado a su madre en la isla de Pandateria como para infligir el mismo castigo a sus hermanas.

Cuando el oficial se cuadró ante ella en su uniforme de gala, capa roja al hombro y casco bajo el brazo, a Agripina le bastó con una mirada para tomarle la medida. El potente torso, las musculosas piernas un poco separadas, como las del leñador que se dispone a empuñar el hacha, el cabello negro y tupido sobre una frente estrecha, el incipiente color azulado de la barbilla pese a un meticuloso afeitado, todo delataba en él al campesino pulido con un ligerísimo barniz de refinamiento. En la cara ancha y atezada, los ojillos pardos de perro fiel contrastaban con la postura marcial, pues revelaban el temor que le infundía su ilustre prisionera. Debía de estar estupefacto de verla allí. Sin duda era uno de esos

hombres simples para los cuales cada cual debe permanecer en su sitio.

—Casio Querea, gobernador militar de las islas Pontinas. Yo te saludo. En el cumplimiento de mi misión y de mi deber, me coloco a tu disposición.

A Agripina le costó disimular su asombro. Aquel hombre atlético hablaba con la voz aflautada de una niña de diez años.

—Te doy las gracias, Querea. Es normal que un soldado cumpla con su deber y obedezca a las órdenes. Ello no es sin embargo motivo para obligarnos a vivir en una casucha.

—Ésta es la villa más hermosa de la isla. Está en obras y los materiales deben llegar de la

península. Dentro de unos días, será menos indigna de ti y de tu hermana. —Te estaré muy agradecida.

El oficial le expuso las normas a las que debían sujetarse: les estaba prohibido acercarse al puerto y hacer señales a los barcos que navegaran en las cercanías. No había límite establecido para sus gastos y gozaban de plena libertad para elegir a sus criados.

—Permíteme decirte —añadió a modo de conclusión— que estoy contento de tratar a las hijas del gran Germánico como corresponde a su rango.

—¿Has visto alguna vez a mi hermano?

—No, pero tengo órdenes de presentarle un informe de mi misión en cuanto regrese a Roma.

Luego la saludó y ejecutó una irreprochable media vuelta. Agripina corrió enseguida a la primera planta, a la habitación donde, con el bonito rostro estragado por la desgracia, Lesbia se instalaba lo mejor posible.

—Ha ordenado que nos dispensen un trato honorable. Podemos mandar llamar a nuestros domésticos.

—¡Pobre Getúlico! ¡Estoy segura que no había participado en la conspiración; era tan leal, tan íntegro! ¡Qué horrible malentendido!

—Getúlico ya no está aquí y tus lamentos no lo revivirán. Cayo nos ha exiliado, pero llevaremos una vida decente. Piensa en el porvenir, Lesbia. Hay que luchar.

—Tú luchas por Nerón. Yo no tengo hijos.

—Un día serás madre. ¡Deja de gimotear! El gobernador de la isla es un hombre insólito. Figúrate que con un cuerpo de Hércules tiene la voz de niña. Eso quizá nos resulte útil. Irá a ver a Cayo y hablará con él.

—¿Y qué?

—Ya sabes que a nuestro hermano le encanta todo lo estafalario. ¿Crees que existen muchos tribunos con voz de niña en las legiones? Seguro que lo añade a su colección.

—En ese caso, nos asignarán a otro carcelero. ¿Qué importa?

—No he dicho que me parezca importante, sólo que la voz de ese hombre me ha sorprendido. Es respetuoso, admira mucho a nuestro padre y hará lo posible para hacer menos penosa nuestra cautividad.

Comenzaba a hilvanar un plan, pero su hermana no tenía por qué conocerlo.

Lyon-Bolonia (Gesoriacum), abril del año 40

Desde tiempos de Julio César, la Galia estaba considerada una mina de oro inagotable. Calígula no dudó en acusar a algunos ricos galos de complicidad con Getúlico, con el único propósito de despojarlos de sus bienes. Bastaba con que alguien hubiese sentado a su mesa al comandante de las legiones del Rin para que lo condenasen por conspirador. Uno de esos notables, que había romanizado su nombre druídico y se hacía llamar Julius Sacerdos, sentenció con altivez, antes de colocar la cabeza en el tajo: «Un día lo matarán también a él, con todos aquellos que le hayan dirigido la palabra, aunque sólo sea una vez.»

Un ejército de obreros trabajaba día y noche en la construcción del templo de Pantea. Febrero transcurrió entre fiestas y banquetes; los lioneses se disputaban el favor de ser invitados a la mesa del emperador. Uno de ellos ofreció cien mil sestercios a cambio de que lo incluyesen en la lista de convidados. El amo del mundo aceptó la propuesta; no hacía ascos a cualquier oportunidad de llenar sus arcas. Concedía con largueza el derecho de ciudadanía romana, con el objetivo de percibir el cinco por ciento del impuesto sobre la sucesión de los ciudadanos.

Cesonia llevó a término su embarazo y alumbró a una niña a quien su padre puso por nombre Julia Drusila. Cuando Claudio fue a expresarle las condolencias al uso, Calígula se mofó de él.

—Soy digno de envidia, no de compasión. Las diosas están por encima de los dioses. Roma tendrá una gran reina, como Egipto tuvo a Cleopatra.

—¿Una reina en Roma? —repitió Claudio, desconcertado ante aquella nueva broma.

Unos días después, el emperador presentó su hija a los inmortales. Una nodriza encargada del preciado fardo lo acompañaba. Comenzaron por el pequeño templo de Isis, cuyo culto se practicaba poco en Galia. Los sacerdotes de blancas túnicas se postraron y besaron el suelo a los pies del sumo pontífice romano, al que oyeron exclamar: «Madre, he aquí tu hija. ¡Hija, he aquí tu madre!»

En los otros templos, apretó el paso delante de las estatuas de determinados dioses y, sin detenerse, trató en voz alta a Júpiter de cretino y a Mercurio de crápula. A las diosas, les decía: «He aquí Julia Drusila, mi hija bienamada, que un día se contará entre vosotras.» Después se dirigía a la pequeña.

—Es la tía Juno. ¡Sé muy educada con ella, porque tiene mal genio! Saluda a Atenea, la de ojos claros. Si eres juiciosa como ella, te prestará su casco y su lanza. Aquí está Venus, a quien en Grecia llaman Afrodita y en Asia, Astarté. Dale las gracias por haberte concedido su belleza.

Los zalameros del séquito aseguraban haber visto sonreír a la estatua, o que ésta había esbozado con el brazo un gesto de bendición.

—No entiendo por qué me prodigan todos tantas atenciones —comentó esa noche Cesonia a su imperial esposo cuando se encontraron solos—. En realidad, no me parece nada extraordinario tener un hijo. Este parto ha sido como los otros. Calígula se echó a reír.

—Julia Drusila no es, sin embargo, una niña cualquiera. —No, porque es hija tuya. Sólo digo que sus cumplidos me abruman. Calisto me ha tratado como si yo fuera Juno en persona. Incluso he creído que iba a arrodillarse delante de mí.

—Ya se ha arrodillado delante de una silla con orinal. Como todos los griegos, es un adulator y no persigue más que su propio interés. Por mil dracmas, vendería a su madre.

El liberto estaba cayendo en desgracia. Cada vez se mostraba menos diligente porque en los sucesos de los últimos meses detectaba un olor a catástrofe y quería tomar sus precauciones. De este modo, intentó abrir un frente del lado de Claudio, a quien tenía por el único miembro de la corte que ejercía una influencia, por nimia y vacilante que fuera, sobre su sobrino.

El zorro griego siempre había procurado mantener excelentes relaciones con el contrahecho de la familia imperial y no cometía el error de creerlo excluido de la sucesión. Dejaba aquel error a los romanos a los que, como buen hijo de la Hélade, consideraba, según la expresión latina, «de burda Minerva», es decir cortos de entendederas. Se había granjeado la simpatía de Claudio al organizar búsquedas por todo el Oriente para procurarle los libros raros que necesitaba. Con ese pretexto solicitó ser recibido.

—Los galos leen poco —se lamentó el erudito, mostrándole las estanterías vacías de la biblioteca—. Aquí, los liberos no valen nada. Ay, ¿cuándo regresaremos por fin a Roma? ¿Qué has encontrado para comprar?

—Mi agente de Pérgamo ha descubierto una obra que tal vez te interese. Se trata de una relación inédita de la guerra de Troya.

—¡Bah, se ha escrito tanto sobre ese tema...!

- Es el diario del asedio que escribí día a día el secretario del propio Príamo.
- ¡Por Hércules, qué hallazgo! ¿Cuánto pide el propietario por esa maravilla?
- Dos millones de sestercios.
- Para un documento así, no es un precio excesivo, pero, por desgracia, en este momento...
- Permíteme que te adelante la suma, clarísimo. Ya me la devolverás cuando puedas, no hay prisa. El emperador es muy generoso conmigo. Demasiado. —Adoptó un aire preocupado—. Te confieso que estoy inquieto por él, como todos sus verdaderos amigos. Si sólo adoleciese del vicio de la prodigalidad, no me preocuparía. ¡Hay cosas peores, sí! Lo digo con todo el respeto que le es debido y que te debo a ti. Claudio exhaló un hondo suspiro.
- Tienes razón, mi pobre Calisto. Mesalina está tan alarmada que a veces llora por ello.
- Tu esposa no es sólo hermosa, sino que posee un corazón sensible. El César la elogia a menudo.
- Por cierto, ¿sabes tú cómo son las obras de teatro que le hace representar? Me gustaría ver el texto.
- Creo que consisten esencialmente en clases de dicción. Ella recita poemas.
- Es lo que me había parecido comprender. ¡Curiosa ocurrencia! ¡Aunque tiene otras más molestas! Esos concursos de poesía, por ejemplo. Considero muy loable conceder coronas de oro y recompensas a los vencedores, pero ¿por qué obligar a los demás a borrar sus poemas de las tablillas con la lengua? —Es una broma.
- De pésimo gusto, en mi opinión. Forzar a comer cera a los malos poetas no ayuda a desarrollar su talento.
- ¡Ay, clarísimo, ojalá sólo fueran los concursos de poesía! Permite que te hable sin rodeos. Todo va de mal en peor. Helicón, ese bribonzuelo lascivo, se da el lujo de aconsejar a tu sobrino. Ayer, le sugirió que arrasase las montañas y alterase el curso de los ríos, argumentando que era la única obra digna de un dios como él.
- ¿Arrasar las montañas y alterar el curso de los ríos? —Sí. El emperador lo encontró una idea excelente. Quiere incluso construir una ciudad en la cima de los Alpes. Sus colaboradores no se atreven a protestar, pero noté que Veranio temblaba como una hoja antes de ir a recibir sus órdenes. Para que Veranio tiemble, se necesita algo realmente espeluznante. Comienzan a correr rumores escandalosos.
- No quiero oírlos. ¡ Ay, todo es bien triste! —Sólo tú puedes ayudarlo, clarísimo. Habla con él, te lo ruego. Eres el único a quien escuchará.
- Eso mismo me dice Mesalina, pero es un asunto muy delicado. Bueno, lo pensaré. Cuando vio a su sobrino, Claudio le preguntó con cautela si era verdad que estaba contemplando la posibilidad de mandar construir ciudades en los glaciares.
- Fue Helicón quien me propuso la idea. Bien pensado, no está nada mal.
- Pero si es imposible...
- Exacto. Debo demostrar que nada resulta imposible para mí.
- ¿Y quién hará el trabajo?
- El ejército, por supuesto. Tengo aquí a doscientos mil hombres ociosos que están mano sobre mano. Preferiría conquistar la gloria militar, créeme, pero los legionarios saben construir tan bien como combatir.
- Si quieres encontrarles quehacer a las legiones, no es difícil. Hay gloriosas campañas que dirigir, ricas tierras por conquistar.
- No me apetece ir a guerrear contra los partos. Demasiada arena, demasiado sol.

—¿Quién te habla de los partos? Yo pensaba en la isla de Britania.

—¿Crees que alcanzaría la gloria por vencer a esos bárbaros?

—Estoy seguro. Piensa que triunfarías allí donde fracasó el mismo Julio César. El emperador que consiguiera reducirlos dejaría su nombre inmortal inscrito en la historia de Roma. Tras su éxito, sería nombrado Británico, del mismo modo que mi hermano se ganó el título de Germánico. Reconocerás que es más tentador que construir sobre un glaciar una ciudad que nadie va a ver. Tú también podrías decir: «Llegué, vi y vencí.»

—Julio César no luchaba para vencer al enemigo sino para convertirse en rey y en dios. Los romanos lo mataron porque no merecían que los gobernase un dios. Los dioses son juiciosos, y los hombres, unos locos. Los dioses son clementes, y los hombres, despiadados. Yo traté de obrar con bondad y los dioses me castigaron por ello llevándose a Pantea a las estrellas. Entonces decidí fingir que era un hombre. Si quien lo ejerce no es divino, el poder constituye la más baja y la más despreciable de las ocupaciones humanas. ¡Créeme, tío, la cuestión está en ser dios o en no ser nada!

Oyendo estas divagaciones, Claudio llegó a la conclusión de que su sobrino había perdido por completo el juicio.

Se dio la coincidencia de que, ocho días más tarde, un desconocido príncipe britano llamado Adminio llegó a Lyon con el fin de implorar la protección del pueblo romano. Su padre, Cunobelino, rey de una tribu caledonia, lo había expulsado de la corte por un asesinato cometido en estado de embriaguez, y quería vengarse. El apoyo prestado a los usurpadores y a los pretendientes de toda clase era uno de los métodos mediante los cuales Roma ampliaba su Imperio.

Calígula convocó enseguida a Claudio.

—Los dioses aprueban tu idea. Vamos a partir hacia la conquista de Britania.

—Pero eso exige una larga preparación. Primero hay que mandar construir una flota. Además, el tesoro está vacío. —Los dioses proveerán a todo.

El ejército llegó a marchas forzadas, en apenas treinta días, al pequeño puerto de Bolonia. Quedaba por cruzar el mar. Calígula ordenó construir un puente.

Los oficiales del Estado Mayor se miraban entre sí, consternados, hasta que uno de ellos osó por fin abrir la boca.

—Por desgracia, es algo irrealizable, César. Harían falta incluso más barcos que para transportar el ejército. Además, un puente exige que se dispongan, una junto a otra, embarcaciones más o menos parecidas. Aquellas de que disponemos son muy dispares.

—Yo atravesé el golfo de Baias a pie. Allí también asegurabais que era imposible.

—El golfo es treinta veces menos ancho que este brazo de mar. —Entonces, ¿por qué crees tú que he traído a todos estos hombres hasta aquí?

—No... no lo sé, César.

—¡Que no lo sabes! ¡Para esto me sirven mis generales! ¡No lo saben! Pues bien, te vas a enterar.

Un legado intentó cambiar el rumbo de la conversación. —Si lo deseas, el ejército se adiestrará mientras tú mandas construir barcos en número suficiente. De este modo los hombres no permanecerán ociosos.

—¿Cuánto tiempo se necesitaría? —Tres meses, César.

—¡Tres meses! ¿Y por qué no tres años? Aunque tienes razón, es preciso que un ejército sirva para algo. Vais a indicarles que recojan piedras de la orilla. Cuando hayan

acumulado las suficientes, les ordenaréis que construyan una pirámide en el punto de la costa más próximo a Britania. Os doy una semana de plazo. Después, regresaremos.

Nadie discutía las órdenes del emperador. En las playas y las calas, millares de legionarios, pretorianos y guardias germánicos llenaban sacos y cascos de piedras pulidas, ante el pasmo de la población. Los centuriones, cepas de vid en mano, se ruborizaban

por tener que dirigir aquella actividad. Como para desafiarlos, Calígula acudía con regularidad a cerciorarse del avance de la pirámide. Abordaba a los soldados para observar sus hallazgos y llegó a conceder coronas de oro a quienes le presentaban los más bellos cantos rodados, como si hubieran demostrado su valentía ante el enemigo.

Una vez edificada la pirámide, los hombres emprendieron el largo camino de regreso. Cuando el *dormitorion* del emperador pasaba junto a sus interminables hileras, ya nadie gritaba: «¡Viva la Pequeña Bota!» Sólo la disciplina contenía en sus labios los gritos de ira y de odio.

En Roma, el Senado, a pesar de su servilismo, no se atrevió a otorgar los honores del triunfo a los héroes de aquel desatino. Éste fue tan doloroso para Claudio que se juró que nunca volvería a darle un consejo a su sobrino. Le dijo a Mesalina que si Cayo insistía en ofrecer la imagen de un ser odioso y ridículo, lo haría sin su ayuda.

Islas Pondrias, mayo del año 40

La primavera desembarcó de repente en la isla. Su perfumada tibieza facilitó la adaptación de las dos prisioneras a su nueva vida. Como si se hubiese restablecido de una enfermedad, Lesbia se había despertado una buena mañana alerta y con apetito. De nuevo se oía el cascabeleo de su risa. Agripina había mandado traer de Roma a su *ornatrix* preferida. Dedicaba largas horas a su aderezo personal, no para leer la admiración en las miradas de los guardias, como su hermana, sino por prurito de preservar su categoría.

Querea las visitaba con regularidad. Ella lo recibía a menudo en el jardín, más adecuado que los lugares cerrados para las conversaciones distendidas. Se guardaba mucho de utilizar con él las armas de la seducción femenina, consciente de que no eran las apropiadas para vencer a un hombre como él. El soldado campesino no habría creído ni por un instante que pudiera ejercer un atractivo sobre ella. A fuerza de escucharlo, Agripina había deducido que él se consideraba una persona anormal. La desgracia de albergar una voz infantil en un cuerpo de atleta lo había humillado de tal modo que en lugar de permanecer detrás del arado, había buscado en el ejército la confirmación de su virilidad. Toda insinuación que la pusiese en tela de juicio suponía para él una lacerante herida.

En el jardín se habían introducido algunos cambios. Habían instalado estatuas griegas, burdas copias creadas por artesanos mediocres.

—Realmente, Casio —se extasió Agripina, a pesar de todo—, esta Afrodita es bellísima.

—Me han dicho que reproduce una obra maestra de Praxíteles.

No es un original.

Agripina fue a sentarse bajo una pérgola. Querea se contoneaba delante de ella, sin saber qué hacer. Agripina le señaló un asiento situado a tres pasos y no otro más cercano a ella, para que no se

espantase.

—Si te nombran para otro puesto, tribuno, te echaremos de menos. Nos ayudas, tanto a mi hermana como a mí, a sobrellevar este

mal trago.

—Ruego a los dioses por que se acabe pronto. —Ay, seguro que moriré en el exilio, lejos de mi pequeño Nerón. —¡Claro que no! Tu hermano te llamará a su lado. —Nunca nos devolverá la libertad. —Pero ¿por qué?

Ella buscó el tono adecuado. Nada resultaba más ajeno a su temperamento que el papel de pecadora arrepentida, pero debía interpretarlo.

—Ha sido clemente conmigo. Habría debido matarme, puesto que lo merezco con creces. Yo conspiré contra él con Getúlico. Yo desvié a ese gran y noble soldado de la senda del deber. —Las palabras salían precipitadamente de sus labios, como si llevaran mucho tiempo bullendo en su interior—. A ti puedo contarte la verdad. Habíamos elaborado un plan: el Senado debía designar a Claudio. Es tartamudo y cojo, pero mi padre, que lo quería mucho, decía que un defecto físico nunca ha impedido que quien tiene valía llegue alto. Claudio debía acoger a Cayo en una de sus villas de Campania. Allí lo habríamos cuidado y curado tal vez.

—¿El César está enfermo? —se atrevió a preguntar el soldado. Los ojos de Agripina se arrasaron en lágrimas. —Siempre lo ha estado. Durante su infancia padecía de epilepsia, y yo ayudaba al médico a ponerle entre los dientes el pedazo de madera que impedía que se mordiera la lengua. Después las crisis fueron disminuyendo y pensamos que había sanado. Desde la muerte de Drusila, le pasan ideas extrañas por la cabeza. Él, que era tan bueno, tan generoso, tan piadoso, parece a veces... Me da la impresión de que Júpiter lo ha vuelto...

Calló en seco y se levantó, como si estuviera furiosa consigo misma.

—No sé por qué te hablo de esto. Son secretos de Estado. Júrame que olvidarás mi momento de debilidad.

—Olvidar no está en mis manos, pero te juro por Marte que nadie se enterará por mí de lo que me has confiado.

Reanudaron el paseo. Agripina permanecía absorta en sus pensamientos, hasta que Querea rompió por fin el silencio.

—El emperador va a volver a Roma y yo debo ir a presentarle mi informe.

—Obsérvalo. Quiero que me digas a tu regreso si existen esperanzas de que recupere la cordura. Te entregaré una carta destinada a él para pedirle el indulto de Lesbia, que no estaba al corriente de mi plan. En cuanto a mí, quiero expiar el crimen que cometí.

—No eres una criminal, puesto que obraste por el bien de Roma.

No se percató del brillo de triunfo que asomó a los ojos de Agripina. Aquella era la respuesta que ella estaba esperando.

Roma, mayo del año 40

Poco después del regreso de la corte a Roma, Mesalina dio a luz a un robusto varón. Ebrio de orgullo, Claudio quiso transmitir en persona la noticia a su sobrino. Delante de la puerta de los aposentos imperiales, Helicón golpeaba el suelo con los pies para calentarlos.

—Se ha ido a dormir a la cuadra de los Verdes —le informó con afectación el favorito—. ¡Cualquiera diría que se acuesta con su caballo!

El feliz padre subió a su litera e hizo correr a los portadores. No reconoció el establo de mármol de *Incitatus*. En el lugar donde se encontraba el pesebre habían instalado una especie de escenario. En él, Calígula descansaba cómodamente sobre una vasta cama. ¿Acaso ofrecía el espectáculo de su sueño al caballo? Éste saboreaba la avena contenida en

una enorme copa de oro.

—Acabo de tener un hijo.

—Me alegro, tío. ¿Cómo está la madre?

—Mesalina casi no ha sufrido. Había rezado mucho a Lucina.

—¿Qué nombre le vas a poner a tu heredero?

—Todavía no lo he pensado.

—Me gustaría que le pusieras Británico. Es el nombre que llevaría yo si esos imbéciles no me hubieran privado del triunfo. Las piedras me vengarán.

—¿Las piedras...?

—... Me vengarán. ¿No me digas que no has comprendido por qué las mandé recoger de la orilla del mar?

—A decir verdad...

—¿Cómo repobló la tierra Deucalión, sino con guijarros que se transformaron en hombres? Un día, se levantará sobre la costa de Galia un ejército que invadirá Britania, sin que le cueste ni un ses-tercio ni un hombre a Roma. Acércate. ¿No ves nada?

—Tu pequeño teatro. En unas caballerizas, resulta bastante sorprendente.

—No me refiero a eso. —¿Qué debo advertir, aparte de eso? —Mírame bien. ¿No notas nada? —No.

—Resplandezco. —¿Qué...?

—La paternidad te ha trastornado un poco. ¿Acaso no te has fijado en que mi carne despide una claridad, como la de los dioses? Resplandezco. Todos mis sirvientes lo dicen. Helicón estaba tan deslumbrado que ha perdido la vista durante una hora.

—¡ Ah, sí, claro! No sé dónde tenía la cabeza. Brillas, ahora lo veo. —Este prodigio me ha recordado que tardaba demasiado en erigir un templo dedicado a mí. He decidido que tú serás el sumo sacerdote de mi culto.

—Pero si no me queda ni un as. ¡Estoy en la ruina! —Yo también. Y Roma aún lo está más que los dos juntos. —Tendió los brazos para que el criado lo ayudara a ponerse la túnica—. Sé dónde conseguir dinero en abundancia. Veamos, tío, ¿cuáles son las pasiones principales de los romanos?

Claudio se rascó la cabeza para procurarse un margen de reflexión. ¿Qué había que responder?

—El pan y los juegos —aventuró, al no ocurrírsele otra cosa. —Eso sólo es correcto en el caso de la plebe. Yo hablo de pasiones, no de necesidades. Las dos pasiones principales del hombre son la vanidad y la lascivia. La vanagloria y el sexo. La cuestión está, pues, en asociar ambas cosas de manera provechosa. ¿Me sigues?

—No muy bien.

—Ahora lo entenderás. Hay que hacer pagar a los ricos, puesto que los pobres serían incapaces. ¿Con qué sueñan todos los ricos salvo los senadores? Con acostarse con las esposas de los senadores. Están dispuestos a pagar muy caro por ello.

—Pero ellas jamás se prestarán a ello.

—¿Estás de broma? Al contrario, estarán encantadas de entregarse al libertinaje cumpliendo órdenes del emperador. ¡Si hasta pedirán más! Son unas putas. Créeme, he estado con todas.

—Los maridos...

—... tendrán demasiado miedo para quejarse. Apuesto a que muchos pedirán su parte

de los beneficios. —Se frotó las manos, como el comerciante que vislumbra una buena perspectiva de negocio—. ¡ Ah, si todo sale bien, prometo reservar un dos por ciento para Mercurio! Necesitaremos un lugar original y lujoso. He pensado en un trirreme.

—¿Un barco?

—Tranquilo, que no te vas a marear: lo erigiremos en los jardines del Palatino. Será el trirreme imperial de Venus. Ya verás, tío, como las matronas se pelearán por embarcar en él. ¿Qué te parece, pues, mi idea?

—Eh...

—¡Tenemos a Júpiter pillado por los cojones! Tú serás mi socio. Te lo debo, porque en Capri me diste dinero muchas veces. Tú te ocuparás de la recaudación.

—¿De la recaudación? ¿Yo?

—Eres el único en quien confío. No me apetece que me robe ningún liberto. Mesalina fijará los precios de los favores de las matronas.

—¡Pero si ella no entiende nada del asunto!

—Conoce a todas las mujeres de elevada condición y sabrá a qué precio podemos ofrecerlas. Su decoro no sufrirá el menor menoscabo. ¡Y ahora, bebamos por nuestro éxito en esta empresa!

Cuando Claudio le habló del trirreme, Mesalina pensó que se trataba de una broma.

—¡Se ha burlado de ti! Le encanta tomarle el pelo a la gente.

—Te aseguro que hablaba muy en serio. Está decidido a ganar sumas exorbitantes con ello y quiere que yo sea su socio. No podía negarme. Tú nos vas a echar una mano.

—¿Me tomas por una alcahueta?

—No te enfades, bonita, que no se trata de eso en absoluto. Tu función será muy honorable. Cayo dice que nadie conoce mejor a las romanas que tú y que por eso eres la única capaz de establecer el precio de sus favores.

—Todo esto me huele a una broma.

Cuando Mesalina vio a los carpinteros navales construyendo la embarcación bajo sus ventanas, se llenó de regocijo. Sentía curiosidad por ver en acción a algunas de sus amigas de la nobleza.

Roma, junio del año 40

Querea se aproximó a la mesa grande y lustrosa y se cuadró. Sentado en su trono dorado y vestido con una túnica de seda, el emperador se entretenía apilando algunas monedas de plata. Un joven afeminado de ojos de gacela permanecía de pie, junto a él, a su derecha.

—Casio Querea, gobernador militar de las islas Pontinas, a tus órdenes, César.

—Helicón, ¿oyes tú lo mismo que oigo yo?

—¡Sí, es prodigioso!

—Presenta tu informe, tribuno.

—Las cautivas gozan de buena salud, César. Rezan a los dioses por tu augusta persona. Agripina te envía una carta.

Los esfuerzos por hablar con un tono de voz menos agudo le conferían el timbre propio de los eunucos.

—¿De modo que mis hermanas rezan por mí? Mira cómo me alegro. Entrega la carta a mis secretarios. Pero dime, ¿de dónde te viene esa asombrosa voz?

—¡De las tijeras! —se carcajeó el invertido al tiempo que imitaba el gesto del *tonsor* al cortar la mecha.

El oficial se estremeció al oír tal ultraje. El último que se había mofado de él de esa manera llevaba mucho tiempo muerto. Calígula estalló en risotadas.

—¡Pero qué tonto eres, guapo! Nunca lo habrían admitido en el ejército. Los tribunos militares castrados no existen. Aunque quizás haya recibido una herida en la garganta, ¿no? Sin embargo, no se advierte ninguna cicatriz.

—Es una desgracia natural, César. Nunca mudé la voz de niño.

—¿Una desgracia? Querrás decir una suerte. Este debe de ser un fenómeno aún más raro que los corderos de cinco patas, pues yo nunca lo había observado. Eh, Helicón, ¿lo habías visto alguna vez tú?

—Sí. En los eunucos.

—Ya te he dicho que no es un eunuco. Ah, tribuno, me gusta tu voz. En escena, causaría sensación. No es justo que permanezcas confinado en una isla, mereces un público más nutrido. ¿No es cierto, Helicón?

—Podría recitar poemas.

—Ése es un arte que ignoran los soldados. ¿Has combatido mucho, tribuno?

—Cuento con dieciséis años de servicio, doce heridas y siete coronas de honor.

—Es un héroe, Helicón. Un ruiñeñor guerrero. No me desprenderé de ti. A partir de este instante, quedas adscrito al Palatino. —Estoy a tus órdenes, César.

—Te nombro ayudante general, y te doblo el sueldo. —Procuraré ser digno de tu confianza.

—Tienes una voz que no cansa nunca. Puedes retirarte. Dile a Veranio que ultime los detalles.

Querea saludó y tras girar sobre los talones con un gesto marcial, salió de la espaciosa oficina. Atravesaba la antesala absorto en sus pensamientos cuando notó que alguien le daba una palmada en el

hombro.

—¡Casio! ¡Qué sorpresa, por Júpiter! ¿Qué haces aquí?

—¡Sabino! Acabo de ser recibido por el emperador. Te creía en Panonia.

—No estás al día, amigo mío. Soy comandante de la guardia germánica desde hace seis meses.

—¿Esos brutos rubios?

—Exacto. Me eligieron porque hablo su lengua. ¡ Ay, cómo echo de menos los viejos tiempos! ¿Te acuerdas del día en que nos concedieron a los dos, en Módena, nuestra primera cepa de viña?

—¿Que si me acuerdo? Esas son cosas que no se olvidan.

Su amigo lo llevó a una pequeña sala abovedada que servía de comedor de oficiales, donde celebraron el reencuentro con vino.

—Era jefe de puesto en las Pontinas —explicó Querea—. Me aburría como una ostra hasta que, después del asunto de Getúlico, llegaron las dos hermanas del emperador. Estaba encargado de su custodia. He venido a presentar mi informe al emperador y ahora no quiere que me marche.

Sabino depositó la copa sobre la mesa con semblante preocupado.

—¿Estás adscrito al Palatino? ¿Con qué puesto?

—No lo sé muy bien. Me ha dicho que me doblaba el sueldo.

—Enhorabuena.

—Y que permaneceré siempre a su lado, a causa de mi voz. ¿Qué tendrá que ver este defecto mío con estar al servicio del emperador?

—Le gustan las cosas sorprendentes. Hay que reconocer que posees una voz fuera de lo común.

—Sí, pero nadie me pedía que cantara cuando combatía en Ili-ria, en Germania o en otra parte. Imagínate: me ha recibido en compañía de un afeminado. Estaba muy cerca de él y me ha dado la impresión de que mientras hablaba le acariciaba las nalgas. ¡ Ay, si me topo con ese marica, le voy a desgraciar esa bonita cara!

—Guárdate mucho de hacerlo. Helicón es uno de los hombres más poderosos de Roma. Bueno, lo de hombre es un decir.

Al fondo de la sala, un grupito bebía copiosamente y gastaba bromas a las camareras en torno a un legado que celebraba sin duda un ascenso. De pronto sonó un mugido y nadie levantó siquiera la cabeza. Sabino advirtió el sobresalto de su amigo.

—Es la máquina que mandó instalar en el tejado para ahogar la voz de Júpiter. Se acciona con el viento. Uno se acostumbra, ya lo verás.

—¿Ahogar la voz de Júpiter? ¿Del rey de los dioses? ¡Pero si ni siquiera Vulcano sería capaz! Es algo imposible.

—Has tenido suerte de encontrarte conmigo. La palabra que acabas de pronunciar podría costarte muy caro, si la hubiera oído otra persona.

—¿En serio? ¿Y qué he dicho que me pone en tan grave riesgo?

—Que algo es imposible para el emperador. Escúchame: si has de quedarte entre nosotros, más vale que te metas en la cabeza que

el Palatino es un lugar cien veces más peligroso que los pantanos de jermania donde perecieron las legiones de Varo. —Agripina me había avisado que estaba enfermo. —Ése es un nombre que no se debe pronunciar aquí. —Ella ama a su hermano y querría ayudarlo. —Es posible. En todo caso, él no la quiere y, un día u otro, te habría enviado órdenes de estrangularla. Ahora debo reanudar el servicio. Te aconsejo que vuelvas al lado del emperador; le horroriza que uno se aleje de él durante más de un cuarto de hora. — Mira qué prisa me doy.

—Conten esa lengua, te lo ruego. Observa, escucha y calla. Tu semblante no debe manifestar ni pizca de asombro. Una sonrisa podría resultar fatal. No olvides, Casio, que éste es un lugar cien veces más peligroso que los pantanos. Desconfía de todo el mundo. Lo mejor será que te alojes con nosotros. Hay una habitación de oficial libre. Dudo mucho que su antiguo ocupante regrese pronto. A la mañana siguiente, Querea preguntó por el emperador. Le contestaron que estaba en el teatro del palacio, donde dirigía un espectáculo. El oficial corrió hasta allí. Caracterizado de Hércules, Calígula blandía el garrote en medio de un reducido grupo de admiradores.

—¡Acércate, tribuno ruiseñor! Ahora vais a ver vosotros. Recítame mi titulación.

—Cayo César Germánico, Imperator, Gran Pontífice, Padre de la Patria, investido de la potencia tribuna.

—¿Qué os había dicho? Escucharéis a menudo a mi tribuno ruiseñor. Lo he adscrito a mi servicio personal.

—No es lo que os imagináis. No le falta nada —aclaró Helicón, luciendo sus nuevos conocimientos—. Está intacto. Simplemente, cuando se hizo hombre, conservó la voz de niño.

Los cortesanos se apresuraron a felicitar al recién ascendido. Les pareció reservado, rígido incluso, pero al fin y al cabo, se trataba de un soldado.

Ese día acompañó al emperador a la palestra donde jugaba con frecuencia a la pelota con Helicón. Recibió el encargo de contar los puntos en voz alta y cada vez que cantaba un número, los asistentes se reían a carcajadas. Él repetía para sí la frase de Sabino, «Un lugar cien veces más peligroso que los pantanos», y pensaba en lo que

le había confesado Agripina. Evocaba la imagen de ella, con lágrimas en los ojos, hablándole de su hermano. La noble criatura no le había mentado.

En cumplimiento de la orden transmitida por un liberto, se presentó al día siguiente a primera hora ante los aposentos imperiales. Apenas despuntaba el día, pero ya los esclavos domésticos trajinaban de un lado a otro. Detrás de la puerta, oyó una especie de trinos de pájaros. El velar lo invitó a pasar con un gesto. Vestido con túnica blanca, Calígula estaba inclinado sobre una cuna.

—¿Ves, Julia Drusila? Es mi tribuno ruiseñor. Yo también poseo juguetes bonitos. Tengo una misión para ti —anunció a Casio, irguiendo la espalda—. Todas las mañanas, vendrás a recibir el santo y seña y lo transmitirás a los oficiales de guardia.

Se trataba de una tarea de la que dependía directamente su seguridad. Querea no pudo evitar sentirse halagado.

—Te agradezco el honor que me concedes, César. ¿Cuál es la contraseña hoy?

—Debes saber que a menudo elijo un verso de un poeta. De este modo instruyo un poco al ejército. ¿Conoces a Virgilio?

—¿El escritor amigo del divino Augusto?

—Ése, Virgilio el escritor. Escribió un poema sobre la agricultura del que vamos a extraer el verso del día: «Cuidado con el toro de ronco mugido.» Repite.

—«Cuidado con el toro de ronco mugido.»

—Perfecto. ¿Lo recordarás?

—Sí, César.

Tuvo la impresión de que el emperador lo miraba de una manera peculiar.

Fue a transmitir la contraseña a Sabino, que no manifestó sorpresa, pero cuando la comunicó al centurión que estaba al cargo del principal puesto de guardia, vio que éste se ponía rojo, ahogándose en un inútil esfuerzo por reprimir la risa. Entonces Querea comprendió la

maligna intención de la frase; el emperador había querido ponerlo en ridículo. Jamás lo habían humillado de aquel modo.

A partir de ese día, Casio se impuso una consigna que aplicó tal como había ejecutado siempre las órdenes: no debía dejar que nadie sospechase lo que sentía. Ni siquiera su amistad con Sabino justificaba que hiciera una excepción a esa norma, de manera que en sus conversaciones con él se ciñó a temas intrascendentes. Cualquiera que los hubiera escuchado, habría creído que no se encontraban en el Palatino sino en una guarnición remota.

El emperador colmaba a Querea de atenciones. Lo felicitaba por su hermoso atuendo y le pedía que refriese las incidencias de sus campañas. Llegó a proponerle incluso que amasara una fortuna para sus padres, que se habían quedado en el campo. Aquel ayudante general discreto, que no solicitaba nunca nada, era un descanso entre tanto cortesano ávido. Lo exhibía ante las visitas como una especie de loro vistoso. Para poner de relieve su voz, le mandaba declinar *rosa* o conjugar todos los tiempos del verbo *amare*, tal como

los escolares.

Helicón, que había dictaminado que el militar era estúpido por el hecho de no conocer el griego, lo acribillaba con epigramas en esta lengua hasta que César le ordenó que dejara en paz a su ruiseñor. Calisto, en cambio, se dirigía siempre a él de manera cortés, tratándolo de tribuno. El liberto era el único que nunca se mofaba de los dioses. Como buen provinciano, a Querea lo escandalizaba la impiedad de la gente de la capital. César no parecía rendir culto más que a las divinidades orientales. Tenía la habitación y la oficina abarrotadas de grotescas estatuillas de hombres y mujeres con cabeza de cocodrilo o de halcón, y le gustaba ridiculizar con sus comentarios la castidad de las vestales y los infortunios conyugales de

Júpiter.

Querea sufría. Para su mentalidad de soldado campesino, *impe-rator* era la palabra más hermosa de la lengua latina, pues designaba una especie de semidiós cargado de experiencia y sabiduría. Día tras día descubría, no obstante, que Calígula era todo lo contrario. Una parte de su compleja naturaleza le resultaba irremediabilmente inaccesible; no comprendía su humor ni su cultura, y no percibía su desespero. No veía en él más que a un chiflado sarcástico, cruel y an-tojadizo, ataviado como un histrión y rodeado de favoritos y prostitutas. En una misma semana, era capaz de manumitir a un esclavo porque le dolía una muela y de mandar cortarle las manos a otro porque lo habían sorprendido robando una manzana. ¿Cómo podía ser tan compasivo y cruel al mismo tiempo? El oficial lo oyó reír en un banquete y, a la pregunta que le formuló uno de sus cónsules para conocer el motivo de su hilaridad, respondió: «Es que se me acaba

de ocurrir que podría hacer que os mataran a todos si así me viniera en gana.» Cuando los solicitantes querían ganarse su favor se postraban como era costumbre en las monarquías orientales y Calígula aceptaba aquel servilismo con placer. Ningún romano podía presenciar tal espectáculo sin sublevarse en su interior.

El emperador bebía el vino puro, lo que en Roma se consideraba propio de borrachos empedernidos. A menudo, al final de un festín, Querea dirigía el reducido destacamento que lo transportaba en una camilla hasta su dormitorio. Allí, el emperador se sumía en un profundo sueño. El oficial contemplaba el flaco cuerpo que desnudaba el criado, el pecho plano y blanquecino, el cráneo ralo, los largos brazos peludos, y una idea le invadía el pensamiento. No era Cayo César, sino una fiera maligna a la que había que matar con un venablo.

Aún no llevaba dos meses de servicio en el palacio cuando, al acompañar al emperador a

un sacrificio, asistió a una escena que disipó sus últimos escrúpulos. El sacerdote, un anciano de poblada cabellera blanca, se disponía a sacrificar a una cerda blanca.

—Dame. Lo haré yo mismo —se ofreció Calígula.

El victimario le tendió la pesada maza guarnecida de hierro. El emperador la empuñó con las dos manos y pronunció la fórmula que acompañaba a toda ofrenda:

—¡Que la pregaría sea escuchada!

Con todas sus fuerzas, descargó un mazazo contra la cabeza del sacrificador, que se quebró como una nuez, proyectando fragmentos de cerebro sobre los aterrorizados asistentes. La mayoría de ellos huyó, e incluso los familiares dieron muestras de espanto.

—Lo merecía —afirmó el asesino al tiempo que bajaba la maza—. ¿A quién se le ocurre tener el pelo más blanco que su víctima?

Querea, impávido, advirtió que Calisto lo observaba. Enseguida el liberto desvió la mirada y, como los otros, celebró con su risa la broma del César.

Roma, septiembre del año 40

Entre los setos podados en forma de olas, un suntuoso navio se erguía en medio de los jardines del Palatino. De la oscura y reluciente quilla de madera de cedro sobresalían tres hileras de remos de plata. La sostenían por todos los costados unos gigantescos puntales pintados de un vivo color verde. El monograma del emperador, dibujado con piedras preciosas, se exhibía encima del busto de chillones colores de una Venus de pechos turgentes. La seda de las velas de todos los colores del arco iris se hinchaba con el viento como si el trirreme se dispusiera a levar anclas.

Calígula comenzó a subir el primero la ancha escalinata recubierta de una alfombra verde que hacía las veces de escala real. En el tercer escalón, se volvió para dirigir unas palabras al pequeño grupo allí congregado.

—He aquí el trirreme imperial de Venus. Hermosa obra, ¿verdad? Ha costado muy caro, pero reportará mucho más dinero aún. Ya era hora de que las nobles matronas acudiesen en auxilio de nuestra economía. Ellas ofrecen al Estado sus bienes más valiosos, y ninguna ha rehuído el doloroso sacrificio de su pudor. ¡Rindamos homenaje a nuestras bellas romanas, amigos míos! Antes de ellas, sólo las ocas del Capitolio habían prestado un servicio comparable a la ciudad.

Entraron en un vasto entrepuente guarnecido de suntuosos muebles. Unas jóvenes sirvientas, vestidas con unas túnicas que imitaban las de la marina de guerra, si bien dejaban al descubierto

buena parte de los muslos, se afanaban en torno a la escalera de madera noble que conducía a los camarotes. Claudio, que estaba sentado entre dos secretarios ante una mesa sobre la que descansaba un cofre de acero bruñido, se levantó y acudió cojeando al encuentro de los recién llegados.

—Continuad, no os ocupéis de mí —ordenó el emperador—.

¿Y bien, tío, están preparadas las ocas?

—Sí, excepto la mujer del senador Asiático, que no ha querido saber nada del asunto. Dice que no es una prostituta.

—¡La muy tonta! ¿Acaso Olimpia, la madre de Alejandro Magno, no fue antes de casarse con el rey Filipo una prostituta sagrada de Samotracia? Por eso Zeus se introdujo en su lecho tras adoptar forma de serpiente y engendró a su hijo. Yo mismo no nací de otro modo.

—Está bajo custodia, pero ¿qué debemos hacer? —Que la lleven a casa de Graco. Sus gladiadores le enseñarán a representar a la casta Lucrecia. Ya la traerán cuando la hayan amansado. ¿Cómo va la recaudación?

—Excelente. Todos los camarotes están ocupados. Dos hombres maduros entretenían la espera bebiendo y bromeando con las sirvientas. Dos petimetres jugaban a los dados.

—Ésos han venido por los muchachos. Tenemos cuatro, todos muy guapos y de noble familia.

Mnester quiso que le especificaran sus nombres. —¡ Ah, ése, hace mucho que sueño con él! —exclamó con un mohín, al oír uno de ellos—. ¡Inabordable, por desgracia! ¡Una vestal! ¿Me permitirías, César?

—Desde luego, siempre que pagues.

Claudio consultó su tarifa.

—Trece años. Hijo del senador Viniciano. Habla griego. Cien mil sestercios.

—Lo compro.

—Puedes subir.

—Ese chico nos ha causado algunos problemas —comentó Helicón—. He acompañado a los guardias que han ido a buscarlo. El padre ha armado un escándalo, acusando al emperador de corromper a la juventud. He tenido que recordarle que existía el delito de lesa majestad. Entonces se ha callado en el acto.

—Yo no corrompo a la juventud; la vuelvo más apta para afrontar la existencia. A propósito, tío, no he visto a Mesalina.

—Debe de estar en el puente. Dice que allá arriba se respira mejor y hay una buena vista. Mi pierna no me permite subir allí. Tuviste una buena idea al encargarle que fijase los precios. Sabe qué mujeres son realmente virtuosas y cuáles lo son menos. Hasta adivina los secretos de los hombres. Mira, ayer la oí decirle a un cliente: «Dados tus gustos especiales, ésta no es para ti.» ¡Qué mujer más sorprendente! Ah, ¿ya estás aquí, bonita?

Mesalina bajaba por la escalera interior, peripuesta y sonriente, enfundada en una ceñida estola de color de hoja seca.

—¿Todo va bien? —preguntó Calígula.

—Muy bien. Tenían ganas de jugar a las cortesanas pero no se atrevían a reconocerlo. Todas sueñan con ser la más cara. Claro que algunas están más dotadas que otras.

—Diles que es un concurso y que recompensaré a la ganadora.

—Mejor será que se lo digas tú mismo; así se sentirán halagadas.

—De acuerdo, pero no subiremos todos. No conviene molestarlas.

Tras elegir a Helicón y Querea como acompañantes, subió la gran escalera.

En el otro piso, un pasillo lateral formaba una especie de crujía tapizada de terciopelo púrpura, alumbrada por grandes portas rectangulares y adornada con una sucesión de estatuas. Aparte de Venus-Afrodita, en todas las posturas de su airosa desnudez, estaban representadas Leda entregándose al abrazo del cisne divino y Hércules, con un sexo en erección casi tan voluminoso como su garrote. El emperador se detuvo para admirarlo. Querea aguardaba junto a Mesalina para reanudar la marcha, cuando notó con estupor que una mano furtiva se deslizaba bajo la falda de cuero revestido de metal de su uniforme para retirarse enseguida. Su vecina le dedicó una sonrisa radiante. El militar desvió la vista, horrorizado por su desvergüenza.

Mesalina fue directa a una de las puertas de madera noble que flanqueaban el corredor de estatuas y la abrió empujándola con suavidad. Los tres hombres entraron en un amplio camarote acondicionado como el más suntuoso de los dormitorios. Encima de la enorme cama, dominada por un techo de plata bruñida, había un

hombre maduro acostado y una mujer arrodillada entre sus piernas. Ésta se volvió y, al ver a los recién llegados, se tapó la cara con las manos, pero Querea tuvo tiempo de reconocer a una de las aristócratas más destacadas de Roma.

—¡Continúa, Fulvia, continúa! —la alentó el emperador. La patricia intentó reanudar la labor. Resultaba evidente, sin embargo, que la presencia de espectadores la paralizaba. El hombre refunfuñó, descontento.

—Apártate —le ordenó con impaciencia Mesalina—. Ya te había explicado que los dedos deben subir cuando baja la boca. Tú haces lo contrario. Mírame bien. —Arremangándose la estola, se subió a la cama y, sin prisa, administró al cliente una felación magistral—. ¡Ya está! Estoy segura de que con el próximo lo conseguirás. Sobre todo, ten cuidado con los dientes: el hombre debe sentirlos un poco, pero sin que le hagan daño. La boca baja cuando los dedos suben, así de fácil.

—Te equivocas —observó Calígula—, todo arte es difícil. El tuyo te parece fácil porque lo dominas a la perfección.

—Has estado sublime —la alabó Helicón—. Al observarte yo, que me creía tan hábil, me he quedado con la sensación de ser un aprendiz. La ligera torsión de los testículos justo antes del final, ¡qué elegancia!

—Es cuestión de ejercitarse. A las grandes damas les falta práctica. Por eso les recomiendo hacerlo a menudo.

—¿Y qué te responden? —preguntó el emperador. —Que no se les presenta la ocasión. Su categoría les prohíbe conceder ese favor a un esclavo. No les falta razón, pero podrían practicar con otros, con un guapo militar, por ejemplo.

Dirigió a Querea tal mirada que éste se percató de que se le subían los colores.

Conversando, llegaron al entrepuente. Claudio levantó la cabeza del libro de cuentas.

—Hoy ingresaremos unos diez millones. Quizás incluso doce. Se instalaron en el salón para celebrar la noticia y las bonitas camareras fueron a buscar unas cuantas viejas ánforas a la bodega. Calígula guardaba silencio.

—Miradme todos —dijo de improviso—. ¿No me veis resplandecer?

Las respuestas se superpusieron.

—Desde luego, César.

—No estamos ciegos.

—Resplandeces como el carro de Faetón.

—Resplandeces como Apolo.

Satisfecho, el emperador expuso sus planes para el templo dedicado a su divinidad que estaban edificando en el Aventino.

—Cada mañana, vestirán mi estatua con el mismo atuendo que yo lleve ese día. Para los sacrificios, no quiero ni bueyes ni cerdas. Sólo pavos, pintadas, urogallos y gallinas de Numidia.

El regreso de Mnester señaló el momento de partir. El mimo estaba rebosante de entusiasmo.

—¡Ay, amigos, qué momento más divino!

—Cuando se tiene la dicha de vivir cerca del emperador, todos los momentos son divinos

—afirmó Helicón con perfidia.

—Por supuesto. Como decía Virgilio a propósito de Augusto, él es el dios que nos procura estos ratos de solaz. El muchacho es un verdadero encanto. ¡Qué frescura, qué inocencia, qué estrechez! Incluso ha llorado un poco. Ah, qué diferencia con esos pequeños farsantes

que lo abordan a uno bajo las arcadas. ¡Unas nalgas de joven dios!

El mimo nunca había hablado tanto. Agotado, efectuó unos molinetes con las manos para culminar su descripción.

Cuando abandonaban el trirreme, se cruzaron con un liberto famoso por haberse enriquecido de manera prodigiosa en el sector de la panadería. Al ver al emperador, se inclinó hasta donde se lo permitía la prominente barriga.

—¿Es la primera vez que vienes, Porconio? —No, César, es la décima.

—¡Por Isis, que no reparas en gastos! ¿Te lo puedes permitir? —¡Oh sí! Me ofrezco a las matronas que me desprecian. Ellas dicen que huelo a harina, y te aseguro que me propongo enharinarlas a todas. Un placer así no tiene precio.

—Te mereces una prima. Dile a Claudio que te dé a la esposa del senador Asiático en cuanto regrese. Y no pongas tanto salvado en el pan, por favor, porque he recibido quejas. ¿Lo habéis oído, amigos míos? ¿Había hablado alguna vez de ese modo un contribuyente? He realizado un descubrimiento que llenará las arcas del Estado.

Ni a Augusto ni a Tiberio se les había ocurrido. Yo soy más grande que ellos. —Se volvió hacia Querea que, desde el inicio de la visita, se había mantenido callado—. ¿No es cierto, mi tribuno ruiseñor, que yo soy más grande que Augusto y que Tiberio?

El oficial se puso firme, tal como corresponde cuando un superior le dirige a uno la palabra.

—Es cierto, César.

Jerusalén, noviembre del año 40

Agripa se acercó a la ventana. Del templo llegaba un rumor confuso: había una pelea en el atrio. Una vez más, los miembros de la secta trataban de arengar a los fieles, y la milicia del sumo sacerdote los obligaba a callar a garrotazos. Los incidentes se producían a diario. Nada desanimaba a los hermanos en su prédica de la palabra de aquel desharrapado Mesías suyo, pero la resistencia de los defensores de la tradición era vigorosa.

—¡No es que lleven las de ganar!

—Un día, los oídos se abrirán a la buena nueva —replicó al instante la voz de Salomé.

Agripa se volvió para observarla. Con el objeto de hacerse perdonar su condición de reina, en la intimidad llevaba un vestido de pobre. Sentada en el borde de un gran sillón, como una criada invitada en la casa de sus amos, bordaba un pez en un pañuelo. ¡Como su jefe había sido pescador, ponían peces por todas partes! Agripa suspiró. ¿Qué había sido de aquella bonita muchacha perversa y caprichosa a la que había amado? Su mirada había cambiado y su encanto insolente se había esfumado. Ella había convertido el amor en una ocupación tan apagada que él ya había dejado de buscarla.

—Tus amigos deberían minar el poder de los sacerdotes. ¡Unos incapaces es lo que son! ¡Un hatajo de pedigüeños e inútiles!

—El Bendito te iluminará. Nosotros se lo pedimos todos los días.

—¡Al diablo con tu Bendito!

La vio esbozar un signo furtivo con la mano, como si trazara una cruz.

Agripa se puso a recorrer con nerviosismo la estancia, repasando mentalmente todos los sinsabores que le amargaban la vida. Su esposa era una beata y una sectaria que se dedicaba a impartir consejos, perdida para la vida y el amor; su comercio de reliquias con Graco había quebrado; de regreso de Lyon, se había detenido en Alejandría, donde había una nutrida colonia de judíos, pero había recibido una tibia acogida por parte de sus compatriotas. En cuanto a los otros...

—¡En un burro! —gruñó.

La dulce voz sonó de nuevo tras él.

—El Bendito entró en Jerusalén a lomos de un burro. ¿Era eso en lo que pensabas?

—No pienso en nada. ¡Borda el pez y cállate!

El recuerdo lo quemaba como un hierro candente. A su llegada a Egipto, los alejandrinos, que odiaban a los judíos, habían paseado por la ciudad a un tonto llamado Carabas, tocado con una corona de madera dorada y montado en un asno. La gente se postraba a su paso gritando: «¡Viva Agripa, rey de los judíos!» A ese paso, sus subditos no tardarían en asesinarlo. Pensó en el dicho: «Más vale asno vivo que rey muerto.» ¿Cómo había podido caer tan bajo?

Salomé levantó los ojos de la costura.

—¡Qué agitado estás! ¡No te preocupes tanto!

—Calígula ha escrito a Petronio ordenando que se erija su estatua en el templo *manu militar*^ ¿y tú pretendes que no me preocupe? ¿Ignoras que si se comete ese sacrilegio, todo el país se soliviantará?

—Ve a verlo y pídele que renuncie a esa idea.

—¡Menudo consejo! ¿Acaso crees que me va a escuchar?

—Sus ojos se abrirán a la luz.

—¿Como se abrieron cuando le llevé a Pedro?

—Pedro sembró la semilla; después crecerá la cosecha. Todos hemos rezado mucho.

Agripa se encogió de hombros, persuadido de que no habría forma de convencer a Calígula. De improviso tomó conciencia de que no había más que una solución. Una sola.

—En el fondo, tienes razón: voy a ir a Roma.

—Exígele que renuncie al sacrilegio. ¿Qué puede ocurrir? Si te condena a muerte, te reunirás con la santa tropa de los mártires y estarás sentado a la derecha del Bendito para toda la eternidad.

—Resulta un pensamiento muy alentador, sobre todo si me manda crucificar.

—Así es, de ese modo aumentarías tu mérito.

Desde su conversión, Salomé se había vuelto insensible a la ironía.

—Nadie debe enterarse de mi viaje a Roma —meditó en voz alta Agripa—, porque si Petronio se enterase, precipitaría los acontecimientos por puro odio hacia los judíos. ¿Cómo mantener en secreto una larga ausencia cuando uno es rey?

Salomé posó una ferviente mirada en el techo.

—Podrías explicar que, para ser digno de la corona, vas a purificarte al desierto mediante un retiro de cuarenta días.

Quedó deslumbrado por el hallazgo. Aun en el naufragio de su inteligencia, ella había conservado la astucia.

—¡Qué buena idea! Así creerán que rezo día y noche y me alimento de saltamontes. Nadie se ocupará de mí, lo que me permitirá viajar a Roma de incógnito. Entre la ida y

vuelta, cuarenta días son más suficientes.

—El Bendito me ha inspirado. Quiere que conviertas al emperador.

—Pues bien, demos gracias al Bendito.

Agripa se embarcaba en la aventura consciente del terrible riesgo que entrañaba, pero no tenía ya nada que perder. Salomé le prometió ayudarlo con sus oraciones.

Roma, diciembre del año 40

Querea encontró a Sabino ocupado en la lectura de un informe en la reducida habitación del oficial de guardia.

—¡No querrás hacerme creer que eres cómplice de estas ignominias! —le espetó.

El jefe de la guardia germánica se levantó pausadamente y se acercó a su amigo.

—¿Acaso te he causado esa impresión, Casio?

—No, pero no dices nada.

—Aquí han muerto demasiados hombres por haber hablado.

—Pues yo pienso hablar. ¡Es un loco, un asesino, un sacrilego y un proxeneta! En toda mi vida había conocido bestia más inmundada. Conduce a Roma al desastre atrayendo sobre ella la cólera de los dioses.

—¿Y qué conclusión extraes de ello?

—¡Es bien simple, por Hércules! Hay que matarlo.

Sabino rompió a reír.

—¡ Ah, no se podrá negar que eres paciente, Casio! Nos has hecho esperar bastante.

—¿Tú también piensas lo mismo?

—Desde luego, y no soy el único. Vendré a buscarte mañana, dos horas después de la llamada. Vístete de civil, con ropa sencilla, a fin de pasar inadvertido.

A la hora convenida, salieron del Palatino tomados del brazo, bromeando en voz alta, como unos soldados que van a divertirse a

la ciudad. Un carruaje ligero los aguardaba en la esquina de un callejón. Circularon durante largo rato antes de detenerse en las afueras de la ciudad, allí donde el barrio del Esquilino lindaba con el campo. Una vez que se hubo alejado el vehículo, caminaron cerca de un cuarto de hora bajo la claridad de la luna. Pese a que el mes de diciembre tocaba a su fin, reinaba un ambiente tibio, otoñal. Sabino guardaba silencio y Casio no le hacía preguntas. Sabía que pronto obtendría las respuestas.

Llegaron a una casa de aspecto humilde. Había un pequeño grupo reunido en una habitación iluminada por tres lámparas dispuestas encima de una mesa baja. Querea se quedó estupefacto al reconocer a Calisto, que lo saludó con la cabeza.

—Éste es Casio Querea, de quien os he hablado —anunció Sabino—. Lo conozco desde hace veinte años y respondo de él como de mí mismo. Sigue al emperador como si fuera su sombra y transmite todos los días la contraseña.

Siguió la ronda de presentaciones. Aparte de Calisto, se encontraban presentes dos senadores, Valerio Asiático y Anio Viniciano. A un oriental de mirada vivaracha y barba corta lo designaron únicamente por el título de príncipe.

—Clemente no ha podido venir esta noche, pero está con nosotros —aseguró Sabino—. Podemos contar con la mitad de las cohortes pretorianas. El otro prefecto es un cobarde que apoyará al vencedor.

—Tras la muerte del tirano, restableceremos la República —declaró Asiático, con la aparente intención de pronunciar una arenga—, devolveremos al Senado y al pueblo de Roma los derechos que le han sido usurpados. Defenderemos los logros de Augusto. Roma no debe tener *mis princeps*, sino recuperar las antiguas instituciones que Catón...

—Ya sabes, clarísimo —lo interrumpió con suave firmeza el oriental—, que yo no podré quedarme mucho tiempo entre vosotros. ¿Y si cedieramos la palabra a los

militares? Me gustaría asistir al último acto.

Roma, 24 de enero del año 41

Como cada vez que había comido demasiado, Calígula maldijo a aquel cuerpo rebelde que, aunque albergaba a un dios, estaba sometido a las leyes de los hombres. Atormentado por la flatulencia, dejó escapar un largo y sonoro regüeldo. Como apostilla, Apeles citó en tono pomposo a Ulises, atemorizado frente a Poseidón:

¡Bien sé cuan enojado está contra mí el glorioso estremecedor de la Tierra!

La chanza no le alegró la expresión. En aquel tercer día de juegos palatinos, 24 del mes de enero, acababa de dar comienzo la pausa de mediodía. En la arena, los mozos arrastraban los cadáveres con la punta de unos largos ganchos y recubrían con tierra limpia los regueros de sangre. Una tropa de enanos hacía gansadas. De las gradas populares, donde todos se quedan en sus puestos por miedo a no recuperarlos, brotaban carcajadas. La masa color de barro de esos espectadores pobres ascendía hasta el remate del gigantesco edificio.

Calígula pensó con amargura que había soñado con reconstruir Roma con aquel légame. Los dioses no necesitaban a los hombres. O se era dios o no se era nada.

—¡Ah, si tuvieran una sola cabeza —murmuró—, podría cortársela de un tajo!

En el circo, la plebe había dejado de aclamarlo. No apreciaba

que enriqueciera el espectáculo con innovaciones que únicamente él encontraba divertidas. Por ejemplo, obligaba a un espectador cuyo aspecto le disgustaba a bajar a la arena. Aunque provisto de un arma, el improvisado gladiador ponía pies en polvorosa delante de la fiera que de todos modos acababa despedazándolo. También organizaba combates entre animales trabados e inválidos o viejos.

—¿Quieres ir a comer, César? —preguntó Calisto.

—No tengo hambre.

—Deberías caminar un poco para abrir el apetito. ¿No te apetece ir a echar una ojeada al ensayo de los niños actores de Asia? Dicen que son asombrosos.

—Tienes razón, el teatro me servirá para olvidarme de estos comedores de arena. Vayamos a ver a esos jóvenes prodigios.

El grupo se puso en marcha. Calígula avanzaba junto a Calisto, y seguido de Querea, Clemente, el prefecto del pretorio, y Sabino. Dos centuriones cerraban el cortejo. Al final de unas escalerillas, se adentraron por un oscuro corredor. El liberto detallaba en voz alta el programa del día siguiente. Mientras hablaba, lanzaba de vez en cuando miradas subrepticias tras de sí.

—En primer lugar, veremos una obra nueva interpretada por hijos de familias eminentes de

las provincias de Asia. La han presentado en Grecia con gran éxito. Por la noche, presenciaremos un espectáculo evocador de los Infiernos, interpretado enteramente por actores negros, etíopes y egipcios.

De pronto, resonó un grito:

—¡Que la pregaría sea escuchada!

El emperador quiso volverse para averiguar quién osaba pronunciar la fórmula sacrificial en un lugar como aquél. No le dio tiempo. Recibió entre los hombros un golpe de una violencia inaudita. Se desplomó de rodillas, medio muerto. Enseguida se produjo una escena de confusión. La estrechez del pasillo entorpecía los movimientos de los conjurados.

—¡Apártate de ahí, cretino! —vociferó Sabino dirigiéndose al liberto, que le impedía avanzar hasta el emperador.

Querea, con un revés de espada, le alcanzó el hombro derecho. Calígula se deslizó hasta el suelo y como un gladiador vencido, oyó gritar: «*Habet!*» Él era dios, no podía morir.

—¡Estoy vivo! —protestó, con la boca llena de sangre.

Como perros frente a su presa, todos se ensañaron con él. De pronto, Cayo vio sonreír a Drusila. Después se reunió con ella en las estrellas.

—¡A vuestros puestos! —ordenó Sabino.

Antes de obedecer, uno de los centuriones se demoró para escupir sobre el cadáver.

—¡Cuídate, Pequeña Bota!

Aquél era el saludo que, veinte años antes, dedicaban los veteranos de Germania al niño adorado de las legiones.

Fuera, los portadores de la litera imperial acudían corriendo, armados de palos. Al avistar las espadas, huyeron a toda velocidad.

Junto con una veintena de cómplices, los cabecillas de la conspiración aguardaban noticias en los locales de la guardia germánica. Los brutos rubios no conocían más que a su jefe, e irían al encuentro de la muerte si Sabino así se lo ordenaba. Algunos hombres parecían absortos en la meditación o la oración. Otros escuchaban a Agripa, que daba el ejemplo a los demás con su serenidad. A quienes se extrañaban de verlo entre ellos, el rey de Israel les explicaba que la desquiciada política aplicada por Calígula en Oriente lo había obligado, muy a su pesar, a oponerse a su antiguo alumno.

En la puerta se presentó un soldado jadeante, que anunció: «*Vi-xit!* ¡Ha vivido!» La noticia suscitó un griterío alborozado.

—Los dioses inmortales han castigado al tirano —declaró Asiático—. Ellos nos muestran la vía tal como guiaron a Eneas, nuestro antepasado. La República...

—¡Ya largarás tus discursos ante la Curia, pero aquí no!

El enorme palacio vibraba como un colmena. Lejos, en algún lugar, una estridente voz de mujer repetía una y otra vez: «¡Lo han matado, lo han matado!» Los mensajeros partieron en todas direcciones. Un liberto acudió a informar de que los cónsules estaban reuniéndose y solicitaban instrucciones. Les mandaron a Asiático.

Un centurión trazó un resumen de la situación... Sabino controlaba el Foro. El pueblo parecía acoger con indiferencia la muerte del emperador. Unos soldados habían invadido por su cuenta los apartamentos imperiales y habían degollado a Cesonia y a la pequeña Julia Drusila. Clemente se hallaba en dificultades. Las cohortes urbanas vacilaban y querían saber quién sería el emperador.

—Sígueme con dos hombres —indicó Agripa.

La escolta tuvo que abrirle paso a golpes de lomo de espada entre la servidumbre que huía por doquier. Los aposentos imperiales parecían devastados por un huracán, y los esclavos retiraban los cadáveres. Agripa vio pasar el de Helicón. Algún bromista había tenido el mal gusto de clavarle un cuchillo de cocina en el lugar que hacía las delicias de su amo.

—¡A la niña le han roto la cabeza golpeándola contra el marco de la puerta y a la madre la han degollado! —dijo un centurión—. Han vaciado las bodegas. Ah, cuando la tropa está descontrolada...

—¿Sabes dónde está Claudio? Hay que encontrarlo antes de que algún imbécil le juegue una mala pasada.

—Ha abandonado Roma para irse a una de sus villas.

—No. No es la clase de hombre que viaja en un día como hoy.

El príncipe corrió hacia la residencia del tío del emperador. La casa estaba llena de pretorianos, muchos de ellos borrachos. Se dirigió a un tribuno que se paseaba de un lado a otro, desconcertado.

—¿Qué ocurre?

—Esperan a Claudio.

—¿Porqué?

—Quieren llevarlo al campamento. Algunos dicen que servirá de rehén si las cosas se ponen feas, otros quieren que sea emperador. ¡Qué ocurrencia, un emperador cojo!

En torno a ellos se formó un corro de soldados. Circulaba el rumor de que el rey de los judíos traía información fidedigna.

Éste elevó la voz para pronunciar una arenga con el ampuloso y repetitivo estilo característico de la elocuencia latina.

—Vosotros, pretorianos, la élite de Roma, os preguntaréis sin duda cómo un extranjero osa dirigiros la palabra. ¡Yo no soy romano, en efecto! Soy el soberano de un pequeño país oriental que goza de la paz romana y, desde mi infancia, que pasé en vuestro seno en calidad de rehén, admiro vuestras leyes e instituciones. No dudéis en hacerme callar si lo que os digo os parece descabellado o falso. Os interrogáis sobre el nombre de aquél que será, el día de mañana, el amo del mundo. He oído decir a uno de vosotros que Claudio cojea y que por ello no sirve. Claudio no camina erguido, es cierto, pero ¿es eso importante? ¿No lo es más tener la rectitud en el pensamiento? Todo el mundo sabe que Claudio tartamudea. ¿Pero es tan importante hablar sin tropiezo? ¿No lo es más decir la

verdad? Claudio no es un soldado. ¿Pero es tan importante que un emperador sepa manejar la espada? ¿No lo es más que os honre y os recompense, a vosotros que maneáis la espada para la gloria de Roma?

Un rumor de aprobación se levantó entre los congregados. El judío sabía hablar.

—Claudio —prosiguió Agripa— no es sólo el hermano de Germánico. Es rico y generoso. No os confundáis, romanos, sé tan bien como vosotros que el Imperio del mundo no está en venta. De todas formas, no tengo motivo alguno para ocultaros lo que Claudio me ha revelado. En caso de que sea él el emperador, ofrecerá un generoso regalo de advenimiento a las cohortes pretorianas, cuya disciplina, desinterés y valentía siempre ha admirado.

Las aclamaciones atronaron el aire en la sala. Sólo faltaba localizar a Claudio. Agripa preguntó a un centurión si Mesalina se encontraba en sus aposentos.

—Sí, he apostado a unos guardias para protegerla, pero no quiere recibir a nadie.

El príncipe pidió que lo anunciaran y enseguida la misma Mesalina abrió la puerta. Las lágrimas le habían dejado dos regueros en el maquillaje.

—¿Tú aquí? Pero te creía en...

—Ya te explicaré.

—¡Ay, qué desgracia! ¡El pobre Cayo, era tan bueno...!

—No todos opinaban lo mismo. ¿Dónde está tu marido?

—En Campania.

—¿Sin ti?

—Ha querido que me quedara aquí.

Mentía mal. Claudio no debía de hallarse muy lejos. La cuna de Británico obstruía el acceso a una pequeña puerta. En eso también, el engaño pecaba de ingenuo. Agripa la apartó y penetró en un trastero en el que se colaba la luz del exterior por un ojo de buey. Había túnicas colgadas a lo largo de las paredes; debajo de una de ellas sobresalían los zapatos con medias lunas rojas del senador.

—¡Te he visto, Claudio! Soy Agripa, tu amigo.

Los zapatos retrocedieron un poco.

—¡Sal de ahí, vamos! Estoy solo.

Claudio apartó la túnica. Temblaba de pies a cabeza.

—¿A...Agri...?

—Sí, soy yo. Ya te explicaré. Ven, no corres ningún peligro.

—¡Los soldados van a matarme!

—Nadie quiere matarte. Al contrario.

—¿Estás seguro?

—Te lo juro. ¿Por qué iba a engañarte?

Claudio accedió por fin a salir del escondite.

En cuanto los pretorianos lo vieron, corrieron hacia él. Dos de ellos lo levantaron y lo llevaron a hombros, triunfalmente. Empavorecido, él imploraba clemencia. A los gritos de «¡Al campamento! ¡Al campamento! ¡Viva Claudio!», el río humano descendió la escalinata y salió del Palatino.

Desde la ventana, Agripa contempló el gordo pelele blanco, que se alejaba bailando por encima de los cascos, y exhaló un suspiro. ¡Ése, por lo menos, no se creería un dios!

Los primeros «¡Viva César!» se elevaban hacia el cielo invernal.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>